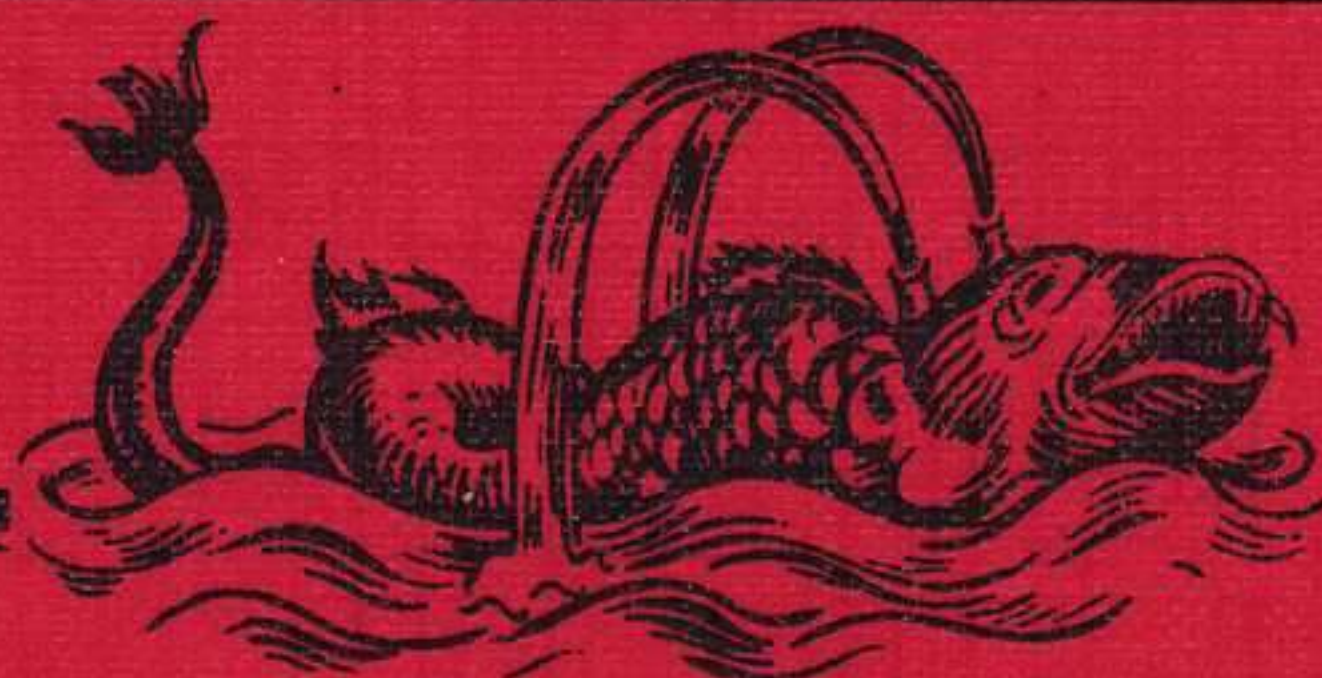


Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS



INVIERNO 1981

II EPOCA

N.º 6

J. Borja - J. Solé-Tura ALFONSO COMIN Y EL COMUNISMO

MAVROGORDATOS

Un triunfo
para el socialismo?

TRIANA

Sociedad científica frente
a sociedad en crisis

GOYTISOLO

Ellos

VOSLENSKY

Entrevista

MUÑIZ

Programa económico
de Mitterrand.

SOLOZABAL

Por un nuevo concepto
de nacionalismo.

RUBIO

Truffaut

BOBBIO

Entrevista

Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

INDICE

ACTUALIDAD	
E. Cordero <i>¿Qué futuro para el socialismo?</i>	15
A. Tardío <i>El futuro del PSP</i>	23
L. G. <i>El futuro del FMLN</i>	33
OPINIONES	
L. G. <i>El futuro del FMLN</i>	33
ANÁLISIS	
J. B. <i>El futuro del FMLN</i>	39
J. J. <i>El futuro del FMLN</i>	41
E. T. <i>El futuro del FMLN</i>	41
J. S. <i>El futuro del FMLN</i>	41
ENTREVISTA	
M. V. <i>El futuro del FMLN</i>	41
NOTAS	
J. M. <i>El futuro del FMLN</i>	41
R. P. <i>El futuro del FMLN</i>	41
LIBROS	
L. P. <i>El futuro del FMLN</i>	41
M. S. <i>El futuro del FMLN</i>	41
S. E. <i>El futuro del FMLN</i>	41
L. S. <i>El futuro del FMLN</i>	41
CINE	
M. R. <i>El futuro del FMLN</i>	41
L. A. <i>El futuro del FMLN</i>	41

Levian

REVISTA DE LINGUAGEM E LETRAS



INDICE

Presentación	5
ACTUALIDAD	
G. Th. MAVROGORDATOS. <i>¿Un triunfo para el socialismo?</i>	7
M. MUÑIZ. <i>El Programa Económico del PSF</i>	15
R. GILLESPIE. <i>De Farabundo Martí al FMLN</i>	25
A. TEIXEIRO. <i>Las elecciones en Galicia</i>	33
OPINION	
L. GOYTISOLO. <i>Ellos</i>	39
ANALISIS Y DEBATE	
J. BORJA y J. SOLE-TURA. <i>Alfonso Comín y el comunismo</i>	41
J. J. SOLOZABAL. <i>Por un nuevo concepto de nacionalismo</i>	61
E. TRIANA. <i>La sociedad científica frente a la sociedad en crisis</i> ..	73
J. SOLANA. <i>Ciencia, Tecnología, Economía</i>	87
ENTREVISTA	
NORBERTO BOBBIO	95
MICHAEL VOSLENSKY	103
NOTAS	
J. M. BERNALDEZ. <i>Cinco horas con Mario</i>	111
F. PAEZ-CAMINO. <i>La Segunda República más cerca</i>	112
LIBROS	
L. PASAMAR. <i>El aquí y ahora de Mitterrand</i>	116
M. SANCHEZ AYUSO. <i>Un importante alegato en favor del Socialismo democrático</i>	118
S. SANCHEZ TORRADO. <i>Piaget o la pasión de investigar</i>	120
L. SUÑEN. <i>J. M.ª Guelbenzu: Hacer lenguaje la Historia</i>	121
CINE	
M. RUBIO. <i>El humanismo poético de F. Truffaut</i>	124
L. ARAQUISTAIN. <i>José Ortega y Gasset: Profeta del fracaso de las masas</i>	131

Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

Fundada en 1934 por Luis Araquistain

Director:

Salvador Clotas.

Comité de Dirección:

Antonio G. Santesmases
Francisco Laporta
M. Reyes Mate
Julio R. Aramberri
Miguel Satrústegui

Comité Asesor:

Pedro Altares	Salvador Giner
Joaquín Arango	Enrique Gomáriz
Carlos Barral	J. A. González Casanovas
Carlota Bustelo	E. Haro Tecglen
J. María Castellet	Marta Mata
Fernando Claudín	J. M. Reverte
Elías Díaz	Santiago Roldán
M. A. Fernández Ordóñez	X. Rubert de Ventós
F. Fernández Santos	

Coordinador:

Manuel Ortuño Armas

Las ideas vertidas en cada artículo son responsabilidad de sus autores. LEVIATAN no se identifica necesariamente con sus contenidos.

Editada por la Fundación Pablo Iglesias.

Redacción y Administración: Núñez de Balboa, 121.
Madrid-6. Telfs. 411 20 54-411 17 59.

Maqueta: Bering Comparini.

Produce: SOYSA.

Suscripciones: SOYSA.

Distribuye: Distribuciones de Enlace, S. A.

D. Legal: SE-466-1978.

Imprime: Maribel, A. G. - Tomás Bretón, 51 - Madrid-7.



DEFENDER LA PAZ

Salvador Clotas

Sin duda, ningún tema aja tanto al ciudadano normal, a ese que se le suele llamar de a pie, de las instancias que dirigen al mundo como el de la frenética carrera de armamentos, que nos lleva a convertir el globo en un almacén de bombas nucleares. ¿Por qué esas cifras ante las que la imaginación se quema malgastadas en instrumentos de destrucción cuando millones de seres mueren de hambre en el mundo? No hay respuesta ni explicación razonable como no la hay para el hecho de que desde la masacre de Hiroshima se han fabricado diariamente —incluso los domingos— cinco armas nucleares. El resultado es que hoy nos amenazan 60.000 armas nucleares en el mundo, y sólo en Europa 12.000. Tenemos asegurada la destrucción de Europa muchas veces.

Por eso era hermoso ver la madrileña mañana del 15 de noviembre despejada y luminosa —por una vez sirvió para algo la sequía que sufre el país— las miles de personas llegando al territorio universitario bajo pancartas distintas, banderas ondeantes y cantos para pedir simplemente el derecho a la paz. Convendría analizar este acontecimiento con detalle. En pri-

PRESENTACION

mer lugar porque la manifestación del día 15, al igual que las manifestaciones del mes de febrero en muchas ciudades del Estado, demuestra que la tan repetida desmovilización popular admite muchos matices. El pueblo está demostrando —y no sólo en las urnas— que está en actitud de defensa de la libertad que la Constitución consagra y de la seguridad que la entrada en la OTAN pone en peligro.

En segundo lugar, porque allí estaban, como señaló Ruiz-Jiménez, las 500.000 firmas que exigían un referéndum que permita conocer la opinión popular frente a la entrada sin condiciones en la OTAN, planteada por el gobierno de la UCD.

Por último, esa mañana quedó patente la unidad del pueblo con los representantes del mundo de la cultura y su voluntad de defender juntos la democracia y la paz. Al igual que en Londres, que en Amsterdam, que en Berlín, el pueblo español manifestó en Madrid su vocación pacifista y europea.

Sendas entrevistas con Norberto Bobbio y M. Vosensky ilustran posturas distintas sobre la necesidad de un movimiento pacifista en el mundo. Otros artículos analizan temas de política internacional como Grecia, Francia y El Salvador. Anxo Teixeiro analiza con objetividad las elecciones gallegas.

En la sección de *Análisis y debate*, J. Borja y J. Solé-Tura estudian alrededor de la figura de A. Comín, a quien LEVIATAN aprovecha para rendir homenaje, la evolución del comunismo español. Solozábal da, en un lúcido trabajo, un nuevo enfoque al tema de las nacionalidades. Triana y Solana inauguran con sus artículos una problemática que seguirá mereciendo el interés de la Revista.

Colaboraciones de Luis Goytisolo, Suñén, Rubio, etc., completan este número.

En la habitual sección de recuperación del antiguo LEVIATAN presentamos la primera parte de un trabajo de Araquistain sobre la obra de Ortega, que deseáramos iniciara un debate sobre la actualidad del pensamiento orteguiano.



... por la manifestación del día...
... en muchas ciudades del...
... que la tan repetida...
... admite muchos...
... — y...
... que está en actitud...
... de la libertad que la Consti...
... de la seguridad que la en...

... por el gobierno de la UCD...
... esa mañana quedó patente...
... con los representantes...
... y su voluntad...
... la democracia y la paz...
... que en Amster...
... el pueblo español ma...
... pacifista y

DEFENDER LA PAZ

Sin duda, ningún tema más importante para el mundo actual que el de la paz. Pero que esa paz sea una paz maltratada, en instrumentos de destrucción cuando millones de seres humanos de hambre en el mundo? No hay respuesta ni explicación razonable como no la hay para el hecho de que desde la masacre de Hiroshima se han fabricado diariamente — incluso los domingos — tipos de armas nucleares. Europa 12.000. Tenemos asegurada la destrucción de Europa muchas veces. Por eso es hermoso ver la multitud mañana del 15 de noviembre desfilada y luminosa — por una vez vivió para sí la zepeda que sufre el país — las miles de personas llegando al territorio universitario bajo pancartas distintas, banderas on-deantes y cantos para pedir simplemente el derecho a la paz. Concederla analizar este acontecimiento con detalle. En pri-

... de la UCD...
... esa mañana quedó patente...
... con los representantes...
... y su voluntad...
... la democracia y la paz...
... que en Amster...
... el pueblo español ma...
... pacifista y

... con Roberto Bob...
... M. Vozzari...
... movimiento...
... el mundo. Que artículo...
... de política internacional...
... como Grecia, Francia y El Salvador. An...
... con objetividad las...
... de la Asociación de Analistas y Debates. A...

... de la figura de A. Comín, a quien E.E...
... para rendir homenaje...
... de la evolución del comunismo español...
... un período de un largo trabajo...
... de la racionalidad...
... con sus...
... de la revolución...
... de la revolución...

... de la revolución...
... de la revolución...
... de la revolución...
... de la revolución...
... de la revolución...
... de la revolución...
... de la revolución...
... de la revolución...
... de la revolución...
... de la revolución...

¿UN TRIUNFO PARA EL SOCIALISMO?

G. Th. Mavrogordatos



Para mucha gente el triunfo electoral del Movimiento Socialista Panhelénico (PASOK) en Grecia el pasado mes de octubre, y su consiguiente acceso al gobierno con una sólida mayoría parlamentaria, representan un nuevo paso adelante del socialismo en la Europa meridional, tras la victoria del PS en Francia. De acuerdo con esta óptica, España y, quién sabe si la propia Italia, podrían constituir los pasos siguientes (en tanto que se prefiere olvidar la amarga experiencia de Portugal).

Ahora bien, para determinar hasta qué punto el ascenso del sol verde (símbolo del PASOK) puede ser considerado un caso ejemplar o paradigmático, habría que examinar qué clase de victoria y qué tipo de socialismo implican. Algo especial tiene que haber en un partido que en dos

ocasiones ha duplicado sus votos de una elección a otra (ver tabla 1).

¿Un Partido nuevo o joven?

Podemos empezar preguntando de dónde viene este partido, cuáles son sus

raíces históricas. La respuesta puede expresarse de manera muy simple. Como partido socialista, el PASOK no tiene raíces en el pasado. En la medida en que tiene raíces históricas, éstas no son exactamente socialistas.

Esta cuestión va estrechamente ligada a una peculiaridad clave de la evolución política griega. Cuando en 1918 se fundó el Partido Comunista (KKE), no existían en Grecia ni partido socialista, ni tradiciones socialistas, ni prácticamente movimiento obrero. Desde entonces, la creación de un verdadero partido socialista frente al comunista ya existente ha demostrado ser una tarea de Sisypho, a pesar de muchos esfuerzos. Por consiguiente, la izquierda griega ha permanecido bajo el dominio

total del KKE, que ha disfrutado de un incontestado monopolio de legitimidad y liderazgo sobre sus aliados, perennemente amorfos, desorganizados y, en cualquier caso, dóciles. Esto se manifestó de forma patente durante la Segunda Guerra Mundial, cuando el KKE controlaba la mayor organización de resistencia (el Frente de Liberación Nacional o EAM). Después de la liberación, la estrategia comunista arrastró al conjunto de la izquierda a la guerra civil que terminó con la derrota total de 1949. Desde entonces la izquierda ha encarnado y representado, concretamente, a los vencidos de la guerra civil, segregada en un ghetto político y social, como resultado tanto de la represión derechista como del sectarismo comunista.

Tabla 1

RESULTADOS DE LAS ELECCIONES PARLAMENTARIAS GRIEGAS (1974-81)

	1974		1977		1981	
	% votos	Escaños	% votos	Escaños	% votos	Escaños
Extrema derecha (a)	1,08	—	6,82	5	1,68	—
Nueva democracia (b)	54,37	220	42,92	173	35,87	115
Centro (c)	20,61	60	11,95	16	1,46	—
PASOK (d)	13,58	12	25,34	93	48,07	172
KKE interior (e)		3	2,72	2	1,34	—
	9,47					
KKE		5	9,36	11	10,93	13
Extrema izquierda	0,03	—	0,46	—	0,21	—
Otros	0,86	—	0,43	—	0,34	—
TOTAL	100,00	300	100,00	300	100,00	300

(a) En 1974, la Unión Nacional Democrática (EDE). En 1977, el Frente Nacional (EP). En 1981, Partido Progresista (KP).

(b) Los datos de 1977 incluyen también a los efímeros Nuevos Liberales que luego se unieron a Nueva Democracia.

(c) En 1974, Unión de Centro-Nuevas Fuerzas (EKND) y una lista local en el Dodecaneso. En 1977, Unión de Centro Democrático (EDIK). En 1981, el EDIK, el Partido Liberal y la coalición del Partido Social-Demócrata y el Partido de los campesinos y trabajadores (KODISO-KAE).

(d) Entre los elegidos en las listas del PASOK, en 1981, figuran G. Mavros, antiguo dirigente del EDIK (hasta 1977) y M. Glezos, que representa a la Izquierda Democrática Unida (EDA).

(e) Los datos de 1974 y 1977 incluyen también a la EDA.

Fuera de la izquierda existían también tendencias vagamente socialistas en el centro, procedentes del republicanismo de preguerra (que ya había dado acogida a un ala social-demócrata). Incluían a muchos antiguos simpatizantes de la izquierda o del EAM, para quienes el centro representaba no sólo una promesa creíble de inmediata democratización sino también la reintegración en el sistema político y la sociedad griega en general. Después de 1961, estas tendencias se convirtieron en el ala izquierda de la Unión de Centro, que agrupaba a todas las fuerzas políticas situadas entre la izquierda y la derecha bajo el liderazgo de Georgios Papandreou. Esta heterogeneidad congénita sólo se redujo drásticamente cuando el partido fue expulsado del poder y se escindió a raíz de la intervención monárquica de 1965. Con su ala conservadora diezmada y desacreditada por las defecciones, el partido se fue radicalizando progresivamente a través de la subsiguiente crisis constitucional y de la lucha contra el rey y

sus aliados interiores y exteriores. Este nuevo radicalismo, el llamado centro-izquierda, encontró un símbolo y un líder en Andreas, hijo de Georgios Papandreou, que había ingresado en el partido en 1964 después de más de veinte años de estancia en EE.UU. (y unos años en Grecia como consejero económico del gobierno Karamanlis). Se esperaba que las elecciones convocadas para mayo de 1967 dieran una amplia victoria a la Unión de Centro dominada por el centro-izquierda y Andreas Papandreou. Adelantándose al rey, los coroneles impusieron su dictadura de siete años en abril de 1967, precisamente para evitar las elecciones y su previsible resultado.

Durante su larga ausencia en el período de la dictadura, Andreas Papandreou llegó, aparentemente, a la conclusión de que el modelo de la vieja Unión de Centro ya no era viable. Al crear su propio Movimiento Panhelénico de Liberación (PAK)

optó, en efecto, por no asumir el liderazgo de la Unión de Centro tras la muerte de su padre en 1968. A su regreso a la Grecia democrática, en 1974, se negó a unirse a la reconstituida Unión de Centro. Fundó, en su lugar, el Movimiento Socialista Panhelénico (PASOK) en torno a un pequeño núcleo integrado por el PAK, otros fieles seguidores de los tiempos del centro-izquierda y varios representantes destacados de la resistencia contra la dictadura (la mayoría de los cuales fueron más tarde expulsados del partido u obligados a abandonarlo). Como era el propósito de su fundador, el PASOK proyectó inmediatamente la imagen de un partido completamente nuevo. Su original combinación de socialismo *tercermundista* con una organización de masas inspirada en el centralismo democrático no tenían un precedente claro.

En cualquier caso, los partidarios y militantes del PASOK (incluyendo, por supuesto, al propio Andreas Papandreou)

Como partido socialista, el PASOK no tiene raíces en el pasado.

En la medida en que tiene raíces históricas, éstas no son exactamente socialistas.

no eran unos recién llegados. En la medida en que habían tenido una identificación y compromiso partidistas previos, éste había tenido lugar, en casi todos los ca-

sos, con la vieja Unión de Centro y, especialmente, con su organización juvenil EDIN. El hecho de que el PASOK representaba concretamente una reconstitución del centro-izquierda de 1965-67 quedó muy claro desde su fundación y fue inmediatamente asumido por la mayor parte de sus votantes de 1974, que no se dejaron asustar por su retórica quasi-revolucionaria. Este cordón umbilical con el pasado se fue haciendo cada vez más obvio (y fue aceptado de forma creciente) conforme el PASOK procedía a desacreditar a los otros aspirantes al legado centrista, y a absorber a las masas aspirantes al legado centrista, y a absorber a las masas que les apoyaban. Este proceso alcanzó un punto irreversible en 1977, cuando el PASOK se convirtió en el segundo partido de Grecia a expensas de la llamada Unión de Centro

Democrático (EDIK). El proceso culminó en octubre de 1981.

En sentido específicamente sociológico, el PASOK representa, por tanto, una nueva generación de la familia del centro histórico, una clase política joven cuya experiencia formativa la constituyeron los años de la Unión de Centro (más que la propia época de la dictadura). Esta realidad queda dramáticamente refrendada por el historial político de los miembros y colaboradores del gobierno del PASOK y, especialmente, de su grupo parlamentario. De 170 diputados, 14 habían sido elegidos antes con la Unión de Centro, con anterioridad a 1967, y seis con el EDIK después de 1974. Los otros 150 accedieron por primera vez a la Cámara con el PASOK (91 de ellos en 1981). Pero casi todos tienen un historial político netamente centrista, y la mayor parte de ellos (más de 50 según la información disponible) fueron miembros del EDIN en los años sesenta.

¿Socialismo o Populismo?

El socialismo del PASOK se apoyaba desde el principio en la teoría de la dependencia. Concebía a Grecia como país dependiente, situado en la periferia capitalista, cuyos problemas económicos y políticos tienen su origen en las metrópolis capitalistas y, en consecuencia, nunca pueden ser resueltos en tanto dure esta dependencia. Es fácil de comprender por qué esta concepción resultaba particularmente atractiva durante la dictadura e inmediatamente después de su caída. También se puede entender fácilmente cómo este punto de partida teórico conduce a un programa político y a una estrategia que son más bien populistas que socialistas en sentido estricto.

El populismo ha sido objeto de una considerable controversia intelectual y de no poca confusión en los últimos años, principalmente con referencia a Latinoa-

mérica. Pero, simplificando, se podrían definir sus rasgos distintivos esenciales en los siguientes términos: es la concepción del «pueblo» como un todo unificado e indiferenciado (soslayando la división en clases o cualquier otra) en lucha contra «una minoría» y, particularmente, «los extranjeros» (por el contrario, una concepción de tipo socialista presupone un análisis de la estructura de clases y aspira a la definición y realización de una alianza entre clases, fracciones o estratos específicos). En su dimensión internacional, el populismo se limita a identificar al «pueblo» con la nación, en lucha contra «los extranjeros» y sus «agentes».

Vista desde este ángulo, la ideología del PASOK ha sido netamente populista. Establecía que el conflicto predominante, o incluso el único conflicto «real», existente en la sociedad griega era, sin más, el que enfrentaba a todos los griegos «no privilegiados» con una pequeña «oligarquía», agente de los monopolios interiores y extranjeros. Se daba prioridad a la lucha por la independencia nacional, como una necesaria condición previa de la soberanía popular y de la «liberación social». Al lema de Karámanlis «Grecia pertenece al Oeste», el PASOK oponía dos eslóganes: a) «Grecia pertenece a los griegos» y b) «Grecia pertenece a Europa en su conjunto, a los Balcanes y al Mediterráneo» (a través del cual está vinculada al «tercer mundo» y al mundo árabe en particular). A la luz de esta concepción sobre la posición internacional del país, se puede entender la política exterior por la que aboga el PASOK, incluyendo su oposición a la Comunidad Europea. Y a la luz de esta concepción se puede entender, asimismo, tanto su negativa a adherirse a la Internacional Socialista como los esfuerzos para promover una especie de *Internacional*

En el específico ámbito sociológico, el PASOK representa una nueva generación de la familia del centro histórico.

Mediterránea que incluya varios especímenes de socialismo árabe con los que el PASOK ha cultivado unas relaciones particularmente intensas.

¿Un Partido Socialista o un Movimiento Carismático?

Un líder carismático resulta muy apropiado al populismo, si es que no constituye un requisito del mismo, casi por definición. Precisamente, la identificación carismática con un héroe-dirigente es lo que genera la magia más efectiva para que el pueblo se unifique políticamente a pesar de su propia heterogeneidad. De todos modos, es ciertamente dudoso que las últimas implicaciones ideológicas y organizativas del carisma puedan ser compatibles con el socialismo, porque el carisma requiere una fe ciega y una devoción total hacia un individuo por parte de sus seguidores.

Andreas Papandreou emergió como dirigente carismático tan pronto como entró en la política griega en 1964. Su atractivo carismático se basó inicialmente en su condición de gran economista griego que había alcanzado prestigio en los Estados

Unidos. En 1965-67 se convirtió también en el heroico, radical e intransigente líder de la lucha contra el rey y sus aliados. Esta imagen se desarrolló y reforzó durante la dictadura, cuando se esperaba que el ausente Andreas regresara algún día mítico, reclamara la herencia paterna y condujera al país a un brillante futuro.

Así pues, *el PASOK ha sido esencialmente, desde su fundación en 1974, un movimiento en torno a un dirigente carismático*, sin perjuicio de su complicada estructura ideológica y organizativa. La posición suprema del *Presidente* (A. Papandreou) fue, de hecho, dotada de una supuesta justificación teórica en sucesivas declaraciones del partido. De modo similar, el *centralismo democrático* ha proporcionado una elaborada justificación para la concentración del poder en sus manos. El, como líder verdaderamente carismático, no tiene por qué atenerse a declaraciones previas, ni siquiera a las suyas. El sigue siendo, además, la única

f fuente de legitimidad dentro del partido, a despecho de los estatutos de éste (que, por lo demás, son particularmente vagos). Hasta el presente, siete años después de su fundación, el PASOK no ha celebrado congreso alguno, pese a las previsiones estatutarias. Como suprema y única autoridad legítima dentro del partido, Andreas Papandreou no ha tenido dificultad en intervenir repetidamente en las disensiones intrapartidarias, expulsando a sus oponentes o manteniendo el equilibrio entre tendencias. Finalmente, aunque todavía es demasiado pronto para hablar de sucesión carismática, la repentina inclusión del joven Georgios A. Papandreou en la lista del PASOK para el distrito de Patras (en la que fue elegido sin dificultad el pasado octubre) parece una repetición exacta del camino por el cual entró su padre en

la política griega en 1964.

El PASOK ha sido, desde su fundación en 1974, un movimiento en torno a un dirigente carismático.

Gracias al PASOK y su líder, la palabra *socialismo* ha adquirido rápidamente amplio uso y aceptación

en Grecia, lo que resultaba impensable hace unos pocos años. Pero, para mucha gente, ser *socialista* puede significar tan sólo apoyar y votar al PASOK. Y apoyar al PASOK puede querer decir simplemente que se cree en Andreas Papandreou.

Un reflejo de la sociedad.

Una ideología populista basada en la teoría de la dependencia fue articulada, expresada y legitimada por un líder carismático indiscutido. Esta combinación resultó irresistible precisamente porque era sumamente apropiada a la sociedad griega, una sociedad caracterizada por una considerable fluidez de clase y movilidad social, la pequeña propiedad y la pequeña empresa, una mentalidad netamente pequeño-burguesa y una inseguridad estructural. Se puede decir, en resumidas cuentas, que la sociedad griega se reconoció a sí misma en el PASOK como en un espejo.

El PASOK no es, por consiguiente, un partido obrero. (Esto habría sido difícil, en cualquier caso, porque la fracción de la clase obrera con conciencia de clase apoya mayoritariamente al Partido Comunista.) Tampoco es un partido campesino, como algunos observadores rápidamente concluyeron (simplemente porque sus apoyos en el campo no encajan en su imagen de conservadurismo campesino).

El PASOK es más bien un perfil repre-

sentativo del conjunto de la sociedad griega. De acuerdo con toda la información disponible, esto es así en lo que se refiere a su base de afiliados. Otro tanto ocurre con su base electoral, que en 1981 aparece claramente distribuida de forma uniforme a lo largo del país. El aspecto más contundente de esta realidad es que la diferencia entre las áreas urbanas y las rurales es menor en el PASOK que en cualquier otro partido griego. Este hecho se produjo ya en 1977. En 1981 las diferencias son prácticamente inexistentes (ver tabla 2).

Tabla 2
RESULTADOS ELECTORALES URBANOS Y RURALES (1977 y 1981)
(en %)

	1977		1981	
	Urbano	Rural	Urbano	Rural
Extrema derecha	5,5	7,8	1,5	1,8
Nueva democracia	40,5	44,7	30,9	39,5
Centro	10,3	13,1	2,1	1,2
PASOK	24,7	25,8	48,2	48,0
KKE interior	4,7	1,3	2,2	0,7
KKE	13,2	6,6	14,6	8,2

La audiencia notablemente amplia del PASOK se refleja también en la distribución ideológica de sus partidarios (a lo largo de una escala convencional de diez puntos Izquierda-Derecha). La mayor parte de ellos se sitúan a sí mismo en el centro o ligeramente orientados hacia la

izquierda. Esto confirma, de forma clara, la imagen y el papel del PASOK como nuevo centro-izquierda. Pero lo que quizá más llama la atención es la distribución normal de sus partidarios a través de todo el espectro ideológico, cosa que no ocurre con ningún otro partido griego (ver tabla 3).

Tabla 3
COMO SE SITUAN A SI MISMOS LOS PARTIDARIOS DEL PASOK EN UNA ESCALA
IZQUIERDA-DERECHA
(en %)

Izqda.	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	Dcha.
	3,6	4,3	13,2	27,5	29,7	12,2	4,1	2,4	2,2	1,0	

¿Socialismo o Cambio?

El PASOK ha llegado al poder en medio de una gran oleada de expectación popular y de una explosión de anhelos populares sin precedente. Estas esperanzas, sin embargo, tienen tal vez poco que ver con

el socialismo en sí. Lo que en un principio era una concepción del socialismo bastante dogmática e, incluso, sectaria, se convirtió desde 1977 por medio del PASOK en una promesa genérica de *Cambio* (con mayúsculas) en la que prácticamente todos los sectores de la sociedad griega po-

dían autorreconocerse y esperar una solución a sus propios problemas particulares. Para muchos, *Cambio* significa, en definitiva la modernización y racionalización

El cambio real no puede, ciertamente, alcanzarse a expensas de sólo diez familias.

globales de la sociedad griega, que Nueva Democracia había prometido también pero que había sido manifiestamente incapaz de realizar. De todas maneras, los problemas más importantes no han desaparecido y limitan estrechamente las iniciativas que el gobierno del PASOK puede tomar, particularmente a corto plazo.

En política exterior, los límites los imponen la seguridad nacional y apremiantes consideraciones económicas. La seguridad nacional implica, ante todo, un ejército bien equipado y pertrechado como freno a cualquier potencial amenaza turca. Las consideraciones económicas significan, sobre todo, un mercado seguro y favorable para las exportaciones agrícolas e industriales del país. En ambos aspectos, los fuertes nexos de Grecia con el Oeste, y especialmente con la Comunidad Europea, no pueden ser rotos a corto plazo sin una desorganización grave y peligrosa. Mejor que cortar estos nexos, es de esperar que el gobierno del PASOK proteja y promueva los intereses nacionales griegos con una determinación, e incluso una rigidez, sin precedentes. En el tema de la pertenencia griega a la Comunidad Europea, aunque sigue en pie todavía la promesa del PASOK de convocar un referéndum, el hecho de que el partido llegara a perder hasta un 8 % de los votos en las elecciones simultáneas para el Parlamento Europeo, constituye una clara advertencia de que no es previsible una mayoría contraria a la pertenencia, a pesar de los resultados de las elecciones nacionales.

En política interior, las limitaciones las impone la situación económica, caracterizada por una inflación incontrolada (en torno al 25 %), baja inversión y enorme déficit público (mientras que el desempleo ha sido controlado por Nueva Democra-

cia y muy probablemente no rebasa el 5 %). Hasta que esta crítica situación económica pueda ser enderezada, cabe dudar si los aspectos más costosos e inflaciona-

rios del programa del PASOK podrán ser financiados mediante la prometida reducción, o incluso eliminación, de la evasión fiscal. Las partes más radicales y específicamente socialistas de este programa, como la nacionalización (o *socialización*) de las grandes empresas, la descentralización administrativa en beneficio del gobierno local (y de las nuevas instancias provinciales y regionales que quedan por crear), y la puesta en pie de un sistema democrático de planificación (con participación popular), tendrán que esperar, a menos que puedan ser adaptadas para que tengan efectos económicos inmediatos. Pero el problema más arduo será probablemente la resistencia generalizada de la sociedad griega al cambio estructural, que requeriría inevitablemente algún sacrificio por parte de prácticamente todos los intereses particulares. El cambio real no puede ciertamente alcanzarse a expensas de sólo *diez familias* tal como A. Papandreou había prometido en una de sus últimas intervenciones electorales. No puede considerarse garantizada, en particular, la moderación del movimiento obrero: su estado fragmentado ofrece, tanto a los comunistas como a la derecha, amplias oportunidades para llevar a cabo, a través de él, una agitación contra el gobierno del PASOK.

Sin embargo, el gobierno del PASOK puede confiar en una combinación casi única de recursos políticos incalculables (aunque no inagotables). Lo más importante es quizá el fundamental pragmatismo y la gran habilidad de su líder carismático y de muchos de sus colaboradores (especialmente en la esfera económica). Y también la estable y disciplinada mayoría parlamentaria, así como la eficaz organización partidaria del PASOK a lo largo y ancho del país. Por su parte, el ejército

tiene una misión exterior concreta y absorbente, y está recibiendo todos los medios requeridos para esta tarea. Finalmente, la legitimidad de la República parlamentaria establecida en 1974 no está en duda. Ha superado con éxito su test más difícil, que era la transferencia de poder de Nueva Democracia al PASOK tras las últimas elecciones. Tiene, por otra parte, la garantía concreta de la autoridad caris-

mática y la consumada habilidad de estadista del Presidente de la República, Konstantinos Karamanlis (cuyo mandato concluye en 1985). No es cuestión de pensar que todos esos recursos van a desperdiciarse.

Traducción:
Teresa González
y Feliciano Páez-Camino

EL PROGRAMA ECONOMICO DEL PSF

Miguel Muñiz



2

Desde una perspectiva política e ideológica resulta relativamente fácil definir el objetivo prioritario de un programa económico socialista como el francés, pero cuando se trata de hacer la ecuación económica de los costes y de los equilibrios, todo se vuelve *fundamental* y resulta relativamente difícil destacar un objetivo prioritario sin ser acusado de olvidar o despreciar las consecuencias negativas o las contradicciones con otros objetivos no renunciables para la sociedad. Pero frente a! mecanicismo de la economía, la izquierda presenta un voluntarismo de cambio y un conocimiento profundo de la realidad política y económica.

En efecto, el programa socialista francés está avalado por: unas elecciones que responden a un análisis político del que se deduce que la población piensa que la izquierda lo hará mejor que la derecha; una ideología que trata de romper las relacio-

nes de dominación entre las clases, y una coherencia técnica de un programa en la conciencia de que en economía todo es posible, y su mecanismo afecta tanto a un programa de derechas como de izquierdas. En cualquier caso, los hombres en-

cargados de llevarlo a cabo son profundos conocedores de la economía francesa.

El Programa Económico del Partido Socialista Francés tiene su *marco político* en una democracia consolidada e inserta en la comunidad internacional occidental, y viene definido más concretamente por el fracaso del neoliberalismo giscardiano ante la crisis y sus soluciones y por la política del Presidente Reagan. Estas son las coordenadas políticas en que se ha de mover.

El fracaso de la política del primer ministro de Giscard, Raymond Barre, estaba en que habiendo obtenido un relativo éxito en las premisas no tuvo las consecuencias prometidas, porque de nada sirven las políticas sensatas si no impiden que sigan existiendo los problemas más graves: el paro y la inflación. La política de Barre consiguió unas cuentas del Estado relativamente saneadas (Francia presenta el déficit presupuestario más bajo de los países industrializados), el mantenimiento del franco, un control de las magnitudes monetarias, un endeudamiento exterior moderado y un déficit relativamente limitado en los pagos exteriores. Concedemos todo esto, aunque sería discutible el nivel del éxito; pero aunque así fuese: ¿de qué sirven —se preguntan los franceses— todas estas políticas sesudas y rutinarias si los efectos esperados de moderación de rentas y control de la inflación no se producen, ni la inversión se estimula para producir empleos y detener el aumento del paro, o bien habría que esperar diez años para que esto ocurriera?, cuando existen políticas más imaginativas y progresistas que benefician más directamente a la mayoría y pueden obtener resultados más positivos en relación con el paro. M. Barre creía que la lucha contra el paro sería el resultado, la fruta madura, de los grandes equilibrios; mientras tanto el paro seguía creciendo hasta alcanzar el 1.800.000, o sea, el 7,5 por 100 de la población activa francesa. Era necesaria una política voluntarista dirigida prioritaria

mente hacia la consecución de creación de puestos de trabajo y esto es lo que ofrece el programa socialista, frente a la rutinaria y tópica política de Raymond Barre. Por otro lado, la política de dominio económico de la administración Reagan no deja mucho margen para excesivos y rápidos éxitos y obliga a actuar con extrema prudencia. El mantenimiento de altos tipos de interés en los Estados Unidos «tendría consecuencias terribles: económicas, sociales y políticas, susceptibles de provocar fenómenos de desestabilización en los países europeos», ha dicho Jacques Delors, Ministro de Economía.

En cualquier caso esta medida americana pone en peligro la recuperación de la inversión en Francia —que habrá de ser subvencionada para compensar tales tipos de interés— y, por tanto, el empleo y el crecimiento. La subida del dólar está encareciendo las importaciones, especialmente de petróleo, y puede poner en peligro igualmente el crecimiento y empobrecerá a Francia en relación con el resto de los países. Todo esto no es improbable a la vista del desprecio que la Administración Reagan tiene para sus países *aliados* haciendo prevalecer sus tesis en favor de una estabilización en los Estados Unidos, «lo que redundaría en interés de todos», según la tesis de Reagan, por la que se justifica cualquier sacrificio de los *aliados* en favor de la *metrópoli*.

El fracaso de la política de Barre y la imposición de la política americana no son los únicos puntos de referencia política pero sí los más importantes, y que, en cualquier caso, ilustran bastante bien los límites y la oportunidad del objetivo prioritario del Programa Socialista que es el empleo.

Desde la *perspectiva ideológica*, la ruptura de las relaciones de dominación se enfrenta, por un lado, con unas condiciones de desigualdad de las más elevadas de la Europa industrial (el 0,7 por 100 de los franceses —125.000 familias— poseen tanto como el 60 por 100 de los franceses

El Programa Económico del PSF tiene su marco político en una democracia consolidada e inserta en la comunidad internacional occidental.

**El Programa del PSF
va en el sentido de
una mayor igualdad,
control social de la economía
y la independencia nacional.**

más pobres. Hay cinco veces más hijos de cuadros superiores que de obreros que terminan sus estudios secundarios); con una baja sindicación (no llega al 25 por 100 de los asalariados); con una escasa democracia industrial, y con una fuerte dependencia económica de otros países como Estados Unidos y la República Federal Alemana y, a su vez, un fuerte dominio sobre algunos países del Tercer Mundo, especialmente Africa (el 35,9 por 100 de los productos manufacturados se compran en el extranjero, frente al 31 por 100 en 1978; y en cuanto a los bienes de equipo profesionales hoy se compran el 53,1 por 100 en el extranjero, cuando en 1978 era el 41,5 por 100. La proporción del comercio exterior en el Producto Interior Bruto es en Francia del 24 por 100, frente al 7,8 por 100 en Estados Unidos y el 13 por 100 en el Japón). El programa ha de romper este modelo, pero en la conciencia de que ha de coexistir por mucho tiempo con el sistema de mercado y, por supuesto, queda bien claro que dicha ruptura no implicará, ni se plantea, un enfrentamiento entre clases sino que resolverá mediante la concertación, el espíritu contractual y la planificación democrática, espíritu que invade todo el Programa Económico Socialista.

El pleno empleo, la redistribución de rentas, el impulso a los equipamientos colectivos, la ampliación del sector público mediante nacionalizaciones, la conquista del mercado interior y la reducción de la importancia del comercio exterior, entre otros objetivos, van en este sentido de una mayor igualdad, control social de la economía y la independencia nacional; esto es, otro modelo.

De forma más concreta, el proyecto socialista se fija como primer objetivo sacar a Francia de la crisis y califica el paro como un despilfarro y un cáncer social que afecta a toda la población y, de una forma especial y discriminatoria, a los jóvenes, a las mujeres y a las personas de edad madura. En consecuencia, el Programa

considera la vuelta al pleno empleo como el objetivo que debe presidir todas las grandes opciones económicas tanto si se trata de la duración del trabajo, del ritmo

de crecimiento, de las relaciones industriales o de las opciones en materia de ordenación del territorio.

En cuanto a la *reducción de las desigualdades*, ésta será obtenida por el aumento prioritario de las rentas más bajas que afectan a las clases más desfavorecidas, especialmente el SMIC (salario mínimo), y de los subsidios a los incapacitados, el mínimo de vejez, el subsidio familiar y otros; en fin, el desarrollo de las prestaciones sociales junto con una fiscalidad más justa y un programa de prioridad a los equipamientos colectivos son las tres coordenadas básicas en las que se apoya la consecución de una mayor igualdad.

La reducción de la duración semanal del trabajo es una de las principales medidas destinadas a repartir el trabajo existente y a transformar las condiciones del trabajo, junto a la disminución de las cadencias y otras de intervención de los trabajadores en las decisiones de la empresa. Frente a las 40 horas actuales conseguidas hace 44 años se fija como objetivo 35 horas a la semana, sin disminución de remuneraciones a alcanzar, por medio de negociaciones por ramas de actividad e, incluso, por empresas, teniendo en cuenta dos condiciones: el mantenimiento de una tasa elevada de utilización de los equipos y la presión de la concurrencia internacional.

Conseguir *una economía ni dominante ni dominada* pasa —en el Programa— por el equilibrio de las relaciones comerciales y financieras entre Francia y los países que la dominan (USA y Alemania), así como por aquellos que Francia domina (especialmente en Africa). De 1960 a 1978 la proporción del comercio exterior en el PIB ha pasado del 10 al 22 por 100 y se considera que esta extraversion se debe a la necesidad que tienen las multinaciona-

les de extender sus mercados y de desplazar sus unidades de producción para maximizar sus beneficios. Frente a la elección liberal de servir a los intereses de las multinacionales, la del Partido Socialista es detener el aumento de la participación del comercio exterior en el PIB y reducirlo por debajo del 20 por 100 en 1990.

Para obtener todos los objetivos anteriores es necesario —según el Programa Socialista— un crecimiento fuerte y diferente. Se rechaza la austeridad o *sobriedad* en el crecimiento porque los objetivos establecidos y la mejora de la posición de los más desfavorecidos es imposible con un crecimiento cero. Al mismo tiempo trata de cambiar el contenido de la producción para que responda a las necesidades reales, por un lado, y a las nuevas suscitadas por el cambio de modo de vida: vivienda, equipamientos colectivos, protección del medio, etc.

El programa declara que para conseguir este crecimiento nuevo, más igualatorio, autónomo y creador, los motores del viejo conocimiento coexistirán por mucho

tiempo y, por ello, no tiene mucho sentido discutir si la reactivación ha de venir por el consumo o por la inversión.

El control social de la economía supone *limitar el papel del mercado*. Sobre este punto el Programa se expresa de la siguiente forma:

«Mientras que las virtudes del mercado son exaltadas como nunca por una pléyade de *nuevos economistas*, discípulos de la escuela de Chicago, el susodicho mercado demuestra todos los días su incapacidad para conciliar las grandes funciones de la economía.»

«En las leyes del mercado los hombres que padecen la crisis no pueden reconocer más que un sistema hecho para privilegiar a los poderosos en detrimento de los más débiles. Cuanto más rico es uno más oportunidades tendrá de salir del círculo vicioso de la pobreza y la desigualdad.»

Los socialistas no tomarán el mercado

tal como funciona hoy. Es *el plan* el que debe decidir, en función del interés general y de las previsiones, la orientación de las grandes inversiones y de él debe surgir el modelo de desarrollo, la reducción de las desigualdades, el equilibrio regional y la relación con el resto del mundo. Sus grandes instrumentos son el Presupuesto de las Administraciones Públicas y de la Seguridad Social; el dominio y control de la financiación; un poderoso sector público económico; procedimientos contractuales por los que las obligaciones asumidas son la contrapartida de las ventajas consentidas. Es en este sentido, y con estos medios, en el que el plan es el regulador global de la economía, y se deja para el mercado el ajuste puntual entre la oferta y la demanda.

El plan debe ser, por tanto, el lugar donde se toman las grandes decisiones de inversión en concertación con las empre-

El Programa Socialista insiste repetidamente en considerar a la industria como la actividad productiva que jugará el papel determinante.

sas y colectividades, y lo mismo para los equipamientos sociales. En primer lugar, el plan debe aplicarse a la industria que, para los socialistas franceses, continuará

siendo, por mucho tiempo, el motor del desarrollo.

El recurso al procedimiento contractual será la norma de las relaciones del Estado con las empresas públicas y las grandes empresas privadas. En contrapartida, el Estado garantizará los recursos financieros necesarios a las inversiones programadas.

«Ir a lo esencial, pero a lo esencial solamente: esto significa que se planifica la producción pero no el comercio; la orientación de las grandes empresas, pero no la de las pequeñas y medianas; la inversión pero no los precios o los salarios; la formación de los grupos industriales pero no para cada empresa. En resumen, se planifican las orientaciones pero no el detalle de la ejecución. Allí donde se detiene el plan, la iniciativa de los agentes económicos industriales y el espíritu de empresas recuperan sus derechos y el papel del mercado su utilidad.»

El Programa Socialista insiste repetidamente en considerar a *la industria* como la actividad productiva que jugará el papel determinante. La industria francesa —declara— debe ser potente y diversificada, capaz de cubrir lo esencial de las necesidades expresadas en el mercado interior y de ocupar un cierto número de posiciones fuertes en el mercado internacional.

No se trata de una orientación autárquica ni ultraespecializada de la industria, sino de conseguir una mayor autonomía de la economía francesa, y, en este sentido, la inserción creciente de la economía en la división internacional del trabajo tiene como consecuencia el abandono progresivo de sectores esenciales de la actividad económica (construcción naval, textil, siderúrgica, electrónica de consumo), lo que representa un coste social y económico considerable. Tal política responde, en el análisis socialista, a los intereses de un cierto número de grandes grupos industriales, pero va en contra de los intereses de los trabajadores y de los del país.

Por el contrario, es urgente reducir la penetración abusiva en nuestro mercado de ciertas producciones, invirtiendo en esos sectores para hacerlos competitivos.

El esfuerzo industrial se centrará tanto en los bienes de equipo, en los que la dependencia tecnológica es preocupante, como en los productos intermedios y de consumo (electrodomésticos, electrónica de consumo, muebles, etc.) en los que el nivel de penetración extranjera alcanza niveles críticos (más del 85 por 100 del mercado francés de motos, cámaras fotográficas, máquinas de coser; 50 por 100 del mercado de relojes, etc.).

La reabsorción del paro y el desarrollo de actividades no productivas (educación, salud, cultura, protección de la naturaleza) serán posibles si se crean empleos industriales y gracias al excedente creado en la industria.

El Programa Socialista añade que los socialistas deben recuperar, por su cuenta la idea de un imperati

vo industrial abandonado por la burguesía giscardiana.

La industria es, pues, la *vanguardia*, pero esta consagración industrial no se basa en un discurso productivista o en el sacrificio de los trabajadores al viejo estilo, sino simplemente la constatación de que una Francia autónoma y económicamente competitiva sólo es posible con una industria fuerte. Una Alemania que dedica el 47 por 100 de su población activa a la industria, y con salarios altos, frente a sólo el 38 por 100 en Francia, avala esta opción socialista.

Para llevar a cabo su política industrial los socialistas proponen la *ampliación del sector público* a los grandes grupos industriales mediante su nacionalización, de forma que constituyan un instrumento de orientación y estímulo de la actividad industrial; y este papel debe ser compatible con la autonomía de gestión de estas empresas que será asegurada mediante contratos que tales empresas públicas harán con el Plan. Se sale así al paso de las críticas —y el peligro real— de una burocratización de la actividad empresarial que las nacionalizaciones pueden llevar consigo y hacerlas estériles como instrumento.

El sector público ampliado se extenderá a las actividades que determinan la independencia tecnológica, que viven de subvenciones públicas o que son dominadas por un centro de acumulación capitalista gozando de una verdadera posición de monopolio nacional.

En el campo del comercio exterior el Programa Socialista, después de denunciar las *políticas proteccionistas* más o menos evidentes de la mayor parte de los países con los que mantiene importantes relaciones (Estados Unidos, Japón, Alemania e Italia), se declara opuesto a un proteccionismo indiscriminado que daría lugar a una regresión en el nivel de vida.

Pero tampoco suscriben un libre comercio incondicional; para los socialistas la libertad de cambio no es un dogma, que es lo mismo que decir que si el libre cam-

Para llevar a cabo su política industrial los socialistas proponen la ampliación del Sector Público a los grandes grupos industriales, nacionalizándolos

bio constituye un obstáculo para la ruptura del modelo que se propone será abandonado en la medida precisa.

Hemos tratado —con todos los riesgos

de la simplificación y de la selección— los puntos económicos que, de forma más importante, dan el marco ideológico del Programa Socialista, es decir, la doctrina sobre el beneficio, el mercado, la planificación, la autonomía productiva, las desigualdades, el trabajo, los motores del desarrollo, papel del sector público, los instrumentos, etc. Por supuesto, constituyen un cambio radical en la concepción de la economía respecto al modelo que la derecha ha impuesto en los últimos decenios, sin que, por otra parte, ese radicalismo vaya a suponer ni traumas, ni modelos autoritarios o colectivistas. Por el contrario, es la búsqueda dinámica de un modelo socialista por la vía del contrato, de la concertación y de la planificación democrática, lo que supone la coexistencia por mucho tiempo, con concepciones netamente capitalistas, de la sociedad y la economía.

Con este mercado doctrinal y político, la lucha contra el paro es el objetivo principal de las medidas económicas concretas que han de presentar una *coherencia técnica* con otros objetivos relativos a la inflación, la competitividad de la industria y el nivel de vida de los franceses. El paro en Francia alcanza la cifra de 1.800.000 parados, un 7,4 por 100 de la población activa, lo que supone una tasa inferior a la de Bélgica e Irlanda: 10,5 por 100; España: 14 por 100; Gran Bretaña: 9,5 por 100; Dinamarca: 9,3 por 100; Italia: 8,8 por 100, y superior a la de Holanda: 6,7 por 100; Alemania: 4,7 por 100, y Grecia: 1,0 por 100. En un año, el paro aumentó el 4 por 100, y en julio terminaron la escolaridad 750.000 jóvenes que llegan al mercado de trabajo, al mismo tiempo que el número de despidos sigue siendo importante.

Ante este panorama las medidas concretas se basan en un relanzamiento selec-

La lucha contra el paro es el objetivo principal de las medidas concretas que deben estar en coherencia con otros objetivos relativos (inflación, competitividad).

tivo de la economía por un aumento del consumo popular, a partir de una elevación de rentas bajas junto con la reducción del tiempo de trabajo, un programa

de inversiones públicas y privadas, una reducción de las cargas sociales de las empresas y una política activa de formación profesional.

La elevación de las rentas más bajas se concreta en un aumento del 10 por 100 del SMIC (salario mínimo), que afecta a 850.000 trabajadores. Esta medida de relanzamiento económico tiene, además, su justificación en que el poder adquisitivo del SMIC ha bajado un 2,4 por 100 desde 1976.

Además, se elevarán los subsidios por incapacidad, los subsidios familiares y los mínimos de vejez y de vivienda.

La reducción del tiempo de trabajo propone pasar de las 40 horas semanales de la actualidad a 35 horas, conseguir la quinta semana de vacaciones y reducir la edad de jubilación voluntaria a los 60 años.

La elevación del SMIC presenta dos problemas principalmente. El primero es que al aumentarlo en un 10 por 100, el número de trabajadores con salario mínimo aumentará a millones si no se produce una elevación, a su vez, de los salarios por encima del mínimo. Fundamentalmente son las pequeñas y medianas empresas las que se verán afectadas (sobre todo aquellas que tienen dificultades), dado que las empresas grandes pagan, en general, salarios por encima del mínimo. Por otro lado, si se mantiene la libertad de precios, como ha asegurado Mitterrand, será difícil evitar que las empresas no repercutan las alzas salariales en sus precios, lo que supondrá una mayor inflación.

Por otro lado, *el relanzamiento de la demanda interna* por el alza de las remuneraciones más bajas entraña un aumento de las importaciones de bienes de consumo con su consecuencia negativa en el déficit anterior.

En cuanto a las medidas de reducción

del tiempo de trabajo sin disminución de remuneraciones, puede suponer un aumento de costes adicionales. Todos los peligros citados inciden en uno de los elementos claves de la economía francesa cual es la competitividad de las empresas, condición necesaria para invertir y para obtener la autonomía frente a otros países.

Ahora bien, todos estos peligros, que son evidentes, tienen su límite.

En efecto, el relanzamiento *no se hará contra las empresas y éstas recibirán compensaciones si las alzas del salario mínimo y la reducción del tiempo de trabajo les afecta negativamente*. Esta compensación consistirá en una contribución del Estado, especialmente para las pequeñas y medianas empresas, en la concesión de créditos privilegiados tanto en el plazo como en el tipo de interés, así como en un aumento del crédito. En este punto es significativo que el Gobierno francés, para

financiar esta contribución a las pequeñas y medianas empresas, haya acudido a aumentar un impuesto que repercutirá en el precio de la gasolina, medida no muy popular en Francia donde el automovilista es (o era) *intocable* políticamente.

Por otro lado no se permitirá que tales alzas repercutan en los precios, y en cualquier caso se argumenta que la inflación en Francia responde a causas estructurales y no a desórdenes coyunturales. En efecto, la política de R. Barre consistió en la *sana gestión* del presupuesto del Estado, de la masa monetaria, etc. y, sin embargo, la inflación en Francia alcanza el 14 por 100 en 1980, y desde 1977 ha crecido constantemente (9 por 100). Según el Partido Socialista las estadísticas internacionales muestran que los salarios franceses son los más bajos de los países industrializados, exceptuando Gran Bretaña y Japón, y que, además, han perdido poder adquisitivo desde 1979. Ambos aspectos suponen que los salarios no han sido determinantes de la inflación.

En cualquier caso, el conjunto de las

medidas de relanzamiento de la demanda por elevación de las rentas más bajas supone un gasto público adicional de 5.300 millones de francos (90.000 millones de pesetas) (incluyendo lo que el Estado aporta a las empresas como compensación del efecto de la elevación del SMIC sobre los costes), y un aumento del poder de compra de 16.500 millones de francos (280.000 millones de pesetas), que representa el 0,5 por 100 del Producto Interior Bruto (PIB), lo que no parece exagerado y alarmante cuando en la actualidad se prevé una recesión del 1 por 100 de dicha magnitud económica. Esa adición al poder de compra se estima que se repartirá así: el alza de los salarios bajos supondrá unos 6.000 millones de francos (102.000 millones de pesetas), las prestaciones sociales suplementarias unos 4.500 millones de francos (76.000 millones de pesetas) y el desbloqueo del Fondo de Acción Coyuntural otros 6.000 millones de francos

El relanzamiento de la demanda interna no se hará contra la empresa y éstas recibirán compensaciones si las alzas del salario les afecta negativamente.

(102.000 millones de pesetas). En conjunto, una demanda potencial nueva del 0,5 por 100 del Producto Interior Bruto.

Decíamos que el coste de las medidas

sociales supondría un aumento del gasto público de 5.300 millones de francos, pero, además, existen unas medidas de creación de puestos de trabajo, por un lado, que consiste en un plan de ayuda y de incentivos al empleo juvenil, que debería permitir la contratación de 650.000 jóvenes, consistente en la reducción de cotizaciones sociales, cursos de formación y contratos de empleo-formación financiados con la ayuda del Estado; y, por otro lado, la creación de empleos públicos por medio de asignaciones presupuestarias de créditos que permitan, en una primera fase, 54.290 empleos públicos nuevos para llegar a los 210.000 que Mitterrand se ha comprometido a financiar muy rápidamente. En conjunto supondrá un gasto adicional de 6.800 millones de francos (115.000 millones de pesetas) que serán financiados por una mayor presión fiscal sobre las personas más ricas (afectará a

108.000 contribuyentes, menos del 1 por 100) y por impuestos especiales sobre los beneficios excepcionales de los bancos y de las sociedades petrolíferas, así como por un impuesto sobre ciertos gastos no indispensables de las empresas, entre otros. Todos los impuestos tienen carácter excepcional.

El balance se establece así (en millones de francos):

Creación de empleos	2.700
Ayuda a las empresas	2.750
Viviendas sociales	155
Varios	1.205
TOTAL	6.810
Impuestos s/las mayores fortunas.	3.400
Elevación de IVA para hoteles de cuatro estrellas	160
Impuestos s/barcos	50
Impuestos s/ciertos gastos de empresa	1.200
Impuestos s/bonos excepcionales de la Banca	1.000
Impuesto s/soc. petrolíferas	1.000
TOTAL	6.810

En consecuencia, el Presupuesto no se verá afectado y el déficit actual de 51.600 millones de francos seguirá siendo el más bajo de los países industriales.

En cuanto a la mayor presión fiscal está cuidadosamente elegida, tiene carácter excepcional y se enmarca en un sistema fiscal cuya presión es la de más bajas de los países industrializados (un 23 por 100 del PIB francés, mientras que en Alemania es el 25 por 100, en Bélgica el 30,9 por 100, en Holanda el 29,3 por 100 y en el Reino Unido el 27,7 por 100) y, además, es injusto al superar en gran proporción los impuestos indirectos a los directos. El impuesto sobre la renta es muy bajo y supone un 5,2 por 100 del PIB, mientras que para el conjunto de los países de la Comunidad Económica Europea representa casi el 12 por 100 del PIB (11,3 por 100 en Alemania, 11,2 por 100 en Gran Bretaña,

15,5 por 100 en Bélgica, 13,4 por 100 en Holanda, 10,4 por 100 en EE.UU. y 22,6 por 100 en Suecia).

En cuanto a la reducción del tiempo de trabajo a 35 horas semanales, y la quinta semana de vacaciones, se trata de objetivos a conseguir en cinco años y mediante negociación por rama de actividad e, incluso, por empresa, de acuerdo con las condiciones del mercado. Según la patronal, esta medida supondría un crecimiento de la masa salarial del 4 por 100 por año; sin embargo, además del plazo y del carácter negociador y no autoritario de tal medida, el Gobierno admite que es necesario ligar la reducción a la productividad y a una nueva organización y condiciones de trabajo. Por tanto, esta medida no tiene por qué tener la repercusión que denuncia la patronal y sí debe permitir la creación de más puestos de trabajo.

Pero, quizá, la medida que en el contexto del Programa adquiere mayor significado socialista es la de las nacionalizaciones de importantes grupos industriales y de la banca; y ello porque se consideran esenciales para conseguir el cambio de política industrial, la financiación necesaria y la orientación del ahorro hacia las inversiones prioritarias. Para los socialistas no es admisible dejar a los grupos privados la definición de las grandes opciones industriales, y, al mismo tiempo, rechazan el peligro de burocratismo al establecer un sistema de funcionamiento por el cual cada grupo nacionalizado propondrá al Gobierno un contrato de plan elaborado democráticamente, que fije sus objetivos y sus medios, esto es, sus actividades, su financiación, la participación en el mercado, la inversión, el empleo y las condiciones de trabajo. La empresa pública negociará con un interlocutor administrativo único y el control que se ejercerá sobre

Para los socialistas no es admisible dejar a los grupos privados la definición de las grandes opciones industriales.

ella será ligero y «a posteriori», y será dotada de una gran autonomía de gestión. No habrá intervención autoritaria de los poderes políticos.

Los nuevos dirigen-

tes de estas empresas tendrán garantizado un cierto período de tiempo para la ejecución de su misión.

Los precios industriales serán libres siempre que exista una

competencia real y no una situación monopolista. En el caso de servicios públicos, como las tarifas de transportes, serán objeto de una compensación financiera.

Se trata de una política voluntarista, socialista pero sobreviviendo en un sistema de mercado capitalista, y que trata de conciliar la eficacia industrial y el control de la gestión por los trabajadores; la independencia nacional y el respeto a las leyes de mercado; la planificación y la flexibilidad de funcionamiento.

En concreto, se nacionalizarán nueve grupos industriales, y se completa el control público de la banca y los seguros. Ello

El Programa prevee la nacionalización de nueve grupos industriales, completando el control público de la banca y los seguros.

sumado al 22 por 100 ya nacionalizado anteriormente representa alcanzar el 50 por 100 de la industria francesa, esto es, 1.310.000 millones de francos (22 billones de pesetas). Los nueve grupos industriales pertenecen a los sectores de tecnología punta: farmacéutica, química, electrónica, telefonía, nuclear, armamento, informática y aeronáutica.

El éxito del Programa Socialista francés está en conseguir el difícil equilibrio entre los condicionantes políticos internos y externos, los medios y la fuerza para la ruptura del modelo de dominación, y la coherencia técnica de las medidas concretas.

supone más de un millón de personas y más de 350.000 millones de francos de cifra de negocios (seis billones de pesetas): el 28 por 100 de la industria francesa, que

Revista Cultural de la Caja de Ahorros de Asturias

Los Cuadernos del Norte



Cuadernos de: Textos de:

Pensamiento
Cine
Arte
Inéditos
Literatura
Poesía
Diálogo
Viaje
Música
Asturias
Actualidad
Jazz

C. J. Cela
Barthes
Umbral
Torrente Ballester
Jiménez Losantos
Manuel Vicent
Pedro Caravia
Antonio Gamoneda
Angel González
Antonio Gala
Gonzalo Suárez
Cabrera Infante
Cándido
Zamora Vicente
etc.



Periodicidad: *Bimestral*. Información, publicidad y suscripciones: *Caja de Ahorros de Asturias*. Plaza de la Escandalera, 2. Oviedo. España. Apartado de Correos 54. Teléfono 22 14 94. Extensión 254.

EL SALVADOR: DE FARABUNDO MARTÍ AL FMLN

Richard Gillespie



Las fuerzas rebeldes que están intentando poner fin a cinco décadas de poder militar en El Salvador, toman su nombre de una legendaria figura de la izquierda salvadoreña: Agustín Farabundo Martí. Líder del primer partido comunista de América que intentó una revolución armada, su nombre se ha convertido en una consigna de combate para las guerrillas que están luchando por derrocar a la Junta cívico-militar, encabezada por el presidente José Napoleón Duarte y sostenida por el respaldo militar y económico norteamericano.

Al mismo tiempo que la izquierda reivindica a Farabundo Martí como fuente de inspiración, las fuerzas de la derecha se remiten constantemente al pasado: para ellos el nombre de Farabundo Martí está ligado a una revolución ahogada en san-

gre, y mantiene sus esperanzas de supervivencia futura en la creencia de que la historia se está repitiendo.

Farabundo Martí fue hijo de padres adinerados que poseían tierras en una zo-

na remota de El Salvador. Su extracción de clase no le impidió crecer junto a los hijos de los trabajadores de su padre, pero le permitió tener el privilegio de una

Martí se convirtió en secretario privado del General Sandino, aunque éste le expulsó en 1929.

educación universitaria. Comentando su desarrollo político, un viejo compañero describió cómo Martí «retuvo las costumbres del campo, perdió sus raíces con su tierra natal y encontró la atmósfera de la universidad sofocante; sentía repugnancia por la posición de los acaudalados, los ricos. *Entonces* buscó amistades entre los desposeídos, los estudiantes más modestos. Así fue como él... y otros, se juntaron para luchar contra el gobierno de Jorge Meléndez. Martí buscó, incluso, la amistad de trabajadores en San Salvador... el ambiente de la clase trabajadora»¹. Hacia 1920 estudió algunos de los clásicos de la literatura marxista, entre otros, *Estado y Revolución*; pero quizá el momento clave de su vida, que originó el abandono de sus estudios y el que se convirtiese en militante comunista, fue la deportación que sufrió ese año². Iba a ser la primera de una larga lista.

En Guatemala, Martí trabajó como maestro, obrero de la construcción y agricultor; vivió un tiempo entre los indios de Quiché y, según cuentan, llegó a ser un experto en su lengua. Fue durante estos años cuando se dijo que había viajado a México y alcanzado el rango de sargento en los Batallones Rojos durante la revolución mexicana³. Con más certeza podemos señalar que participó, en 1925, en la fundación del Partido Socialista de América Central (comunista), por lo que fue expulsado de Guatemala.

De vuelta a El Salvador, Martí se puso inmediatamente a trabajar en la *Federación Regional de Trabajadores Salvadoreños* (FRTS), fundada un año antes, y pronto pasó a ser su principal organizador. La FRTS estableció una sección del Socorro Rojo Internacional, creado para proporcionar apoyo legal y financiero a

los comunistas en problemas. Bajo el nombre de *Liga para la Defensa de Luchadores Perseguidos*, la sucursal se convirtió en el principal eslabón entre los comunistas

salvadoreños y la Comintern, siendo Martí, en los últimos años 20, el representante del Buró del Caribe del Socorro Rojo Internacional en El Salvador⁴.

Si bien el presidente Pío Romero Bosque, en 1927, le encarceló por sus actividades, una exitosa huelga de hambre, junto con la agitación desencadenada para su liberación, pronto permitieron a Martí volver a sus viajes. Primero a Nueva York, donde fue arrestado durante una redada policial en las oficinas de la Liga Anti-imperialista en 1928; de ahí a México, Cuba y Jamaica antes de retornar, vía Belice, a América Central, haciéndose pasar por terrateniente. Tras cruzar Guatemala y Honduras, Martí llegó directamente al campamento del líder de la guerrilla nicaragüense, Augusto César Sandino. Esta era una época en que la Comintern carecía de partido miembro en Nicaragua, y pretendía ansiosamente la alianza con Sandino, aclamándole como la encarnación del anti-imperialismo. En resumen, Martí se convirtió en coronel del ejército de emancipación y secretario privado del general Sandino, pero pronto sus relaciones se formaron muy problemáticas. Martí fue despedido por Sandino en 1929 y, en enero del siguiente año, el líder nacionalista nicaragüense denunció actividades comunistas «en su nombre»⁵.

Deportado de México a El Salvador, Farabundo Martí presidió la fundación formal del *Partido Comunista Salvadoreño* (PCS) el 28 de mayo de 1930, poco antes de celebrarse las últimas elecciones libres en el país. En ellas el PCS apoyó la candidatura presidencial del cafetero Arturo Araújo (cuyo *Partido Laborista Salvadoreño* había sido formado bajo la influencia directa del Partido Laborista In-

glés), pero cambiaron repentinamente de opinión cuando el colapso del mercado cafetero internacional condujo a Araújo a abandonar las reformas prometidas. La intranquilidad social aumentó cuando los precios de exportación y los salarios de los trabajadores del café disminuyeron cerca del 50 por 100 entre 1928 y 1931. Esto permitió al PCS, que originariamente basaba su fuerza en los sindicatos de trabajadores industriales, organizar rápidamente alrededor de 80.000 agricultores de las plantaciones de café del occidente del país en sindicatos muy poderosos ⁶.

Martí fue deportado de nuevo a finales de 1930, si bien después de haber pasado de Guatemala a México, California, Costa Rica y Nicaragua, se las ingenió para escapar y llegar a El Salvador, vía Honduras, en febrero de 1931. Cuando fue hecho prisionero por Araújo, durante poco tiempo, el PCS denunció al régimen como un «gobierno de asesinos y criminales», «instrumento servil» de la burguesía nacional y «aliado incondicional del imperialismo yanqui» ⁷.

En realidad, aunque Araújo respondió a la protesta social con un aumento de la represión, ésta, a la larga, fue bastante inefectiva, lo que permitió al General Maximiliano Martínez referirse a la «ineficacia» de su predecesor como pretexto para tomar el poder en diciembre de 1931. A continuación se produjo una ocupación permanente del Gobierno por parte del ejército, apoyado en las 14 familias que controlaban la economía cafetera del país. Sin embargo, quizá para descubrir quiénes eran exactamente sus enemigos, o en un esfuerzo por dividir a la oposición en la estrategia a seguir, el nuevo gobierno respetó la autorización que había dado Araújo para que el PCS participase en las elecciones municipales, que tuvieron lugar en enero de 1932. Esto sólo significó un retraso en lo que era obvio: en muchísimo pueblos de la zona occidental del

país los comunistas ganaron claramente las elecciones, aunque en el momento del recuento el ejército se alzó con la victoria.

Según algunos observadores, el veto militar incitó al PCS a lanzar la insurrección de ese mes, dirigida por Farabundo Martí. La verdad es que algunos líderes comunistas estaban convencidos de que el levantamiento era prematuro ⁸, pero por presiones de las bases se encontraron con la disyuntiva de, o bien encabezar a los trabajadores rebeldes, o quedar profundamente desacreditados. Por lo tanto, acordaron el 22 de enero como fecha del levantamiento, aunque inmediatamente vieron sus planes trastornados. Prevenido de las intenciones rebeldes (probablemente por el gobierno guatemalteco), el día 19 Maximiliano Martínez declaró el estado de sitio en las áreas conflictivas. Farabundo Martí fue capturado junto con Alfonso Luna y Mario Zapata, (estudiantes que editaban el periódico del partido *Estrella Roja*) ese mismo día, y con ellos se perdió documentación muy valiosa. El PCS, entonces, hizo un intento de última hora para posponer el alzamiento, que sólo produjo el caos.

Mientras algunas fuerzas rebeldes abandonaron sus posiciones, otras no recibieron la noticia de la suspensión. Algunos sectores del ejército fueron informados de la fecha de la insurrección, pero no recibieron instrucciones precisas porque el líder militar de la misma era el encarcelado Farabundo Martí. Así, los trabajadores agrícolas del occidente de El Salvador pasaron a estar fatalmente aislados después de ocupar con éxito varios pequeños pueblos en la noche del 22 al 23 de enero de 1932. Sólo en Sonsonante los «grupos rojos» del PCS entraron en acción; se calcula que, a nivel nacional, los insurgentes dieron muerte a 30 civiles (probablemente muchos menos), y la mayoría de los pueblos ocupados fueron fácilmente recuperados por el ejército en

Algunos líderes comunistas consideraban el levantamiento revolucionario de 1932 como prematuro.

menos de tres días⁹. El régimen desató una terrible venganza y se propuso enterrar el espectro del comunismo por décadas, si no para siempre. Entre quince y treinta mil *sospechosos* fueron muertos, la abrumadora mayoría fusilados o colgados por las esquinas de los pueblos, días después de rendir sus machetes. Martí, Luna y Zapata fueron sometidos a un tribunal militar y fusilados el 1 de febrero, dejando al PCS virtualmente sin liderazgo.

El descubrimiento de los planes insurgentes no fue, probablemente, el aspecto más criticable del fracaso. Dejando a un lado la capital, San Salvador, que el ejército podía controlar, el entusiasmo revolucionario estaba concentrado, sobre todo, en el occidente del país: allí la vida de los trabajadores dependía totalmente de su empleo temporal en las grandes plantaciones de café afectadas por la depresión; en el Este, sin embargo, seguía siendo posible poseer parcelas de tierra para cosechas mínimas que permitiesen subsistir a los afectados por la crisis¹⁰. También influyeron otros factores como la falta de experiencia militar de los comunistas y su rígido seguimiento, al pie de la letra, de la fórmula revolucionaria bolchevique. Los documentos del PCS hacían referencia a un «Comité Revolucionario Militar» como el *General Staff* del «Ejército Rojo Salvadoreño», llamando únicamente a trabajadores, campesinos y soldados, ignorando la posibilidad de alianzas políticas tácticas con otras fuerzas¹¹. Por su parte, los comunistas se referirían más tarde al levantamiento de 1932 como una «desviación aventurista»¹².

En un país de apenas 1.300.000 habitantes (actualmente 4.500.000), la muerte de más de 30.000 ciudadanos manchó de sangre a los políticos salvadoreños y frenó el progreso de la izquierda por décadas. El PCS sobrevivió apenas, manteniendo el único foco organizado de oposición

de izquierda al régimen en los cuarenta años siguientes. Bajo el régimen de Maximiliano Martínez, los sindicatos y partidos políticos (excepto el partido oficial *Pro-Patria*) fueron prohibidos, y la autonomía universitaria violada. Los militares gobernaron en favor de los exportadores de café, haciendo pequeñas concesiones impuestas por la protesta popular, pero siempre bajo su poder seguro.

Las cosas mejoraron para el PCS, reorganizado en 1936, cuando una huelga general de obreros y estudiantes derrocó al dictador Martínez en mayo de 1944, permitiendo al partido recuperar alguna de su anterior fuerza sindical. La *Unión Nacional de Trabajadores* (UNT), organizada en esos momentos, llegó a contar con 50.000 trabajadores afiliados, la mayoría industriales. Sin embargo, en octubre de ese mismo año la actividad política y sindical fue nuevamente prohibida cuando el jefe de policía del derrocado dictador, coronel Osmin Aguirre, tomó el poder. Cuando el comandante Oscar Osorio se convirtió en presidente a principios de 1949, llevó a cabo una ligera apertura en el terreno sindical; una nueva oleada de represión, en 1952, afectó gravemente al PCS, así como al programa social de Osorio —seguridad social y viviendas para los trabajadores (acompañando una industrialización limitada)— que impidió el apoyo real, o al menos potencial, para el partido¹³.

Sin embargo, lo que no pudieron hacer los militares, debido a su asociación con los grandes terratenientes, fue resolver el grave problema de la propiedad de la tierra y la angustia que se vivía en los medios rurales. Afortunadamente para ellos, el PCS hizo poco para aprovecharse de esta situación. Más bien dedicó sus energías a

Oficialmente, los comunistas se referirían más tarde al levantamiento de 1932 como una «desviación aventurista».

la organización de sindicatos urbanos, con funciones estrictamente financieras, mientras buscaba una alianza con el Partido Demócrata-Cristiano y otras fuerzas

en un frente anti-dictatorial, con fines electorales. En 1972, el PCS, a través de su rama legal, la *Unión Democrática Nacionalista* (UDN), apoyó la candidatura

presidencial del demócrata-cristiano José Napoleón Duarte —actualmente la principal figura civil en la Junta.

A causa del descontento por el fracaso de la estrategia reformista del PCS, junto con la influencia del éxito de la lucha armada en Cuba, se produjeron varias rupturas y el surgimiento de alternativas revolucionarias independientes. La escisión más grave del PCS sobrevino en 1969 cuando, tras perder una larga década en discusiones internas sobre la estrategia a seguir, el secretario general del Partido, Salvador Cayetano Carpio, abandonó el PCS en el momento en que «fue evidente que era imposible hacer que el partido entendiese la necesidad de una estrategia político-militar, esto es, una estrategia revolucionaria total...»¹⁴. En 1972, este grupo anunció la formación de las *Fuerzas Populares de Liberación Farabundo Martí* (FPL), rechazando el *foquismo* rural planteado en los escritos de Régis Debray, y prestando una mayor atención a las organizaciones de masas entre los estudiantes, trabajadores y agricultores, sirviéndose de apoyos en el plano militar a través del establecimiento de unidades milicianas. Desde 1975, el trabajo de masas del FPL fue ejecutado fundamentalmente por el *Bloque Popular Revolucionario* (BPR), que en 1980 declaraba contar con 100.000 miembros y docenas de pequeños sindicatos afiliados. El FPL pretende una revolución centroamericana «dirigida por la clase obrera en alianza con los campesinos», y ha tenido bastante éxito entre la población femenina: el número dos del FPL es una mujer, así como el 40 por 100 de su Consejo Revolucionario¹⁵.

En 1971 surgió, independientemente del PCS, el *Ejército Revolucionario del Pueblo* (ERP), dirigido por Ernesto Jo-

La escisión más grave del PCS sobrevino en 1969, cuando el secretario general abandonó el partido.

vel, Roque Dalton, Joaquín Villalobos y Germán Cienfuegos. Fundamentalmente, fue una escisión izquierdista de los demócrata-cristianos, que consideraban la es-

trategia de guerra popular prolongada del FPL como excesivamente cauta, lanzándose a una campaña estrictamente militar utilizando el secuestro como medio de financiación¹⁶. El militarismo en el seno del ERP era tan pronunciado que, en sus tiempos, hasta las discusiones políticas internas se solucionaban a tiros. Entre los *ejecutados por traición*, en el punto álgido de esta fase militarista (mayo de 1975), estaba Roque Dalton, antiguo líder del PCS y uno de los poetas más brillantes de El Salvador. Como reacción a esta matanza, Jovel y Cienfuegos formaron una nueva organización guerrillera, las *Fuerzas Armadas de Resistencia Nacional* (FARN), que planteaba la necesidad de organizar y politizar más a las masas antes de movilizarlas en una insurrección armada¹⁷.

Desde 1975 se desarrolló un proceso gradual de convergencia entre estos grupos. Tras su crisis interna de ese año, el ERP empezó a plantearse la creación de un partido revolucionario, y en 1977 organizó el primer congreso del *Partido de la Revolución Salvadoreña* (PRS), encabezado por Villalobos. Entretanto, el PCS fue madurando lentamente la idea de lucha armada; su apoyo a los candidatos reformistas de la *Unión Nacional Opositora* (UNO), en las elecciones de 1972 y 1977, sólo había servido para demostrar los fraudes electorales. Temiendo la pérdida de más militantes en favor de las organizaciones de la izquierda revolucionaria, y bajo la presión de sus propias bases, la dirección del PCS se sometió a una dura autocrítica en el clandestino VII Congreso de partido, en abril de 1979; a partir de entonces desembocaron en esos momentos florecientes en la estrategia de lucha armada¹⁹. Sin embargo, en octubre se hicieron patentes los límites de su radicalización, cuando un golpe militar,

aplaudido por Estados Unidos, derrocó al gobierno represivo del General Carlos Humberto Romero. A diferencia de los demás sectores combatientes, el PCS creyó en las promesas reformistas del nuevo régimen y accedió a participar en la Junta cívico-militar de gobierno. Sólo la escalada de represión llevó al PCS, junto con otras fuerzas civiles, a retirarse de la Junta a principios de 1980, quedando en ella únicamente la derecha demócrata cristiana, como Duarte, en asociación con los militares.

Las cinco décadas de polarización social y política facilitaron la convergencia revolucionaria en El Salvador que redujo los obstáculos de unidad de la izquierda a diferencias estratégicas. La revolución sandinista de 1979 fue de gran importancia para este proceso, no sólo porque constituyó un triunfo reciente de la combinación de lucha guerrillera e insurrección popular, sino también porque en el seno del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) coexistían tres tendencias y, sin embargo, habían logrado superar sus diferencias internas en el curso de la lucha contra un enemigo común.

Los momentos claves del proceso de unificación revolucionaria de 1980 fueron los siguientes:

11 de enero: Las organizaciones de masas del FPL (BPR), ERP-PRS (las *Ligas Populares 28 de Febrero-LP28*), FARN (*Frente de Acción Popular Unificada-FAPU*) y el PCS (UDN) forman la *Coordinadora Revolucionaria de Masas (CRM)*, a la que más tarde se unirá el *Movimiento de Liberación Popular (MLP)*.

2 de abril: 49 uniones gremiales, organizaciones profesionales y grupos políticos (incluyendo demócrata-cristianos, liberales, social-demócratas y comunistas, que inicialmente habían apoyado a la Junta) forman el *Frente Democrático Salvadoreño (FDS)*.

16 de abril: El FDS y la CRM se unen para formar el *Frente Democrático Revolucionario (FDR)* sobre la base del programa de la CRM.

10 de junio: El FPL, ERP-PRS, FARN y PCS crean un Comité Revolucionario de Coordinación Militar para coordinar la lucha militar contra el régimen.

24-25 de junio: La CRM convoca una huelga general con gran éxito.

25 de junio: Las cinco organizaciones de la CRM establecen un Directorio Político Unico. Sus respectivas ramas militares forman el *Directorio Revolucionario Unificado (DRU)*.

13-15 de agosto: Trescientas personas mueren en combate durante una huelga general.

15 de octubre: El DRU anuncia su conversión en *Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN)*, integrado por el FPL, ERP, PCS y (10 días más tarde) las FARN. El órgano de dirección heredó el nombre de DRU. En el seno del

FMLN, el grupo más numeroso lo forma el FPL, y los comunistas el más pequeño.

20 de diciembre: El Pequeño Partido Revolucionario de los Trabajadores Cen-

troamericanos (PRTC), fundado en 1975, se une al DRU. (El PRTC tiene también secciones en Honduras y Guatemala, y está ligado al MPL).

Sólo el tiempo nos dirá lo firme que es la unidad de las organizaciones armadas de la izquierda. Durante 1980 las FARN se retiran de la CRM, buscando una alianza con los elementos relativamente liberales de la Junta, ligados al coronel Majano, pero su posterior destitución por la derecha pronto movieron a las FARN a integrarse en el FMLN.

La unidad entre el FDR y el FMLN se ha sostenido notablemente bien. Aún cuando el FDR está presidido por Guillermo Ungo, líder del pequeño partido socialdemócrata (MNR), éste ha venido adoptando posturas muy firmes, con el

Las cinco décadas de polarización social y política facilitaron la convergencia revolucionaria en El Salvador.

fin de contar con la confianza del FMLN.

¿Qué pasará cuando la oposición conquiste el poder? Seguramente emergerán las divisiones entre el FDR y el FMLN sobre el camino a seguir: o bien se tratará de consolidar una transición inmediata a una forma radical de democracia social, comprometida en un pluralismo político, o bien se procederá rápidamente a imitar el modelo cubano. Dependerá, en gran parte, de factores internacionales (especialmente la situación política en el resto de América Central y Estados Unidos), así como de la forma en que la oposición triunfe, con un ímpetu revolucionario que se hará más fuerte si el poder se alcanza por las armas en vez de ganarse en unas elecciones. Sobre el papel, el programa del FDR-FMLN es democrático, anti-latifundista y anti-imperialista, pero no socialista²⁰.

Esta discusión es, hoy por hoy, bastante académica. El triunfalismo que acompañó al lanzamiento de una *ofensiva general* del FDR-FMLN en enero de 1981, cesó cuando las acometidas de la guerrilla perdieron gradualmente su ímpetu debido a la represión desatada, que frenó el impacto potencial de un intento de huelga general. Reforzados por equipo, dinero y asesores militares norteamericanos, las fuerzas de seguridad tuvieron éxito en restablecer el control de San Salvador. A finales de abril se produjo un intento de diálogo sobre las posibles condiciones de una salida negociada al conflicto, pero quizá sólo como elemento de mutua división. Si sectores del FDR llegasen a algún tipo de acuerdo con el presidente Duarte, es difícil pensar que lo aceptarían tanto la guerrilla rural como los comandos de extrema derecha de las fuerzas de seguridad; incluso el gobierno de los Estados Unidos, ansioso de una victoria simbólica sobre el *comunismo* con la cual celebrar el primer año de administración Reagan, apuesta por una solución militar del conflicto.

Cuando la oposición conquiste el poder, seguramente emergerán las divisiones entre el FDR y el FMLN sobre el camino a seguir.

Es bastante improbable una derrota total de las fuerzas del FMLN, no obstante la gran implicación de los Estados Unidos en la contienda. Según las estimaciones de los observadores extranjeros, el FMLN y el FDR representan alrededor del 80 por ciento de los salvadoreños. Por otra parte, la muerte de casi 20.000 personas desde principios de 1980, en su gran mayoría a manos de las fuerzas de seguridad y los grupos ultraderechistas, tuvieron un claro efecto sobre la población civil a mediados de 1981. Aparece ya un cierto cansancio respecto a la guerra, sobre todo por la existencia de 200.000 refugiados; también el hambre que se sufre en el campo contribuye a este cansancio, que la izquierda ha denunciado como una táctica deliberada del régimen. Lo más probable es que se dé un prolongado descenso del nivel de belicoidad, reduciendo el FMLN su actividad a una lucha de resistencia en las áreas rurales y pueblos del interior del país.

La izquierda ha descrito a El Salvador como un «volcán social», que no se extinguirá mientras persistan el conjunto de las desigualdades sociales²¹ que aún puede hacer erupción bien por un reforzamiento de la coordinación entre la lucha armada y las masas, o por algún tipo de ayuda internacional a las guerrillas. Lo que necesita imperiosamente el FMLN (y los sandinistas lo tenían en Costa Rica) es una *retaguardia*, un país o zona vecina favorable donde puedan establecerse bases seguras. Por tanto, dependerá en gran parte de las guerrillas guatemaltecas, que a mediados de 1981 tenían, en algunos aspectos, una posición de más fuerza que las salvadoreñas.

Pero sea cual sea la salida inmediata del conflicto, no es probable que el Frente Fa-

rabundo Martí de Liberación Nacional renuncie a la máxima de Farabundo Martí: «Cuando la historia no puede ser escrita con la pluma, debe ser escrita con las armas».

¹ «Entrevista con Miguel Mármol, compañero de Farabundo Martí». *Granma*. La Habana, 8 de mayo de 1981.

² Jorge Arias Gómez: *Farabundo Martí*. América Central, 1972.

³ Para datos biográficos ver «Farabundo Martí, guía de la Revolución». *Granma*, 18 de enero de 1981, y «Las rutas de Farabundo Martí», *Revista Farabundo Martí*, Costa Rica, septiembre de 1981, n.º 2, págs. 15-18.

⁴ Robert J. Alexander: *Communism in Latin America*. New Jersey, 1957, pág. 367.

⁵ *Ibid.*, págs. 378-379.

⁶ Alistair White: *El Salvador*, Londres, 1973, págs. 98-99.

⁷ Alexander, págs. 367-368.

⁸ White, pág. 100.

⁹ *Ibid.* págs. 100-101, y «Entrevista con Miguel Mármol», *op. cit.*

¹⁰ White, pág. 101.

¹¹ John D. Martz: *Central America: The crisis and the challenge*. Chapel Hill, 1959, pág. 91, y Alexander, pág. 368.

¹² Partido de la Revolución Salvadoreña: *El Salvador, un volcán social*. Caracas, 1977, págs. 39-41.

¹³ Alexander, págs. 369-371.

¹⁴ «Entrevista con el compañero Marcial, Salvador Cayetano Carpio», *Granma*, 23 de marzo de 1980.

¹⁵ «La participación de las mujeres en la lucha del pueblo es decisiva», *ibid.*, 30 de marzo de 1980. En total, *Granma* publicó 17 artículos (16 de marzo-

5 de junio de 1980) de Mario Menéndez Rodríguez, basados en 90 horas de entrevistas con dirigentes de las fuerzas rebeldes. Estas fueron resumidas en *Intercontinental Press/Imprecor*, Nueva York, vol. 18, n.º 28-30 (21 de julio-4 de agosto de 1980).

¹⁶ En respuesta a las acusaciones norteamericanas de que los países comunistas han enviado armas a las guerrillas salvadoreñas, estas últimas han manifestado que su armamento proviene bien del capturado al enemigo, el fabricado por ellas mismas, o comprado en el mercado negro utilizando los 40 millones de dólares, fruto de los secuestros realizados a principios de los años setenta.

¹⁷ Karen de Young: *America's Little Local Difficulty*, «Guardian» (London), 21 de marzo de 1981.

¹⁸ Para el punto de vista del PRS-ERP, ver *El Salvador, un volcán social*, *op. cit.*; y *El PRS-ERP: Una fuerza importante en la lucha*, «Granma», 18 de mayo de 1980.

¹⁹ Para una visión del cambio en el PCS, ver la entrevista con el secretario general Schafik Jorge Handal: *La decisión histórica de pasar a la lucha armada*, *ibid.*, 1 de junio de 1980.

²⁰ *El Programa del Gobierno Revolucionario*, *ibid.*, 30 de mayo de 1980.

²¹ Sobre el orden social que el presente régimen defiende, ver Harald Jung: *Class Struggles in El Salvador*, «New Left Review (Londres)», núm. 122, julio-agosto de 1980.

LAS ELECCIONES EN GALICIA

Anxo Teixeira



4

Tras las elecciones al Parlamento de Galicia, sin la urgencia que siempre exige la información, pero sin más pretensión que hacer un análisis político susceptible de abrir un debate sobre los resultados, es necesaria una reflexión desde Galicia.

Y digo desde Galicia, porque todo el reciente proceso electoral admite dos lecturas diferentes. Una, desde el Estado, en la medida que más pareció tratarse de perfilar las estrategias para las próximas elecciones generales que de elegir los representantes en el Parlamento de una Comunidad Autónoma. Y otra lectura desde Galicia porque los resultados, anécdotas aparte, confirman dos aspectos definitorios de la política gallega: la dificultad del cambio político y la falta de consolidación del mapa político-electoral que requerirá, aún, de otras consultas para perfilarse en sus rasgos definitivos.

Sin dudar, ni por un momento, de la necesaria complementariedad de ambas visiones, y aún a riesgo de extrapolar el análisis, considero que difícilmente puede alcanzarse el fondo del hecho gallego si se da prioridad, como lo reflejan los comentarios en la prensa, al enfoque estatal de los resultados. Aún más, pienso que se deforma la imagen del propio Estado al negar sistemáticamente una especificidad evidente al comportamiento político de los gallegos. Así que, conscientemente, estas notas asumen el riesgo de una visión parcial.

En el mero plano de la hipótesis dos parecen evidenciarse:

1) El cambio político que se desprende de los resultados es, a nivel gallego, mínimo.

2) El mapa político sigue sin consolidarse en Galicia. Mientras la correlación derechas-izquierdas permanece constante, en el seno de cada uno de los bloques los resultados denotan la marcada provisionalidad de la correlación de fuerzas.

LOS RESULTADOS

Una participación insuficiente.

Los índices de participación manifiestan, de nuevo, la tradición abstencionista del electorado gallego. En este sentido, el aumento de la participación en un 15 por ciento respecto de la asistencia a las urnas en el referéndum del Estatuto es poco significativo, tanto por lo excepcional del desinterés del electorado ante aquella consulta, como por el hecho de que seguimos ante una cota muy alta de abstención, la máxima —excluido el referéndum estatutario— desde que se inició el proceso democrático.

Tanto a nivel provincial, tal vez con la excepción de Orense, como a nivel gallego, la participación fue significativamente menor que en las dos elecciones generales y que en las locales de 1979. Por lo tanto,

El cambio político que se desprende de los resultados es, a nivel gallego, mínimo.

la inflexión en la curva descendente de la participación apenas tiene relieve, por mucho valor simbólico que le otorguemos, y no impide que sobre la mesa quede el problema más urgente y grave de la política en Galicia: el triunfo de la abstención en todas las consultas electorales.

Sin descartar la influencia de una serie de causas técnicas (climatología, escasa adaptación de la organización electoral al asentamiento poblacional, errores censales, etc.) que son, en el fondo, la batería de argumentos que tradicionalmente esgrime la derecha, cada día es más urgente un estudio sobre las causas profundas del fenómeno abstencionista.

La complejidad del asunto no se le escapa a nadie, dado que la falta de participación política no sólo se manifiesta en el plano electoral, sino en unos bajos niveles de asociacionismo. Determinar en qué medida ello se debe a la fuerte desarticulación social que implica la quiebra de una sociedad ruralista, a la incultura política heredada del franquismo, a la persistencia de unas estructuras de dominación arcaicas —léase caciquismo— exige un serio esfuerzo para superar el método intuitivo que hasta ahora se ha venido utilizando en la búsqueda de explicaciones.

Pero, volviendo a la hipótesis, ese 57 por 100 de abstención es la primera confirmación de su validez.

Desde la oposición, y durante toda la transición democrática, la política gallega tuvo, tiene aún, una especificidad importante, derivada del hecho de que la recuperación de la democracia llevaba consigo un diferente modelo de inserción de Galicia en el Estado. De ahí la superposición de una correlación complementaria a la tradicional derecha-izquierda. La dialéctica españolismo-galleguismo (autonomía-soberanía nacional) determinó la existencia de tres grandes bloques políticos: el de

la derecha (UCD, AP), el de la izquierda con implantación estatal (PSdG-PSOE, PC) y el del nacionalismo (P. Galleguista, Esquerda Galega, Bloque Nacional Popular Gallego).

Galicia constituye la reserva electoral de Fraga desde 1977, y aquí se opera un fenómeno singular de manifiesta identidad entre el *modus operandi* de UCD y AP

Los resultados de las Elecciones al Parlamento de Galicia no supusieron, al margen de las modificaciones internas en cada bloque, cambios de importancia en este panorama político. En primer término, globalmente, la relación de fuerzas derecha-izquierda no sufre alteraciones. Enfrentados los votos obtenidos por AP y UCD (550.000) con los de PsdG-PSOE, PC, EG y BNPG (300.000) la evidencia del triunfo de la derecha es total. Más aún, en términos de diputados electos, por los efectos correctivos de la proporcionalidad de la Regla D'Hondt, 50 parlamentarios frente a 21.

Una visión retrospectiva de anteriores consultas electorales ahorra todo comentario sobre la estabilidad ideológica del voto gallego, máxime teniendo en cuenta que de las cuatro elecciones tres tuvieron distinta naturaleza. En las Elecciones Generales de 1977, la derecha obtuvo 750.000 votos frente a los 230.000 de la izquierda. En las Generales de 1979, la relación fue de 660.000-300.000, y en las Elecciones Municipales de 1979 la relación fue de 520.000-300.000, aunque en este caso la relación está relativamente desvirtuada por los 150.000 votos que obtuvieron las candidaturas independientes.

Las modificaciones en el seno de cada bloque fueron, por el contrario, importantes.

La derecha.

Dentro de la derecha se verifica, espectacularmente, la tendencia manifiesta desde las Elecciones Generales de 1979 a la baja de UCD y el lento pero continuo

afianzamiento de AP, especialmente en las provincias de Orense y Lugo. Sin embargo, el salto espectacular se produce ahora en La Coruña y Pontevedra, ganando AP

130.000 votos y perdiendo UCD 250.000, doblando el partido de Fraga sus resultados de 1979 y dividiéndolos por dos UCD.

Determinar si las claves de este corrimiento de votos son estatales o gallegas, o si la tendencia es extrapolable al resto de España resulta extrañamente difícil. En todo caso no se puede prescindir de dos datos: Galicia constituye la reserva electoral de Fraga desde 1977, y aquí se opera un fenómeno singular de manifiesta identidad —en las bases de cada partido— entre el *modus operandi* de UCD y AP. Es, quizá, esta segunda apreciación, comprobable a poco que nos detengamos a estudiar la común procedencia de la militancia de ambos partidos, la coincidencia de intereses empresariales, los lazos casi familiares, la fundamental. La «mayoría natural» empieza en Galicia y no sólo por mera cronología electoral.

Las razones del triunfo de AP son casi tan claras como las del fracaso de UCD: un apoyo manifiesto de los empresarios, una campaña electoral intensa y con un cuidado contenido regionalista, un conocimiento profundo de la *cultura* política del País Gallego manifiesto en la capacidad de Fraga de mover ciertos resortes del hombre gallego y, atención, la renovación de los propios cuadros de AP creando una imagen limpia de franquismo y técnicamente capacitada.

La falta de estructuras regionales de UCD, la discordia entre sus comités provinciales que esta vez estuvo condicionada por la lucha entre partidarios de la gran derecha y del centro-centro, y la pésima gestión preautonómica acabaron, lógicamente, facilitando el cambio de orientación del voto en la derecha.

La izquierda.

En la izquierda de implantación estatal la sorpresa viene dada por el significativo bajón del PC, que pierde 17.000 votos, manteniendo el PSdG-PSOE posiciones, con una discreta mejora de 10.000 votos en relación con las Elecciones Generales de 1979. Salvo el avance importante de la provincia de La Coruña, se puede hablar sin temor de estancamiento socialista.

Las dudas, cada día mayores y cada vez más confirmadas, sobre la madurez del proyecto eurocomunista, la falta de claridad y los titubeos de la política sindical de CC.OO. y el vacío de contenido que implica la noción de «mayoría de progreso» sobre el que se centró la campaña, redujeron la presencia electoral del PC a un nivel casi familiar.

El estancamiento del PSdG-PSOE es más complejo puesto que los socialistas partían en unas condiciones previas, por lo menos, tan favorables como las de AP: una imagen estatal vendible y una imagen autonomista consolidada por ser el soporte básico de la dignificación del Estatuto, con el aval, además, de la presencia en sus filas de los galleguistas históricos. Al margen de factores menores, como una campaña electoral poco imaginativa que no logró motivar suficientemente a los propios militantes, hay razones de mayor entidad: la falta de rentabilización de la lucha por el Estatuto sobre la que planeó permanentemente la sombra de los pactos autonómicos, la deficiente gestión municipal socialista en municipios de importancia y, por último, la búsqueda de apoyos en las clases medias que determinó un alejamiento electoral de parte de los sectores populares que, tal vez condicionados por la crisis, instrumentalizaron sus ansias de cambio votando a la oposición por la derecha, es decir a AP.

En la izquierda de implantación estatal, la sorpresa viene dada por el significativo bajón del PC, manteniendo el PSdG-PSOE posiciones.

El nacionalismo.

Por fin, en el nacionalismo, el P. Galleguista, con 32.000 votos y sin obtener representación parlamentaria, pierde toda esperanza de cuajar a corto plazo una opción nacionalista de centro; Esquerda Galega obtiene con 33.000 votos un diputado y el BNPG mantiene sus posiciones con 62.000 votos y tres diputados. La inexistencia de una opción nacionalista unitaria explica el fraccionamiento de un voto que, considerado globalmente, no puede despreciarse en absoluto, a pesar de la escasa representación que obtiene.

El fracaso del PG en su bautizo electoral, en el que sin duda el desasestimiento del galleguismo histórico se debió, sobre todo, a la falta de implantación y a la carencia de un proyecto político concreto, obstinados como están en el intento ilusorio de jugar a estas alturas al interclasismo.

EG, por su parte, apoyada en una campaña muy imaginativa centrada casi exclusivamente en la descalificación del autonomismo del PSdG-PSOE por la firma de los pactos autonómicos, intentando penetrar en el mundo sindical y contando con el apoyo de sectores intelectuales que conjugan el nacionalismo posibilista con la huída sistemática de cualquier opción de clase, obtiene una mínima representación, suficiente para continuar, por la vía institucional, su presencia en la izquierda gallega.

Por último, el BNPG, mínimamente reforzado por la coalición con el PSG, confirma la fidelidad de su electorado, insensible a la profunda crisis interna que, depuraciones incluidas, padece. Crisis derivada de la dificultad de compatibilizar un discurso político populista con la afectiva defensa de los intereses populares a través de la gestión municipal.

La descripción de los resultados evidencia, pues, una estabilidad electoral considerable en las líneas maestras del sistema, donde derecha, izquierda y nacionalismo permanecen inalteradas a nivel global, aunque parcialmente alteradas en el seno de cada bloque.

Todo ello permite adentrarnos en el terreno, empíricamente más movedizo, de la segunda hipótesis, la falta de consolidación del mapa político gallego.

LAS PERSPECTIVAS

La derecha se enfrenta ya ante disyuntivas claras: la diferenciación ideológica y estratégica de UCD y AP o la convergencia ralentizada de cara a las próximas elecciones generales. Tras un primer intento de AP de forzar la «mayoría natural» en Galicia (gobierno de coalición con programa común pactado al detalle), los datos disponibles indican un aplazamiento puesto que, ante la negativa de UCD que sólo ofrece pactos parlamentarios puntuales, AP deberá gobernar en solitario.

Salvo que exista, sin explicitar, un pacto de buenas maneras por parte de UCD, esto coloca al partido de Fraga en una posición de debilidad, dado que su gestión al frente de la Xunta puede quedar bloqueada entre los acuerdos autonómicos, que no suscribió AP, y el control por UCD de la administración del Estado y la administración local, en este caso compartida con la izquierda. Así las cosas, aplazada la mayoría natural, el control de la Xunta de Galicia puede servir a AP para exportar al Estado una gestión exitosa que, lógicamente, tendría repercusiones electorales positivas para los aliancistas.

Por su parte, UCD va a jugar, probablemente, a oposición elegante, en gran medida por no dejar ese papel a los socia-

listas, en otra porque no puede hacer otra cosa al persistir su debilidad interna. Mientras los conflictos ideológicos (autonomistas-antiautonomistas, gran derecha-centrismo puro) y provinciales no se decanten, nadie estará legitimado para negociar nada con AP, y no es mucho arriesgarse suponer que a no tardar seremos testigos de rupturas de disciplina de voto en el Parlamento Gallego.

En la izquierda hay ya manifestaciones de otro fenómeno de interés: la previsible convergencia entre el PC y EG. Salvo que, al final, priven los personalismos, se dan todos los factores favorables para una aproximación entre los eurocomunistas y el nacionalismo posibilista que representa EG. La crisis del PC, especialmente sentida en sectores intelectuales, el apoyo de este partido a un desarrollo maximalista del Estatuto, la necesidad de EG de encontrar un apoyo sindical y un refe-

El control de la Xunta de Galicia puede servir a AP para exportar al Estado una gestión exitosa.

rente de clase, la especial atención con que se sigue desde aquí el proceso de EIA y EPK en el País Vasco, manifiestan claramente el deseo de configurar una organización unitaria.

Organización que, de consolidarse, planteará un serio problema al PSdG-PSOE, hasta ahora hegemónico en la izquierda pero obligado, ahora más que nunca, a ampliar su presencia con una política orientada a consolidar, de un lado, la autonomía y, de otro, el cambio acorde con los intereses populares.

UN RETO PARA EL SOCIALISMO

A la espera del debate del próximo congreso del PSdG-PSOE, parece razonable pensar que las tres grandes líneas de acción política para los socialistas deben ser, en el futuro inmediato:

1) *La defensa de una aplicación progresiva del Estatuto*, impidiendo que una

derecha dudosamente autonomista utilice la autonomía como un instrumento más para atrincherarse en sus actuales posiciones de poder, sin dotarla de contenido

real (en la línea de la gestión preautonómica de UCD). Evitando, además, dejar un terreno abonado a la izquierda nacionalista obligada por las circunstancias a aceptar el Estatuto y defender un aprovechamiento máximo del mismo.

2) *Una mayor participación en la política estatal de los socialistas*, especialmente en aquellos temas que afecten directamente al proceso autonómico. Cada vez resulta más clara la correlación entre política de Estado y política autonómica, y ello exige de los socialistas, gallegos y del Estado, un esfuerzo para federalizar al máximo su política, no sólo en el nivel propiamente organizativo, sino especialmente en el proceso de toma de decisiones. Las llamadas a la solidaridad, siendo necesarias como eje de la política autonómica del socialismo, no son suficientes. Y valga como prueba el tremendo coste político que para los socialistas ha tenido la LOAPA, en ocasiones indefendible, no tanto por su necesario contenido armoni-

Es urgente una política para el campo, extensible a un mundo obrero que, en un elevado porcentaje es más sensible al discurso de la derecha que al de los socialistas.

zador como por las malas maneras que se siguieron en la negociación.

3) *La definición clara, precisa y operativa de una política*

de cambio, que dé respuesta al atraso secular sobre el que se está fundamentando, paradójicamente, una penetración del capitalismo monopolista que pone a Galicia en una permanente tesitura de desarticulación económica y social.

Una política de cambio para toda la sociedad gallega, pero orientada preferentemente a salvaguardar los intereses de las clases populares y no tan condicionada por esa búsqueda de votos de clase media que acabará por desnaturalizar nuestro sustento electoral, y es posible que nuestro proyecto político. En este sentido, y la impermeabilidad del mundo rural al discurso socialista lo demuestra, es urgente la concreción de una política para la Galicia rural, complementada con un esfuerzo de implantación extensible a un mundo obrero que, en un elevado porcentaje de sus integrantes, sigue siendo más sensible al discurso de la derecha que al de los socialistas.

ELLOS

Luis Goytisolo



La idea que el ciudadano medio, el hombre de la calle, se hace del poder, tiende a unas constantes que sólo un acontecimiento histórico de primera magnitud —guerra, revolución, etc.— es capaz de alterar pasajeramente. No es éste el caso de la muerte de Franco, un hecho de entidad insuficiente para que ese ciudadano medio, ese hombre de la calle, haya modificado los criterios de pasividad y dependencia que caracterizan su relación con el poder. Si le pre-

guntamos sus ideas al respecto, nos dará una respuesta que apenas si habrá variado de entonces a ahora. Y comentar tal identidad de respuestas con un tercero no nos supondrá sino una nueva confirmación del hecho. Pues claro, nos dirá, ¡como que los que mandan son los mismos!

Preguntar quiénes son exactamente esos mismos sería, en verdad, inútil. Por un lado, nuestro interlocutor no sabría responder ya que desconoce sus nombres. Por

ótro, todos intuimos que nuestro interlocutor se refiere, no a los hombres que están hoy en el poder, cuyas caras y cuyos nombres son diferentes a las caras y nombres de los que estaban antes, sino a los que están detrás, a los que manejan a esas personas como un ventrílocuo a sus muñecos. Y, en todo caso, aunque nuestro interlocutor no sepa *quiénes son*, nada impide que le preguntemos al menos *cómo son*, que indagemos —puesto que eso dice saberlo de sobra— acerca de cuáles son sus características personales o de grupo.

Las respuestas que recibamos tendrán, invariablemente, unos cuantos rasgos en común. Así, para empezar, el hecho ya señalado de que quien realmente tiene el poder no esté *en* el poder sino *detrás* del poder. También, que esta realidad sea notoria y esté suficientemente probada; mejor, que ni tan siquiera necesite ser aprobada. Que sea, en consecuencia, una especie de secreto a voces. Que, no obstante, poco o nada se sepa acerca de la cara oculta de todo este asunto: las actividades concretas de las personas implicadas, los vínculos que las unen. Que existe un tácito pacto de silencio —esferas oficiales, medios de comunicación— a este respecto. Finalmente, a modo de consecuencia de cuanto antecede, que nuestro interlocutor, al referirse a esas personas, para designarlas, hable de *ellos*. *Ellos* y basta.

Aquí acaban las semejanzas. La imagen que en adelante ser probada. Que sea, en diferirá considerablemente según sea nuestro interlocutor, según la actitud por él adoptada responda a la que es propia de una mentalidad de izquierdas o, por el contrario, a una mentalidad de derechas. Dos actitudes, dos criterios, dos

enjuiciamientos, que indefectiblemente se acomodan a dos modelos contrapuestos que, de antemano, parecen polarizar toda posible respuesta. Como en las damas: o blancas o negras.

Para el hombre de la calle que es, o se considera, de izquierdas, *ellos* son los ricos. Es decir: no cada rico —no se trata aquí de una mera cuestión de capacidad económica— no todos los ricos, sino los que mandan *en* los ricos. Su sonrisa será de suficiencia o embarazo —la dificultad de expresarse, de dar a entender que sabe lo que en realidad no sabe—, pero para él está claro: *ellos* son los que en el pasado se llamaba plutocracia, el gobierno del dinero. *Ellos* saben lo que se hacen, dirá; *ellos* sí que lo saben. Confortablemente reunidos en el cálido sosiego de un gabinete, envueltos en el humo de los cigarrillos, a media voz, *ellos* deciden. Una de las características de su poder es la ubicuidad: están al tanto de la marcha del mundo, sí, pero también de la del país, de la ciudad en que uno vive, del lugar en que trabaja, de la vida que uno hace. Otra de las características es la sincronización: sube el petróleo y se atenta contra la vida de un jefe de estado, sí, pero también hay que tener en cuenta el cierre de la empresa y la baja del precio de tal o cual cosecha: todo va ligado. Y, como la niebla en un paisaje de alta montaña, el misterio que todo lo encubre. Un misterio que hace, si cabe, todavía más fascinante la imagen que de *ellos* se ha formado nuestro interlocutor. La fascinación que suele crear todo sentimiento de doble signo: el hecho de que les deteste no impide que en cierto modo les admire: ¡*ellos* sí que saben poner orden!

Para el hombre de la derecha, la imagen de *ellos* ofrece rasgos bien distintos, aunque su función, en lo que a la marcha del mundo se refiere, sea equivalente. Por de pronto, hay hombres, hay rostros, hay datos mucho más concretos que los contenidos en el difuso concepto de *ricos*: ministros, altas jerarquías eclesiásticas y militares, el propio Jefe del Estado y, en general, cualquiera que nos demuestre con hechos estar *contra ellos*. Pero no nos dejemos engañar; nuestro hombre de la derecha será el primero en alertarnos: todo eso no es más que la fachada, todos esos tipos que dan la cara no son más que *mandados*. Lo importante es lo que está detrás, y lo que está detrás también tiene nombres propios: sionismo y comunismo en la mayor parte de los casos, si bien igualmente puede hablarse de organizaciones privadas como la masonería, de una gran potencia mundial o de algún país vecino y, por tanto, tradicionalmente enemigo. Ni que decir tiene que tampoco las cabezas visibles de esos países y esas organizaciones son propiamente *ellos*, que ni el primer ministro soviético ni el israelita son más que *mandados*, que quienes de verdad cuentan son otros.

¿Quiénes entonces? La sonrisa, en este caso, será la de la experiencia, aquélla con la que el experto se dirige al novato. ¿Quiénes? Pues ni más ni menos que *ellos*, los que se hallan escondidos detrás de todos esos velos, los que de verdad tienen el poder desde hace ya siglos. Para *ellos*, cuya existencia es muy anterior a la del comunismo, el propio comunismo es sólo un mero juguete, un instrumento más en sus manos. Algo que utilizan igual que se utiliza el

dinero. ¿Pero quiénes son los que hacen eso? ¿Qué es lo que se esconde detrás del comunismo? ¿El sionismo? Otra vez la sonrisa. Caliente, caliente; por ahí van los tiros. Pero no quieras saber demasiado. Además, lo que importa no son las personas; lo que importa es el principio que *ellos* representan, un principio negativo, una especie de factor de disolución que todo lo impregna. Y es que, en realidad, el punto decisivo es éste: todo está *impregnado*, el mundo entero está *impregnado*. En otras palabras: el mal no es algo que viene de *fuera*, como para el hombre de izquierdas; para el hombre de la derecha, el mal es algo que está *en* el cuerpo social, *dentro* del cuerpo social, un cuerpo social enfermo y, en consecuencia, necesitado de una medicación adecuada.

El resto de lo que se diga, los rumores que corren, no son, así pues, sino simples ejemplos ilustrativos, anécdotas, noticiones de esos a los que tan aficionados suele ser el hombre de la derecha. ¿Sabes dónde va a parar el dinero del petróleo? Noticiones que en lo fundamental giran siempre en torno a dos centros focales: la corrupción (en todas partes cuecen habas, ¿qué te creías?) y los cuernos. Lo que le pasa al fulano es que está amargado porque su mujer le pone los cuernos, por ejemplo. O lo del petróleo, el dinero que se reparten dos altas personalidades de la vida pública. ¿No te has enterado? Y el que nos lo cuenta, con la mayor naturalidad del mundo, es a lo mejor un eminente doctor en medicina o un ingeniero de caminos, no superior, precisamente en sus alcances el juicio de éste, el ingeniero de caminos, al del peón caminero.

ALFONSO COMIN Y EL COMUNISMO

Jordi Borja y
Jordi Solé-Tura

análisis y debate



1

LA LARGA MARCHA DE LOS COMUNISTAS

Introducción.

Escribir sobre una personalidad desde la perspectiva de una ideología, de un movimiento político, al que esta personalidad se afilia tras una compleja trayectoria personal para acabar siendo al final de su vida un representante prestigioso del mismo, puede convertirse en un ejercicio que demuestre cómo su vida y su pensamiento estaban destinados a abocar ahí y que el giro decisivo se produjo en el momento de su afiliación. Es decir, hacer una especie de *camino de perfección* que culmina con la llegada del personaje a la Verdad. Sería curiosamente paradójico interpretar de esta forma el camino recorrido por un cristiano hacia el comunismo. Tan pretencioso es pensar «la historia como una línea recta que llega hasta mí» (Sartre), como interpretar la vida de una persona como el camino de perfección que llega hasta *nuestra Idea*.

El comunismo, idea, movimiento político internacional, «realidad dudosa o lucha incierta», conjunto de partidos con peculiaridades nacionales propias, es un fenómeno muy complejo y variado, que ha evolucionado mucho a lo largo de estos últimos sesenta años. Precisamente por ello hay que plantearse la cuestión desde otra perspectiva. ¿Qué ha pasado en el movimiento comunista en general, y en particular en España y en Cataluña, para que los cristianos como Alfonso se incorporasen a él *en tanto que cristianos*? Esta es la significación principal de la adhesión de Alfonso Comín y de otros muchos cristianos al comunismo.

Para ello, hay que determinar en primer lugar la evolución del movimiento político y de la ideología, y posteriormente, si es necesario, analizar las características de las evoluciones personales. Alfonso Comín y el comunismo se encuentran porque los dos avanzan y avanzan en la misma dirección: no es un simple movimiento del individuo hacia la idea. El punto de encuentro tampoco es el resultado de una casualidad sino de un proceso histórico.

Comunistas, intelectuales y cristianos ante la guerra fría.

La guerra fría divide al mundo en dos bloques y la izquierda europea se polariza en torno a dos fuerzas opuestas: socialistas y comunistas; los primeros defensores del bloque occidental colaborando, a menudo, con fuerzas moderadas para gobernar, y los segundos identificados con el bloque socialista y marginados del poder político, cuando no abiertamente reprimidos en determinados momentos (Francia, Italia) o sistemáticamente (Alemania, EE. UU.).

Los años cincuenta serán años difíciles para la izquierda europea, impotente frente a una política conservadora en el interior y colonialista en el exterior, colaborando de una manera vergonzosa en algunos casos o practicando una oposición testimonial en otros. Las banderas de las libertades y de los derechos humanos enarboladas por los socialistas son poco claras y poco entusiastas al combinarse con la represión de las huelgas obreras o de las manifestaciones anti-OTAN, la preferencia a aliarse con fuerzas del centro y no con los comunistas, la poca beligerancia ante las dictaduras anticomunistas de España y Portugal, la colaboración en la política colonialista de su gobierno, el anticomunismo y el antisovietismo sistemáticos, a pesar del papel del partido comunista y de la URSS en la lucha antifascista.

Los comunistas, sin embargo, también aparecen como una fuerza inquietante. Cerrados sobre sí mismos, incondicionales (por lo menos hasta el año 1956) de todas las vicisitudes de la política soviética (incluidas las últimas *locuras de Stalin*, con el complot de las *camisas blancas* y la persecución de los médicos judíos), dogmáticos e inquisidores contra todas las actitudes intelectuales que se apartan de la ortodoxia del momento (podía ser motivo de expulsión la duda sobre la utilidad del materialismo dialéctico en la física ¡e incluso en las matemáticas!), organizados según un modelo de partido con muchos aspectos militaristas y religiosos, etc.

Los intelectuales de izquierdas, portavoces de las esperanzas de la victoria antifascista, herederos de la tradición democrática europea, más comprometidos moral que políticamente, alejados de los centros de poder del Estado y de los partidos, viven esta situación de forma muy contradictoria. La mayoría rechazan el conformismo del aparato y de los notables socialistas, pero, al mismo tiempo, no pueden integrarse en la organización comunista sin renunciar a demasiadas cosas. Unos optan —sobre todo antiguos comunistas o simpatizantes— por la defensa del *mundo libre* y por la crítica al estalinismo, considerado como la única cara posible del comunismo¹. Otros serán los *compañeros de*

viaje incondicionales, pero fuera del partido, participando en el movimiento por la paz, en las sociedades de amistad con los países socialistas, en los comités de solidaridad con los pueblos oprimidos por dictaduras (España) y en algunos movimientos de liberación nacional (Indochina), etc. ². Muchos dudaban y oscilaban según las circunstancias: con la URSS o contra la URSS, en defensa de los partidos comunistas occidentales o duramente críticos frente a ellos. «Es imposible estar con los comunistas, es imposible estar contra los comunistas», dirá Sartre. Esta oscilación, por lo general, no respondía a un oportunismo personal sino a una reacción moral y política en cada momento histórico: Sartre se pondrá al lado de los comunistas, en 1952, cuando éstos aparecen como el único partido que defiende por encima de todo a los trabajadores de su país y la paz en el mundo, enfrentándose a todos los demás partidos. Luego, en 1956, reaccionará violentamente contra los comunistas, con motivo de la intervención soviética en Hungría ³. Más tarde, un intelectual tan crítico con el comunismo como B. Russell acabará siendo prácticamente un compañero de viaje en la lucha contra la agresión imperialista americana en Vietnam.

Es en estos años cuando comienza a darse el movimiento de aproximación entre cristianos de izquierdas y comunistas que más tarde, a lo largo de los años sesenta, tendrá una explosión espectacular con los *diálogos sobre cristianismo y marxismo*. En realidad la aproximación ya se había producido en la lucha antifascista y en la Resistencia ⁴. Después la involución derechista y clientelar de los movimientos demócrata-cristianos (DC en Italia y Alemania, MRP en Francia) llevaron a muchos cristianos progresistas a aproximarse a la izquierda tradicional, de cultura anticlerical y marxista. Aspectos importantes del carácter y de la política de los partidos comunistas atraen a los cristianos de izquierdas. Perseguidos (recordemos la caza de brujas en USA, pero también en toda la Europa occidental a partir de 1948) despiertan la solidaridad. Defensores de la paz y de la independencia nacional (grandes manifestaciones contra la OTAN y contra la CED) enlazan con el pacifismo y el nacionalismo, muy presentes en la ideología política cristiana. Son los que conservan el espíritu de la resistencia y del antifascismo, los que defienden la amistad con los países más sacrificados del nazismo (Unión Soviética y los países de la Europa Central) y los que mantienen el principio de autodeterminación de los pueblos. Los comunistas son sobre todo el partido enraizado en la clase obrera, los que dan testimonio al lado de los pobres y de los oprimidos. Más aún, sus militantes *son* los pobres y los oprimidos que se rebelan: los grupos de cristianos de base y los movimientos de sacerdotes obreros, en Francia y en Italia, se encontraban normalmente del mismo lado, y a menudo dentro de los sindicatos dirigidos por comunistas cuando no dentro del mismo partido, *a pesar de su fe*.

Por otra parte, el pensamiento cristiano también va a realizar una evolución propia que en algunos casos le llevará a plantearse cuestiones parecidas a las que se planteaba la izquierda marxista: Mounier, Theillard de Chardin, Lacroix, *Témoignage Chrétien* (por citar únicamente ejemplos franceses muy próximos a Comín) ⁵. En Francia, sobre todo, aunque también en Italia, en Alemania, en América Latina, va forjándose un pensamiento cristiano, humanista y revolucionario, histórico, que pretende articular o superar el trascendentalismo metafísico con la aspiración a una sociedad igualitaria y comunitaria, un pensamiento que no mira al cielo para olvidar el mundo sino para cambiarlo y que entiende la caridad, el estar al lado de los humildes, como un testimonio y una lucha concebidos también en términos de eficacia y no tan sólo de sacrificio.

Durante el período de la guerra fría, e incluso a lo largo de los años sesenta, la relación de la intelectualidad y de los sectores cristianos progresistas ⁶ con los partidos comunistas es una relación de *exterioridad*. El intelectual que entra en el PC, y sobre todo el cristiano, entra en el *partido de la clase obrera*, en el partido *marxista-leninista*, verdadera y real contra-sociedad con su jerarquía y sus valores propios, que no reconoce los esta-

tus y los privilegios de la sociedad que le rodea. El *intelectual* es aceptado a pesar de su posición en la sociedad y en algunos momentos tiene que hacérselo perdonar. También es verdad que cuando es un intelectual conocido disfruta de una situación considerablemente privilegiada dentro del Partido, a cambio de que no plantee problemas. El hecho es que para muchos intelectuales era una posición más agradable e, incluso, más eficaz (o al menos se lo parecía) ser un compañero de viaje. Ayudaban al Partido sin tener excesivos problemas con la sociedad exterior. Podían discrepar pero no estaban obligados a combatir lo que no les gustaba, ya que no eran miembros del Partido. El Partido les trataba bien cada vez que proporcionaban alguna ayuda o firmaban un documento, y no recibían ninguna crítica sobre su actividad intelectual o privada.

Para los cristianos la situación era más complicada: ser cristiano no es tan sólo gozar de un estatus social determinado, sino también estar sometido a determinadas reglas y coacciones por parte de la Institución religiosa, la Iglesia, y de la opinión pública cristiana. Es decir, su afiliación al comunismo suponía provocar un enfrentamiento abierto. Por otra parte, el Partido le admitía haciendo una concesión mucho mayor que en el caso del simple intelectual ya que, a fin de cuentas, el *socialismo científico* es producto de la fusión en el *partido del movimiento obrero organizado* y de los *intelectuales y revolucionarios*, y siempre se podía argumentar que Marx, Engels, Lenin, Rosa Luxembourg, Gramsci, etc., eran intelectuales. Pero el cristiano en el Partido estaba en contradicción con la ideología oficial, que tenía el doble carácter de teoría científica y de sistema de valores de la colectividad comunista. Algunos intelectuales cristianos que se afiliaron al comunismo lo hacían en la medida en que se vinculaban al movimiento obrero (los sacerdotes-obreros, los sindicalistas) reduciendo su cristianismo a una vivencia privada. Los otros, estudiantes y jóvenes intelectuales, eran objeto de una presión constante por parte de sus compañeros de partido, como si arrastrasen todavía una virginidad que no correspondía a su edad o se caracterizasen por una inmadurez especial que había que ayudarle a superar. La mayoría abandonaba la fe, algunos la conservaban como su diferencia íntima y particular. Es decir, en el *partido comunista tradicional* la relación partido-intelectual, sobre todo intelectual cristiano, era una relación externa: mejor compañeros de viaje que dentro del partido, y si entraban era porque renunciaban en tanto que militantes a su condición anterior.

Tal vez habría que hacer, sin embargo, dos matizaciones. La primera es que el Partido comunista podía ofrecer también la oportunidad a determinados intelectuales de realizarse como *intelectuales de partido*. Estamos hablando no sólo de los casos, más bien pocos, de intelectuales conocidos a los que el partido promociona de forma especial, sino también de los intelectuales y profesionales, por lo general jóvenes, que encuentran en el Partido la oportunidad de *hacer carrera* (no en sentido peyorativo) y de utilizar sus propias ventajas (tiempo, saben leer y escribir, etc.) para convertirse en cuadros intermedios, en funcionarios políticos o sindicales, en cargos elegidos o en profesionales del aparato cultural o de propaganda del partido. En segundo lugar, hay que decir que algunos intelectuales también hallaban en las certezas del comunismo tradicional no solamente la tranquilidad de conciencia de estar con la *Historia*, sino también la *Teoría* que les daba la explicación de todo lo que les hacía sentirse *más inteligentes* ⁷.

En cuanto a los cristianos, podía darse el caso de que, tanto si mantenían su fe religiosa dentro del partido como si no, convirtiesen su dogmatismo religioso en dogmatismo comunista. No todos los cristianos ni todos los comunistas son *dogmáticos*, pero un cierto tipo de cristiano y de comunista sí lo es, y en bastantes casos se ha pasado con mucha facilidad del uno al otro ⁸. El partido-iglesia y la concepción mesiánica del partido; la concepción mítica de la revolución como momento de revelación de la sociedad a sí misma; la realización del comunismo como salvación de la humanidad o verdadero paraíso; el hecho de formar parte del pueblo, o de la clase elegida; el militante como misio-

nero; los textos sagrados de los clásicos del marxismo-leninismo, etc., todo ello contiene fuertes reminiscencias religiosas y puede convertirse fácilmente en actitud dogmática y en comportamiento sectario.

Para un cristiano total como Alfonso Comín, que se definió como «cristiano en el Partido y comunista en la Iglesia», que hizo de la lucha contra los autoritarismos, los censores y los dogmas impuestos a la libertad de conciencia de cada individuo uno de los objetivos centrales de su vida, *el comunismo de la guerra fría* no podía ser su comunismo. Y no porque entrar en sus filas significase romper con la Iglesia: si la ruptura hubiese estado provocada por la actitud cerrada de la Iglesia, Comín, no nos cabe ninguna duda, se habría enfrentado abiertamente a ella. Pero el obstáculo era otro: el carácter de Iglesia que poseían los partidos comunistas y su incapacidad para asumir la fe cristiana como una motivación revolucionaria que había que integrar como tal en el pensamiento y en la acción del Partido. Si las circunstancias le hubiesen impulsado fuertemente a ello, tal vez se habría hecho miembro de un partido comunista tradicional (único partido de los trabajadores, el partido que organizaba la Resistencia, el más perseguido y el que ofrecía más testimonios de lucha), pero difícilmente se hubiera encontrado bien en él, ya que para ello habría tenido que poder aportar su propia reflexión y su vivencia cristiana, su actitud moral, su espíritu ecuménico enemigo de cualquier clase de sectarismo⁹.

Del comunismo tradicional al eurocomunismo.

En los años cincuenta y sesenta, intelectuales y cristianos de izquierdas no comunistas encontraron un camino que los acercaba y, a la vez, los separaba de los comunistas: la simpatía por las *revoluciones no ortodoxas*. Primero fue Yugoslavia, país socialista que rompió con la Unión Soviética. La combinación de la independencia nacional con la autogestión, de la política neutral entre los dos bloques con la construcción de un socialismo basado en el riguroso carácter público de los medios de producción, de una cierta libertad intelectual con la posibilidad de participar en la construcción de una nueva sociedad, todo ello atrajo a una parte importante de la intelectualidad progresista. Después fue Argelia y luego Cuba. Por último Vietnam¹⁰. En todos estos casos los partidos comunistas no podían monopolizar la épica revolucionaria, pero, a la vez, los objetivos de estas revoluciones eran muy similares a los de los comunistas (Argelia mucho menos). En el marco internacional, cristianos como Comín (como más tarde los de *Frères du Monde* en Francia, o los de IDOC en Italia) se identificaron con este socialismo que no era el socialismo oficial y ortodoxo de la Unión Soviética y de los demás países socialistas europeos, ni correspondía exactamente a los modelos vigentes hasta los años sesenta en los partidos comunistas occidentales.

Ahora bien, estos partidos comunistas no se han detenido en el tiempo: los acontecimientos que se dan en los países socialistas y en el movimiento comunista internacional por una parte, y la realidad social y política en la que viven por otra, les hacen evolucionar. Entre 1956 y 1968, los cambios son considerables y a partir de entonces parecen irreversibles, a pesar de que la reciente involución del PCF y los debates internos que se dan en el PCI o en el PCE-PSUC demuestran la resistencia del comunismo tradicional. En 1956 tiene lugar el XX Congreso del PCUS y el proceso al estalinismo. Se hace una crítica implacable del culto a la personalidad, de la represión política y cultural, del dogmatismo. Ese mismo año el PCI celebra su VIII Congreso, el de la elaboración de la vía democrática, pluralista, constitucional, hacia el socialismo. En Francia, socialistas, comunistas y radicales mendesistas ganan las elecciones, aunque este acuerdo se rompa muy pronto. En España el PCE lanza su política de reconciliación nacional y Santiago Carrillo es nombrado Secretario General. Togliatti ya ha empezado a hablar de «policentris-

mo» (*Nuovi Argomenti*, 1956), que puede ser considerado como el punto de partida más claro de lo que después será el eurocomunismo.

En los *años sesenta* se combinan una serie de factores internacionales y nacionales en los países de Europa occidental que significan una recuperación de la iniciativa y de la unidad entre las fuerzas de izquierdas: distensión internacional (equilibrio de fuerzas, necesidad de frenar la carrera armamentista) y relativo debilitamiento de los dos bloques (China, Polonia y Hungría por un lado, descolonización y tendencias autonomistas en Europa occidental por otro); ofensiva del movimiento obrero que empieza a pasar factura por haber pagado muy cara la reconstrucción desde 1945 (a principios de los años sesenta hay grandes movimientos de huelgas, se firman convenios colectivos mucho más favorables a los trabajadores en todos los países occidentales democráticos, e incluso en España, que no lo es); acercamiento entre socialistas y comunistas en la medida en que se supera el clima de guerra fría y que la política nacional pasa a primer plano; etc.

A pesar del crecimiento económico alcanzado, la política y la ideología conservadoras son más cuestionadas que nunca. No se perdona ni la opresión de los pueblos a nivel internacional ni el coste social del supuesto milagro económico de los países del Mercado Común. La *intelectualidad*, por motivaciones morales y políticas, se muestra mayoritariamente muy crítica hacia un sistema en el que se descubre la malversación y la corrupción, que carece de planificación y de capacidad de satisfacer necesidades sociales esenciales, que en nombre de los *derechos del hombre* ha practicado durante veinte años la represión de puertas a fuera y también de puertas a dentro (caza de brujas, represión de las huelgas obreras durante los años cincuenta), que ha dado lugar a una sociedad de consumo, caricatura de la americana, fuente de insatisfacciones y frustraciones de todo tipo, que excluye la participación real de la mayoría... En el terreno ideológico y cultural, la izquierda domina el panorama de los años sesenta y los comunistas (en Italia, en Francia, en España) conquistan una presencia importante. Son a la vez una fuerza moral, no comprometida con la situación presente, y una fuerza político-social alternativa como representantes de los trabajadores. En cambio, gran parte de lo que durante la guerra fría oponía a la intelectualidad progresista y al comunismo, ha empezado a pasar a segundo término.

Primero fue la *crítica al estalinismo* y la superación de la *dependencia internacional*. Entre 1956 (XX Congreso del PCUS) y 1968 (invasión de Checoslovaquia) los partidos comunistas occidentales (sobre todo PCI, PCE y también PCF) van distanciándose considerablemente de la URSS y renuncian a identificarse con el modelo de socialismo estalinista. Entre ambas fechas hay un momento clave, 1964, tanto por la reacción negativa que provoca en las direcciones de los partidos comunistas europeos la destitución de Jkruschov como por la publicación del memorial de Ialta (o *testamento* de Togliatti).

Los años sesenta son también el momento de cuestionar la dogmática en que el estalinismo y la guerra fría habían convertido el pensamiento revolucionario: el *marxismo-leninismo*. En Italia, después del VIII Congreso, florece un pensamiento marxista original, a partir de Gramsci y orientado hacia la *vía democrática al socialismo*. Incluso en Francia se habla de «pour un réalisme sans rivages» (Garaudy). El marxismo se convierte en el centro del debate cultural y los partidos comunistas ya no pretenden hacer de él una ideología cerrada con la que hay que estar de acuerdo en todos sus aspectos. Son partidos que van asumiendo progresivamente su carácter laico.

Un tercer aspecto de la evolución de los partidos comunistas, en la medida en que van vinculándose a otras fuerzas políticas y sociales y que se sitúan en el seno de amplios movimientos sociales y de posibles alternativas políticas (elecciones presidenciales francesas de 1965, debate sobre el *centro-sinistra* y sus relaciones con el PCI en Italia), es el pau-

latino abandono de la concepción *mesiánica* del Partido, el ir asumiendo los valores democráticos, y la plena aceptación de las *Instituciones democráticas representativas* como marco de la actuación política.

Esta evolución da lugar a efectos contradictorios en la relación *inteligentsia-comunismo*. No todo son efectos positivos (queda el discreto encanto del partido asediado, mesiánico, representante de otro mundo, poseedor de la verdadera teoría, alternativa total), aunque a pesar de todo son los dominantes convirtiendo a los partidos comunistas en centros de atracción cultural y política.

El *mayo del 68* provoca una crisis en esta relación: los partidos comunistas *hacen poco* para dar satisfacción a las esperanzas de la intelectualidad radical, pero a la luz *son demasiado* (es decir, dan miedo a una gran parte de la oposición pública que teme que su moderación sea solamente una apariencia falsa) para ocupar posiciones de poder en el Estado y gestionar las reformas promovidas por el 68. Vueltas las aguas a su cauce, serán, sin embargo, los partidos tradicionales de la izquierda (comunistas y socialistas) los que estarán mejor situados para recoger sus frutos, debido al doble fracaso de las organizaciones espontaneístas y doctrinarias surgidas en el 68-69.

En este contexto favorable a un acercamiento entre comunismo y cristianismo progresista intervienen algunos factores nuevos que aceleran la evolución de *sectores cristianos* hacia la izquierda y hacia los partidos marxistas de base obrera. El primero y más importante es Juan XXIII, la convocatoria del Concilio Vaticano II (1962) y la Encíclica *Pacem in Terris* (1963). El Papa impulsa y legitima el compromiso cristiano con el mundo y con los pobres y propicia el diálogo con todas las ideas relacionadas con el humanismo. Los *diálogos* entre cristianos y marxistas se generalizan, y, aunque tienen un cierto carácter institucional y parten del reconocimiento de una mutua *exterioridad*, generan una dinámica de interpretación de ideas y de mutua legitimación que crea las bases para una profunda coincidencia en la medida en que cuestionan, profunda y simultáneamente, el ateísmo del marxismo y el no materialismo del cristianismo.

EUROCOMUNISMO Y CRISTIANISMO

Durante este período, el Partido Comunista Italiano es quien hace reflexiones y propuestas más avanzadas en relación con los cristianos. Es cierto que, en los años treinta, el giro de la III Internacional (Dimitrov, Frente Popular, unidad antifascista) hizo sentir sus efectos en este campo: «La main tendue aux catholiques», según la célebre expresión de Thorez. Pero, de momento, no es más que una propuesta de alianzas tácticas, al margen o a pesar de las ideologías de cada uno. En Italia, la *refundación* del PCI a lo largo de la lucha antifascista de la Resistencia, la relación con los movimientos populares cristianos y la aparición de tendencias de izquierdas en su seno (del Partido Cristiano Social y del Movimiento de Católicos Comunistas durante los años cuarenta hasta las ACLI y la presencia pública de dirigentes e intelectuales cristianos en el PCI y en organizaciones de extrema izquierda, sobre todo a partir de 1968), la voluntad de definir una vía propia, democrática y pluralista hacia el socialismo, llevan a los comunistas italianos a adelantarse a los demás partidos comunistas europeos. Como dicen Jaume y Clara Rojas en un excelente artículo publicado en *Taula de Canvi*¹², el PCI considera que la consolidación y el posterior desarrollo de la democracia italiana está basada en la unidad del movimiento obrero y, por lo tanto, en la alianza de comunistas y socialistas y en el entendimiento entre el movimiento obrero y las fuerzas populares católicas. El PCI, desde el momento de la liberación (1945) y en la elaboración de la Constitución (1947) se pronunció claramente por la «libertad de conciencia, de fe, de culto, de propaganda religiosa y

de organización religiosa» (Togliatti) y se define así: «El Partido Comunista no es un partido ateo, acepta en sus filas a fieles de cualquier religión; la afiliación al PCI no implica la aceptación de las doctrinas filosóficas del materialismo, y el anticlericalismo siempre ha sido condenado y sigue estando condenado por el PCI» (Longo). Estos principios se establecen en los Estatutos: «pueden inscribirse en el PCI todos los ciudadanos... independientemente de su raza, creencia religiosa e ideas filosóficas» (art. 2).

Togliatti, poco antes de la Encíclica *Pacem in Terris* y en Bérgamo, la pequeña ciudad de Juan XXIII, hace su *Discurso sobre el destino del hombre*, dirigido a los católicos y reconoce en los valores cristianos un estímulo a las aspiraciones a una sociedad socialista. Es «posible una comprensión recíproca, un recíproco reconocimiento de valores y, en consencia, un entendimiento e, incluso, un acuerdo de cara a consolidar objetivos comunes, en la medida en que son necesarios para toda la humanidad»¹³

Con la *invasión de Checoslovaquia* se produce una fractura decisiva entre los partidos comunistas occidentales y la Unión Soviética. La política de unidad de la izquierda en Francia, de partido de gobierno en Italia (que más tarde se concretará en la fórmula de *compromiso histórico* con la DC y más recientemente en la de alternativa laica y de izquierdas), de unidad de las fuerzas democráticas en España, llevará muy lejos a los partidos comunistas en el terreno ideológico y político, sobre todo internacional: es lo que muy pronto se llamará *eurocomunismo*. Algunos de sus principales elementos son: nuevas teorizaciones sobre el Estado democrático y el pluralismo; crítica a la concepción de *ideología oficial* del Estado y del partido; autonomía de la sociedad civil y valoración positiva de los movimientos sociales autónomos del Estado y de los partidos; aceptación del marco europeo y voluntad de cooperación con las demás fuerzas sociales y políticas europeas (el PCF mucho menos que los italianos o españoles); independencia total de cada partido comunista y concepción del movimiento comunista internacional como un marco de intercambio de opiniones; partido de masas arraigado en la sociedad, abierto al pluralismo cultural y a la diversidad de opiniones, etc.

La influencia del mayo francés y del otoño caliente italiano sobre los partidos comunistas se traduce en la aceptación de un conjunto de valores y de aspiraciones (sobre la familia, la vida cotidiana, el medio ambiente, la mujer, el antimilitarismo, etc.) que facilitan el acercamiento de muchos sectores intelectuales hacia los comunistas. Los movimientos cristianos también se radicalizan, en parte, hacia posiciones de extrema izquierda. En determinados lugares y momentos optan por el comunismo. Para un cristiano de izquierdas parece casi una opción de realismo y moderación, pero a la vez es la opción que plantea más problemas teóricos y prácticos, colectivos y personales. La exterioridad todavía no está totalmente resuelta. Si *comunismo y cristianismo* son dos universos claramente diferenciados, dos pensamientos totales, dos proyectos acabados, dos concepciones de la persona distintas, podrá haber diálogo, colaboración, incluso militancia de cristianos en el comunismo, pero se mantendrá la exterioridad, el cristiano será un comunista a pesar de sus creencias, el comunismo no incorporará a su patrimonio político y cultural los calores del cristianismo.

El *eurocomunismo* abre un camino de superación de esta *exterioridad*, por las razones referidas, especialmente:

- a) Por la definición de *laicismo* del partido, es decir, no religioso, sin ideología oficial, sin principios intangibles: ni dogmas, ni papas. El partido no se define como ateo, el marxismo es una guía para la acción, el materialismo histórico una teoría de análisis social susceptible de interpretaciones diferentes y de *interpenetración* con otras teorías de base científica, el comunismo un conjunto de ideales

y de valores de los que pueden participar muchas personas no organizadas en los partidos comunistas, o no identificadas plenamente con el marxismo.

- b) Por la opción plena, total, a favor del *pluralismo* político y cultural en el Estado y en la sociedad y, por lo tanto, por el inicio de una crítica profunda, estructural, de los Estados socialistas y las sociedades soviéticas y similares. Es decir, el proyecto eurocomunista no se identifica con el socialismo real o estalinista de estos países, y ello no sólo por razones de oportunidad sino de principio. El *eurocomunismo* recupera valores del *liberalismo* y del *humanismo*.
- c) Por el reconocimiento de los valores del *cristianismo* como estímulo para una acción democrática y revolucionaria y también porque la reflexión sobre la realización del socialismo lleva a cuestionar las tesis mecanicistas sobre la religión y las condiciones de su desaparición: «Nosotros no aceptaremos nunca más la concepción ingenua y errónea de que bastaría la extensión del conocimiento y el cambio de las estructuras para determinar modificaciones radicales... (en la conciencia religiosa)», dirá Togliatti en su discurso sobre el destino del hombre, antes mencionado.

El *eurocomunismo* abandona el *mesianismo* de partido, la concepción totalitaria (un partido que dirige el Estado, que organiza toda la sociedad y todos los aspectos de la vida social e intelectual), el socialismo como un modelo mentalmente acabado, que hay que realizar cueste lo que cueste. El eurocomunismo no es una simple adecuación de los partidos comunistas a una coyuntura política y económica determinadas. El adjetivo *euro* tiene una importancia decisiva como elemento de definición en dos sentidos. Primero: aceptación del marco europeo como ámbito de la lucha por el socialismo y, por lo tanto, necesidad de la unidad con *socialistas* y *socialdemócratas*. Segundo: recuperación histórica y cultural de Europa, de los derechos de la persona, de las libertades, de las revoluciones nacionales y democráticas y, por lo tanto, de los elementos progresivos del cristianismo y del *liberalismo*.

La evolución del pensamiento cristiano.

El pensamiento cristiano, por otro lado, a partir de Juan XXIII y del Concilio Vaticano II, evoluciona rápidamente. Togliatti podrá decir: «La experiencia confirma que la conciencia cristiana ante la dramática situación del mundo actual puede servir de estímulo a un compromiso de lucha para la transformación socialista de la sociedad» (1964), mientras que Juan XXIII establecía una distinción entre «Doctrinas erróneas» y «movimientos históricos» inspirados en estas doctrinas, y dejaba la puerta abierta a la colaboración con éstos a la vez que defendía el diálogo con todas las corrientes de ideas sociales, económicas y políticas.

El marxismo y el cristianismo no se presentan necesariamente como dos universos totales y, por lo tanto, irreconciliables¹⁵. El marxismo es una teoría y un método para el análisis social, una guía para la acción, un conjunto de valores aportados por el movimiento de lucha de los trabajadores. Destacados marxistas, incluso en España, ponen de manifiesto que el marxismo es, sobre todo, un *movimiento histórico* (Azcárate)¹⁶. Comín recogerá las reflexiones de M. Sacristán: «El marxismo es una tradición emancipadora moderna, no es un sistema teórico... lo ha sido en tanto que ideología legitimadora del poder de unos Estados determinados y de núcleos políticos dirigentes, y también una rutina de grupo, ideológica y legitimadora, de profesores del Este y del Oeste»¹⁷. «El marxismo no es un *ateísmo*... lucha contra la religión únicamente en la medida en que la religión es un obstáculo» (Althusser). «Los clásicos del marxismo jamás elaboraron una

teoría del ateísmo... el espíritu de los tiempos llevaba a considerar natural que una cosmovisión moderna tenía que ser atea... el ateísmo era una base ética» (Luporini). Estos dos autores son citados y aceptados por Comín¹⁸.

Se despeja, pues, el obstáculo del ateísmo. Los cristianos progresistas, por su parte, viven el cristianismo como unas creencias en el ámbito de una Iglesia, no como un pensamiento universal y cerrado que da respuesta a todo¹⁹. Son conscientes de que la doctrina social de la Iglesia ha ido siempre a la zaga del pensamiento socialista y en defensa de la sociedad capitalista²⁰. Adoptan el marxismo como *teoría social*, sobre todo en la medida en que se va haciendo más abierto, y como *movimiento histórico*, que asume el momento de la subjetividad. Los cristianos reciben el Sermón de la Montaña como un llamamiento a luchar por la justicia y el amor universal, y hallan en el marxismo la superación del socialismo utópico (es decir, desligado de la lucha de clases, de los movimientos de liberación real)²¹, incorporan la carga mesiánica y prometeica marxista²² a un cristianismo vivido como religión revolucionaria y materialista (González Ruiz). Y llegan todavía más lejos: Alfonso Comín afirma que «el cristianismo no es una religión, si por ello se entiende una suma de normas, mitologías y mandatos irracionales. Es una creencia que se reduce al binomio amor-esperanza»²³. Girardi opone «la Iglesia-Institución» a «la Iglesia-pueblo en marcha»²⁴. Alfonso Comín, en la línea de la teología más avanzada, plantea la crítica al *trascendentalismo*, que es el último punto de divergencia entre cristianos y marxistas²⁵.

El pensamiento cristiano progresista reconoce que «sin la crítica marxista de la religión no habría teología de liberación» (A. Comín)²⁶. En el marco del diálogo con los cristianos, M. Azcárate llama la atención sobre la importancia actual de esta crítica: «la crisis en el mundo actual lleva al retorno de formas de religiosidad alienadas que separan al individuo de la acción colectiva transformadora... la crítica marxista de la religión la combate en la medida en que aleja a los cristianos de los pueblos, es decir, ayuda a la teología de la liberación»²⁷.

Este recorrido y la paralela evolución del marxismo permiten a los cristianos de izquierdas contestar rotundamente las críticas y las prohibiciones tradicionales de la Iglesia frente al marxismo y contra los partidos comunistas. Comín los sintetiza muy bien en tres puntos²⁸: el ateísmo, la lucha de clases y los derechos humanos.

Respecto al *ateísmo* el mejor argumento lo dan los partidos comunistas al definirse como laicos y admitir a los cristianos con sus creencias. Un elemento decisivo es la crítica a los Estados socialistas, a los sistemas políticos basados en una *ideología oficial*. La teología de la liberación, por otra parte, coincide en sus motivaciones de fondo y en sus objetivos con el pensamiento y los movimientos revolucionarios, y en cambio se opone frontalmente al catolicismo conservador, es decir, puede identificarse más con las creencias de los revolucionarios ateos que con las de los católicos reaccionarios.

Respecto a la *lucha de clases* la Iglesia tradicionalmente ha venido diciendo que es una teoría que fomenta el odio, la violencia, es decir, que se opone a la fraternidad y al amor de los cristianos. Es todo lo contrario, dice Comín, al igual que Garaudy. La lucha de clases, la violencia, la opresión son cosas que existen. Los oprimidos sólo pueden salvarse combatiéndolas. La lucha de clases también está presente en la Iglesia; no es, pues, una teoría inventada por sus enemigos.

El tema de los *derechos humanos* ha sido el argumento más moderno de la Iglesia contra el comunismo: los cristianos no pueden admitir de ninguna manera las dictaduras comunistas que niegan los derechos fundamentales de la persona, incluso la libertad de conciencia. Es un argumento que puede volverse contra la Iglesia, que muy a menudo ha

apoyado a dictaduras fascistas. Pero que, sobre todo, pierde su validez cuando los partidos comunistas se ponen en cabeza de la lucha por los derechos humanos, enfrentándose a la vez a los Estados socialistas.

Los cristianos pueden, pues, considerar como no válidos los argumentos tradicionales de la Iglesia contra el comunismo en la medida, sin embargo, en que se afirma el *eurocomunismo*, que es la corriente que define el laicismo del partido y del Estado, que está del lado de los que luchan contra la opresión (incluso en los países socialistas) y que hace de la libertad y de los derechos humanos un elemento consustancial del socialismo.

Todas estas consideraciones nos permiten llegar, de forma natural, a la personalidad de Alfonso Comín. La historia de las relaciones y de la confluencia entre comunistas que van hacia el eurocomunismo y cristianos que van hacia el socialismo se concreta en un momento determinado en un nombre: Alfonso Comín. Comín se cuenta en la encrucijada; probablemente es uno de los principales protagonistas de la confluencia y una de las mejores voces que la anuncian y lo explican. Quizá el principal protagonista y la mejor voz. Alfonso Comín, por su capacidad de ser a la vez un intelectual y un hombre de acción, un político infatigable y un moralista ejemplar, un líder cristiano y un dirigente comunista, constituye la síntesis más acabada de los años setenta entre comunismo y cristianismo. Ahora vamos a analizar, aunque sea esquemáticamente, su itinerario.

EL ITINERARIO DE UN CRISTIANO, DESDE CATALUÑA, HACIA EL EUROCOMUNISMO

No vamos a trazar el itinerario político personal de Alfonso Comín. Ya está hecho, en un número especial que le ha dedicado *Taula de Canvi*²⁹. Pero sí vale la pena señalar algunos aspectos y momentos que nos parecen particularmente significativos. Nuestra perspectiva es la misma que hemos apuntado al principio: Comín y los comunistas se encuentran, existe una evolución paralela; el eurocomunismo español y catalán es, en parte, resultado de este encuentro. Es decir, no sería el mismo sin la presencia de Comín y de los *Cristianos por el Socialismo* a partir de 1974.

Al referirse a su trayectoria política³⁰ Alfonso Comín nos habla inmediatamente de su reacción contra el franquismo, contra los resultados de la Guerra Civil. Es la reacción de un *hijo de los vencedores* que quiere solidarizarse con los vencidos, de un cristiano que no acepta el *nacional-catolicismo*, el maridaje entre el Estado franquista y la Iglesia española como cristiano, en los años cincuenta, que busca una tercera vía entre capitalismo y comunismo, entre el Ejército y las fuerzas vencedoras y los partidos marxistas tradicionales y vencidos. Como estudiante e intelectual, con un gran afán de realización personal, quiere conciliar el compromiso moral y político con una relativa independencia respecto a organizaciones clandestinas que tienden fácilmente a convertirse en sectas, y, como tales, en empobrecedoras para sus miembros. El compromiso orgánico se impone, pero no es un partido tradicional, socialista o comunista. Tampoco acepta a la democracia cristiana (en aquellos momentos no era tan evidente como ahora), convencido del pluralismo político de los cristianos y de la función conservadora de las D.C. europeas.

Alfonso Comín formará parte de dos organizaciones de izquierdas muy peculiares: el FLP y Bandera Roja. Respecto al FLP, Comín hace una afirmación reveladora: el FLP fracasará en Cataluña por no ser capaz de adquirir el carácter de *partido nacional catalán*³¹: hay que arraigarse en el propio país y participar en la construcción de una mayoría para conquistar las libertades democráticas, nacionales y de clase. Alfonso Comín será más tarde un *compañero de viaje del PSUC*, durante los años sesenta³² porque ve en el PSUC: a) un partido de *clase*, arraigado entre los trabajadores, a los que organiza y

hace participar en la lucha política; b) un partido *nacional catalán* presente en distintos sectores de la sociedad catalana y que pone en primer plano la reivindicación nacional; c) un partido con una *política democrática unitaria*, abierto a la colaboración con todos aquellos que desean la democracia, independientemente de sus posturas anteriores frente al franquismo, de su ideología o de sus proyectos sociales. La política democrática y unitaria hace del PSUC un partido especialmente atento a los intelectuales (que son quienes pueden pronunciarse públicamente) y a los cristianos (que son los únicos que disponen de medios no clandestinos de relación con la población, a excepción del Estado). El nacionalismo catalán «es un fermento de movilización de las masas cristianas»³³ y los cristianos, con una presencia destacada y con medios de propaganda y organización en los sectores populares, se convertirán en «nuestros aliados más consecuentes», como reconoce Gregorio López Raimundo, Secretario General del PSUC, en 1973³⁴.

Tanto por las razones generales ya señaladas como por las específicas de España (sobre todo la violencia e irracionalidad de la dictadura y la opresión a todos los niveles de los trabajadores), los *intelectuales progresistas cristianos* se acercan a los comunistas. El obstáculo prácticamente insuperable es el *estalinismo*. Alfonso Comín explica la ambivalencia que un cristiano experimenta ante los comunistas tradicionales: se rechaza el dogmatismo ideológico y la adhesión incondicional al sistema soviético, pero a la vez se admira el heroísmo y la fuerte conciencia de identidad de los comunistas³⁵.

La política del PCE-PSUC y los cristianos.

Tanto durante la Guerra Civil como después, en la política denominada de *Unión Nacional*, los comunistas se dirigen a los católicos antifascistas, pero a la vez tienen que reconocer que la Iglesia institucional y la gran mayoría de las masas cristianas están del otro lado.

La política de *reconciliación nacional* aportará nuevos elementos. Por una parte se formula en un momento, 1956, en que dentro de la misma Iglesia ya se producen distanciamientos y actitudes críticas respecto al régimen franquista (posturas minoritarias y prácticamente nulas en la jerarquía) y también cuando entre los vencedores y, sobre todo, entre sus hijos, empieza a darse una reacción contraria (Ruiz-Jiménez, Ridruejo, la Universidad, la JOC-HOAC, el movimiento universitario desde 1956, etc.). Por otra parte, el PCE-PSUC se dirige abiertamente a los sectores del pueblo que estaban con el franquismo, a los católicos y a la Iglesia como institución. Llegó, incluso, ¡a defender la subvención estatal de la Iglesia! Es el comienzo de formas de lucha política de masas en el interior, de utilización de medios legales (sindicatos, revistas, entidades), de constitución de núcleos estables de antifranquistas en las Universidades, entre los profesionales, en las fábricas. Comunistas y católicos empiezan a coincidir en la lucha antifranquista. Los comunistas y los cristianos, unos por necesidades de la lucha, los otros porque se enfrentan con el *nacional-catolicismo*, cuestionan sus dogmas, o, en cualquier caso, los ponen en segundo término.

En 1965, Santiago Carrillo podrá decir que los comunistas españoles se han adelantado al Concilio Vaticano II en el diálogo y la unidad con los cristianos (*Después de Franco, ¿qué?*). En una obra posterior (*Nuevos enfoques a problemas de hoy*, 1967) Carrillo da un paso más en este sentido y habla de «alianza estratégica con la Iglesia de los pobres», pero añade que existen «divergencias profundas en el terreno filosófico entre marxismo y religión». Los comunistas todavía no han llegado a plantearse la pertinencia del ateísmo y, en general, del marxismo como sistema total y cerrado. Por lo tanto, consideran normal la militancia de los cristianos en el Partido y muchos continúan con las viejas

ideas de que estarían mejor entre las filas de la Democracia Cristiana haciendo de *progres* ³⁶.

Los años sesenta marcan el momento de los cambios decisivos. La aparición de los *Cristianos por el Socialismo* (CPS) produce un cierto impacto en el PCE-PSUC, que reconoce que hay importantes sectores de cristianos que también luchan por el socialismo (Comité Central, 1973). CPS desarrolla la teología de la liberación no como una importación de Francia o de América Latina sino como una teología autóctona resultante de la reflexión y de la práctica de los cristianos ³⁷. CPS declara rotundamente que la lucha de clases también está presente en la Iglesia y que los cristianos son políticamente autónomos, no son revolucionarios religiosos pero son marxistas y cristianos a la vez, y lo viven como una unidad. Es decir, la fe es el origen, o una de las causas, de las motivaciones revolucionarias, y se convierten en militantes políticos con sus creencias. Para los comunistas es una cuestión completamente nueva: los cristianos como Comín sólo pueden aceptar ser militantes si el Partido asume una corriente cultural hasta entonces externa, cristiana, pero que existe articulada con el marxismo ³⁸.

Los *comunistas españoles*, por su parte, continúan una evolución que los aleja considerablemente de los modelos ideológicos dominantes en los países socialistas. Si 1956 (XX Congreso) y 1964 (caída de Jkruschov) habían significado momentos claves del distanciamiento, la intervención en Checoslovaquia, el mayo del 68 en Europa y la agudización de la crisis política en España obligan a hacer planteamientos culturales y políticos mucho más abiertos. Es el proceso espectacular de revisión ideológica de la primera mitad de los sesenta. Su culminación, a nivel teórico-político será *Eurocomunismo y Estado* (S. Carrillo), y respecto a los cristianos las declaraciones oficiales de 1975 y 1976 ³⁹. Santiago Carrillo denunciará «el confesionalismo ateo de los países socialistas» y considerará que la aceptación de los cristianos como miembros de pleno derecho es el final «del monopolio del ateísmo en el Partido» (Segunda Conferencia del PCE, 1975). La figura clave de la culminación de este proceso, la persona que realiza su síntesis, es Alfonso Comín ⁴⁰.

La síntesis cristiano-comunista de Alfonso Comín.

Como comunista en la Iglesia y cristiano en el Partido, Alfonso Comín se dirige a *todos* los cristianos y a todos los comunistas. Es la posición que adoptará el PCE y el PSUC. La aportación cultural de los cristianos al movimiento comunista interesa a todos sus militantes, aunque sean marxistas ateos. Con esta aportación, los comunistas se dirigen a todos los cristianos que desean participar en la construcción del socialismo en la democracia. *No permanecen anclados en la cuestión marxismo-cristianismo* ni hacen de la identidad ideológica la condición imprescindible de la adhesión a un proyecto político. El *partido eurocomunista*, laico y pluralista, es en buena parte, dentro de nuestro contexto, obra de los *cristianos*.

En las declaraciones oficiales del Partido, en sus intervenciones públicas, Comín va construyendo *la síntesis de la aportación cristiana al eurocomunismo*, que vamos a resumir en los siguientes puntos ⁴¹:

a) El cristianismo no siempre es alienante; la fe puede ser vivida como la base de una *motivación revolucionaria*; hay que recuperar al Jesús profeta y reformador para la cultura de la izquierda (Kolakowsky).

b) El Partido Comunista es laico, carece de ideología oficial: por lo tanto, en su seno no se opera ninguna discriminación ideológica; los creyentes y los ateos tienen los mismos derechos tanto para defender sus ideas como para que les sean respetadas.

- c) Los cristianos son militantes del Partido con su fe y, por lo tanto, significan la aportación de una *corriente cultural* nueva a la tradición comunista.
- d) Los cristianos son *autónomos* del Partido en lo que se refiere a sus actitudes y comportamientos como cristianos en el seno de la Iglesia. No obstante, la acción política respecto a la Iglesia y a las masas cristianas corresponde a todo el Partido, no es una tarea exclusiva de los *especialistas* (los militantes cristianos).
- e) El Partido no se pronuncia sobre la *desaparición de la fe* en la sociedad socialista. Propugna un Estado laico que no sea «ni teísta, ni ateo, ni antiteísta»⁴².
- f) La aportación cultural cristiana significa un *enriquecimiento* de la práctica y la teoría marxista, ya que el *marxismo* no se concibe como un sistema acabado que tenga respuesta para todo. Comín relaciona esta aportación con el proyecto político de alianza entre las fuerzas del trabajo y de la cultura, que hay que llevar también a cabo a nivel de las ideas y de los valores⁴³.
- g) La presencia de los cristianos en los partidos eurocomunistas contribuye a impulsar la construcción de un nuevo tipo de *partido de masas*, abierto a la pluralidad de ideas y elementos culturales presentes en la sociedad en la que está arraigado. Comín llega a plantearse, incluso, la necesidad de cuestionar la estructura orgánica y las formas de funcionamiento de los partidos comunistas, y se pregunta si es compatible el centralismo democrático con el debate teórico y político abierto a todos⁴⁴.
- h) Los cristianos comunistas asumen la *crítica marxista de la religión* de la Iglesia institucional aliada a los grupos sociales dominantes, pero, a la vez, hacen más profunda la *crítica eurocomunista a los Estados socialistas*, tanto por la persecución de las religiones teístas como por la imposición a la sociedad de una *religión oficial*, el ateísmo. Los cristianos eurocomunistas, sobre la base de la crítica que ellos mismos hacen a la Iglesia, ponen en tela de juicio al *socialismo real* y se niegan a considerarse como un fenómeno *provincial*, únicamente válido en algunos países⁴⁵.
- i) Los cristianos nos enseñan «la idea del ser humano en singular, *cada individuo tiene un valor absoluto*» (Lombardo Radice)⁴⁶. En el comunista, nos dice también Comín, con palabras muy semejantes a las de M. Azcárate (que utiliza la declaración del PSUC sobre los cristianos), existe una *conciencia íntima*, una zona individual «en la que el Partido no tiene derecho a entrar». El valor de la persona humana en sí misma y la existencia de una conciencia en el militante parcialmente ajena al Partido, son dos ideas absolutamente revolucionarias respecto al comunismo tradicional.
- j) La existencia de cristianos en los partidos eurocomunistas en unas sociedades en que la Iglesia goza de una gran influencia es, nos dice Comín, una *doble garantía del pluralismo político y cultural*, indispensable para la libertad. Garantía de pluralismo para los cristianos: ninguna institución, ninguna organización, podrá pretender representar a todos los cristianos en todas las dimensiones de la persona. Hasta algunos obispos españoles han llegado a reconocer este aspecto positivo. También es una garantía de pluralismo para los *comunistas*. Comín recuerda las palabras de Santiago Carrillo en la conferencia de prensa clandestina que celebró en Madrid en diciembre de 1976: «el ingreso de los cristianos en el Partido que ha enriquecido, no por la propaganda a la que haya podido dar lugar, sino por los valores morales, políticos y personales que han aportado... su presencia nos ayudará a todos nosotros en el futuro a evitar que las contradicciones de nuestra sociedad se presenten en un terreno ideológico abstracto, que ha sido el origen de muchas guerras civiles...»⁴⁷.

k) Por último, Comín nos recuerda que los cristianos comunistas no son *herejes* en la Iglesia y en el Partido, sino que contribuyen a realizar un doble proyecto estratégico: reconstruir a la *Iglesia como pueblo en marcha* (Girardi), a la Iglesia que «camina junto a los humildes y a los que sufren» (Van der Meersch)⁴⁸, y también hacer avanzar el *proyecto eurocomunista* contribuyendo a superar la división entre cristianos, socialistas y comunistas⁴⁹, ya que este proyecto implica, en último término, la desaparición del comunismo como ideología y organización opuestas a las demás corrientes progresistas o socialistas.

CONCLUSION

Una moral irreductible, un pensamiento abierto.

No queríamos, con este artículo, dar a entender que Comín deja resueltos todos los problemas sobre el significado de la adhesión de los cristianos al comunismo, sobre su plena incorporación al proyecto eurocomunista. Los problemas son complejos y sólo ahora están empezando a descubrirse; el pensamiento de Comín es un pensamiento abierto, que progresa constantemente confrontándose con la práctica. Nunca habría llegado a hacer la obra definitiva, porque nunca renunciaba a la acción, siempre quería ir más lejos. Y, sobre todo, Alfonso Comín era, y es, importante por la moral irreductible que presidía su acción. La obra intelectual es importante, el ejemplo difícilmente superable.

La síntesis de Alfonso Comín es hoy un punto culminante del encuentro de los cristianos con el comunismo, un elemento esencial del eurocomunismo. Sin los cristianos tal vez habría eurocomunismo, pero sería de otra forma, sería otra cosa, de la misma manera que el marxismo está hoy presente en la mayoría de movimientos de liberación nacional o que el cristianismo es un componente básico de movimientos revolucionarios en América Latina, como el Sandinismo.

Si el eurocomunismo es un proyecto político no totalmente perfilado todavía, con muchas cuestiones abiertas, es normal que problemas particularmente complejos como los que se derivan de la presencia y de la aportación de los cristianos en su seno, estén todavía más abiertos, o empiecen precisamente a resolverse ahora.

Está, por ejemplo, la cuestión del partido *laico*. El partido comunista que junto con el PCE-PSUC ha avanzado más, en la teoría y en la práctica en este campo, el italiano, hasta el último Congreso (1979) no suprimió de sus estatutos el artículo que obligaba a todos sus militantes a estudiar «el marxismo-leninismo» y a aplicar sus enseñanzas, lo que era contradictorio con el proclamado laicismo del partido y con el artículo que consideraba las ideas filosóficas independientes de la afiliación al partido⁵⁰.

Por otra parte, definir el partido revolucionario como laico *no quiere decir que sea indiferente* a la lucha de clases que se da también en el seno de la iglesia, ni que establezca con esta última relaciones puramente institucionales, diplomáticas, superestructurales. Comín quiere que el Partido se dirija a toda la Iglesia, al conjunto de las masas cristianas. Girardi⁵¹ critica duramente la tendencia de los partidos comunistas a dejar este trabajo en manos exclusivamente de los militantes cristianos, y a privilegiar las relaciones institucionales en lugar de la alianza con las masas cristianas. «El eclipse de la lucha de clases, en religión y en política, conduce al eclipse de los objetivos». El problema, nada fácil de resolver, se plantea, pues, así: la independencia mutua del partido y de la Iglesia significará que el partido no impondrá ninguna ideología oficial cuando llegue al poder,

pero a la vez el partido tiene que intervenir en las contradicciones que se dan en el seno de la Iglesia y disputarle en parte las masas cristianas a la Iglesia institucional.

Otro aspecto, todavía no resuelto en la práctica, del laicismo del partido es el de su *aceptación por parte de los militantes comunistas*. Para muchos de ellos el Partido también es una cultura, tal vez una contrasociedad protectora, con señas de identidad necesarias y tradiciones propias. Los cuadros, a menudo sin una formación cultural, académica, necesitan una teoría lo más completa posible, una ideología que les dé respuestas y orientaciones para todo. La codificación estaliniana del *marxismo-leninismo* está muy arraigada porque resuelve necesidades psicológico-políticas de los militantes comunistas. Recientemente el PSUC, el partido de Alfonso Comín, ha estado a punto en su Congreso de rechazar el laicismo del Partido. La mayoría de los militantes no están convencidos de que el ateísmo no sea «una parte integrante del marxismo», como dice Azcárate. No obstante, es cierto, como dice el propio Manuel Azcárate, que nos hallamos ante un hecho nuevo, de un gran alcance histórico, y de una enorme proyección hacia el futuro que tiene que permitir superar diferencias ancestrales, y que la incorporación de los cristianos al eurocomunismo es indispensable para hacer de estos partidos unos protagonistas de la revolución de la mayoría⁵².

Alfonso Comín aborda también con un gran valentía el problema de los *países socialistas*, sin precauciones *diplomáticas* (recordemos la imposible conversación con Havemann)⁵³. En estos países, nos dice, el encuentro se dará entre marxistas disidentes y cristianos, con todos los que luchan (obreros, intelectuales, etc.) contra el autoritarismo del Estado y por sus derechos civiles y políticos. El análisis de los países socialistas es todavía muy insuficiente, sobre todo porque la lucha de clases que en ellos se desarrolla es opaca, está atomizada, es poco *política*. Las denuncias y las intuiciones de Alfonso Comín son valiosas, pero el problema de cómo avanzar en la construcción de un socialismo democrático en estos países está por resolver. Por otra parte, en la actual situación política internacional y de crisis económica, hasta en los partidos eurocomunistas se da una tendencia cada día más fuerte a congelar la reflexión crítica, e incluso en algunos sectores, a dar un apoyo acrítico a los países socialistas.

Muchas de las cuestiones esbozadas por Comín quedan apuntadas, ideas llenas de promesas que desdichadamente otros habrán de recoger. La confrontación de los *cristianos de tradición personalista con los marxistas* enriquece la crítica del liberalismo individualista y del socialismo estatalista, y permite valorar mejor la autonomía de la sociedad civil, de las organizaciones de base, la dialéctica plural movimientos sociales-instituciones. Girardi dice, con gran agudeza, que «los obstáculos con los que tropieza el marxismo para entender el fenómeno religioso son también obstáculos para entender la práctica revolucionaria». Comín, como Girardi, condiciona esta comprensión a la superación del papel determinante de la subjetividad, colectiva y personal, en la historia. No se trata de hacer un marxismo para cristianos, sino de hacer un marxismo más próximo a la acción y a la conciencia de las masas populares.

Girardi cree descubrir en el marxismo *dos corrientes* respecto al cristianismo. Una, que se encuentra en Marx y en Lenin y, sobre todo, en Plekhanov y Stalin, y que configura *el marxismo-leninismo*, pone en primer término el carácter alienante del cristianismo. La otra, que también está presente en Marx y en Engels y en algún momento en Lenin y, sobre todo, en Rosa Luxembourg, Korsch, Bloch, Pannekoek, Labriola, Kolakowsky, Gramsci, Garaudy, etc., reconoce el carácter revolucionario contenido también en el cristianismo. Estos autores son los más sensibles al poder popular, los no *estalinistas*, corresponden a una línea distinta de la que se impuso en la III Internacional y son hoy reivindicados, unos más que otros, por el eurocomunismo. Comín pasa a engrosar esta lista de pleno derecho.

Alfonso Comín nos habla con fuerza de la idea de *revolución*, superando a la vez el dogmatismo objetivista y el pragmatismo sin imaginación de futuro. Recupera los términos de E. Bloch para referirse a «la conciencia anticipativa» y a «la razón utópica» del partido revolucionario, así como a la función teórico-política de la incorporación del cristianismo a los partidos marxistas, laicos precisamente en la medida en que incorporan aportaciones culturales diferentes⁵⁵. La fe no es monopolio de los cristianos, es común a todos los revolucionarios. Los partidos (revolucionarios) son profetas de la historia y síntesis del proceso de liberación colectiva y de la conciencia revolucionaria individual⁵⁶. La esperanza de los cristianos se fusiona con la de los marxistas que, incluso, han llegado a reconocer que «donde hay esperanza hay religión» (Bloch)⁵⁷. La *aportación de los cristianos* ayuda a los marxistas a recuperar un proyecto revolucionario, distorsionado a la vez por el estalinismo y por la socialdemocracia, una recuperación que es también la razón de ser del eurocomunismo. Los cristianos como Comín nos hacen recordar finalmente que no son las creencias religiosas lo que separa a las personas, que el enfrentamiento entre los que creen en Dios y los que creen en los hombres es lo que nos paraliza a todos. «Los hombres se dividen en los que creen en el hombre, en la posibilidad de transformar la sociedad y los que no lo creen»⁵⁸.

¹ Véanse, entre otros muchos, los casos de Koetsler, Orwell, Dos Passos, Silone, Merleau-Ponty.

² Véase el libro de D. Cauté: *Compañeros de viaje* (Grijalbo, 1973), poco riguroso pero con abundante información.

³ Sartre: «Les Communistes et le Paix» (*Temps Modernes*, 1952-54) y «Le fantôme de Staline» (*Temps Modernes*, 1956-57).

⁴ En Italia llegó, incluso, a constituirse el *Movimento dei Cattolici Comunisti*, que más tarde se convirtió en *Partito della Sinistra Cristiana*. La lucha hizo que se crearan unos vínculos que perduran durante varios años.

Louis Aragon, en *La Rose et le Réveda*, poema escrito durante la Resistencia, dedicado al comunista Gabriel Péri y al católico d'Estienne d'Orves, dice:

Celui qui croyait au ciel / Celui qui n'y croyait pas / Qu'importe comment s'appelle / cette carte sur leur pas / Tous deux étaient fidèles / Des lèvres du cœur des bras / et tous les deux disaient qu'elle / vive et qui vivra verra / celui qui croyait au ciel / celui qui n'y croyait pas / Quand les blés sortent sous la grêle / fou qui fait le délicat / fou qui songe à ses querelles / au cœur du commun combat / celui qui croyait au ciel / celui qui n'y croyait pas / ... l'un court l'autre a des ailes / ... dites flûte au violoncelle / le double amour qui brûla / l'alouette et l'hirondelle / la rose et le réveda.

⁵ Roger Garaudy, en 1960, cuando todavía era el filósofo oficial de la dirección del PCF, y bastante dogmático, escribía un libro, *Perspectives de l'homme*, en el que había un principio de diálogo con el personalismo, y sobre todo, con Mounier y Lacroix. Los personalistas franceses, a diferencia del viejo Partido Socialista (SFIO), estaban convencidos de que «la gauche pour exister doit englober nécessairement le P.C., sans quoi elle n'est plus qu'un camouflage de la droite» (*France Observateur*, 1956). La guerra de Argelia propiciará un nuevo acercamiento entre cristianos y comunistas.

⁶ Los englobamos (a pesar de que podían establecerse diferencias interesantes entre los intelectuales liberales progresistas, nacionalistas, existencialistas o radicales ateos y los cristianos) porque en muchos aspectos el tipo de relación es muy similar, y también por la condición de intelectual cristiano de Alfonso Comín.

⁷ «Quand on se met à réfléchir, c'est fou ce que l'on devient vite communiste», decía C. Roy hace treinta años. Por lo tanto, los que no son comunistas es que piensan menos que yo... Claude Roy dice ahora exactamente lo contrario.

⁸ Existen casos de cristianos dogmáticos convertidos en comunistas dogmáticos. Y también al revés. Jean Rony, en un excelente libro autobiográfico (*Trente années de parti: un communiste s'interroge*, Bourgeois, París 1978) cita el caso de un miembro de la sección ideológica del Comité Central del PCF, Jean Plat. Rony había escrito un artículo comentando el contenido de una serie de números de las revistas *Nouvelle Critique* (revista cultural del PCF), *Temps Modernes* (Sartre) y *Esprit* (Mounier), con espíritu objetivo y destacando los artículos más importantes de las tres revistas. Fue duramente acusado de *objetivismo burgués*, por no insistir en la *posición de clase* de cada revista. Jean Plat dio por terminada la discusión con una sentencia: «No es el artículo de un comunista». Dos años más tarde se convertía al catolicismo y se hacía sacerdote. Como dice Rony: «Se había equivocado de Iglesia».

⁹ Los partidos comunistas tradicionales, como muy bien explica Alfonso Comín en diferentes textos (véase, por ejemplo, «La cuestión de la militancia de cristianos en partidos comunistas. Antecedentes», en el libro *Cristianos en el Partido, comunistas en la Iglesia*, Laia 1977), preferían que los cristianos de izquierdas no constituyesen un movimiento propio pero tampoco veían claro su ingreso en el partido. La solución que les pa-

recia más *política* era la de impulsar a los cristianos de izquierdas a formar una corriente avanzada dentro de la democracia-cristiana o en partidos similares. Es decir, en el fondo aceptaban la idea del monolitismo político de los cristianos y, por otra parte, querían evitar el cuestionamiento ideológico que representaba la participación directa de los cristianos en las organizaciones que luchaban por el socialismo, las cuales procedían de una tradición ideológica que veía en el ateísmo un componente *natural* de la izquierda (lo que era cierto en el siglo XIX, pero no en el XX).

¹⁰ Simplificamos mucho. Los éxitos espectaculares de la revolución china (sobre todo eliminando el hambre endémica) y el relativo fracaso de la tercera vía en la India causó, en los años cincuenta, un fuerte impacto entre la *intelligentsia* progresista europea, incluida la cristiana. Más tarde, el proceso de descolonización en Africa, plenamente apoyado por los países socialistas, y el fracaso en cambio de la política de *Alianza para el Progreso* en América Latina ayudó a acercar la sensibilidad *tercermundista* (muy fuerte entre la intelectualidad cristiana) a los países socialistas y los partidos comunistas a la vez que se hacía más claro su rechazo de la política neocolonial occidental y de las fuerzas que la apoyaban (la socialdemocracia en parte estaba comprometida y los esfuerzos que expertos o políticos socialdemócratas pudieran hacer desde organismos internacionales, como la FAO, chocaban con los compromisos de la política occidental, con los intereses imperialistas y los de las oligarquías locales: el resultado era el fracaso a pesar de que algunos de estos expertos o políticos se convirtiesen en adversarios críticos del neocolonialismo y en compañeros de viaje objetivos de las fuerzas socialistas y antiimperialistas). Sobre los cristianos y la revolución en el tercer mundo, véase, por ejemplo, *Los cristianos frente a la revolución* (Estela-Laia, 1971).

¹¹ Los cristianos de izquierdas simpatizaron, en general, con las revoluciones populares de Berlín (1953), Hungría (1956): el rechazo del estalinismo era una obstáculo prácticamente insuperable para estos cristianos (véase Comín, PSM, p. 37).

¹² «Catòlics y comunistes a Itàlia: de la Resistència al 20 de juny de 1976» (*Taula de Canvi*, n.º 3, 1977).

¹³ Togliatti, en Bérgamo, 20 de marzo de 1963.

¹⁴ «Somos un partido, no el partido», dice Antonio Gutiérrez Díaz en la clausura de la Jornada sobre *Cristianismo en libertad* (CSL, p. 177).

¹⁵ González Ruiz (*Taula de Canvi*, n.º 3, 1977).

¹⁶ CSL, p. 78.

¹⁷ PSM, p. 48.

¹⁸ CPCI, pp. 136-7.

¹⁹ González Ruiz (*op. cit.*).

²⁰ CPCI, p. 35.

²¹ CPCI, p. 55.

²² CSL, p. 60.

²³ CPCI, p. 149.

²⁴ CSL, pp. 27 y ss.

²⁵ FT, p. 75. Véase también: R. Doumerque, *Frères du Monde*, 1971. *Girardi contrapone con profundidad* el inmanentismo del marxismo (el comunismo como realización humana necesaria a partir de la lucha de clases) al trascendentalismo del cristianismo (recuperación del Paraíso perdido y realización del Reino de Dios). Esta contraposición no impide la identidad de cristianos y marxistas en el mismo movimiento, ya que «a partir de las premisas del marxismo el inmanentismo no es la única deducción posible» y «los cristianos pueden vivir el proyecto revolucionario con la esperanza de la Resurrección» sin entrar en contradicción con los marxistas (CSL, p. 40).

²⁶ CPCI, p. 108.

²⁷ CSL, p. 23.

²⁸ CPCI, p. 156.

²⁹ Los autores de este artículo dan testimonio en sendos artículos del citado número de *Taula de Canvi* de su relación personal con A. Comín y de su experiencia política conjunta en Bandera Roja, entre 1969 y 1974.

³⁰ Antecedentes históricos próximos: PSM, pp. 15-52.

³¹ PSM, p. 27.

³² PSM, pp. 31 y ss.

³³ CPCI, p. 44.

³⁴ COCI, p. 75.

³⁵ COCI, p. 41.

³⁶ Comín explica muy bien esta mentalidad y cita anécdotas significativas en CPCI, pp. 57 y ss.

³⁷ Comín defenderá siempre ese carácter autóctono. CPCI, p. 45.

³⁸ CPCI, p. 121.

³⁹ CPCI, anexo.

⁴⁰ Es el principal autor de las declaraciones citadas y quien hace las principales intervenciones en las Conferencias y en los Comités Centrales. CPCI, pp. 171 y ss.

⁴¹ Véase CPCI, pp. 78-88.

⁴² Comín cita a Berlinguer: *Carta al obispo Bettazzi*, 1976, PSM, p. 72.

⁴³ CPCI, p. 153.

⁴⁴ PSM, p. 105.

⁴⁵ CSL, p. 164.

⁴⁶ CSL, p. 140.

47 CPCI, p. 107.

48 Comín, en *Fe en la tierra*, hace diferentes referencias a esta frase en Van der Meersch, que marcó su concepción del trabajo intelectual. FT, p. 155.

49 CPCI, p. 109.

50 Véase la explicación de Lombardo Radice, CSL, p. 135.

51 CSL, p. 42.

52 CSL, p. 25.

53 PSM, p. 129.

54 CSL, p. 34.

55 PSM, pp. 19 y 102.

56 CPCI, p. 109.

57 PSM, p. 68.

58 CSL, p. 163.

Abreviación de las obras de Alfonso Comín más citadas:

- PSM: *Por qué soy marxista y otras confesiones*. Laia, 1979.
- CPCI: *Cristianos en el Partido, Comunistas en la Iglesia*. Laia, 1977.
- FT: *Fe en la Tierra*. Desclee de Brower, 1975.
- CSL: *Cristianisme i Socialisme en Llibertat*. Laia, 1979. Obra colectiva.

Traducción: Carmen Artal

NOVEDAD

Código civil

Art. 1.º 1. Las fuentes del ordenamiento jurídico español son la ley, la costumbre y los principios generales del derecho. 2.

Edición preparada por César **SEMPERE** bajo la dirección de Rodrigo **BERCOVITZ**.

Nueva edición comentada y anotada que incluye todas las modificaciones introducidas hasta la fecha

690 ptas.

Proyección Internacional de España

Sergio **VILAR**.

Conversaciones con relevantes figuras políticas españolas sobre cuestiones tan trascendentales como la industrialización, el Tercer Mundo, la OTAN, posibles escenarios de guerra, neutralismo, CEE, soberanía nacional, etc.

390 ptas.

Raymond **BOUDON**, Pierre **DE BIE**, Stein **ROKKAN** y Eric **TRIST**.

CORRIENTES DE LA INVESTIGACION EN LAS CIENCIAS SOCIALES.

Vol. I: Aspectos interdisciplinares. 1.200 ptas.

Vol. II: Antropología. Arqueología. Historia.

1.600 ptas.

Obra en cuatro volúmenes que constituyen el resultado del estudio desarrollado a lo largo de varios años por la UNESCO, en colaboración con multitud de organismos y expertos.

Jacques **ATTALI**.

LA PALABRA Y LA HERRAMIENTA.

Modelos para la construcción de una sociedad autónoma. 650 ptas.

El asesor para Asuntos Económicos del presidente Mitterrand define el modelo de una sociedad realmente autónoma que no esté sometida ni a los sacrificios de la producción ni a los simulacros de la información.

John **LANGSHAW AUSTIN**.

SENTIDO Y PERCEPCION.

350 ptas.

Profundización del filósofo más influyente en el pensamiento inglés de posguerra y uno de los hombres más dotados para la filosofía por su precisión y objetividad.

Howard E. **FREEMAN** y Clarence C. **SHERWOOD**.

INVESTIGACION SOCIAL Y POLITICA SOCIAL.

510 ptas.

A la pregunta de qué hace el investigador social, el libro apunta algunas de las perspectivas, habilidades y técnicas más importantes y útiles para la investigación en el campo de la política social.

Ignacio **SOTELO**.

DEL LENINISMO AL ESTALINISMO.

Modificaciones del marxismo en un medio subdesarrollado.

295 ptas.

Detallada exposición de las contradicciones del marxismo eslavo que culmina en un brillante análisis de la Revolución rusa en su empeño e imposibilidad objetiva de construir el socialismo.

Kingsley **MARTIN**.

HAROLD LASKI, TEORICO DEL LABORISMO.

440 ptas.

Acabada biografía de una de las más destacadas inteligencias del laborismo británico.

Distribución:

grupo distribuidor editorial

D. Ramón de la Cruz, 67 - Teléf. 401 12 00

MADRID-1

POR UN NUEVO CONCEPTO DE NACIONALISMO

J J Solozábal Echevarría

análisis y debate



2

La revisión del concepto de nacionalismo es una tarea importante a abordar por la ciencia política en nuestros días. El tema es urgente en primer lugar por razones teóricas, pues cada generación ha de esforzarse en reexaminar los problemas fundamentales de su tiempo, explicitando los propios supuestos de su existencia; pero, sobre todo, por razones prácticas: filosofamos para vivir, reflexionamos para explicarnos la realidad, y la comprensión del nacionalismo, esto es, la admisión de la compatibilidad de los nacionalismos, es una de las cuestiones fundamentales que se plantean en el momento actual español.

A nadie se le oculta que las tensiones nacionalistas actuales —y fundamentalmente los llamados problemas vasco y catalán— no se agotan en su dimensión jurídica, sino que han de plantearse —incluso para que su tratamiento jurídico-constitucional sea operativo— en un nivel más profundo. El problema de fondo, me atrevería a sugerir, es el de la compatibilidad de los nacionalismos periféricos y el español que hasta ahora, y por diversas razones, no ha sido posible. Hasta este momento, en efecto, las relaciones entre ellos han sido tortuosas, pues ni los nacionalistas vascos y catalanes se mostraban

dispuestos a renunciar a su propio y excluyente proyecto político, ni el nacionalismo español quería admitir la posibilidad de una lealtad compartida. Pero, tal vez, en la actualidad estemos cerca de ver lo innecesario de ambas posiciones y podamos proponer entre estos nacionalismos no una relación antagónica sino integrativa, que resuelva la oposición irreductible entre ellos y haga posible su coexistencia tolerante y mutuamente enriquecedora.

Esta nueva relación presupone un cambio importante en la idea de nacionalismo con que se opera en los términos del conflicto. Se trataría de abandonar la concepción excluyente del nacionalismo —lo que podemos llamar nacionalismo de conciencia tradicionalista— que nos han legado las ciencias sociales y la propia historia política de los siglos XIX y XX por otro nacionalismo acorde con la experiencia política y el horizonte mental de nuestro tiempo, más transigente y pluralista, un nacionalismo de conciencia nacional. Consecuentemente, en el nivel político, los nacionalismos periféricos aceptarían la renuncia al propio Estado a cambio de una estructura política apropiada para garantizar y potenciar la propia identidad, y el nacionalismo español abandonaría su obsesión homogeneizadora admitiendo los derechos culturales y políticos de las nacionalidades históricas.

Creo que hay que comenzar por aclarar que tal transformación, aunque se trata de una labor difícil, en modo alguno es imposible. Existen las bases jurídico-constitucionales para ello (en el artículo 2.º de nuestra Constitución se reconoce la compatibilidad de la nación española con las nacionalidades y regiones que la integran) y ha tenido lugar en la historia española —al menos— una conducta pragmática de nacionalistas catalanes y vascos que ha permitido su integración efectiva en la vida política y su participación en el gobierno de la nación.

La dificultad más grave es, fundamentalmente, teórica, pues operamos, según insinuábamos, con un concepto de nacionalismo esclerótico, de cuya formación y crisis nos ocuparemos con algún detalle. Pero a la transformación del concepto de nacionalismo se oponen otros obstáculos a que nos referiremos primeramente. Se trata de prejuicios temperamentales y deformaciones culturales heredadas que hemos de esforzarnos en superar.

Tendemos, en efecto, a situarnos emocionalmente ante el nacionalismo, y nos avenimos mal a la relativización que su estudio comporta. Muchos se resisten a reconocer un origen *natural* al nacionalismo, un soporte histórico-cultural al mismo y tienden a pensar —o al menos actúan como si ese fuera el caso— que el nacionalismo es una gracia que se tiene o no se tiene (se es o no se es, dicen) que se devalúa con el análisis y que resiste todo intento de explicación razonada. La verdad es más bien que el nacionalismo, aunque realidad cultural rica y compleja, acepta un tratamiento científico adecuado. Desde esta perspectiva el análisis del contenido intelectual, el contexto histórico y la funcionalidad social del nacionalismo no suponen la dilución de éste —aunque sí pueden acabar con la *fe* en el nacionalismo— sino el camino de su comprensión.

Pero, de ordinario, la intoxicación emocional ante el nacionalismo se produce de otro modo: reparamos en la irracionalidad del discurso nacionalista de nuestro oponente, sin darnos cuenta de la propia base nacionalista de nuestro reproche. En efecto, muchos juicios antinacionalistas se formulan casi siempre desde otro nacionalismo aunque, claro está, antagónico al que se denigra.

Esto lo vio muy claramente Marx, quien advirtió que detrás de muchas superaciones de la nacionalidad y profesiones de internacionalismo reside un chauvinismo incons-

ciente. Así refería a su amigo Engels su actuación tras una intervención *internacionalista* de Lafargue en el Congreso de la Internacional: «Los ingleses se rieron mucho —escribe Marx— cuando empecé diciendo que nuestro amigo Lafargue, que había terminado con las nacionalidades, nos había hablado en *francés*, esto es, un idioma que no comprendían las nueve décimas partes del auditorio. También sugerí que por negación de las nacionalidades él parecía entender, muy inconscientemente, su absorción en la nación francesa modelo».

En el caso español el abandono de la conciencia nacionalista por la conciencia nacional cuenta con las dificultades derivadas de la formulación intransigente, no sólo de los nacionalismo periféricos sino del propio nacionalismo español. Tendemos con mucha frecuencia a insistir en la intemperancia de algunas concepciones —*modélica* a este respecto es la posición de Sabino Arana— y nos olvidamos de las aristas —también muy exclusivistas— del nacionalismo español.

Pero la transformación de estos tipos tradicionales de nacionalismo, su auténtica superación, sólo es posible a partir de la comprensión de sus propios perfiles históricos. Propongo, pues, una lectura contextual de los nacionalismos españoles, de modo que resulte evidente el carácter histórico —y no esencial— de sus manifestaciones tópicas.

La actitud de Sabino Arana responde a la difícil situación en que se encontraba el pueblo vasco, en una coyuntura en que coinciden la irrupción industrialista, que destruye su equilibrio cultural y social tradicional, la crisis foral y la desaparición del idioma, factores que plantean como inevitable la desaparición de los rasgos definidores de la identidad de Euskalerría. Muchas de las exageraciones de la reacción de Arana, subrayadas por su propia elementariedad emotiva e intelectual, se entienden más fácilmente en el contexto de crisis política y social en que se produjeron.

De otro lado, la concepción centralista y absorbente del nacionalismo español no es achacable exclusivamente a la testarudez de nuestra derecha reaccionaria, al egoísmo de casta de la burocracia del moderantismo conservador o a la estrechez de visión de los hombres de la Restauración.

Nuestro liberalismo —como después nuestro socialismo— fue centralista y uniformizador, en primer lugar por razones de tipo intelectual o teórico: sustituido el monarca, tras la quiebra del orden tradicional como factor unificador de la comunidad política, y transferida la soberanía a la nación, se considerará ineludible para asegurar el protagonismo político de ésta la consecución de su homogeneidad. También por razones de tipo político, pues se pensará que los reductos del antiguo régimen y el caciquismo sólo serán dominados a partir del impulso racionalizados y modernizador proveniente de un solo centro político.

Hoy podemos apreciar la exageración de ambas posiciones y las consecuencias que produjeron. Los nacionalismos periféricos —fundamentalmente el vasco— quedaron hipotecados por el carácter de panacea atribuido a la independencia política, con la insolidaridad que de ello resultaba; la centralización que en otros países operó como una técnica de instauración de la revolución liberal, como agente liquidador del particularismo feudal, funcionó en España preferentemente como instrumento de consolidación de las fuerzas del antiguo régimen.

Pero, a nuestro juicio, el obstáculo más fuerte a la acomodación de los distintos nacionalismos proviene del mismo concepto de nacionalismo con que hasta este momento se ha operado por unos y otros. Precisamente al estudio de la formación de la conciencia

nacionalista y a sus importantes transformaciones en la hora presente vamos a dedicar el resto del trabajo.

Nuestra familiaridad con los fenómenos nacionalistas, que realmente son omnipresentes en la hora actual, los hace aparecer ante nosotros como algo natural, siendo así que el nacionalismo es un fenómeno específicamente moderno, resultado de una interacción muy compleja de procesos intelectuales, históricos, políticos y sociales.

En efecto, la consideración del nacionalismo como única fuente de legitimidad política y la dedicación al cultivo de la propia identidad como objetivo prioritario de la actividad del grupo no han podido producirse sino en la época contemporánea. Comencemos con el primer proceso a que nos referíamos.

Tal vez la mejor exploración sobre las raíces intelectuales del nacionalismo sea la realizada por Elie Kedourie que recorre las aportaciones de KANT, FICHTE, HERDER y SCHLEIERMACHER y que es importante porque ilustra sobre la fuente de tres conceptos fundamentales en el nacionalismo: el superior valor moral y político del autogobierno; la creencia en el Estado como agente de la libertad del grupo y del individuo, y la reducción del concepto de nación exclusivamente a un grupo étnico y cultural. Veámoslo con algún detalle.

KANT convierte a la autodeterminación en la base de la moralidad tras rechazar la seguridad de la Revelación —no tendría mérito obedecer a un mandato divino— y la certidumbre del conocimiento sensorialista— no cabría deducir leyes del deber ser del mundo del ser pues ello supondría instaurar el determinismo en el mundo moral.

La autodeterminación hace al individuo el centro, árbitro y soberano del universo. Si la virtud existe no puede consistir en obedecer a alguna autoridad exterior o en el sentimiento de bienestar que acompaña ciertas acciones. Virtud es, en el discurso kantiano, la cualidad de la voluntad libre cuando obedece la voluntad interior. Posteriormente, como es bien sabido, habrá un trasvase de la idea de la autonomía del ámbito del individuo al del grupo nacional que, en efecto, aceptará plenamente la idea de la excelencia moral de la autonomía. El nacionalismo es, en gran medida, una doctrina de la autodeterminación y en la autodeterminación encuentra la fuente de su vitalidad.

FICHTE retoma un pensamiento querido de Platón, que lo es también de Hegel, la idea de que la libertad del individuo equivale exclusivamente a su participación en la vida del Estado, el cual aparece, por tanto, dignificado y libre de todo propósito instrumental o utilitario. Efectivamente, Fichte concretará el ideal de la autodeterminación en la inclusión del hombre, en su incorporación a la manifestación histórica de la conciencia universal, al Estado. La autorealización del hombre consiste en su absorción en el Estado. Este no es una colección de individuos que se han juntado para proteger sus intereses particulares: el Estado, al contrario, es superior al individuo y se halla antes que él, lógicamente e históricamente.

Tiene interés, asimismo, considerar las aportaciones de HERDER y SCHLEIERMACHER porque van a introducir, en primer lugar, un elemento religioso en la idea de nación, que es un grupo étnico-cultural a quien Dios ha encomendado una determinada misión en la Historia; y porque van a concebir el Estado como una organización política ineludible, garante de la identidad cultural nacional.

Para Herder y Schleiermacher, una nación es una división natural de la raza humana, dotada por Dios con su propio carácter, que sus ciudadanos han de preservar —como deber insoslayable— pura e inviolable. Puesto que Dios ha separado a las naciones por el

lenguaje, éstas no deberían amalgamarse: los Estados multinacionales son Estados corrompidos, los uninacionales Estados sólidos.

La seña de la identidad nacional será, básicamente, el lenguaje: un grupo que habla la misma lengua es reconocido como una nación y una nación debería constituir un Estado. Para los románticos alemanes, recuerda Kedourie, no es sólo que un grupo de gente que habla la misma lengua pueda reclamar el derecho de preservar su lengua: el problema es más bien que tal grupo concebido como nación cesará de existir si no se constituye en Estado.

Sin embargo, para el surgimiento del nacionalismo es necesario algo más que razones de tipo intelectual o ideológicas. La reclamación nacionalista de un Estado exclusivo para el grupo obedece tanto a un *proceso de autoconciencia* de éste cuanto de una *crisis de legitimidad* del sistema político en que está incluido.

El grupo étnico —categoría social elemental caracterizada por una cierta unidad histórica y cultural— reconoce su propia identidad sólo en relación y normalmente en oposición con otros grupos, como consecuencia de sus contactos exteriores. En efecto, la conciencia de la pertenencia a una comunidad étnico-cultural diferenciada debe esperar para producirse, al menos, a una cierta complicación y complejidad de las relaciones sociales y económicas, producto de la intensificación de sus contactos con grupos exteriores. Esta complejidad sólo adquiere rasgos de generalización y de intensificación relevantes en la edad contemporánea, fundamentalmente con la llegada del sistema mundial económico de tráfico exigido por la *industrialización*; y con el intercambio —y los peligros de absorción— de mensajes y comunicaciones culturales en sociedades alfabetizadas sometidas al bombardeo intensivo de propuestas alternativas de comovisiones y comportamientos diferentes.

La industrialización ha sido, en efecto, un factor decisivo en el desencadenamiento de los problemas nacionalistas: la vocación nacionalista se ha reafirmado al constatarse en virtud del *décalage* económico la peculiaridad del grupo o país, favoreciendo su consolidación; o al manifestarse la identidad nacional mediante la puesta en cuestión de sus propias bases económicas seculares.

Lo importante de la industrialización es que supone, en la comunidad afectada, la toma de conciencia de su identidad y, por consiguiente, su politización. En la industrialización del grupo étnico-cultural extrae consecuencias políticas de la toma de conciencia de su peculiaridad propia. Diríamos que la nación *en sí* se convierte en nación *para sí*. Y comprende que dada la correlación de fuerzas sólo la posesión de una organización política propia puede garantizar la permanencia de la identidad de la comunidad.

La legitimación cultural es muy importante en el nacionalismo que funda en ella su misión patriótica. Y, por supuesto, no se ha producido exclusivamente en el proceso de la industrialización. Así la convicción de que sólo un Estado podía garantizar la propia identidad nacional fue alcanzada por los países a quienes Francia invadió al comienzo del siglo XIX y operó —en particular— como estimulante del nacionalismo alemán. Como ha visto Plamentaz, la conciencia nacional se convirtió en nacionalista cuando se hizo evidente que dada la presión cultural francesa respaldada por el Estado napoleónico, si los pueblos querían preservar su independencia o resistir la excesiva influencia francesa, necesitaban formar poderosos Estados.

Pero existe otro proceso muy importante en la formación del nacionalismo que completa el intelectual y el de autoconciencia a que nos acabamos de referir.

En efecto, la relevancia política de la conciencia nacional tiene que ver con *la crisis de la legitimidad tradicional*, esto es, con la quiebra de la legitimidad del vínculo monárquico como aglutinante y homogeneizador mínimo en las sociedades del antiguo régimen. Creo que esto no requiere una larga explicación: en las sociedades del antiguo régimen la idea de que la soberanía reside en el monarca es el fundamento de la obligación política y, a su vez, del sentimiento de comunidad, como muy bien han visto, entre otros, Hintze y Schmitt. Pues precisamente en muchos casos el único nexo que existe en la comunidad política, dada su heterogeneidad cultural y social, es el de que todos obedecen y aceptan al mismo monarca.

Pero la crisis de la legitimidad tradicional supuso justamente el sustituir el vínculo monárquico por el vínculo popular —o nacional— como elemento base de la comunidad política.

En una primera fase —fundamentalmente la del pensamiento de Locke y Rousseau, y la que corresponde al proceso evolutivo francés— y a través de una argumentación pactista, que ahora no nos interesa, el pueblo es hecho titular de la soberanía y en él se hacen radicar en exclusiva los títulos de dominio político. La nación, de momento, carece de connotaciones étnico-culturales y aparece como el conjunto —o mejor, parte— de los gobernados.

La revolución francesa dramatizó, por así decir, la idea de nación, hizo a los franceses conscientes de sus lazos comunes y, sobre todo, produjo un simbolismo en torno a la nación que se apoderó de las masas, suministrándoles una fogosa y fanática religión.

Las potencialidades de la idea de nación no se desarrollarán del todo hasta que la nación-pueblo se identifique con el grupo exclusivo diferenciado: de modo que su trascendencia política —la pretensión a la autodeterminación política, esto es, la reclamación del propio Estado— se haga clara. «Una vez —ha escrito Connor— que se acepta que la soberanía reside en el pueblo, cualquier grupo que se considere a sí mismo constituyendo un pueblo diferenciado cree tener derecho evidente a crear su propio Estado, de modo incontestable».

La tensión entre el concepto exclusivamente político de nación —la idea liberal revolucionaria de nación-pueblo— y el concepto étnico-cultural de nación es fundamental. En primer lugar porque explica la diferenciación entre los dos tipos ideales de nacionalismo de que hablaba Hans Kohn: el nacionalismo occidental que aparece basado en el concepto liberal revolucionario de nación, esto es, un nacionalismo vertebrado sobre bases espiritualistas y voluntaristas de corte individual (casos americano, inglés y francés), y el nacionalismo oriental (germánico y eslavo) basado en el concepto étnico-cultural de nación, vinculado a concepciones organicistas en las que se niega el albedrío particular y se realiza la integración de la comunidad de modo mítico.

Un segundo aspecto importante de las relaciones entre el concepto étnico y político de nación es el de la pretensión, por parte de cada una de estas ideas, a apropiarse —desde luego— el prestigio y hasta cierto punto —de creer en sus proclamaciones— el contenido de la otra. La nación política (los Estados nacionales) intenta suscitar el entusiasmo y sentimiento de identidad propios del grupo étnico: de ahí sus esfuerzos por imponer una homogeneidad social por muy artificial y contraria a la pluralidad étnica en su seno que pueda ser. Se trata de crear o reforzar a toda costa un cierto sentido de comunidad.

Y no se puede negar que, por ejemplo, los nacionalismos americano, francés y español, han conseguido una legitimación emocional considerable. Estos Estados no son sim-

ples conglomerados de individuos que eligen a sus gobernantes o que deciden su propia forma de régimen político. Se trata de verdaderas naciones, esto es comunidades intrínsecamente diferenciadas, capaces de generar en sus miembros una relación superior de lealtad.

De otro lado, la nación étnico-cultural no ha querido renunciar al prestigio de la legitimación popular y ha confundido de intento la autodeterminación —esto es, la no aceptación de un gobierno extraño— con el autogobierno —esto es, la organización política de acuerdo con la voluntad libremente expresada de la totalidad de su población.

Hay, por último, aunque no como menos importante, una cuestión que tratar en el estudio del nacionalismo. Se trata de su *soporte clasista*, esto es, el estudio de la función del nacionalismo en la sociedad en que opera, la pertenencia social de la intelligentsia que lo formula y las condiciones que explican su vigencia y arraigo.

El proceso de autoconciencia nacionalista, impulsado por los medios tecnológicos de comunicación, es dirigido por una élite, el núcleo nacionalista, interesada profesionalmente en la realización política de la comunidad y que normalmente cuenta con el apoyo de un grupo o clase socialmente relevante de ésta.

La reclamación nacionalista siempre es formulada, lógicamente, por la intelligentsia o sector intelectual de la comunidad que la elabora y da coherencia ideológica. Pero su alcance efectivo es función de diversos factores.

Depende, en primer lugar, de su habilidad para presentar al nacionalismo como el proyecto salvador de la comunidad. Aquí reside el apelativo ultra-clasista del nacionalismo y su dimensión general: que se presenta como un instrumento de salvación de *toda* la nación. Desde esta perspectiva el nacionalismo se esfuerza por subrayar una cierta comunidad de intereses, afectos y tradiciones entre sus miembros. No importa saber si esta comunidad es real o meramente construida. Lo que importa es hacer notar que el éxito del nacionalismo depende de su capacidad para generar un sentimiento de solidaridad que supere, de algún modo, las divisiones sociales existentes.

De otro lado, el proyecto político y social del nacionalismo debe atraer a un sector importante o, por lo menos, cualitativamente relevante por el activismo que está dispuesto a desarrollar, de la colectividad. Este sector constituye la clientela natural del nacionalismo y va a actuar en apoyo y dinamizador de la organización social y política proyectada.

Muy importantes son, asimismo, las compensaciones social-psicológicas que el nacionalismo es capaz de suministrar para un sector —la comunidad nacionalista—, cuya afirmación frente al sector no nacionalista va a legitimar. Por supuesto el nacionalismo puede suministrar otras ventajas, aparte de las psicológicas, y ser la base de discriminaciones efectivas —aunque quizá no legales— en el mercado del trabajo, el acceso a la función pública y a la representación política y, en general, en la consideración social. En definitiva, diríamos para concluir, la afirmación de la reclamación nacionalista depende del respaldo que le conceda la clase social hegemónica. Desde esta perspectiva la respetabilidad social y económica del nacionalismo es fundamental. El nacionalismo sólo se consolidará cuando la *clase nacional* se haga nacionalista.

El esquema de la formación de la conciencia nacionalista podría, pues, resumirse en los siguientes términos: disponible —en razón del proceso intelectual que conocemos— la idea nacionalista, ésta tiende a ser asumida por un grupo étnico o comunidad

histórico-cultural determinada, cuando ésta refuerza la conciencia de su identidad como reacción al peligro que para su mantenimiento han supuesto determinadas circunstancias sociales y económicas.

El proceso de autoconciencia —impulsado por los medios tecnológicos de comunicación— es dirigido por una élite —el núcleo nacionalista— interesada profesionalmente en la realización política de la comunidad.

En esta última parte de la exposición consideraremos una serie de factores —especialmente operantes en nuestro tiempo— que contribuyen a producir una cierta crisis de la conciencia nacionalista— cuya problemática es extraordinariamente interesante porque pueden dar origen a una transformación o nueva versión del nacionalismo.

Por paradójico que parezca en plena eclosión de los nacionalismos hablar de la crisis de la conciencia nacionalista, ésta puede producirse, sobre todo, en relación con un triple orden de cuestiones.

En primer lugar, se asiste en nuestro tiempo a *una puesta en cuestión del concepto de soberanía nacional*. La posesión de una organización política exclusiva ha perdido el prestigio que tenía de ser la panacea de todos los problemas de la comunidad histórico-cultural. En un orden económico dominado cada vez más por las sociedades multinacionales y un mundo cultural caracterizado por el intercambio de mensajes y modos de vida, la independencia política se muestra problemática. El desprestigio —la crisis— del marco estatal no se reduce a aquél en el que la comunidad nacionalista está integrado, sino que alcanza a su propio proyecto de independencia.

El *marxismo* como elemento integrante —se quiera o no reconocer, se sea consciente o no— de la mayor parte de los sistemas ideológicos y culturales de nuestro tiempo, es otro factor importante en el desarrollo de la crisis de la conciencia nacionalista.

La posición del marxismo ante el problema nacional, a veces contradictoria, es ciertamente compleja y, por supuesto, no puede reducirse —como creían los buenos socialistas vascos del siglo XIX— al tópico de que los proletarios no tienen patria. Cabe, simplificando, hablar en primer lugar de una actitud de rechazo y crítica que se muestra ya en la misma idea marxista de nación, concebida como una categoría histórica ligada a la burguesía en ascenso y para la que se considera más importante un tamaño económico relevante que la posesión de rasgos específicos culturales. El marxismo, de otro lado, fue implacable en la denuncia de los peligros del chauvinismo así como en la acción mixtificadora y de desorientación del nacionalismo en el proletariado. Se pronunció, en fin, sin ambages, por una sociedad comunista futura internacionalista.

Pero el marxismo, sin dejar de insistir en el desenmascaramiento de los aspectos sombríos del nacionalismo, reparó también en algunas de sus dimensiones positivas. Así, compartió su denuncia de la opresión cultural impuesta por la nación dominante a otras comunidades marginadas; constató la prioridad de los problemas nacionalistas cuando no están resueltos y la importancia de las luchas anti-imperialistas para el proletariado de las metrópolis, y valoró, según vio especialmente Lenin, la contribución revolucionaria de la pequeña burguesía en las luchas nacionalistas anti-imperialistas.

Existe, sin embargo, algo en el marxismo que ningún nacionalismo puede tolerar: es la relativización de la demanda nacionalista, la consideración de que la nación no es lo primero, de que antes están, al menos, la estrategia mundial de la revolución y la solidaridad entre los pueblos.

Efectivamente, la reducción que hace el marxismo de la nación a una categoría histórica —por lo tanto no eterna— y la relativización de su importancia en base a considera-

ciones estratégicas, junto con su desconfianza ante el protagonismo de elementos *no clasistas* en la lucha nacional, han contribuido, sin duda, a despojar a la reclamación nacionalista de su carácter de *prius* absoluto en la vida de la comunidad.

Por último, hemos de referirnos al *federalismo* como posible elemento desencadenante de la crisis de la conciencia nacionalista. Lo cual no deja de ser curioso pues el federalismo es, en buena parte, una respuesta a los problemas planteados por el nacionalismo.

El rasgo más sobresaliente del Estado Federal es su carácter de compromiso. El gobierno federal es casi siempre aceptado como una propuesta que es inferior a la ideal, como una transacción alcanzada después de que el sueño de la autodeterminación como medio de preservar la propia identidad ha resultado imposible.

El Estado Federal en cuanto comunidad formada por comunidades que mantienen su peculiaridad propia es una forma de gobierno muy difícil, basada en un equilibrio entre fuerzas centrífugas que llevan a la desintegración y fuerzas integradoras que impulsan al país hacia una progresiva centralización.

El apaciguamiento de las tensiones seccionalistas en el sistema es conseguido cuando se ofrecen a las partes componentes, en compensación con el abandono de sus ambiciones nacionalistas, un conjunto adecuado de *instrumentos federales* que protejan y garanticen su propia identidad.

En primer lugar, la federación debe reconocer un campo de competencias exclusivas de los Estados, lo que Loewenstein llama «federalismo interestatal».

Los dispositivos federales, de otro lado, deben garantizar la participación de las nacionalidades o regiones en el gobierno central a través de instrumentos como el Senado regional, el establecimiento de un Tribunal con participación regional que juzgue los conflictos de competencias entre las regiones y el centro, y una atención a la *cuota* regional en la composición del Gobierno y la Administración.

Pero el espíritu federal no depende únicamente del debilitamiento de la lealtad seccional. Necesita contribuciones positivas que creen una vinculación afectiva a la más amplia comunidad del Estado Federal. Ello se consigue a través de los mecanismos de participación en el sistema federal, de que hemos hablado, pero, sobre todo, a través de la colaboración de las regiones en la construcción de los símbolos y caracteres de la colectividad: la cultura política del Estado federal debe integrar contribuciones, tan iguales como sea posible, de todos los Estados, evitando la identificación exclusiva de la Unión con uno de sus elementos, al que se asimilarían todos los demás.

La operación de estos tres factores puede llevar al nacionalismo en dirección a la importante transformación, del que hablábamos al comienzo de nuestro trabajo, de modo que abandone su conciencia nacionalista por una conciencia nacional.

Los dos primeros factores —la crisis del concepto de soberanía y la influencia del marxismo— pueden reducir el exclusivismo nacionalista. Una práctica federal satisfactoria puede convencer a las comunidades que su identidad nacional se encuentra garantizada mediante los instrumentos políticos del sistema federal.

Desde esta perspectiva convendría recordar que las reclamaciones separatistas de una nacionalidad sólo son planteadas con un vigor socialmente relevante cuando en su seno se encuentra generalizada la impresión de que la propia identidad no se halla asegurada.

NOTAS

Me limitaré, con la excepción de algunas pocas obras generales, a mencionar los trabajos aludidos en el texto.

El concepto de nacionalismo convencionalmente aceptado y que aquí se somete a examen y crítica ve en él «un sentimiento generalizado en una comunidad que propugna para el propio grupo la consecución de un estado exclusivo como forma ideal de organización política, al que considera la expresión, la garantía y el impulso de su propio sentido de identidad. «Sobre la problemática global del estudio del nacionalismo» puede verse en primer lugar: KOHN, Hans: *Historia del nacionalismo*, México, 1949; HERTZ, Frederic: *Nationality in History and Politics*, New York, 1944; HAYES, Carlton: *Essays on nationalism*, New York, 1928; SNYDER, Louis: *The meaning of nationalism*; DUROSELLE, J. Baptiste: *Europa de 1815 a nuestros días*. Barcelona, 1971, y, sobre todo, KEDOURIE, Elie: *Nationalism*, Londres, 1979 (cuya versión castellana estamos preparando). En nuestra bibliografía española podemos recordar el capítulo de *Estudios de Sociología Política*, Madrid, 1963, «El ámbito de la organización política», de Francisco MURILLO FERROL; el capítulo VI de *Catalanismo y Revolución burguesa en España*, de Jordi SOLE-TURA; el capítulo XI de *Principios de Teoría Política*, de Luis SANCHEZ AGESTA, Madrid, 1972; el artículo de Pedro DE VEGA «El carácter burgués de la ideología nacionalista», en *Sistemas*, n.º 16, y el trabajo de Andrés DE BLAS GUERRERO «Notas en torno a las nacionalidades y su trascendencia política», en *Boletín Informativo del Departamento de Derecho Político*, n.º 2, 1978. UNED. La definición de nacionalismo antes citada pertenece a mi artículo «Problemas en torno al estudio del nacionalismo. Formación y crisis de la conciencia nacionalista», en *Revista de Estudios Políticos*, n.º 17. En otro lugar, *Sistema*, n.º 38, «Nación, nacionalidades y autonomías en la Constitución de 1978», me he ocupado de la contribución a la acomodación de los nacionalismos hispanos realizada por nuestra actual Constitución y, en especial, por su importante artículo 2.º, cuestión a la que se alude en la página 2.

La referencia de la intervención de MARX recogida en la página 3 se encuentra en Juan José SOLOZABAL ECHEVARRIA, «Algunos materiales sobre el pensamiento socialista ante el problema nacional», n.º 3 y 4, Madrid, 1974, *Revista Internacional de Sociología*.

Una valoración más matizada que la ofrecida en la página 4 sobre el significado del nacionalismo aranista puede verse en mi libro *El primer nacionalismo vasco. Industrialismo y conciencia nacional*, 2.ª ed., San Sebastián, 1979. Por cierto que ha llegado el momento de recordar que la corriente intransigente no ha sido la única existente en el nacionalismo vasco. Desde esta perspectiva las bases intelectuales para operar una transformación del nacionalismo vasco en el sentido señalado por nosotros son muy sólidas. Pensar en la postura de quienes interpretan el estatuto como una renovación del acuerdo foral y de quienes enlazan con la tradición penneuvista no independentista del último Arana, de De la Sota, la posición de Sarriá y del grupo Hermes; la de los comunionistas frente a los aberrianos de los años 20; seguramente la de Juan Ajuriaguerra, y la que parece más próxima a la de Laizola y muchos nacionalistas en la actualidad.

En el nacionalismo catalán, como es bien sabido, la transformación es innecesaria, pues el rechazo explícito del independentismo ha sido prácticamente unánime.

El deslumbramiento liberal por el ideal homogeneizador, tema aludido en la página 4, está lúcidamente estudiado por Eduard GARCIA ENTERRIA en su *Revolución Francesa y administración contemporánea*, Madrid, 1972. Un balance más bien negativo de la operación del centralismo español en Sebastián MARTIN TORTILLO, *Descentralización administrativa y Organización política*, Madrid, 1973, págs. 103 y 104, tomo I. Las páginas 6 y 7 descansan, como ya está dicho, en el libro de KEDOURIE, capítulos 2 y 5. La cita de la página 7 procede de la página 68 de *Nationalism*.

La tesis sobre la conexión industrialización-nacionalismo, planteada en las páginas 7 y 8, está parcialmente inspirada en Pierre VILAR, *La Catalogne dans L'Espagne Moderne*, París, 1967, especialmente su Introducción.

La referencia de John PLAMENATZ de la página 8 se encuentra en su ensayo «Two types of Nationalism», página 25, en *Nationalism: The Nature and Evolution of the Idea*, editada por Eugene Kamanka, Londres, 1976. Las obras de HINTZE y de SCHMITT, aludidos en la página 9, que nos interesan, son, respectivamente, *La Historia de las Formas Políticas*, Madrid, 1968, página 31, y *Teoría de la Constitución*, Madrid, 1934. La función estructurante del monarca en la formación social del estado absoluto está bien vista en A. PASSERIN D'ENTREVES, en el capítulo 5 de *La Notion de l'Etat*, París, 1969. Al tránsito de la soberanía absoluta a la nacional dedico alguna atención en «Nación, Nacionalidad y Autonomías en la Constitución de 1978. Algunos problemas de la organización territorial del Estado», *Sistema* n.º 38, y «La forma del Estado desde la perspectiva de la distribución territorial del poder» (*Revista de la Facultad de Derecho de Madrid*, de próxima aparición).

Sobre el concepto de nación de la Revolución Francesa me han sido muy útiles las observaciones de MORTATI: *Le forme de Governo*, págs. 34 y 38, y S. E. FINER: *the man on Horseback*, págs. 195 y sigs, Londres, 1975. La cita de CONNOR procede de su artículo «The Politics of Ethnonationalism», en *Journal of International Affairs*, vol. 27, n.º 1, 1973, pág. 5.

En las páginas 11 y 12 retomo algunas ideas apuntadas en mi nota «Nacionalismo y clases sociales: burguesía, aristocracia y campesinado», *Revista Internacional de Sociología*, n.º 18-19-20, Madrid, 1976, y, sobre todo, el primer capítulo de *El primer nacionalismo vasco* ya citado. Deben algo también al espléndido trabajo de Jordi SOLE-TURA: «Historiografía y nacionalismo. Consideraciones sobre el concepto de nación», en *Boletín* de la Fundación Juan March, 1975, págs. 3-14. Véase, con tesis diferentes, «Interpretación del nacionalismo catalán», de Josep TERMES en *Federalismo, anarcosindicalismo y catalanismo*, Barcelona, 1976. Puede encontrarse una magistral exposición-marco a la problemática de la crisis de la soberanía nacional —aludida en

la página 12— en Manuel GARCIA PELAYO: «El Estado social y sus implicaciones», en *Las transformaciones del Estado Contemporáneo*, Madrid, 1977.

Respecto de las relaciones marxismo-nacionalismo he retomado en el texto ideas desarrolladas en dos trabajos míos: «Algunos materiales sobre el pensamiento socialista ante el problema nacional», ya citado, y «Sobre la política de las nacionalidades en la Unión Soviética», en *Saioak*, n.º 2. Sobre este tema podríamos seleccionar algún trabajo fundamental como los de BLOOM, Salomon: *The World of Nations. A Study of the national implications in the work of Karl Marx*, Nueva York, 1967; DAVIS, Horace B.: *Nacionalismo y Socialismo*, Barcelona, 1972. Richard PIPES: *The formation of the Soviet Union*. Por supuesto también la obra de Manuel GARCIA PELAYO: *La Teoría de la Nación de Otto Bauer*, Madrid, 1980.

Las ideas fundamentales de las últimas páginas sobre la incidencia del federalismo en la crisis del nacionalismo proceden de mi estudio «Nacionalismo y Federalismo en las Sociedades con divisiones étnicas: Los casos de Canadá y Suiza», n.º 10 de la *Revista de Estudios Políticos* (nueva época), 1979. En el mismo puede encontrarse una bibliografía seleccionada sobre el tema. Podemos llamar la atención, desde luego, sobre el libro de WHEARE, R. C.: *Federal Government*, Londres, 1963, y su contribución «Federalism and the Making of Nations», en *Federalismo Mature and Emergent*, editada por Arthur W. Macmahon. Nueva York, 1955. También, sobre el tema, R. C. WATTS: *Federalism and Multicultural Societies*, Ottawa, 1966, y C. J. FRIEDRICH: *Trends of Federalism in Theory and Practice*, Londre, 1968.

Respecto a la bibliografía española, mencionaremos los libros de Juan FERRANDO, como *El Estado Unitario, el Federal y el Estado Regional*, Madrid, 1978; Gumersindo TRUJILLO, como *El Federalismo español*, Madrid, 1967, en especial sus capítulos generales, y diversas contribuciones de J. LINZ, entre ellas la contenida en el libro colectivo, en el que hay trabajos tan valiosos como los de los profesores Ignacio María de LOJENDIO E IRURE y José María HERNANDEZ RUBIO: *Federalismo y Regionalismo*, Madrid, 1979. Soy consciente de que la exposición sobre el juego de los factores desencadenantes de la crisis de la conciencia nacionalista puede aparecer algo provocativa. De hecho, se han sugerido interpretaciones diferentes de la aquí propuesta sobre la situación de la soberanía en nuestro tiempo, por ejemplo en el libro espléndido de Javier PEREZ ROYO: *Introducción a la teoría del Estado*, Barcelona, 1980, pág. 39 y sigs., o sobre las relaciones entre federalismo y nacionalismo, T. M. FRANK: *Why Federations Fail*, Nueva York, 1966.

Respecto a la conexión entre marxismo y nacionalismo no vamos a descubrir aquí la aureola revolucionaria que algunos «detalles» marxistas pueden proporcionar. Sin embargo, nos permitimos insistir en la absoluta impropiedad que supone el acogerse a inspiraciones marxistas en situaciones en las que las comunidades nacionalistas no se encuentran ni explotadas económicamente, ni oprimidas culturalmente.

FONDO DOCUMENTAL

La Biblioteca de la Fundación Pablo Iglesias cuenta con las siguientes secciones:

BIBLIOTECA

Estamos especializados en materiales de tema social y político. Gracias a una labor constante de adquisición y a las donaciones del país y del extranjero, nuestros fondos se ven incrementados constantemente. Contamos con más de 11.000 títulos.

HEMEROTECA

Tenemos importantes fondos de prensa ideológica y de partido o sindical, anterior a 1939, así como la prensa del exilio republicano y clandestina.

Más de 1.500 revistas y periódicos.

ARCHIVO

Hemos reunido la documentación histórica de las organizaciones obreras españolas, procedente de fondos dispersos por todo el mundo, recopilados, sistematizados y conservados.

Más de 50.000 documentos.

- SALA DE LECTURA
- SERVICIO DE FOTOCOPIAS
- PROXIMAMENTE MICROFILM

HORARIO:

Mañanas, de 10 a 2
Tardes, de 4 a 8 Lunes a Viernes
MONTE ESQUINZA, 30, 3.º Dcha.
MADRID-4 - TEL. 410 28 39

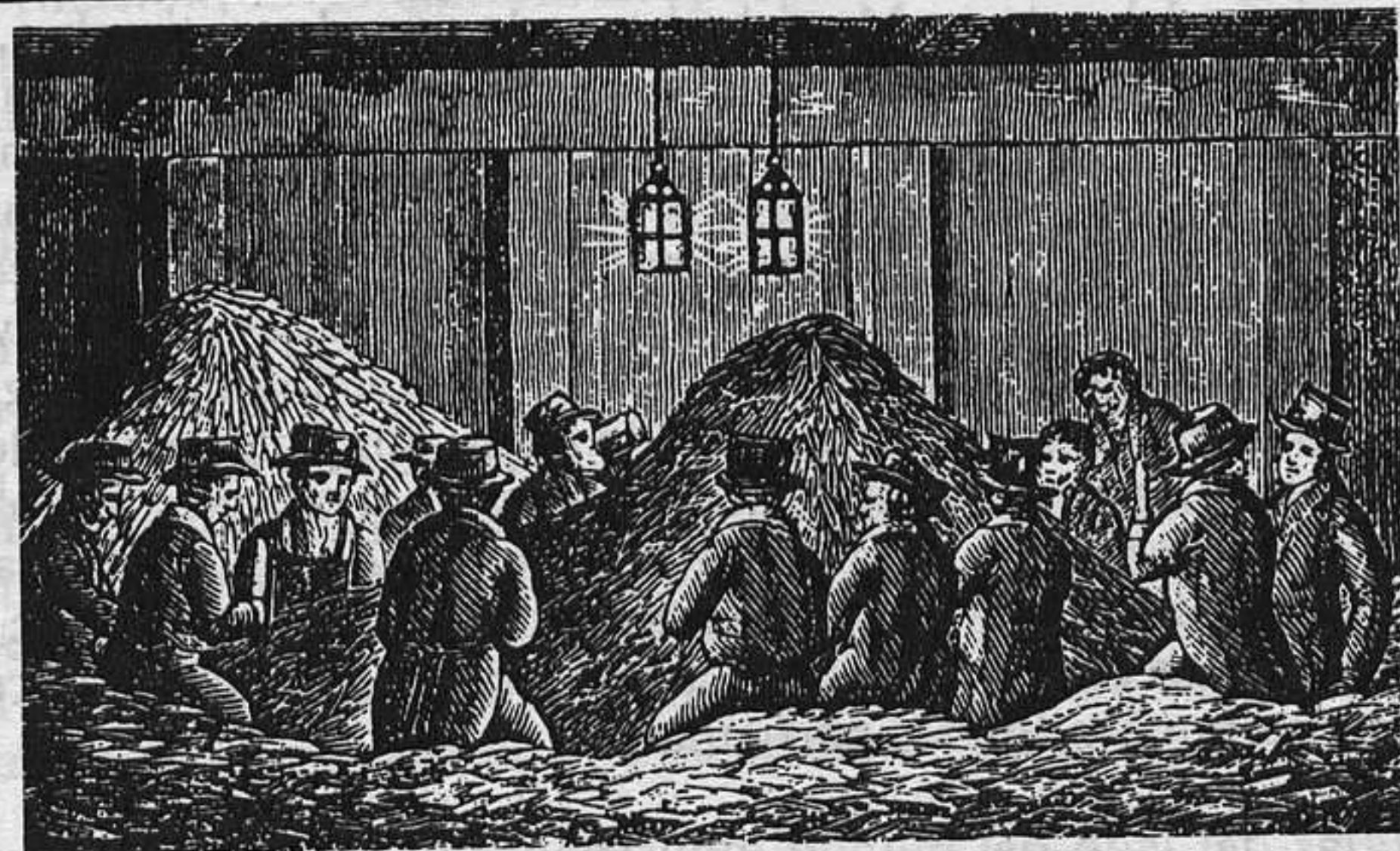
Hacemos una invitación a todas las personas que tienen algún tipo de material relacionado con la historia del socialismo y del movimiento obrero, en general, a colaborar con la Fundación Pablo Iglesias, donándolo o dejándolo en depósito, y contribuyendo así a la recuperación más completa de nuestra historia. Gracias.

Fundación Pablo Iglesias

LA SOCIEDAD CIENTIFICA FRENTE A LA SOCIEDAD EN CRISIS

Eugenio Triana

análisis y debate



Quando la Asamblea de las Naciones Unidas en su sesión plenaria de primero de mayo de 1974 aprobaba la Declaración para el Establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional, la incertidumbre sobre el desarrollo futuro de países pobres y países ricos había alcanzado sus notas más agudas. Los Estados miembros levantaron acta de las crecientes desigualdades entre naciones industrializadas y naciones en vías de desarrollo. Se comprometieron a trabajar por un orden económico más equitativo y promover la cooperación entre los pueblos. Pocos meses antes, se había registrado la «ruptura energética» que alteraba las relaciones mundiales de poder, acentuando la crisis económica desencadenada desde el final de los sesenta. *Robert Lattés* ha calificado a la energía como «el oxígeno de la vida económica», principio vital todavía basado en el petróleo, e imprescindible en la actual civilización basada, principalmente, en la posibilidad de transporte rápido y barato de personas y mercancías. La novedad era el acceso de los países atrasados a una actitud diferente en la administración de recursos propios en extremo valiosos: pasarían a ser un instrumento básico para reforzar su posición negociadora en el mundo y financiar el desarrollo interior.

Siempre me han parecido inexactas algunas teorías sostenidas en sectores de izquierda que atribuyen cualquier inflexión histórica a los designios de un todopoderoso demiurgo quintaesencia del poder de las grandes potencias y las compañías multinacionales. Así, el semanario francés *Nouvel Observateur* publicaba en ese año de 1974 varios reportajes mostrando cómo la ruptura energética se explicaba solamente por la iniciativa de las siete grandes compañías petroleras que buscaban, a la vez, restablecer las ventajas comparativas de la economía norteamericana, gravemente dañadas por la implacable competencia de Japón y Alemania. Eso es verdad, pero no es toda la verdad. La medida de la OPEP no se entiende sin considerar la tradición liberadora y descolonizada originada en 1950, sin valorar debidamente la progresiva conciencia de su fuerza en los países que componen el Tercer Mundo. La evolución de la crisis energética prueba que sus promotores no buscaban la desestabilización del orden económico, ni el derrumbe de grupos concretos de países. Sus intereses entraron en resonancia con las prioridades de los centros que dominan la distribución y el consumo de los productos petrolíferos, amplificando los efectos previsibles. Así cambia la historia y solamente mediante la confluencia de intereses dispares se conmueven estructuras asentadas durante siglos.

Ciertamente, el impacto en las sociedades de economía industrial ha sido determinante. En algunas naciones, en España sabemos bastante de ello, los gobiernos se han servido de los problemas energéticos para velar ineficacias de la gestión económica. La realidad es que en menos de ocho años los Estados más importantes han recuperado su equilibrio energético y que, a pesar de la guerra entre dos de los principales productores —Irán e Irak—, no puede hablarse hoy de una escasez significativa de la oferta. En la Conferencia Mundial de la Energía, celebrada en Munich el pasado mes de septiembre, pudimos oír al canciller Schmit decir que su país había mantenido constante la demanda de petróleo en el mismo período (siete años) que el PNB crecía un veinte por ciento en términos reales. Más que un efecto apreciable de sustitución de insumos en tan corto intervalo se indicaban las grandes posibilidades de acciones combinadas de ahorro en el consumo y mejora de los rendimientos energéticos en el conjunto de actividades productivas. También en Munich se confirmó plenamente la estrecha relación tecnología/energía. Todas las expectativas de culminar con éxito la actual fase de transición entre el uso de energías no renovables hacia fuente duraderas, se apoyan en nuevas aportaciones tecnológicas de gran complejidad: petróleo no convencional, combustible líquido sintético, reactores de fusión, etc. La investigación de nuevas fuentes, el óptimo aprovechamiento de los ciclos térmicos, etc., se fundamentan en la creatividad del hombre. La salida de la crisis de la energía es un reto para un mundo libre y participativo.

Hay muchas ventajas del lado del mundo industrializado. La posición superior en ciencia y tecnología sirve para levantar una infraestructura energética más barata y abundante. Es la condición para transferir recursos a nuevas actividades menos intensivas en energía y capital físico y más intensivas en talento. La teleinformática, los microprocesadores, la biogenética, etc., son realmente industrias a la vez competitivas y abundantes en factor trabajo. Válidas en un sistema mundial de economía abierta, menos vulnerables que las llamadas tecnologías alternativas que atienden solamente mercados interiores y locales.

La crisis del petróleo ha proporcionado algunos avances a los países en vías de desarrollo. El cambio principal está en la mayor fuerza negociadora de los suministros de productos energéticos y, a la vez, son mercados significativos para la industria occidental aquejada del mal crónico de exceso de capacidad instalada. Como ha referido Diana Johnstone en el orden económico los «ricos se hacen rehenes de los pobres», la dependencia se va transformando en interdependencia. Lejos todavía de la cooperación, es claro que aparecen nuevas oportunidades para las naciones subdesarrolladas. Por encima de los abundantes pronósticos pesimistas, más allá de las opiniones que absolutizan el poder

de las grandes potencias, la realidad muestra que han aumentado sensiblemente los grados de libertad de las naciones consideradas dependientes. Una parte de ellas podrán convertirse en comunidades aptas para añadir valor y alterar la estructura mundial de la producción y el comercio de bienes manufacturados.

El mundo actual está determinado por una triada de magnitudes intercambiables: la energía, la tecnología y los medios de financiación. Son tres recursos básicos, cada uno sirve como elemento de trueque universal si se ofrece en las condiciones adecuadas de calidad y precio. La creatividad, la acumulación de conocimientos operativos es, no solamente un factor estratégico que condiciona la solución de problemas básicos como el energético, sino también la moneda que permite obtener algunos bienes y servicios fundamentales.

El papel de la tecnología y el saber.

La captación de bienes tecnológicos es, sin embargo, un proceso mucho más complicado y opaco que el acceso a otros insumos de carácter básico. Aquí no se puede hablar de mercados, precios y cantidades definidas. El saber científico y tecnológico se presenta, además, en grados muy diversos de elaboración. Desde el artículo científico hasta un nuevo producto en el mercado hay multitud de formas intermedias del saber que pueden ser útiles para satisfacer alguna necesidad social. Existe una secuencia de fases complicadas, información, investigación, adaptación al mercado, ingeniería, diseño, experimentación, que son inciertas en cuanto al éxito y que habrán de estar soportadas por personas de alta calificación.

La aportación humana aparece como el ingrediente principal, en ese ciclo tan complejo, donde convergen sujetos situados en las esferas más diversas de actividad: profesores, empresarios, científicos, administradores públicos, etc. Lo que diferencia unas sociedades de otras es precisamente la aptitud para transformar los conocimientos en tecnologías aplicables a la producción y al consumo social. Esa es la frontera significativa entre países avanzados y países en vías de desarrollo. Más que la pujanza del sector científico interesa la capacidad de aprovechar la información propia o ajena. Un consultor experimentado, el profesor Judet, de la Universidad de Grenoble, ha empleado con insistencia el concepto «dominio tecnológico», la *maitrise* en rotundo vocablo francés, como variables más explicativas de la posición tecnológica y económica de una comunidad.

Creo es más exacto hablar del nivel de una sociedad en «valor añadido al saber» como elemento crítico en un mundo donde hay información abundante pero difícilmente asequible. Los países atrasados fabrican pocos científicos pero utilizan muchos menos. Jan Tinbergen estimaba en el RIO (Report Reshaping International Order) que la salida de profesionales y técnicos representa un coste para los países en vías de desarrollo de casi quinientos mil millones de dólares al año. La atonía de las funciones ubicadas en el sector del «valor añadido al saber» hace inservibles a estos profesionales. Es la caída de la demanda de la producción del sistema científico interior lo que implica su decadencia en cantidad y calidad.

En el valor añadido debemos incluir el poder de comprensión global de la cuestión, la reflexión sobre los efectos sociales de las innovaciones. Estamos en una época donde aumenta peligrosamente la distancia entre la sofisticación de los hechos y fenómenos y las limitaciones del hombre para entenderlo y afrontarlo. Es el desfase humano (the human gap) como ha sido calificado certeramente en el último informe del Club de Roma bien titulado: «Aprender, horizonte sin límites». La ciencia y la tecnología son solamente medios y no fines. Si el hombre no despliega la facultad de predicción para estimar los

impactos de su uso, quedan abiertas las puertas de la autodestrucción. Es la competencia para prever, para componer esquemas teóricos, generalizaciones, que pueden interpretar la evolución de lo real. Hoy las teorías conocidas, más que modelos con potencia explicativa se han convertido en consuelos. Más cerca, por tanto, de las religiones que de las ideologías y teorías. Para los marxistas hablar de «crisis de acumulación» del sistema capitalista por ejemplo, nos reconforta aunque añada poco a lo que ya sabíamos.

Parece necesario integrar el elemento científico, la cultura científica, en los modelos teóricos y de reflexión también en la vida práctica. La ciencia de la ciencia es ahora un complemento indispensable para controlar el futuro. En caso contrario, puede aparecer «la debacle psicológica» como afirma Alvin Toffler, el autor de *La tercera ola*, por el choque entre los avances acelerados en las transformaciones tecnológicas y el estancamiento en el poder para ordenar intelectual y moralmente los efectos.

Difusión de conocimientos y dependencia tecnológica.

La apropiación y difusión de las culturas con base científica requiere un medio permeable, no dogmático, y con referencias normativas que respondan a valores ampliamente admitidos por la sociedad. Hace falta que los intereses sociales de los protagonistas de la transmisión de los conocimientos se reconozcan en un bloque dirigente legitimado por su actuación práctica. Es la condición para los aumentos globales de la *productividad*, que hacen posible los intercambios iguales en las condiciones de una economía abierta.

La aparición y consolidación de un nuevo orden mundial se decide en la distribución de los activos en ciencia y tecnología, en los niveles de instrucción de las personas que han de manejarlos. La presión de los países en vías de desarrollo se ha centrado en los últimos años en sentar las bases de un trato justo en el reparto de conocimientos. En agosto de 1979 se celebra en Viena la Conferencia Mundial sobre Ciencia y Tecnología para el desarrollo. Allí se manifiestan graves diferencias y serias dudas sobre la eficacia de un tratamiento conjunto en las relaciones entre el mundo desarrollado y el grupo de los 77. Poco después, en enero de 1980, con ocasión de la 3.^a Conferencia General de UNIDO (Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo) el grupo de los 77 sostiene que «el estado de dependencia científica y tecnológica de los países en vías de desarrollo es uno de los mayores obstáculos para su industrialización», denunciando los sistemas de transferencia de tecnología y proponiendo un nuevo código de conducta más equitativo.

Aquí tropezamos con una de las grandes construcciones teórico-políticas de nuestra época, importante por cuanto ha conformado en gran parte los análisis realizados en España y ha configurado el punto de vista de varias generaciones. Me refiero a la teoría de la dependencia, hoy incorporada al sentido común. Al igual que otras innovaciones culturales ha sido promovida por el eje Latinoamérica-París, conjunción intelectual que parece tener un encanto irresistible para el pensamiento español. La explicación de la dependencia que empezó siendo la descripción de un fenómeno del subdesarrollo se ha generalizado como la causa principal de los estadios más bajos de bienestar. Las relaciones centro-periferia definidas en estos modelos ofrecen un cuadro inamovible de ligazones. Los países pobres disgregados en su interior por los vínculos con las naciones centro y empresas multinacionales se ven impedidos de realizar las transformaciones que conducen al desarrollo.

Aparte del mérito de encontrar una variable que sirve para describir de forma general situaciones que afectan a países muy diversos, las tesis sobre la dependencia son también una teoría de la resignación, y un eximente para las clases que dominan la economía de

los países subdesarrollados. No es extraño que todo el mundo se acabe apuntando a la dependencia como ratio universal.

Es claro que las sociedades más avanzadas han impuesto unas formas económicas y tecnológicas de dominación y adoptan las políticas para asegurar su mantenimiento. Pero no es admisible olvidar o subestimar los *factores de movilidad* que perturban el esquema de la dependencia:

1. Las consecuencias de la crisis económica y el nuevo poder negociador del Tercer Mundo que además se ha convertido en un mercado significativo de productos industriales y bienes de equipo.

2. La posición vulnerable del que cede conocimientos de aplicación práctica. El salto cualitativo de esta época es la tecnología como factor real de intercambio. La posibilidad de entrar en los circuitos comerciales en base exclusiva a la capacidad creativa de los hombres.

El que vende tecnología, ciencia, equipos sofisticados se expone, por muchas precauciones centrodominantes que establezca, a que alguien con lápiz y papel, apoyado en un entorno industrial simple, se apropie de los principios y sistemas que contiene. Es conocido el temor de algunas multinacionales americanas de la industria electrónica a la marcha de profesionales de sus compañías filiales. Su experiencia les dice que una persona capacitada puede ser el germen de un competidor en productos que no precisan grandes inmovilizaciones físicas y conocen una evolución tecnológica acelerada. Las posibilidades se multiplican al disponer de infraestructura industrial suficiente. Es el caso de los países intermedios. Pocos españoles conocen que una empresa aeronáutica nacional, localizada en la industria militar y el INI, connotaciones que podrían ser malditas en un coloquio sobre la dependencia, o acerca del nuevo liberalismo económico, está desarrollando un modelo original de avión de cierto porte destinado al tráfico de tercer nivel en asociación con una compañía de... Indonesia. El objetivo no es hacer exotismo industrial sino conquistar una cuota significativa del mercado mundial de estos aparatos.

Un ejemplo está en el acortamiento de distancias tecnológicas de Europa y Japón respecto a Estados Unidos. Hace treinta años varias de las naciones europeas, Italia y Francia especialmente, podían ser consideradas economías intermedias. Ahora vemos el éxito de grandes proyectos europeos de alta complejidad como el proyecto Airbus o los reactores reproductores Phenix y SuperPhenix. Las tendencias últimas observadas indican que la superioridad científico-técnica de los Estados Unidos empieza a declinar en relación con el despegue tecnológico de Japón, Alemania y Francia. Ello se refleja directamente en las tasas de productividad y en la situación de las balanzas comerciales respectivas. El primer desafío de Servan Schreiber no se ha cumplido, esperamos tenga más fortuna con el segundo, pues parece un acierto afirmar que «la última singladura para alcanzar la costa de nuestro destino depende de nuestra inteligencia».

Numerosos países comprenden esto y se afanan hoy por preparar su inteligencia colectiva para captar la inteligencia de los demás. No existe un único centro cada vez más poderoso, sino la dispersión y el surgimiento de nuevos centros oferentes de tecnología con especificaciones distintas y condiciones comerciales diversas. Se configura así un mercado tecnológico cada vez más favorable para los compañeros, que tienen ahora la facultad de poner en concurrencia varias alternativas y conseguir ventajas.

Tampoco existe un tipo uniforme de país receptor de tecnología. El grupo de las naciones en vías de desarrollo es progresivamente heterogéneo. No solamente por la posesión o no de recursos energéticos, sino también por la importancia de la producción in-

dustrial. La América Latina es, de lejos, el grupo más significado, aportando casi el *sesenta* por ciento de la oferta de productos industriales del conjunto de los países en vías de desarrollo. La debilidad de las exportaciones anuncia la relevancia de los mercados interiores, factor esencial en toda estrategia de despegue tecnológico. El ritmo de crecimiento económico acelerado junto a la aparición de Estados: México y Brasil como «nuevos países industrializados» y subcentros de irradiación tecnológica. La explosión del comercio intrarregional y el idioma común apoyan el juicio de considerar a Latinoamérica el centro de gravedad económico del mundo en el año 2000. El carácter «intermedio» de muchos países latinoamericanos nos dice que van a ser demandantes principales de innovaciones tecnológicas, con el perfil de compradores activos apoyados en un potencial energético abundante y diversificado.

La posición de los países desarrollados.

La perspectiva de trasvase de conocimientos Norte-Sur precisa de algunas concreciones. En primer lugar, caracterizar adecuadamente la etapa actual en los países desarrollados. Es la aplicación y difusión de los conocimientos acumulados en las décadas pasadas y el factor definitivo, y no la velocidad de creación de ciencia y tecnología. Recientemente, el semanario *The Economist* hablaba de *pausa tecnológica* tomando como indicador el esfuerzo económico en investigación y desarrollo tecnológico de un grupo selecto de naciones. La National Science Foundation, máximo organismo científico de los Estados Unidos, recomendaba el pasado año una política de puesta en valor del saber acumulado en las bibliotecas de las universidades y centros de investigación. Algunos países líderes, especialmente Norteamérica y el Reino Unido, han tomado conciencia de que sus científicos estaban trabajando para terceros. Que otras sociedades más poderosas y aptas para *añadir valor al saber* estaban aprovechando la ciencia básica generada por ellos para realizar innovaciones tangibles que servían para desplazarles de los mercados.

Los efectos de la crisis y la agudización de la competencia comercial han forzado la etapa de las aplicaciones tecnológicas. Los nuevos países industrializados aparecen, además, como competidores temibles en los sectores convencionales, con costes salariales reducidos y suficiente dominio tecnológico. Las mutaciones sectoriales de los países más avanzados apuntan con claridad hacia las llamadas actividades emergentes:

1. *La informática*, tanto en equipos como en sistemas.
2. *La electrónica* avanzada, especialmente los componentes microprocesadores.
3. *Las telecomunicaciones* donde se dispone de nuevos materiales (la fibra óptica), equipos de alta eficacia (los microprocesadores) y se montan conjuntos integrados de equipos y sistemas.

Estos dispositivos son el resultado de la ciencia más evolucionada y a su vez contribuyen a la difusión exponencial de esos resultados, haciendo más accesibles las innovaciones. La significación de los componentes electrónicos e informáticos es la posibilidad de su incorporación a la totalidad de las actividades productivas. Son el vehículo de la transferencia horizontal de tecnología y los elementos concretos en los procesos de automatización. En estos sectores radica y va a radicar la superioridad tecnológica de las sociedades avanzadas. Su relación con las industrias de armamento les confiere un papel estratégico singular.

Los impactos en las áreas de mayor importancia económica son definitivos: las grandes transformaciones en el sector energético habrán de esperar veinte o treinta años, pero ahora son viables mejoras sustanciales en regulación y control; nadie ha previsto innovaciones radicales en los sistemas de transporte, pero la electrónica del automóvil, la avió-

nica y la automatización de las funciones del buque son la frontera tecnológica inmediata. Quedan las profundas implicaciones en los servicios y en la vida cotidiana, especialmente con la revolución del video, y que sirven también para editar varios *best seller* mundiales al año cuyo éxito, obviando las frecuentes mixtificaciones del texto, demuestran el enorme interés del gran público por las conveniencias de los avances científicos.

Otro motivo de reflexión bien conocido por los profesionales de la electrónica es la accesibilidad de esta tecnología cuando se alcanzan altos niveles de competencia. Equipos de investigadores bien preparados y conectados con el entorno, conocedores de los catálogos de componentes electrónicos en características y precios, pueden llegar a diseñar aplicaciones originales con gastos reducidos, y adaptadas a las necesidades de industriales y consumidores. Por otra parte, la flexibilidad de aplicación es acusada, admitiendo distintos grados de sofisticación, según los usos y la conveniencia económica.

Las incógnitas están del lado de los ritmos de introducción de estas tecnologías. Es necesario ser prudente y no volver a pronosticar la revolución científico técnica antes de tiempo. Las necesidades de financiación son elevadas y los efectos sobre el empleo no siempre soportables. Pero es indudable la inflexión histórica por la extensión de equipos y sistemas que exigen una sociedad fundamentada en el saber hacer de las personas. Es la sociedad científica como horizonte posible, siempre que en los objetivos incluyan la *calidad de vida* como primera prioridad, la posibilidad de autocontrol de las comunidades y de los individuos.

Los países en vías de desarrollo, que tienen algunas ventajas comparativas de importancia, van accediendo a estadios superiores de industrialización. Además de los bajos costes salariales y la posesión de recursos energéticos y otros materiales básicos, hay dos factores críticos que determinan la modernización de sus economías:

1. La capacidad de captación de las tecnologías necesarias, la formación de los trabajadores, en definitiva, el potencial de «añadir valor al saber», saber que en principio será ajeno.
2. La existencia de un mercado interior significativo que asegure la demanda de productos que en los primeros estudios de desarrollo van a contener tecnologías de calidad todavía no exportable.

En la estrategia práctica de despegue tendrán que identificar aquellas tecnologías y actividades susceptibles de alto consumo interior. No se proponen las tecnologías intermedias más simples. Es una salida inviable en países que deben defender sus mercados interiores de competidores externos calificados. La vía correcta es la aplicación de tecnologías de vanguardia a fabricaciones de complejidad media, que es algo muy diferente. Representa también una forma realista de aprendizaje progresivo con el objeto de penetrar en actividades de consistencia tecnológica superior.

La dialéctica tecnología/empleo en España.

Ello nos lleva directamente a un aspecto nuclear en el alumbramiento de la sociedad científica; la tensión dialéctica entre renovación tecnológica y el empleo, los cambios en el trabajo y en las calificaciones profesionales. Problema que vamos a referir a las coordenadas de la economía española enfrentada sin remedio a un proceso inmediato de reconversión industrial. Se trata de una economía abierta que inicia la incorporación a un área, la CEE, especialmente activa en la exportación de productos industriales y que incorpora tecnologías de punta.

La política a largo plazo debe satisfacer con doble objetivo: *Primero*, la modernización del sistema productivo para conservar y ampliar los mercados exteriores y, sobre todo, competir en los mercados interiores. *Segundo*, la creación de empleos para detener la tendencia actual y reducir lentamente la tasa de desempleo.

Sabemos que hay un desfase profundo entre el crecimiento económico cuantitativo y el retraso en los factores cualitativos, en particular la innovación tecnológica. Abundan las actividades de cabecera intensivas en capital fijo y las tasas de productividad se sostienen con inversiones de reposición.

Las innovaciones tecnológicas son ahorradoras de empleo directo, expulsan trabajo, salvo algunas excepciones. Pero las consecuencias de los procesos de equipamiento y automatización deben ser contempladas en su totalidad. En una sociedad realmente desarrollada, vamos a tomar como referencia a Alemania, estas acciones inducen empleos en investigación, información, diseño, ingeniería, marketing, fabricación de los equipos, etcétera, además de ventajas adicionales en los mercados de exportación, la plena ejecución del montaje y puesta en marcha. El saldo neto es positivo; se han creado nuevos empleos y se ha transferido parte de la fuerza de trabajo hacia ocupaciones de mayor contenido profesional. Otras economías externas son posibles por venta de tecnología y asistencia técnica. En el extremo opuesto, un país semidesarrollado obligado a competir en áreas de competencia muy calificada (léase Mercado Común) y desprovisto del potencial tecnológico, se ve impedido a renovar el equipo productivo. La aportación propia se reducirá a poco más de la realización de la obra civil y aspectos convencionales del diseño. El balance es negativo en empleos directos e indirectos, no hay tecnificación ni mejora de la posición comercial.

El concepto de intensidad relativa en capital o trabajo solamente puede ser entendido, en un medio industrializado, mediante la variable tecnológica. Los sectores que aparecen muy intensivos en inversión fija pueden desencadenar, en las fases anteriores y posteriores, más empleo e incrementar el nivel medio general de calificación profesional. Permite, además, establecer la armonía entre el *sector educativo* que proporciona los sujetos del proceso de culturización y tecnificación y el *sector real* que demanda sus servicios. *En caso contrario, la innovación tecnológica y el aumento del empleo son objetivos irreconciliables.*

Este es el dilema español. Se presenta cuando es impensable volver a la autarquía, ahora que el sector industrial es la base de nuestra economía y no es imaginable el retorno masivo a la agricultura, aquejada igualmente de los males de destecnificación. Cuando todas las rigideces imaginables en los comportamientos de los agentes económicos y los grupos sociales emergen a la vez.

Ya solamente es viable la salida hacia adelante, entendiendo por tal la estrategia de aumentos constantes de la productividad global para no ser marginados en el mercado interior, en los mercados europeos, en los mercados americanos por los europeos, en el resto del mundo por el resto del mundo. *La única alternativa es acabar con la sociedad ineficiente y construir la sociedad científica.*

En estos momentos el catálogo de actividades en crisis pendientes de reconversión es impresionante: siderurgia, construcción naval, automoción, los electrodomésticos (la línea blanca), la industria textil, los bienes de equipo no energéticos. Prácticamente todo el empleo industrial se cuestiona en estas operaciones de saneamiento y estructuración. En su tramitación son evidentes los conflictos antes señalados. La pérdida de algunas ventajas comparativas (costes salariales) respecto a países menos desarrollados y la débil posición tecnológica parece hacer indisoluble la nueva ordenación industrial. Es notoria

la ausencia de una visión estratégica y conjunta del problema. Los déficits de empleo de los sectores en crisis no se resuelven en el interior de esa actividad sino integrados en un bloque completo de medidas de política industrial. Es absurda la negociación y los planes de acción de ámbito sectorial exclusivo, que además contribuyen a generalizar un clima de desesperanza.

Por otra parte, se reconoce que la crisis es prolongada y la definición del entorno industrial va a requerir varios años. Dicho esto la sorpresa salta en la aplicación de políticas de ajuste a corto plazo, cuando el factor tecnológico y la búsqueda de nuevas ventajas comparativas se desestima. Ya existen varias empresas importantes donde se han ensayado arreglos basados en el saneamiento de los Pasivos, con el triste final de repetir la operación sin salida. Es hora de afirmar con toda claridad que los *males de la industria española no se superan con ajustes financieros sino con ajustes tecnológicos*.

Y aquí, tecnología quiere decir asimilación de conocimientos ajenos, formación masiva de técnicos y trabajadores, fijación de objetivos, adaptación al mundo exterior, relación de productos con mercados, modernización de la gestión, etc., etc. El punto débil es la falta de eficiencia. Nadie piensa en aumentar el *contenido tecnológico* como punto fuerte que compense las ventajas perdidas y permita aminorar los costes. Uno se imagina a veces que la figura del empresario industrial no existe en la tipología de profesiones españolas.

Frente a los costes de los astilleros asiáticos, de las plantas siderúrgicas brasileñas, de la penetración multisectorial de los países europeos, solamente es practicable una política de mejora de la *calidad*, mayor *productividad* y servicios *técnicos* adecuados. Es el ajuste tecnológico, posible cuando disponemos todavía de instalaciones industriales bastante modernas, cuando es posible volcar la experiencia acumulada en las décadas anteriores.

La disyuntiva principal no es dónde concentrar los esfuerzos futuros. La mejora de la posición tecnológica debe afectar a los sectores convencionales, en particular los exportadores, diseñando ahora la dimensión y especialidades que serán más competitivas. El despliegue de nuevos sectores tiene que considerar criterios relativos a:

- El aprovechamiento de recursos propios.
- La importancia en el consumo social interior.
- La relevancia para acceder a la sociedad científica.
- La posibilidad de asimilar conocimientos científicos y tecnológicos.

Pero sabiendo que las mutaciones sociales son un camino largo y complejo, que exige coordinación y planificación de acciones y políticas en muy distintas áreas: educación, información, investigación, gestión pública. Mientras tanto, será preciso generalizar el impulso innovador, empezando por las actividades de mayor impacto económico.

El marco económico e institucional.

Es necesario detenerse ahora en las determinaciones de la estructura de poder económico e institucional. Los veinte años últimos han registrado cambios materiales de importancia y, lógicamente, nuevas relaciones de poder. Hoy el dominio económico y social se reparte en tres bloques fundamentales:

Primero: Los grupos hegemónicos del capitalismo español localizados especialmente en actividades de cabecera que suministran bienes de carácter básico con mercado garantizado: financiación, productos energéticos, etc.

Segundo: Los inversores extranjeros que han aumentado su importancia en cantidad y calidad, especializados en los sectores de transformación final donde el factor tecnológico tiene mayor significación.

Tercero: Los Estamentos más altos de la Administración Pública, en particular los Cuerpos Especiales vinculados a la Hacienda Pública, a las instituciones económicas y al sector público empresarial.

Desde el inicio de la crisis en 1973 las variaciones apuntan al relativo declinar del poder del grupo primero, en beneficio de los otros dos. La superior aptitud para el riesgo del capital extranjero han intensificado el protagonismo inversor de las compañías multinacionales que han tomado el relevo de banqueros y socios españoles en muchas empresas de los sectores de tecnología avanzada.

Los Cuerpos Altos de la Administración claramente fortalecidos en el período franquista, han conseguido una progresiva autonomía de actuación y decisión económica, gracias también a la importancia creciente del gasto público inversor.

La Banca privada ha cedido posiciones empresariales importantes y aparece cada vez más distanciada de fórmulas de financiación a largo plazo o de operaciones de capital riesgo. Tanto los bancos como las compañías eléctricas privadas mantienen un poder fundamental: la posibilidad de repercutir cualquier variación de sus costes en los usuarios, así como la posibilidad de asegurar *ex ante* los márgenes adecuados de explotación. Ese es el significado exacto de la situación hegemónica, aunque ésta sea en parte vulnerable pues ha de ser pactada con los representantes de instituciones públicas: Gobierno, Autoridad Monetaria, etc., y pueden estar sujetos a publicidad.

Este esquema muestra con nitidez que el empresario español está en un segundo plano. La imagen de la Confederación Española de Organizaciones Empresariales corrobora este juicio. Abundan los ex ministros, antiguos altos cargos, catedráticos, etc., pero escasean los capitanes de empresa, los gerentes de grandes grupos industriales. Es un perfil muy peculiar y algo borroso.

La realidad es que en España apenas quedan grandes *holdings* industriales privados. En torno a algunos bancos se aglutinan compañías importantes, pero el conjunto no se gestiona desde la óptica y desde el lugar de la dirección de empresas. El excedente económico se localiza, principalmente, en las instituciones financieras del grupo.

Un dato verdaderamente extraordinario es la inexistencia de empresas multinacionales españolas. Un país que ha conocido las tasas más altas de crecimiento económico, que ocupa el decimosegundo lugar en el *ranking* de naciones industrializadas, no ha podido generar una organización productiva apreciable fuera de sus fronteras. Lo que sí han conseguido algunas de las naciones latinoamericanas.

Naturalmente me refiero a empresas de cierta dimensión e implantación productiva multinacional. Existe en España un sector característico en el área mediterránea de empresarios exportadores, de calidad homologable con los europeos, que han logrado establecer factorías en terceros países. Son casi exclusivamente titulares de empresas medianas y pequeñas y carecen de poder político y social suficiente.

Los inversores extranjeros han penetrado en grandes compañías, públicas y privadas, en connivencia con socios españoles. Las empresas con participación extranjera determinante se conectan a estructuras transnacionales y en su contexto logran un funciona-

miento eficiente. Los socios extranjeros se desentienden, como es lógico, de la peripecia económica e industrial del país aunque procuran adaptarse a la regulación oficial.

El resultado es que el poder económico se distribuye en grupos que no tienen intereses inmediatos en la modernización del aparato productivo. Los problemas más acuciantes están en el sector real antes que en el sistema financiero. Una pequeña reducción en el margen de intermediación bancaria y en el coste del dinero poco cambiaría en los niveles de eficacia de las empresas. Los arreglos tienen que ser estructurales, sobre la forma de aplicación de los recursos humanos y materiales.

El sistema de fuerzas ofrece un balance resumido en la carencia de una perspectiva a largo plazo. Los diversos grupos se equilibran a la baja, nadie parece obtener ventajas de un proceso de europeización de la economía española.

La situación se refleja en las mediaciones políticas. La falta de un proyecto de futuro no puede ser imputada exclusivamente a dejación del partido gobernante. Ocurre que éste no tiene para quién imaginar un escenario distinto ni por qué. La referencia estática a la economía de mercado es una forma de expresar que nada va a cambiar para que todo empeore levemente.

El problema central es que los sectores dominantes son compatibles con una cierta decadencia de la sociedad española.

Las consecuencias son notables y abundantes en paradojas. A pesar de la reducida dimensión económica del Sector Público, en España no parece haber sociedad civil. Todo se resuelve en torno al Estado. El gobernante que por la mañana envía al BOE un Decreto intervencionista y por la tarde acude a un debate en la APD sobre las excelencias del mercado, refleja el desconcierto imperante y la indefinición de objetivos, el vacío.

En nuestro país no se ha nucleado una clase legitimada ante la mayoría de la sociedad para dirigirla. El poder no ha generado un conjunto de valores aceptados por los ciudadanos, y que puedan servir de orientación. No existen referencias culturales homologables con las europeas. La cuestión es que en España hay una clase dominante pero no existe una clase dirigente.

La ausencia de una estrategia propia, salvo el mantenimiento de la situación, puede convertirnos en un país periférico y dependiente. La filosofía de la adhesión pasiva y resignada a las Comunidades Europeas, las tremendas omisiones en la política latinoamericana, hacen muy difícil reconocer una dirección consciente de los asuntos públicos, no se identifica un bloque social dispuesto a dar sentido y cohesión al Estado.

Eso explica, en parte, los sobresaltos constantes en la puesta en marcha de las autonomías. Cualquier incidencia es inquietante por no disponer de una dirección social compensadora, estable, que garantiza la personalidad y la articulación de la nación española.

Hay razones históricas de peso y conocidas. Probablemente, el período franquista, si acabó con algo de manera irreversible, fue con esa burguesía ilustrada, laica, europeizante que, en conjunción con el partido socialista había proporcionado, en el primer tercio del siglo, un veranillo de San Martín a la ciencia española, el segundo período ilustrado. Se ha desvanecido esa clase que se distinguía por la «fe en la cultura» de que nos habla Jean Sarrailh en su obra monumental sobre la segunda mitad del siglo XVIII. Un intento de dar sentido de futuro a la acción política de la derecha se dio a finales de los cin-

cuenta, por medio de un grupo muy caracterizado de personas que buscaron enlazar con la tradición ilustrada, el 98 y la Institución Libre de Enseñanza desde una interpretación acusadamente conservadora y ajena a la libertad.

Una clase gobernante sin destino explícito produce vacío y decepción, en el momento histórico que un pueblo ha conquistado mediante un admirable y pacífico proceso la democracia política. Al no ser capaces de extraer las ventajas prácticas del sistema democrático para resolver los problemas pendientes desde hace varias décadas, se convierten en transmisores del desánimo. Muchas personas comparten ahora, por desgracia, ese juicio pesimista de un español especialmente lúcido y amargo, José M. Blanco White, cuando escribía hace casi doscientos años «...me temo que hayamos arrastrado las cadenas demasiado tiempo como para hacer buen uso de nuestros primeros momentos de libertad».

La marginación de los factores cualitativos, la educación, la ciencia, la cultura en las prioridades de gobierno en un medio que ha convertido la inteligencia en el recurso económico más importante, anuncia el deterioro de posiciones en los intercambios comerciales. Así lo indica la acentuada debilidad exportadora de productos industriales contenedores del valor añadido. Una comunidad ineficiente es aquélla que no encuentra ventajas diferenciales que ofrecer al exterior en sus productos. Todo ello en las condiciones de economía abierta sin apenas recursos energéticos, hacen progresivamente vulnerable nuestra economía. Por ello se puede afirmar que la *estrategia implícita de gobierno es hoy el programa de la decadencia económica y cultural de España*. El programa que hace antagónicos los objetivos necesarios de la renovación tecnológica y el aumento del empleo. Yo suscribo la afirmación de don Santiago Ramón y Cajal, que decía «España es un país intelectualmente atrasado, no decadente». Pero la pérdida de los atributos que definen a una sociedad como receptora activa de los conocimientos científicos y tecnológicos, podrían llevarnos a una situación intelectual incompatible con las exigencias de las economías modernas.

La vía de la sociedad científica.

La opción posible y realista es la conformación de una sociedad apta para añadir valor al saber. Capacitada para generar también su propio saber operativo. Los puntos fuertes no pueden encontrarse en la abundancia de recursos básicos, energéticos y no energéticos. Tampoco es posible hacer del mercado inferior un área económica cerrada. La alternativa futura se ha de fundamentar en la superior calidad de los recursos humanos como factor impulsor de la productividad. Es la *sociedad científica, basada en el saber hacer de los trabajadores, es el paso a un sistema productivo intensivo en talento*.

Las condiciones son hoy favorables para esta pretensión. Somos, en efecto, el primer comprador de tecnología, un receptor experimentado de conocimientos externos. La crisis ha multiplicado la concurrencia y los grados de libertad de los países importadores de innovaciones tecnológicas. Es posible el acceso a tecnologías de distintos orígenes, ponerlas en competencia y seleccionar las más adecuadas. Las restricciones comerciales lógicas en los contratos de transferencia no pueden ser una disculpa para la no asimilación del contenido tecnológico. La experiencia muestra que, salvo contados sectores de gran complejidad, no existen obstáculos insuperables para apropiarse de los conocimientos adquiridos, incluso en actividades sometidas a secreto. Las barreras no están en la maldad del vendedor, sino en la apatía del comprador. ¿Qué medios dedica la Administración Pública a las operaciones de compra-venta de tecnología? ¿Cuántas empresas tienen un directivo responsable del área tecnológica? ¿Quién gana dinero en la formación de sus técnicos para hacer posible la captación de las tecnologías entrantes?

La sociedad basada en los conocimientos de las personas detenta el dominio tecnológico de los procesos productivos. Ello significa asignar grandes recursos a las tareas de información, definición de productos, mercados, normalización, formación profesional, educación, investigación, innovación, etc., y generar nuevos empleos más calificados. La modernización de sectores en crisis y la creación de puestos de trabajo alternativos requiere, en primer lugar, inversiones estratégicas en estas funciones.

España cuenta con un mercado propio de suficiente entidad para soportar la producción inicial de nuevos sectores de tecnología avanzada.

La integración a Europa deberá ser contemplada como una oportunidad y no como una amenaza. Es la ocasión de aprovechar el potencial tecnológico de los países europeos en beneficio propio. Lo que exige la preparación inferior adecuada, *convertirnos en una organización social diseñada para capturar el máximo de conocimientos ajenos*. Se aprende en aquello que ya se conoce. No hay conflicto entre el auge de la investigación propia y la asimilación de la ciencia exterior. Por el contrario, la capacidad autónoma es la condición para recibir tales impulsos.

España está en posición óptima para bombear la ciencia europea a su propio territorio y a la región latinoamericana. Es una ocasión histórica e irrepetible. Varios países americanos están en plena industrialización y período de equipamiento, son los socios perfectos para proyectos de cooperación tecnológica.

La sociedad científica significa un camino realista para conciliar la innovación tecnológica con el aumento del empleo. Es el reto de una alternativa de izquierda en el horizonte del año 2000: presentar un plan concreto de desarrollo tecnológico y oferta de nuevos puestos de trabajo.

Es una tarea que requiere algunas transformaciones sustanciales:

a) La reforma radical del sistema de *generación* del saber científico y tecnológico. La salvación de la Universidad es la operación que puede evitar la regresión a formas culturales tercermundistas, lo que solamente es posible a partir de la eficacia y dedicación del profesorado. La investigación debe servir a objetivos económicos y sociales definidos, y mejorar drásticamente su rendimiento actual.

b) La expansión de las estructuras de difusión y aplicación de los conocimientos. Será necesaria la constitución de multitud de *sociedades intermediarias* como centros nerviosos del nuevo entramado productivo, desde las compañías tecnológicas que se especializan en detectar y captar las tecnologías externas, hasta los organismos encargados de promover y financiar la innovación en las empresas.

Todo ello supone que:

Habrá que desviar recursos muy cuantiosos del Gasto Público hacia estas actividades. Son nuevas prioridades a costa de menor consumo en otras áreas.

Es obligada la planificación y coordinación de las acciones que preparan la sociedad científica. El Sector Público habrá de encontrar las fórmulas que favorecen la cooperación entre empresas, centros de investigación, enseñanza, etc.

La meta final es lograr una sociedad permeable en grado óptimo a la penetración y uso de los progresos científico-técnicos. Donde la inteligencia colectiva se entiende como el recurso principal para superar los desajustes económicos.

Es apostar por un lugar posible para la economía española en la división internacional del trabajo: ser competitivos en viejos y nuevos sectores mediante la incorporación del mayor contenido tecnológico al coste admisible. Desde la industria turística hasta la bioingeniería.

Es una nueva *política de gobierno* que cuenta con la iniciativa y participación de las personas, es un proyecto de solidaridad. Significa que los ciudadanos no se consideran exclusivamente acreedores sino también deudores, por emplear la perfecta expresión del profesor Tierno en una reciente y bellísima intervención para presentar la T. F. El derecho al saber y el deber de conocer para aportar un trabajo directo y calificado a una sociedad eficiente y culta, como fundamento del trabajo del otro y del bienestar de todos. Es restablecer el clima de trabajo en el país. Es propiciar el clima favorable a la ciencia y los científicos, a la cultura y a quienes la transmiten. La formación profesional y el consumo cultural se convierten en nuevos valores sociales.

Es una llamada para millares de jóvenes profesionales, hoy ciudadanos sin rostro, a que sean protagonistas en los próximos veinte años. Muchos entre ellos hicieron posible el surgimiento de la sociedad democrática. Ahora se trata de ser parteros de la sociedad científica.

La izquierda es, en este proyecto, la expresión política de una clase nacional dirigente que aglutina el bloque de fuerzas sociales transformadoras. Su papel es consecuencia también de la dimisión de las actuales clases dominantes de las funciones de dirección política y moral de la sociedad.

Hace falta enfrentar nuevos instrumentos de acción:

La reforma del *Sector Público* para cumplir las tareas de coordinación de los agentes que intervienen en la innovación y modernización del sector real. La izquierda debe transmitir a los funcionarios un mensaje de eficacia y competencia. Todo menos halagar situaciones de excepción. En este punto no puede haber engaño, la vía a la sociedad científica supone el conflicto con parte del funcionariado español, localizado no solamente en los cuerpos especiales. Pero son mayoría los que piensan que la función pública debe ser un trabajo duro, el alivio para una sociedad en crisis y no su maldición.

La *Empresa Pública* puede ser una herramienta básica en la trayectoria propuesta, gestionada desde Entes Públicos especializados con administradores sometidos a riesgo, responsabilidad y estímulos. En los próximos años habría que variar la condición de algunos organismos públicos para su conversión en Entes o Empresas Públicas con personal no funcionario. Muchas actividades del Estado relacionadas en servicios directos a la comunidad podrían adoptar esta forma jurídica, dando así la necesaria agilidad a su actuación.

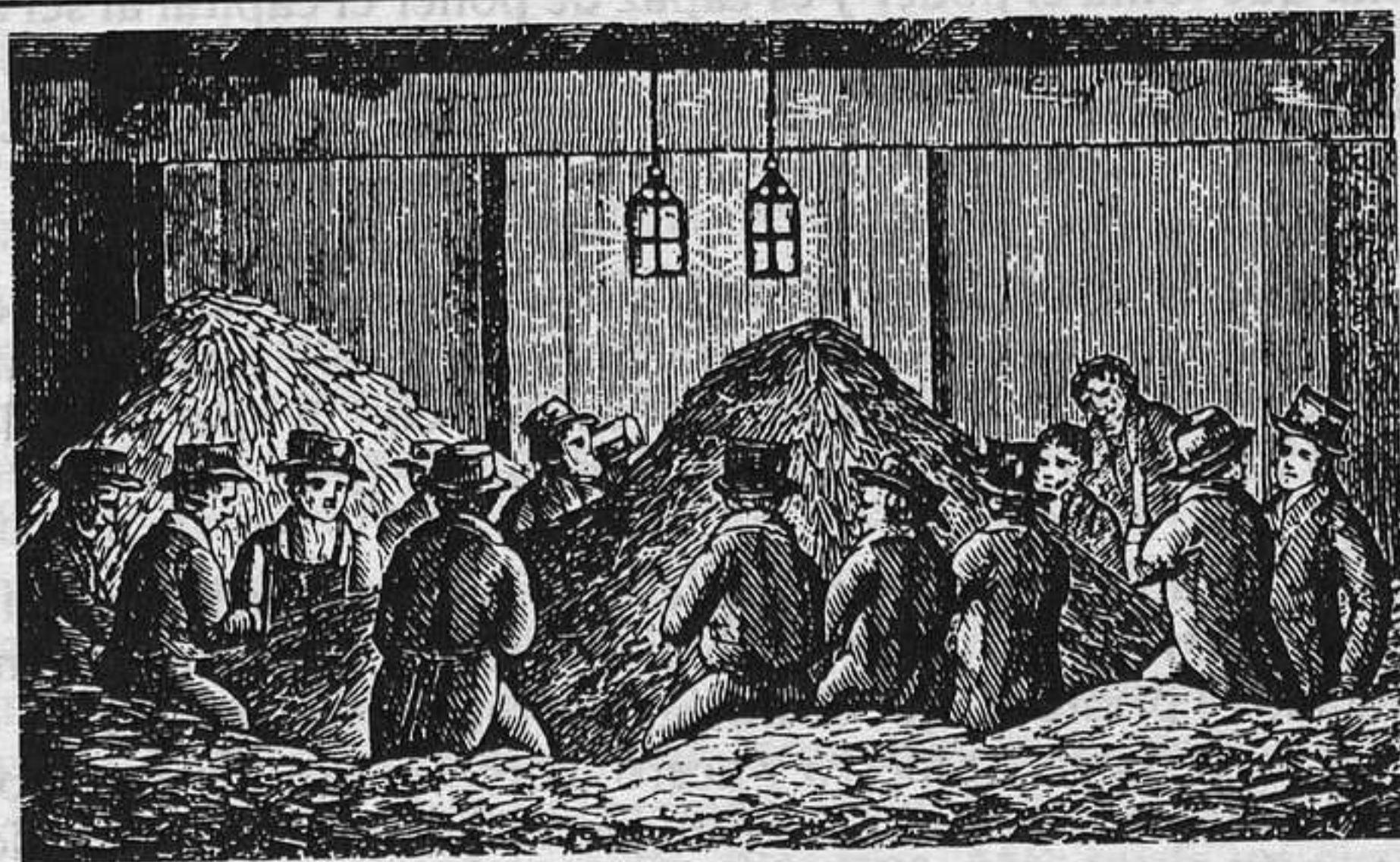
La potenciación del *Crédito Oficial* y las *Cajas de Ahorro* a fin de contar con el soporte financiero que haga posible la financiación a largo plazo de las operaciones de reconversión industrial y la construcción de la sociedad científica. Incentivar el ahorro por los fines a que es destinado, y no por mecanismos inflacionistas de remuneración. Ninguna preocupación porque el sector financiero privado se especialice en el corto plazo. Es su negocio de hoy y su talón de Aquiles de mañana. La economía española demanda un volumen enorme de crédito a largo plazo y quien satisfaga esa necesidad estará en posición hegemónica.

Finalmente, es necesaria la revolución en la política *exterior* y sus instrumentos. De una sociedad aislada y provinciana, pasar a un inmenso dispositivo de captura de conocimientos, acuerdos con terceros países y empresas, acciones de cooperación científica y tecnológica. Aquí sí la cultura literaria debe dejar el sitio a la cultura científica.

CIENCIA, TECNOLOGÍA, ECONOMÍA

Javier Solana

análisis y debate



4

Es cuestión aceptada por casi todos los interesados en el tema que el cambio en materia económica y social está estrechamente ligado al binomio ciencia-tecnología. Aunque la cuantificación de esta relación no sea tarea fácil, nadie la pone hoy en duda. Parece, por tanto, razonable el analizar conjuntamente ambas cuestiones para comprender mejor la evolución económica y social del pasado y colaborar, de la manera más eficaz posible, al alumbramiento del futuro.

La economía —es bien sabido— no crece de manera gradual, equilibrada y continua. Lo hace más bien en forma de línea quebrada que directa; en término de grandes fluctuaciones más que de manera monótona. No obstante, a partir de las mediciones de algunas magnitudes macroeconómicas, pueden discernirse en la evolución de la economía ciertas regularidades cíclicas: fases de prosperidad seguidas de importantes recesiones, de duración similar. Esta situación, que alguien ha calificado como la magia de los ciclos, plantea algunas cuestiones. ¿Cuáles son las causas de los momentos de auge de la economía y

las razones de las subsiguientes crisis? ¿Qué relación existe entre ellas y la situación por la que atraviesa el desarrollo científico-tecnológico?

La historia de la economía internacional está, indudablemente, dominada por la sucesión de distintos órdenes económicos. Prácticamente cada siglo ha sido escenario de un orden internacional determinado y todos ellos se han caracterizado por un conjunto de parámetros que los definen y que casi son los mismos. Veámoslos.

En primer término, aparece un *centro*: el lugar donde se ejerce lo esencial del poder político, del poder económico, tecnológico, cultural. En segundo término, una *tecnología dominante*, que determina lo fundamental del modo de funcionamiento del orden económico en cuestión. En tercer término, *el sistema de financiación*. Algunos otros rasgos podrían también apuntarse: la naturaleza del grupo social dominante, el modelo de consumo, el tipo de comercio internacional, etc.

Cada orden internacional, nos dice la historia, en un momento determinado entra en crisis, lo que supone el replanteamiento de las características que acabamos de señalar: el centro, la tecnología, la financiación, el grupo social dominante, etc. Como nos recuerda Attali, la superación de la crisis parece en todos los casos efectuarse mediante la conjunción de las tres condiciones siguientes: primero, la aparición de una tecnología capaz de superar las dificultades con que ha tropezado el centro anterior; segundo, la detección y utilización de los capitales capaces de financiar las nuevas tecnologías; tercero, la aparición de un grupo social que toma el poder y es capaz de poner el capital al servicio de las nuevas tecnologías. Tecnología, capital y grupo social hacen que en un lugar y momento dado se configure un nuevo orden económico internacional. Y así, todo parece empezar de nuevo.

Echemos la vista atrás, hacia la historia, para tratar de fijar, con unas breves pinceladas, estas ideas. Para nosotros es más que suficiente alejarnos tan sólo hasta el siglo XVIII, hasta aquellos días de la Revolución Industrial, con la aparición de Londres como centro del mundo alrededor de la máquina de vapor y la de tejer.

Como era de esperar, según nuestro esquema, este orden internacional con centro en Londres entra en crisis. Dos ciclos de crecimiento y recesión le sucederán hasta la Segunda Guerra Mundial. El primero, que se inicia a mediados del siglo XIX, en base al ferrocarril y las grandes inversiones en hierro y acero, como motor del desarrollo. El segundo, que cubre prácticamente el período de entreguerras, con el centro ligado a Nueva York y en el que la electricidad, la química industrial y el motor de explosión aparecen como las tecnologías dominantes.

Sobre la relación entre la ciencia, la tecnología y el desarrollo en los dos períodos antes mencionados se han escrito innumerables páginas. La ciencia se desarrolla rápidamente. Juega un papel importante en la Primera Guerra Mundial y los científicos, individual y colectivamente, multiplican su peso en la sociedad: desde las instituciones científicas, corporaciones industriales e instancias de gobierno.

El final de la Segunda Gran Guerra hace brotar un nuevo orden económico en el que el centro tiende a desplazarse de la costa atlántica de los Estados Unidos hacia las costas del Pacífico, en una querencia hacia el oriente que todavía se mantiene. La electrónica, la petroquímica, la aeronáutica, se configuran como las tecnologías dominantes. Comienza un nuevo resurgir económico con tasas de crecimiento elevadísimas que parecían alumbrar en Occidente un futuro de abundancia ilimitada. La ciencia se convierte, prácticamente, en fuerza productiva directa, acuñándose el término «revolución científico-

técnica» para caracterizar la nueva etapa de desarrollo de la humanidad de la que se esperaba todo tipo de venturas.

Este estado de cosas, importante por tantas razones, tampoco dura mucho tiempo. Una nueva fase de recesión se abre con el inicio de la década de los 70, fase en la que todavía estamos inmersos, de gran complejidad y que, teniendo características compartidas con las anteriores, no le faltan importantes elementos propios. Su origen reside en la incapacidad de mantener la naturaleza del centro y de la tecnología dominante con unas tasas de ganancia para el capital sostenidas. Como en épocas pretéritas, la rentabilidad del capital es puesta en entredicho por el coste creciente del factor trabajo, que tiene su origen en causas varias. Aumenta por la naturaleza de las luchas sociales, por la mayor fuerza estructural de la clase obrera, que ha permitido importantes conquistas en el campo socio-económico, y aumenta porque los servicios que forman el coste del factor trabajo —la educación, sanidad, vivienda, la cultura— son servicios cuya productividad no crecen al mismo ritmo que la de los bienes industriales.

Pero, como afirmábamos anteriormente, esta etapa de crisis posee también unas características que le son propias, al menos si se observa desde la limitada perspectiva de los que la sufrimos. A la par que se encarece el coste del factor trabajo aparece un nuevo dato: la elevación del coste relativo de las materias primas, singularmente la energía.

Los elementos novedosos de la crisis, tanto en el ámbito de las naciones desarrolladas como en el de las relaciones internacionales, han traído consigo la factura de optimismos desaforados, expectativas y valores, abriendo un futuro que aparece plagado de incertidumbres y proclive al desaliento y a la profecía catastrofista. Esta sensación que puede embargarnos la describen J. Arango y A. Espina, con una referencia al nuevo encadenamiento de Prometeo: «El desencadenamiento de Prometeo de la madre tierra vino de la mano del conjunto de cambios sin precedentes de la Revolución Industrial: el hombre pasó de pastor y agricultor a activador de ingenios mecánicos movidos por energía inanimada. Pero este desencadenamiento no fue total: fue liberado de los vínculos que le ataban a la superficie de la tierra para más tarde anclarlo a las entrañas de ésta. El hecho de que el subsuelo se mostrase en principio mucho más generoso que el suelo hizo posible un crecimiento ilimitado que hasta entonces parecía imposible». Hoy, el subsuelo, el reino mineral, es el problema, como en tiempos de Malthus lo fuera la superficie de la tierra, el reino animal y vegetal. Y Attali nos narra así su percepción del estado de ánimo de la humanidad: la sociedad humana ha ido avanzando, hasta ahora, como una multitud que atraviesa una casa. Alguien caminaba delante con la llaves abriendo sucesivamente las puertas. Durante siglos fueron los filósofos. Más tarde los científicos. Hoy estamos ante una puerta cerrada y nada hay más peligroso que la impaciencia de un muchedumbre ante un puerta cerrada.

¿Se ha perdido la confianza en la ciencia? Sólo en parte. Qué duda cabe que existía una gran fe en su capacidad de solucionar prácticamente todos los problemas, desde los años inmediatamente anteriores a la Guerra Mundial y, particularmente, en los siguientes. La dura realidad nos ha hecho comprobar que la respuesta a muchos de ellos no descansa en el ámbito exclusivo de la ciencia sino que se adentra de lleno en el de las relaciones políticas. De la ciencia se esperaba la resolución de los problemas más lacerantes de la humanidad, como el hambre y la enfermedad. Hoy constatamos que de una población de 4.000 millones de habitantes sobre la tierra, se encuentran 570 millones de subnutridos, 250 millones de niños sin escolarización alguna, 1.500 millones de ciudadanos sin servicios sanitarios adecuados.

Desde la Segunda Guerra Mundial el mundo se había acostumbrado a los argumentos que apoyaban la inversión en investigación científica. La ciencia y la tecnología se su-

ponían capaces de ofrecer al mundo prosperidad material y educación racional. No obstante, la utilización de los conocimientos científicos y técnicos para la guerra y la destrucción, la proliferación de armas nucleares, la degradación del medio ambiente, la mala utilización de los recursos, generaron al final de la década de los 60 una corriente de desconfianza hacia la «neutralidad» y el progreso científico-técnico. Todo ello ha contribuido a la formación del ambiente de incertidumbre en el que habitamos.

Hacia el futuro.

Hemos aceptado, por evidente, que nos hallamos inmersos en una época de crisis. Que sus causas, en términos generales, se encuentran ligadas en la correlación de fuerzas capital-trabajo en los países del centro, y en una inversión de las relaciones de dependencia entre los países del centro y los países de la periferia, con consecuencias importantes para el coste relativo de las materias primas. Partimos del convencimiento, también, de que aunque la crisis será larga y dolorosa, debe tener una salida racional y pacífica hacia un mundo más justo, donde la vida pueda ser más enriquecedora para todos.

En la transición hacia ese nuevo orden que esperamos más juicioso y solidario, el problema que se nos presenta desde la perspectiva científico-tecnológica no consiste sólo en la aportación de nuevos conocimientos, sino en la voluntad política nacional e internacional de utilizarlos en la búsqueda de soluciones. Existen hoy en el mundo conocimientos suficientes para resolver buena parte de los problemas planteados. No queremos con ello restar importancia al esfuerzo por los nuevos descubrimientos: esta es la misión fundamental del quehacer científico. Lo que deseamos subrayar es que su búsqueda no puede disculpar que aquellos ya adquiridos no se apliquen a todos los que deberían beneficiarse de ellos.

Consideremos los países desarrollados. Su estructura productiva reposaba sobre un esquema de precios relativos de los factores de producción —salarios, materias primas— que al variar de manera tan importante están exigiendo cambios drásticos en su aparato industrial. La interrelación entre la economía, la industria, la tecnología y la ciencia alcanza tales cotas que es imprescindible coordinarlos en la perspectiva de la reconversión industrial. En teoría sus planteamientos estratégicos son claros. Por una parte, disminuir la dependencia energética. Por otra, utilizar su potencial tecnológico. En relación con lo primero, se constata en todos los países un interés especial en la investigación en fuentes alternativas de energía y en ahorro. El nuevo Ministro francés de Investigación y Tecnología, por ejemplo, en sus primeras declaraciones al periódico *Le Monde*, anunciaba el lanzamiento de un ambicioso plan de investigación en energías alternativas: energías que en la línea de un nuevo modelo de crecimiento deben ser renovables, más diversificadas y descentralizadas. Candidatos a cumplir este papel son la energía solar, la hidroeléctrica, los combustibles sintéticos, el hidrógeno, etc., sin abandonar la investigación en temas de plazo más largo como la fusión nuclear. El ahorro energético se empieza a tomar en serio. Así, en Alemania, todo el entramado dedicado al tema, curiosamente, se ha convertido en uno de los sectores industriales de mayor crecimiento relativo.

Los efectos de la crisis y la agudización de la competencia comercial han acelerado la etapa de las aplicaciones tecnológicas. Los nuevos países industrializados aparecen como competidores serios en los sectores convencionales, al tener costes salariales más reducidos y suficiente entrenamiento tecnológico.

El potencial de desarrollo técnico ofrece a las viejas naciones industriales una posibilidad adicional para invertir en nuevos tipos de producción tales como la microelectrónica o la bioingeniería. Todo lo relacionado con la electrónica avanzada se ha convertido

ya en el corazón del nuevo desarrollo de los países industriales. En Estados Unidos el número de trabajadores relacionados con la transmisión, el proceso o la utilización de datos se elevó de un 27 % en 1945 al 50 % en 1975. Europa camina rezagada, con un retraso estimado de cinco a diez años por el Comité de Investigación y Desarrollo de la Comunidad Económica Europea. El desarrollo en materia de bioingeniería tendrá, sin duda, un tremendo impacto sobre la alimentación y la sanidad. Es interesante recordar la importancia que en este campo tuvo el esfuerzo investigador realizado en todos los países, particularmente USA, en la lucha contra el cáncer: aunque no se ha conseguido hasta el momento derrotar a la enfermedad, son incontables los descubrimientos enjundiosos realizados al hilo de esas investigaciones que han permitido avanzar rápidamente a la bioingeniería. Evidentemente, lo mismo que predicamos ahora sobre el programa contra el cáncer puede hacerse de otros grandes problemas de investigación. No parece arriesgado afirmar que sin el proyecto Apolo, por ejemplo, la situación científico-tecnológica en campos tales como la microelectrónica o la metalurgia sería muy distinta a la actual.

Todas estas tecnologías a las que hemos hecho referencia, dejarán atrás en los países desarrollados a los viejos sectores industriales que dominaron la llamada Segunda Revolución Industrial, y que configuró un cierto tipo de desarrollo. Un modelo marcado, entre otras cosas, por la concentración urbana con todos sus inconvenientes y excesos, por los fenómenos de masificación y estandarización de bienes y servicios: un Taylorismo extendido y perfeccionado. Hoy cabe imaginar un concepto de desarrollo diferente, con la producción descentralizada de bienes y servicios personalizados y producidos en pequeñas unidades en las que el trabajo sea variado y enriquecedor. Una especie de *Taylorismo invertido*, citando la expresión de François Dalle. Esta perspectiva, no tan lejana, se nos abre gracias al progreso realizado en informática, miniaturización, en el campo de los microprocesadores, en el acceso a fuentes descentralizadas de energía. A la postre, por el esfuerzo de años en investigación científico-tecnológica.

Las consideraciones anteriores nos introducen, sin miramiento alguno, en el problema crucial de la relación entre cambio tecnológico y empleo. El problema del paro alcanza hoy día proporciones gravísimas y no se contempla en el horizonte cercano signos esperanzadores que mediante una reactivación permitan generar nuevos empleos.

En todos los países industrializados el empleo ha continuado su declive en la agricultura, aunque la producción agrícola no haya dejado de aumentar. Por otra parte la industria, que tuvo una fuerte expansión en puestos de trabajo en los 50 y altibajos en los 60, muestra en los últimos años una tendencia al estancamiento e, incluso, al declive en el empleo. El único sector que ha visto aumentar sus efectivos es el sector servicios.

Pienso que aunque es posiblemente correcto afirmar que las innovaciones tecnológicas, en términos generales, son ahorradoras de empleo directo, la afirmación ya no es tan cierta si se considera el proceso en su totalidad. En una sociedad desarrollada las innovaciones tecnológicas inducen empleos de investigación, información, ingeniería, diseño, marketing, etc., aparte de las ventajas adicionales en los mercados de exportación. El saldo neto debe ser positivo; se han creado nuevos empleos y se ha transferido parte de la fuerza de trabajo hacia ocupaciones de mayor contenido profesional. El concepto de intensidad relativa en capital o trabajo solamente puede ser entendido, en un medio industrializado, mediante la variable tecnológica. Los sectores que aparecen muy intensivos en inversión fija pueden desencadenar, en las fases anteriores o posteriores, más empleo e incrementar el nivel medio de calificación profesional. Permite, además, armonizar el *sector de la educación*, que proporciona los sujetos del proceso de culturización y tecnificación, con el *sector real* que demanda sus servicios. Hay que avanzar hacia esa *sociedad científica* donde el capital intelectual, recursos científicos y aptitud para la innovación tecnológica, constituye uno de sus pilares fundamentales.

No hay razón para pensar que el nivel de empleo es más fácil de mantener cuando el progreso técnico es lento que cuando es rápido. La utilización del potencial tecnológico sí debe llevar consigo, por otra parte, el cambio de muchas mentalidades y esquemas preconcebidos. La cuestión fundamental no es el sí o el no a su utilización, sino la orientación y el ritmo de aplicación para no generar desajustes inaceptables.

El tiempo dedicado al trabajo en la vida de un hombre, en media, se ha mantenido estable en 100.000 horas desde 1800 a 1960, a pesar de que la vida humana se dobló durante el período. A partir de la década de los 60 comenzó a disminuir, alcanzando las 85.000 horas en 1975. Una extrapolación de las tendencias registradas durante los últimos años nos indica que para el año 2000 podrán reducirse a 70.000. Interesante aparece, también, el cambio que se está produciendo en el tiempo medio disponible para el ocio por ser humano. Así, mientras que en 1800 alcanzaba en la vida de un hombre las 25.000 horas, se había doblado esta cifra hacia 1920, para elevarse a 135.000 en 1975. Las extrapolaciones hacia el año 2000 apuntan a una cifra de 145.000 horas. Es de esperar, por tanto, un cambio profundo en la relación trabajo-ocio.

La reducción en el tiempo de trabajo, aparte de ser instrumento de combate contra el desempleo, puede rendir un importante servicio a la puesta en marcha de un esquema de crecimiento adaptado a las aspiraciones de nuestra época. Todos nos beneficiaríamos de ello, pero no va a ser, sin duda, un camino fácil el llegar a conseguirlo. El éxito sólo se alcanzará si se consideran simultáneamente, al menos, los tres elementos siguientes: productividad, crecimiento de los salarios y el ritmo de creación de nuevos empleos. Somos conscientes de que todas las instancias, nacionales e internacionales, deben involucrarse en este tema: gobiernos, sindicatos, patronales. Debe ofrecerse un amplio abanico de posibilidades que permitan a un individuo modificar sus horas de trabajo y el nivel de remuneración: formas flexibles de retiro, la introducción de períodos de reeducación, años sabáticos no sólo para el mundo académico, fórmulas de trabajo parcial, etc. Hay que superar la dicotomía entre tipo de trabajo y ocio. El trabajo descansa sobre una relación salarial, pero nada es contrario a que en el tiempo libre se realicen actividades, algunas incluso que permitan elevar la productividad de las horas propiamente de trabajo. Hay, por tanto, que aproximarse al tema para hacer de él la base de un modelo de vida diferente y una forma más adecuada de organizar nuestra sociedad.

La relación expuesta anteriormente entre la ciencia, la tecnología y el sector industrial, no puede agotar el papel que la tecnología debe jugar en el desarrollo socio-económico. Existe toda una serie de servicios que configuran una mejor *calidad de vida* a los que debe ser aplicable el potencial tecnológico existente para su mayor eficacia. Me estoy refiriendo a esa clase de servicios cuya característica principal es el deber estar al alcance de todos los ciudadanos. Servicios tan heterogéneos como los transportes públicos, la salud, la educación, asistencia a la tercera edad, etc.

Hoy los poderes públicos dicen encontrar dificultades en sus políticas de estimulación de la demanda; pero no debe deducirse de tales afirmaciones que las demandas sociales o colectivas se encuentran satisfechas. Antes bien, en su satisfacción debe encontrarse no sólo una mejora en la calidad de vida sino también un instrumento importante de lucha contra el paro. La transferencia de la demanda hacia servicios sociales impone unas nuevas exigencias a las actividades de investigación científica y técnica, que podrían contribuir de forma más importante de lo que hoy lo hacen al desarrollo de este sector social. Es cierto que el desarrollo y la ejecución de *innovaciones y tecnologías sociales* requiere un apoyo decidido de los poderes públicos, en la medida en que la estructura de la demanda es menos clara que para la comercialización de los bienes de uso individual, y que en general los gobiernos no han realizado el esfuerzo necesario en este sector.

Piénsese en el caudal de mejoras que podrían realizarse con un replanteamiento de los transportes públicos de las grandes ciudades o en la aplicación de tecnologías modernas en el sistema educativo. Y ya que la estatura moral de una sociedad se mide por la forma que tiene de tratar a sus miembros más débiles, considérese los adelantos que podrían introducirse en el cuidado de los más ancianos de la comunidad o en el proceso de educación de aquellos niños más desvalidos física o psíquicamente. Valga un ejemplo: en Suecia se puso en marcha un programa coordinado de investigación y desarrollo entre médicos e ingenieros consagrado a las víctimas de la talidomina; en poco tiempo pusieron a punto una prótesis de la mano extremadamente perfeccionada que hoy se produce industrialmente. He aquí un gran campo para *científicos y tecnólogos sociales*.

¿Qué papel le debe corresponder al sector público en la política científico-tecnológica? Salvando la opinión de algunos exagerados, puede afirmarse, sin riesgo, que tales políticas constituyen ya una política establecida dentro de las intervenciones públicas en la actividad económica.

La intervención se justifica por múltiples razones. Por la importancia creciente que el cambio técnico tiene en la determinación de las tasas y tipos de crecimiento de las economías. Por cuanto constituye un factor estratégico para conformar la distribución de poder político y militar entre las naciones. Pero, además, existen otras justificaciones basadas en los graves fallos que pueden orientarse cuando la producción y difusión de conocimientos científico-técnicos se realizan a través del mercado. Dado el elevado coste que comporta la inversión en actividades de Investigación y Desarrollo y el grado de incertidumbre que soportan, de ser abandonadas en manos del sector privado, se corre el riesgo de que los recursos se canalicen hacia investigaciones estrictamente aplicadas en detrimento de las de carácter más básico, con un predominio de las innovaciones secundarias e intentándose, rara vez, las innovaciones más radicales. Por todo ello —y aquí coinciden las recomendaciones del Simposium Internacional sobre Política Industrial de la década de los 80— el papel del sector público debe ser determinante en este campo. No se trata de expulsar al sector privado de la innovación tecnológica: bienvenida sea su colaboración. Se trata de acentuar que a los poderes públicos les corresponde ser el motor del desarrollo científico y tecnológico y que no pueden abdicar de dicha responsabilidad.

Tratemos de resumir. Nos ha correspondido vivir una época de recesión de la economía internacional, situación que, con analogías y diferencias, conocieron nuestros antepasados y fueron capaces de superar. Sobre el fondo del futuro empieza a recortarse un nuevo orden económico que muy bien pudiera ser más racional y justo que el presente. A los científicos y a los técnicos les corresponde un papel preponderante en su configuración. Y a todos, en general, nos corresponde, más que preocuparnos por lo que empieza ya a ser viejo, colaborar eficazmente al feliz alumbramiento de lo nuevo.

Fundación Pablo Iglesias

PUBLICACIONES

La izquierda ante la crisis económica mundial.

Textos de las jornadas organizadas por la Fundación

Pablo Iglesias los días 19 y 24 de mayo de 1980.

Giovanni Arrighi, Jacques Attali, Enrique Barón,
Fernando Claudín, André Granou, Stuart Holland,
Serge-Cristophe Kolm, Ernest Mandel, José María
Maravall, Juan Muñoz, Ludolfo Paramio, Santiago
Roldán, Julio Segura, Bruno Trentin, Rainer Zoll.

186 pp. 400 Ptas.

El tema de las Nacionalidades.

La teoría de la nación en Otto Bauer, Manuel

García Pelayo.

68 pp. 200 Ptas.

Vida y obra de Marx y Engels.

José Luis Aranguren, Fernando Claudín, Elías Díaz,
Helmut Elsner, Carlos Paris, Ignacio Sotelo, Enrique
Tierno Galván.

101 pp. 200 Ptas.

Homenaje a Pablo Iglesias.

(En el año del centenario de la fundación del PSOE, con
60 contribuciones de escritores, poetas y profesionales.)

203 pp. 400 Ptas.

100 años de socialismo en España.

Bibliografía del socialismo español, 1979.

216 pp. 250 Ptas.

100 años por el socialismo.

Historia ilustrada del PSOE, 1979.

225 Ptas.

Catálogo de Publicaciones Periódicas

pertenecientes a la Hemeroteca
de la Fundación Pablo Iglesias. 82 pp. 50 Ptas.

DISTRIBUCION A LIBRERIAS

EN MADRID:

Visor Libros

Roble, 22

Madrid-20

Teléf. 279 34 43

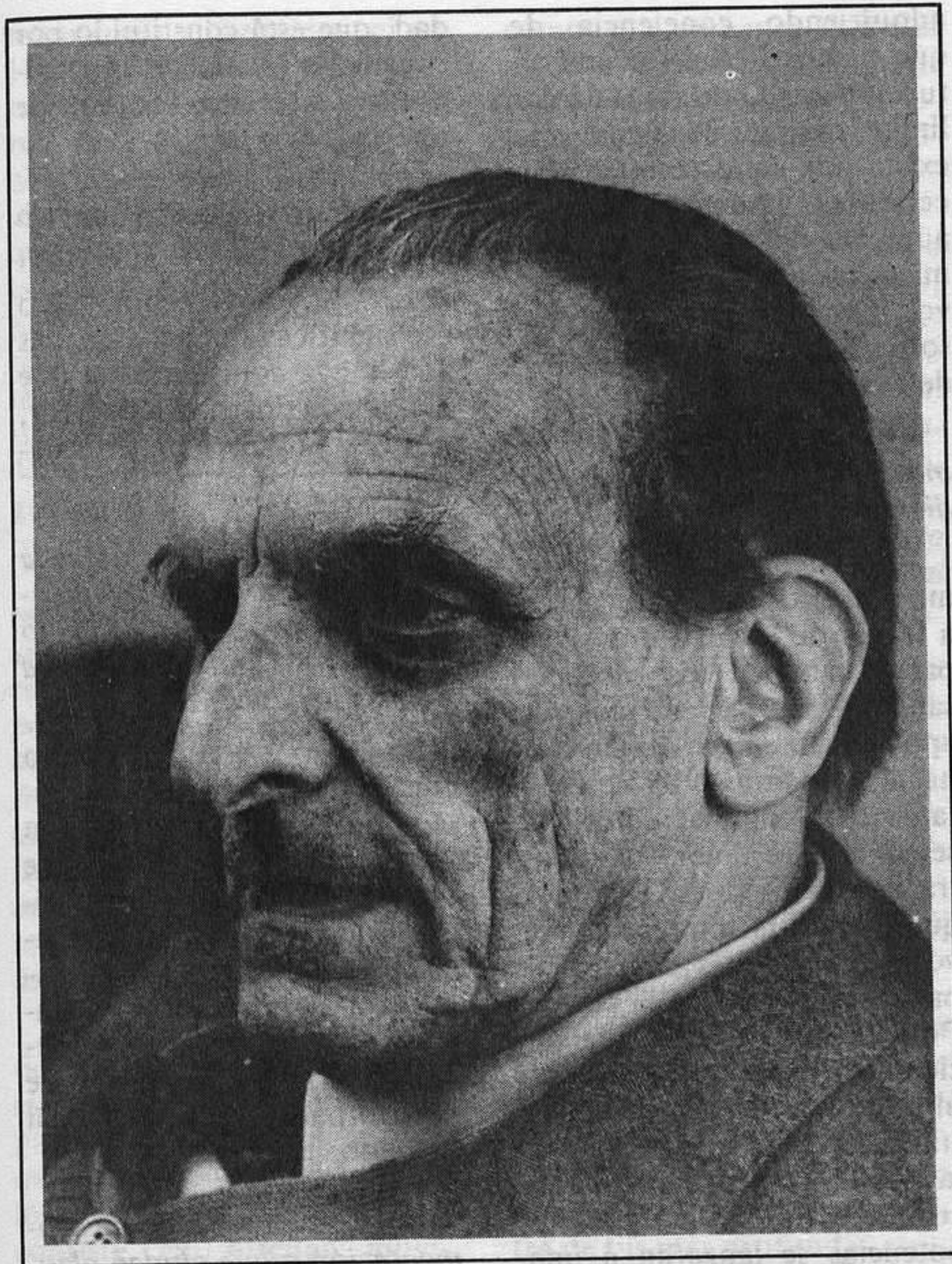
CATALUNYA Y RESTO PAIS:

Les Puntxes, S.L.

Escornalbou, 12

Barcelona-26

Teléfs. 235 22 08-235 61 08



NORBERTO BOBBIO

Desde la traducción de *Quali alternative alla democrazia rappresentativa?* (Mondoperaio 10, 1975), los lectores en lengua castellana conocen a Norberto Bobbio, sobre todo, como estudioso de la teoría del Estado. No son tan conocidos sus trabajos sobre

ideología o cultura y son pocos, muy pocos, los que conocen a este autor como uno de los teóricos de la no violencia en Italia.

Sin embargo, Norberto Bobbio está ligado a la discusión sobre la problemática de la paz, al menos desde que

acabó la Segunda Guerra Mundial. Ya en 1952 publicaba el artículo *Pace e propaganda di pace* que habría de tener un fuerte impacto en la izquierda italiana, entre otras razones porque venía a ser prácticamente la única voz que se alzaba contra el movimiento de los Partisanos de la Paz, organizado por el PCI en el clima de la guerra fría para defender a la Unión Soviética. Bobbio afirmaba que un movimiento por la paz debería ser autónomo respecto de las dos superpotencias surgidas de la guerra. Y afirmar eso en 1952 suponía no ver la evidencia de «la patria socialista cercada por el imperialismo americano».

Norberto Bobbio se sentía mucho más próximo de los movimientos tipo gandhianos, como el propuesto por el católico progresista Aldo Capitini, que organizó la marcha por la paz de Perugia a Asís en 1961. «Yo fui muy amigo de Capitini —dirá Bobbio—, lo seguí en su actividad intelectual, cultural y política; participé en la marcha por la paz de 1961, que ya en aquel tiempo fue una marcha contra la ética de gran potencia, en nombre de la no violencia».

Por esta razón, cuando la izquierda organiza de nuevo, en 1981, la marcha por la paz de Perugia a Asís, el único orador que cierra la andadura es Norberto Bobbio. Bobbio también será uno de los ocho firmantes que apoyan la convocatoria de la Bertrand Russell para reunir en Roma a los representantes de los movimientos pacifistas y las fundaciones de estudio de toda Europa. Y es con motivo de ese encuentro cuando conversamos con él sobre la nueva situación planteada en Europa.

Hay que advertir que la conversación se mantiene antes de que Reagan haga su sorprendente cambio de discurso acerca de la posibilidad de no instalar los misiles nucleares de teatro en Europa y, por tanto, antes del encuentro de Brejnev con el canciller Helmut Schmidt en Bonn, y la reunión en la cumbre prevista para el 30 de noviembre en Ginebra.

No obstante, yo soy de la opinión de que pocas de las afirmaciones hechas en la entrevista merecen ser modificadas. Incluso Bobbio apunta la posibilidad de que el vigor del movimiento pacifista en Europa pudiera tener el efecto de cambiar el discurso de las superpotencias. La esperanza que se ha abierto —sin que pueda afirmarse que concluirá en acuerdos efectivos— no disminuye tanto el riesgo de la dialéctica nuclear. En todo caso, los movimientos pacifistas son un dato fundamental en el clima que ha preparado dicha esperanza. Y es sobre este papel por donde comenzamos la conversación. ¿Cuál es el análisis general que puede hacerse de la explosión del movimiento pacifista europeo, especialmente durante 1981?

BOBBIO.—Indudablemente esta explosión es una respuesta a la línea adoptada por la nueva administración norteamericana respecto a la carrera de armamentos. Los dos motivos principales han sido la decisión de instalar nuevos misiles en Europa y la posible fabricación de la bomba de neutrones, pero no han sido los únicos. Considero que hay un presupuesto más general: que la gente común, independientemente de los partidos, de las organizaciones políticas y sindicales, está

adquiriendo conciencia de que hemos llegado a una situación que podríamos llamar límite, después de la cual sólo existe una catástrofe sin precedentes, puesto que el aumento del armamento atómico, cada vez más destructivo, más mortífero, ha transformado por completo la idea de guerra...

—¿Podría ampliar la afirmación: «...la gente, independientemente de los partidos»?

B.—Yo diría que hoy los movimientos por la paz pasan a través de los partidos y, en parte, también los sobrepasan, aunque los partidos los apoyen, intenten atraérselos hacia sí o también los combatan e intenten desacreditarlos, según estén a favor o en contra de sus intereses. Digamos que ésta es la impresión que yo saqué después de participar en la marcha de la paz de Perugia a Asís, el 27 de diciembre, y después de ver las últimas manifestaciones en Italia. Es decir, que es la gente la que ha comenzado a darse cuenta de que si las grandes potencias se lanzaran a una tercera gran guerra, sería la catástrofe. Para que quede aún más claro lo que quiero decir, yo creo que además de factores de coyuntura, como la vuelta a la carrera armamentista iniciada con la nueva administración Reagan, existe también una nueva conciencia ciudadana sobre este problema de la seguridad.

—Sin embargo, se hacen críticas importantes a este movimiento. En primer lugar se dice que es un movimiento profundamente heterogéneo...

B.—Pues yo creo, en cambio, que existe un fondo común a pesar de la heterogenei-

dad, que está constituido por ese nuevo estado de conciencia a que me acabo de referir...

—Es decir, que el único punto común sería el miedo.

B.—Sí, ciertamente, pero eso significa también algo más amplio: la conciencia de que la llamada doctrina del terror, hoy, es popularmente rechazada.

—Otra puntualización es la referida a que este movimiento es más crítico con respecto a Estados Unidos que a la Unión Soviética...

B.—Esto no es tan cierto como dice cierta prensa. Existe un significado profundo en este movimiento que es el de estar por encima de las posiciones de las dos superpotencias. En la marcha de Perugia, por ejemplo, la gran mayoría de los jóvenes no seguían la política exterior de ningún partido y no están ni con unos ni con otros...

—¿Y el peligro de instrumentación a que aluden algunos líderes del PSI?

B.—El peligro a la instrumentalización siempre existe. Pero ese peligro no tiene por qué impedirnos que nos expresemos y que actuemos según nuestra conciencia. En un mundo en que existen ideologías contrapuestas, es imposible sostener ninguna tesis sin que pueda coincidir, total o parcialmente, con uno u otro grupo político, el cual enseguida aprovechará la ocasión para llevar el agua a su molino. Para evitar ese peligro siempre hay una solución: quedarse callado. Por otra parte, la realidad no apunta en esa dirección. Hace falta tener en cuenta que ni en Ale-

mania, ni en Inglaterra, ni en Holanda el Partido Comunista tiene una posición política relevante y, sin embargo, es ahí donde surgen fuertes movimientos pacifistas. Yo creo que este movimiento nace de la sociedad y de los propios partidos socialistas o laboristas. Responde a un sentimiento que viene de la base y que significa que la gente quiere decir basta a la dinámica de guerra.

—*Existe otra crítica quizá más sutil. La que, refiriéndose a la experiencia histórica, recuerda que el movimiento pacifista de los años treinta debilitó a Europa occidental frente al rearme de Hitler. Es decir, que más allá de la neutralidad subjetiva del movimiento pacifista, los países totalitarios suelen salir ganando.*

B.—Esta me parece una crítica más justa. En varias ocasiones he dicho que nuestro problema, el problema de quienes estamos de parte de los movimientos pacifistas, consiste en suscitar movimientos análogos en los países del Este. Porque es obvio que existe un desequilibrio: en Occidente podemos manifestar nuestro rechazo y en el Este tales manifestaciones no pueden producirse, y si se producen lo hacen con un contenido oficial. Pero en este sentido, nosotros tenemos una responsabilidad mayor: hablar no sólo en nombre de quienes saben o no cuál es la situación de peligro en que se encuentra la humanidad, sino también hablar por quienes no pueden hacerlo. Soy perfectamente consciente de que la cuestión es, de todas formas, tratar de unir nuestras voces a las del otro lado. Pero algo se mueve ya en ese sentido. Se ha visto

cómo en Alemania Oriental algunos intelectuales no oficiales, como Havermmman, toman iniciativas en este sentido.

—*Para acabar con el tema de las críticas al pacifismo, hay que mencionar la que hace de fondo el PSI: se exagera el peligro de la guerra. Fueron muy comentadas unas declaraciones de Craxi sobre la poca relevancia de los peligros para la paz que le valieron la calificación de pertenecer al grupo de los que minimizan...*

B.—Para mí está claro que los que minimizan están obligados a justificar, sobre todo, su postura política; es decir, tienen que tener en cuenta casi exclusivamente las *compatibilidades* del sistema político en el que están introducidos, y a dicha exigencia se encuentran obligados, incluso, a sacrificar su buena fe. Como he dicho en una entrevista a *Lota Continua*, se trata del fenómeno de la racionalización póstuma de una acción que te obliga (incluso, quizá, en contra de tus más profundas aspiraciones) a buscar motivos con que presentarla frente al público, como algo aceptable y legítimo. Los peligros son realmente gravísimos y no me parece que es el caso de minimizar. En 1968, hace más de diez años, casi todos los países firmaron el tratado para la no proliferación de las armas nucleares; pues bien, a pesar de eso, los armamentos atómicos han crecido desmesuradamente. Eso quiere decir que existe una lógica de fuerza irrefrenable que, sin vacilaciones, se dirige hacia sucesos dramáticos. *Minimizar* quiere decir desconocer este proceso, quiere decir no darse cuenta que el Salt I (firmado en 1972) se ha quedado en agua de bo-

rrajas; teóricamente, ese tratado tendría que haber permitido a las dos superpotencias limitar recíprocamente su armamento atómico, hasta la destrucción equilibrada de parte de sus arsenales: ¡ahora todo está parado! Si se mira a la política internacional, no se puede minimizar en absoluto. Se ha hablado de «equilibrio del terror», pero, ¿qué equilibrio? Aquí tenemos un desequilibrio permanente: cada uno de los dos adversarios teme ser inferior al otro (y quiere ser superior), y en cuanto da un paso adelante en la producción de nuevas armas, es rápidamente alcanzado y superado por el otro, como en *una carrera* que cada vez reduce más el umbral de *alarma* y de choque final. Se trata de la condición descrita en el «Estado de naturaleza» de Locke, con esos dos adversarios que se enfrentan sin un juez *super partes*, sin una instancia superior capaz de establecer en dónde está la razón y en dónde la equivocación y eliminar, de alguna forma, el conflicto; el resultado final de esa condición es la guerra de todos contra todo, posturas especulativas de *excesos de autodefensa* que provocan un irrefrenable y perverso mecanismo de recíproca destrucción. Hoy en día nadie puede establecer quién tiene razón y quién está equivocado, quién ha empezado y quién se ha adaptado, entre la URSS o EE.UU.: las dos *superpotencias* tienen un tal rango que se sustraen a toda clase de juicio que no sea el de su arbitrio. Por esa razón, no se trata tanto de un problema de *información* sobre la efectiva superioridad militar de uno o de otro de los dos adversarios (las cifras se desmienten y se anulan recíprocamente), sino

de conciencia racional de que ese proceso, en el caso de que no se pare, llevará inevitablemente a la destrucción recíproca. Resulta tan obvio que hay que hacer cualquier cosa para acabar con esa situación, porque realmente se pierde uno por la irracionalidad de quienes hoy gobiernan a los hombres.

—Pero, dicho más brevemente, ¿la posición del PSI guardaría relación con el hecho de que está participando en el gobierno y, precisamente, con la titularidad del Ministerio de Defensa?

B.—Bueno, otros partidos de la Internacional Socialista tiene esa situación y no actúan de igual forma. Yo lo explico por el hecho de que los demás partidos socialistas tienen más libertad de perseguir una política pacifista, que, además, está en la tradición del socialismo europeo, sin temor a que le acusen de hacerle el juego a los comunistas. Es decir, que ellos no tienen un partido comunista con la fuerza del PCI a su lado.

Por otra parte, encuentro en la clase política italiana, y, principalmente en el gobierno, una actitud de confianza y excecpticismo excesivos... Más bien considero que la categoría que mejor los define es la del *optimismo fatuo*. Max Weber decía que el hombre político, sobre todo, tiene que ser *previsor*; es decir, tiene que fijarse en las consecuencias de las consecuencias. En cambio, la *leadership* política italiana parece limitarse siempre a lo inmediato, al pequeño cabotaje: a los votos, a las elecciones, declarando de esa forma toda su desoladora mediocridad. Sobre todo por lo que tiene que ver con un proceso de corrupción que, desa-

fortunadamente, parece generalizarse de manera progresiva hasta el punto de implicar cada vez a nuevas formaciones políticas. Pero, en este sentido, no tengo ninguna propuesta alternativa que sugerir. Las reglas del juego constitucional no se pueden superar y dichas reglas sólo prevén un sujeto político, precisamente los partidos. Es verdad que esas reglas del juego no son eternas y «siempre hay que ponerlas en cuestión» (Asor Rosa); pero necesito que me indiquen cuáles son las reglas que hace falta guardar y cuáles hay que tirar. Sin embargo, me parece que la izquierda (Agnoli) se limita a contraponer sólo *paciencia e ironía*, sin sugerir más reglas. La URSS no constituye una alternativa, siendo ese un país en el que no se dan reglas del juego, a no ser el absoluto arbitrio. Sigue siendo valedera la teoría que si la *gran evolución* acaba en Breznev, entonces sí merece la pena quedarnos con nuestra democracia, aunque esté *podrida*. Repito, es preciso quedarse dentro del actual marco constitucional; tocarlo, sin más alternativas, constituye un camino muy peligroso que nos llevará a correr el riesgo de renunciar incluso a esas limitadas reglas del juego (libertad de opinión, voto secreto, voto periódico, etcétera), que todavía nos garantizan. El sufragio universal dentro de los partidos ha proporcionado *intermediarios* indispensables entre una opinión pública pluralista y diferenciada y el sistema político.

¡Buscad a otros posibles intermediarios! Yo no tengo fantasía... existen nuevos movimientos, pero el nudo sigue siendo el mismo: ¿cómo pueden ellos introducirse en el marco constitucional? El mo-

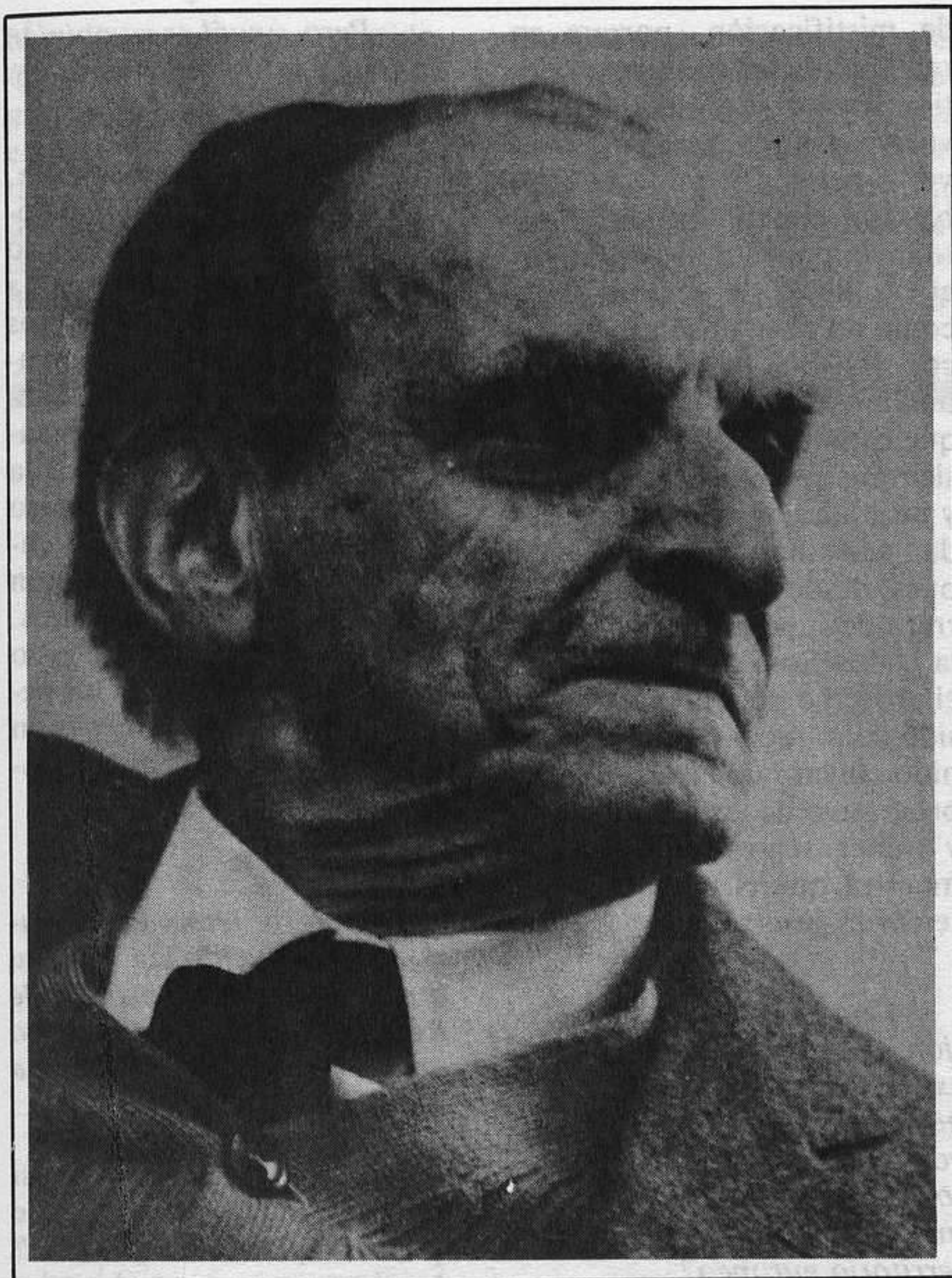
mento crucial siempre está en la transformación del movimiento en partido (como, por ejemplo, los *verdes* en Alemania, los radicales en Italia, etcétera).

La misma *alternativa de izquierdas* que hoy, a mi juicio, parece la única salida en condición de sustraer el nuevo marco político italiano a un inmovilismo ruinoso, se hace muy difícil a raíz del deterioro de la relación PCI/PSI, una relación exacerbada sobre todo por razones de política exterior (con una base del PCI todavía filo-soviética y un PSI más filo-americano) pero, sobre todo, por una serie de incompatibilidades personales y políticas.

—Otro problema que se plantea es cómo dotar de un programa mínimo a este movimiento por la paz. ¿Puede ser una solución la opción cero?

B.—Bueno, es cierto que hasta ahora no existe ningún programa mínimo. Es útil la discusión para llegar a esto. Yo diría que en un principio la postura de estos movimientos de la paz ha sido más negativa que positiva. Es lo que he dicho ya: *no* a la guerra.

Para llegar a propuestas positivas creo que todavía hace falta dar algunos pasos. Sería preciso que esos movimientos por la paz se confrontaran entre ellos. Como se sabe, en Italia existen determinadas diferencias incluso dentro de los partidos de izquierdas, entre la postura del Partido Comunista y la del Partido Socialista. El Partido Comunista enseguida ha dado su apoyo, con firmeza, a los movimientos por la paz. En un primer momento el Partido Socialista los ha mirado con suspicacia. Ahora, en un se-



gundo momento, me parece que también el Partido Socialista en Italia mira a estos movimientos con más interés. Pero, en todo caso, si el movimiento por la paz quiere resultar eficaz, tiene que ponerse por encima de las posiciones de las dos superpotencias. Si el movimiento por la paz es partidario de unos o de otros, por fuerza ha de quebrar. Para mí, éste es el punto esencial.

—Y, ¿qué piensa de la teoría del desarme unilateral que propone el Partido Radical?

B.—Yo estoy en contra, porque considero que esto

rompe los equilibrios a favor de la Unión Soviética. Y ya he dicho que hay que guardar el equilibrio como algo fundamental. Esta es, de todas formas, una vieja batalla entre los seguidores del Movimiento no violento italiano. En Italia existe un Movimiento no violento que se remonta a Aldo Capitini, no sé si eso se conoce. Yo fui muy amigo de Aldo Capitini, lo seguí en su actividad intelectual, cultural y política; participé en la primera marcha de Perugia por la paz, en 1961, que quiso Capitini y que ya en aquel entonces fue una marcha en contra de la ética de potencia, en

nombre de la no violencia. Capitini estaba muy relacionado con los movimientos gandhianos de la no violencia, para alejarse de los movimientos por la paz nacidos después de la Segunda Guerra Mundial, los llamados *Partisanos de la Paz*, movimiento muy desarrollado en Italia por obra del Partido Comunista, durante los años de la guerra fría y que, por decirlo de alguna forma, era muy partidista. Los *Partisanos de la paz*, en realidad, eran partidarios de la Unión Soviética, porque creían que la única potencia verdaderamente imperialista eran los EE.UU. Yo puedo, incluso, entender que en aquel entonces uno podía tener este género de ideas. Pero hoy ya no se puede apoyar semejante tesis; aquí está la diferencia. Eran los años en los que los EE.UU. lanzaron la bomba atómica, eran, indudablemente, más potentes que la Unión Soviética, acababan de inaugurar su armamento atómico, cuando la Unión Soviética todavía no lo tenía. En aquel entonces se podía entender que existieran unos *Partisanos de la paz*, que, como digo, en realidad eran partisanos de la Unión Soviética. Pero yo había tomado ya mis posturas netas con respecto a los *Partisanos de la paz*. Escribí un artículo en contra de dichos partisanos, que luego tuvo mucha resonancia. Este artículo apareció en uno de mis libros titulado *Política e cultura*, publicado en 1955, del que hace poco se ha sacado una nueva edición. Se trata de una polémica con los comunistas italianos, que en aquél entonces eran estalinistas; obviamente una polémica amistosa. Porque consideraba que era necesario ponerse por encima de se-

paraciones entre los dos bloques. Es decir, se oponía a los *Partisanos de la paz* en cuanto que partidarios de uno de los dos adversarios. Siempre he creído que el movimiento pacifista tiene que ser un movimiento pacifista integral.

—*Cuando los radicales hablan de la necesidad del desarme unilateral, tienen un argumento de base: que es imposible establecer cuál es el justo equilibrio.*

B.—Estoy perfectamente de acuerdo. ¿Cómo se puede establecer el justo equilibrio? Desde luego nosotros no lo sabemos. Además, nosotros no sabemos en absoluto si hay equilibrio o desequilibrio. Si escuchamos a los unos, nos dicen que el potencial americano es superior al de la Unión Soviética; si escuchamos a los otros nos dicen que los rusos son superiores a EE.UU. Quizá nadie lo sabe exactamente, porque las grandes potencias intentan esconder los medios de los que se servirían para destruir al otro. Hoy en día, uno de los desarrollos técnicos tiene que ver con la tecnología armamentística, pero también tiene que ver con la potencia, con la invulnerabilidad y, como tercer componente, con la incontabilidad del armamento. Se trata de construir armas cada vez más potentes, cada vez más invulnerables y más incontables. Existe entonces una dificultad objetiva de decir exactamente si tienen la razón la Unión Soviética o los EE.UU.

Lo que nosotros hemos constatado es que, en la realidad, la doctrina del equilibrio del terror es una doctrina falsa, que conlleva una especie

de mistificación, porque en realidad dicho equilibrio continuamente se desequilibra y vuelve a equilibrarse a un nivel superior. Si pudiera establecerse el equilibrio estático, todavía podríamos confiar en el equilibrio del terror; pero, como no es en absoluto estático, sino que es un equilibrio dinámico, eso quiere decir que cada una de las potencias siempre se considera inferior y necesita construir armas cada vez más potentes. Así pues, desde que empezó la carrera de superpotencias, entre la Unión Soviética y EE.UU., el progreso de armamentos ha sido continuo y siempre ha tenido lugar un re-equilibrio progresivo de los armamentos y nunca regresivo. Esto demuestra que el equilibrio del terror es inservible.

—*Con respecto a esta cuestión, y precisamente porque existe dicha dificultad de conocer el equilibrio, ¿es práctico y válido para el movimiento pacifista el objetivo de eliminar las armas de teatro del territorio europeo?*

B.—Claro que es válido. Es válido eliminar las armas de teatro, siempre que se acuerde dicha eliminación por parte de EE.UU. para conseguir la supresión o, por lo menos, algunas declaraciones favorables a la eliminación de los misiles soviéticos que apuntan hacia Europa. En el caso de que el movimiento por la paz demuestre una mayor sensibilidad hacia los armamentos de EE.UU. que hacia los de la Unión Soviética, en mi opinión, dicho movimiento se vendría abajo. Este movimiento es un blanco fácil de los argumentos de quienes piensan que debilita a Europa.

—*Pero, ¿cuál es su opinión concreta sobre la llamada opción cero...?*

B.—Bueno, si se es realista, ésta no puede ser sino una opción a largo plazo. Por decirlo brevemente, yo creo que, a corto plazo, los movimientos por la paz pueden, pura y simplemente, obligar a que cambie el discurso de las dos superpotencias, contribuir a la aceleración de un encuentro entre ambas y quizá un eventual acuerdo ente la Unión Soviética y Estados Unidos. Lo cual no sería poco, puesto que significaría iniciar un período de mayor distensión después de la crisis que arrastramos desde los setenta.

—*El otro tema en discusión, introducido de manera brutal por los asesores de Reagan, es si es posible o no una guerra nuclear limitada a Europa.*

B.—La verdad es que si opinara sobre eso me parece que haría profecías. ¿Posible? A mí me parece más bien indeseable. Pero no puedo dar una respuesta categórica al respecto.

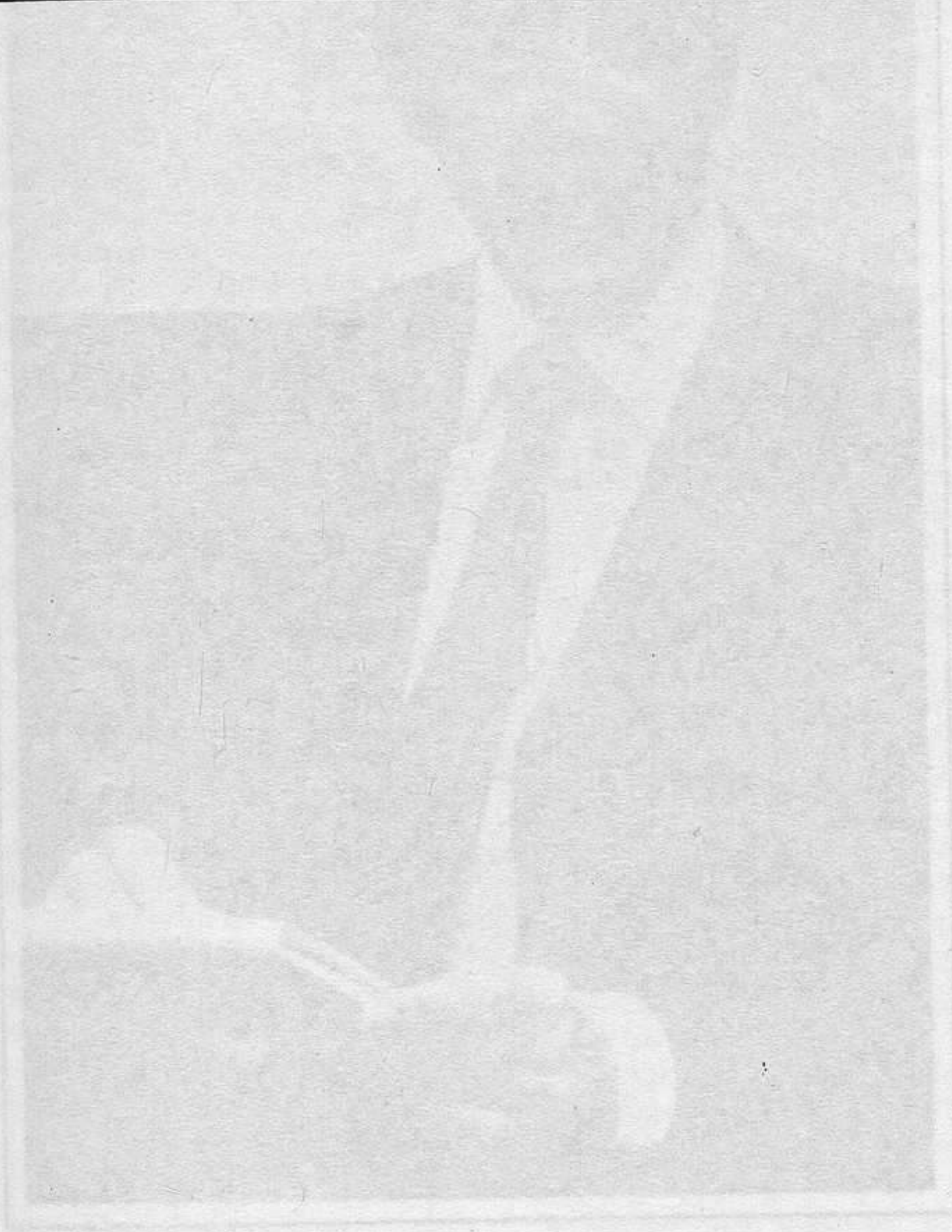
—*Con el surgimiento de los movimientos pacifistas, han vuelto a plantearse las expectativas sobre una Europa fuerte que rompa la bipolarización o, al menos, que establezca un área con cierta autonomía respecto a las dos superpotencias. ¿Podría el pacifismo europeo actual contribuir al desarrollo de esa Europa políticamente unida e independiente?*

B.—Podría, pero no creo que el movimiento por la paz tenga consecuencias políticas

inmediatas en este sentido. Quizá la mayoría de sus integrantes ni siquiera se plantean esta cuestión en el plano político. Y es necesario hacer la distinción entre el movimiento por la paz, que unifica de hecho a Europa, pero como

movimiento de opinión, y el movimiento federal europeo, que es un movimiento político con un determinado programa, tenaz y coherentemente logrado en estos últimos cuarenta años, pero que, paradójicamente, nunca ha sido un

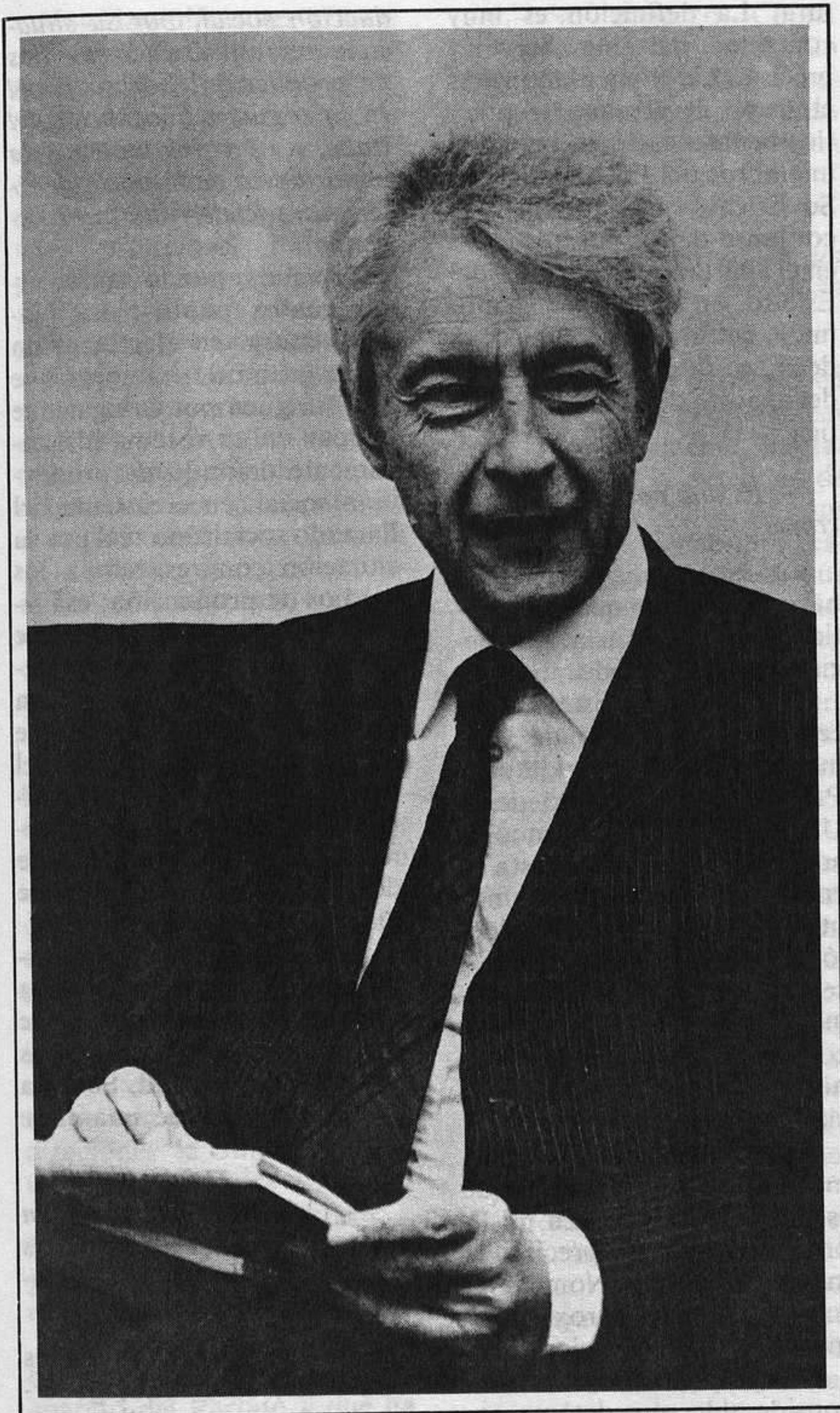
movimiento popular. Incluso si recordamos, en el cuarenta aniversario del Manifiesto de Ventotene, que éste nació como un proyecto de crear una Europa unida, frente a las dos superpotencias que saldrían ganando al final de la guerra.



MICHAEL
VOSLENSKY

Voslensky es un historiador que, por sus inimitables juicios sobre el curso de la Revolución, earned la reputación de los historiadores y del poder de este país. Desde de la revolución rusa, el profesor Voslensky ha estado en el centro de la historia del aparato del Comité Central del PCUS, en el Ministerio de la Defensa, en la Academia de Ciencias y en fin, cuando se le nombró jefe del departamento de historia de la Universidad de Moscú. Es un intelectual, extraordinariamente riguroso y crítico. En sus obras, que se han traducido a los principales idiomas, dirige actualmente un Instituto de Investigaciones sobre la URSS en Moscú (RIA). En su opinión, Voslensky es considerado como uno de los más eminentes sociólogos. Es un gran conocedor del marxismo, cuyo conocimiento histórico y actual de los análisis acerca de muchos aspectos.

Para el autor, la obra de Fructos, con su rigor y alta metodología propios del marxismo, la existencia de una clase social que dispone políticamente del poder absoluto en un país en el que, por de otro lado, no hay un movimiento popular, no ha podido constituirse en un poder como actualmente el socialismo. Este es el punto de vista del autor.

**MICHAEL
VOSLENSKY**

Desde hace algunos meses, un nuevo concepto ha invadido la jerga del lenguaje político: la Nomenklatura. Es la obra del profesor soviético Michael Voslensky, aparecida hace algunos meses y que desvela la existencia innegable de una clase social de la URSS, netamente diferenciada, que dispone del poder y de los privilegios.

Voslensky es un historiador que, por sus innumerables funciones en el seno de la Nomenklatura, conoció la realidad de las prerrogativas y del poder de esta clase oculta de la sociedad soviética. El profesor, efectivamente, ha estado en relación estrecha con el aparato del Comité Central del PCUS, ha trabajado en el Consejo Mundial de la Paz, en la Academia de Ciencias y, en fin, enseñó en la Universidad Lumumba, de Moscú. Este intelectual, extremadamente riguroso (conoce bien nuestros países occidentales, cuyas principales lenguas habla), dirige actualmente un Instituto de Investigaciones sobre la URSS en Múnich (RFA). En infinidad de ambientes, Voslensky está considerado como uno de los más eminentes soviólogos. Es un gran conocedor del marxismo, cuya importancia histórica y acertados análisis aprecia en muchos aspectos.

Para el autor, la obra demuestra, con un rigor y una metodología propias del marxismo, la existencia de una clase social que dispone prácticamente del poder absoluto en un país en el que, por diversas circunstancias, no han podido constituirse estructuras que contrabalanceen ese poder (como actualmente el sindicalismo libre en Polonia).

La Nomenklatura es a la burocracia del Este lo que el capital es a las burguesías occidentales.

Hasta ahora no habíamos logrado penetrar en la estructura social soviética. Se hablaba de burocracia, de gerontocracia, de nueva clase, de casta... Hoy sabemos que todos esos términos no son más que adjetivos; Nomenklatura es el sustantivo. La existencia de este tipo de régimen que desde hace más de medio siglo trata de monopolizar el concepto de Socialismo favorece al capitalismo, puesto que el funcionamiento del Estado Nomenklaturista constituye el mejor agente imaginable de propaganda anti-socialista. Por otra parte, algunos estrategas del establishment americano estiman que los Estados Unidos debieran sostener la consolidación de la nueva clase dominante de la Unión Soviética (teoría de Sonnenfeld).

—Profesor Voslensky, usted escribió recientemente un libro que ha hecho mucho ruido: La Nomenklatura. ¿Podría definirnos la Nomenklatura?

VOSLENSKY.—La definición oficial dada en la Unión Soviética de la Nomenklatura se encuentra en un manual para las Escuelas Superiores del PCUS titulado: *La edificación del Partido*.

Se lo leo: «La Nomenklatura constituye la lista de los puestos más importantes. Las candidaturas son aprobadas por un comité del partido de distrito, local, regional, etcétera...» (Los Comités Centrales de las Repúblicas y el C.C. del PC de la URSS).

La Nomenklatura comprende a las personas que ocupan puestos clave. Esta es la definición de la Nomenkla-

tura. La definición es muy concreta, bastante breve y precisa. La Nomenklatura es el grupo de personas —prácticamente casi todos son miembros del PC de la Unión Soviética— que ocupan el conjunto de los puestos clave en el apartado del Partido, del Estado, en el aparato económico, cultural e ideológico, es decir, en la práctica totalidad del aparato de la Unión Soviética.

—¿Es una parte de la burocracia?

V.—No es una parte de la burocracia, sino que es el vértice de la burocracia, por decirlo de algún modo.

Y, ¿en qué consiste, entonces, desde el punto de vista marxista, la Nomenklatura? Puesto que, hablando de la Unión Soviética, debemos de adoptar ese punto de vista o, en cualquier caso, debemos utilizar los instrumentos ideológicos del marxismo, ya que se trata de un país que oficialmente —según su concepto— considera el marxismo-leninismo como su ideología oficial.

Así, pues, ¿qué es la Nomenklatura? Un grupo que es bastante grande. En mi libro he tratado de precisar la magnitud de esta Nomenklatura: representa aproximadamente 750.000 funcionarios.

Un grupo, pues, bastante considerable que detenta todos, absolutamente todos los puestos clave del conjunto del país. En términos marxistas, se trata de una clase, y una clase dirigente.

Porque la definición de una clase es, citando a Lenin, la siguiente: *Llamamos clase a vastos grupos de hombres que se distinguen por el puesto que ocupan en un sistema históricamente definido de pro-*

ducción social, por su situación con respecto a los medios de producción, por su papel en la organización social del trabajo y por los modos y la importancia de la parte de riquezas sociales de que disponen.

Tenemos, por lo tanto, estos cuatro puntos: La Nomenklatura, en efecto, es un vasto grupo de hombres que se distinguen por el lugar que ocupan en un sistema históricamente definido de producción social, en el sistema del llamado socialismo real por su situación con respecto a los medios de producción; esa situación es de tal carácter que dicho grupo dispone de medios de producción a escala nacional. Por el papel de ese grupo en la organización del trabajo —y ese papel es el administrativo—, el papel director y, por último, por la parte de riquezas sociales de que dispone.

Esta parte es extremadamente importante y, sin duda ninguna, superior a la parte correspondiente de las otras capas de la sociedad. Se trata de una clase, y de una clase dominante.

—¿Qué diferencias existen entre las grandes burguesías occidentales y las Nomenklaturas del Este?

V.—La Nomenklatura es una clase, ante todo, gobernante; es una clase dirigente; una clase basada en el poder político. Mientras que la burguesía es una clase, en primer lugar, poseedora. Tiene las mercancías, el capital. La burguesía es una clase privilegiada y poseedora en tanto que dominante.

—¿Existen divergencias en el seno de las diferentes Nomenklaturas?

V.—Hay diferentes grupos en el seno de la Nomenklatura. En primer lugar, porque se trata de una estructura jerárquica, estrictamente jerárquica; por tanto, se dan distintas capas en la Nomenklatura, niveles diferentes. Pero, en principio, creo que lo más importante es que existen dos partes de la Nomenklatura.

El eje, la parte más importante, es el aparato del Partido, dentro del cual se encuentran los órganos dirigentes, empezando por los comités de distrito o de barrio, comités de ciudades, de regiones, comités de territorios, comité central de la República y el comité central del PCUS, con dos organismos de la máxima importancia que toman el conjunto de las decisiones políticas: el Politburó y el Secretariado del Comité central; el Politburó y el Secretariado del C.C. determinan la política del Partido. Este es el eje de la Nomenklatura. Y la segunda parte, más voluminosa, pero menos importante, es la Nomenklatura no del Partido sino del Estado, que se encuentra en las diferentes organizaciones: la Unión de Escritores, la Unión de Pintores, Academia de Ciencias, etc... En fin, en el plano ideológico y cultural, así como en el terreno de las cooperativas.

La Nomenklatura depende de ese eje, del que depende el aparato del Partido y que ha sido creado por ese propio aparato, a partir de decisiones preparadas por él mismo y asumidas por esos comités, desde abajo, empezando por los comités de regiones y, desde arriba, por el Politburó y el Secretariado del C.C.

—¿Piensa usted que China también sufre el régimen Nomenklaturista?

V.—No conozco China. No puedo decirle nada. Sin embargo, supongo que se trata de una estructura similar. Pero no podría añadirle nada más.

—¿Caben reformas en un sistema semejante? Pienso en Polonia, por ejemplo.

V.—Caben las reformas, en efecto. Pero las posibilidades son extremadamente limitadas, y ésta es la debilidad de tal estructura social, de esos denominados socialismos reales. El socialismo real es muy rígido, es poco flexible. Resulta muy difícil para esta estructura el adaptarse a la evolución del mundo. Mire Polonia. ¿Qué ha sucedido allí? En Polonia, país supuestamente socialista, los obreros han fundado un sindicato libre, pero no tan libre como en los países capitalistas de Europa puesto que, en último término, Solidaridad estaba constreñida a declarar, en primer lugar, su adhesión al socialismo. En Bélgica no hay un sindicato que, para poder existir, tenga que decir: «Yo estoy al lado del capitalismo. Lo juro».

Además, han tenido que aceptar el papel dirigente del PC. Aquí no hay un sindicato que haya de aceptar el papel dirigente del partido en el poder. Por lo tanto, Solidaridad no ha alcanzado siquiera el nivel de independencia de que gozan aquí los sindicatos, en pleno capitalismo. Y, a escala internacional, se trata de una gran tragedia, de un drama terrible. Pero, ¿por qué? Porque, precisamente, ese organismo social —el socialismo real con su clase dominante: la Nomenklatura— no soporta o soporta muy mal determinados cambios en la rígida

forma con la que ha sido creado.

—¿Piensa usted que los obreros polacos están en contra del socialismo en un sentido amplio?

V.—No, no lo creo. Sin embargo, recuerde que el Congreso ha pedido, *expressis verbis*, la disolución de la Nomenklatura. A la vista de ello, pienso que si la Nomenklatura persiste en sus esfuerzos para que no cambie nada en el modelo estalinista del socialismo real que existe en Polonia, en ese caso sospecho que surgirán dificultades, dado que eso es precisamente lo que provoca un espíritu de resistencia entre los obreros polacos, entre los miembros de Solidaridad; y, cuando hablamos de Solidaridad, hay que pensar siempre en un sentido muy concreto: Solidaridad, hoy, es idéntica al pueblo polaco desde el punto de vista estadístico. En un país de treinta y seis millones de habitantes, diez millones son miembros de Solidaridad. Ello quiere decir que, si consideramos estadísticamente a la familia en cuatro personas, a una adhesión a Solidaridad de diez millones le correspondería una población de cuarenta millones y no de treinta y seis. Por consiguiente, eso significa que no hay familia en Polonia que no tenga uno o dos miembros en Solidaridad.

—En su libro, parece que usted hace un análisis marxista de la sociedad soviética. ¿Es usted marxista?

V.—Considero a Karl Marx como un genio. Me parece que ha contribuido de manera muy importante a la cultura europea y mundial. Creo que, en nuestra época, el marxismo

está ligado demasiado estrechamente a la política expansionista de la Unión Soviética, y de ahí proviene una reacción contra el marxismo.

Hay marxismo y anti-marxismo; en definitiva, actualmente se dan todas las posiciones. Pero, de aquí a doscientos años, cuando haya perdido su actualidad, supongo que podrá considerarse serena y objetivamente; se dirá entonces que hay que considerar importante a Karl Marx y su contribución histórica de gran envergadura a escala mundial.

Evidentemente, las ideas del marxismo datan del siglo XVIII. Es falso presentar al marxismo como una filosofía moderna. No es moderna. Está basada en las ideas del siglo XVIII y el propio Lenin lo ha dicho al precisar cuáles eran las fuentes del marxismo. Ha hablado de las filosofías clásicas alemanas del siglo XVIII, del utopismo socialista francés del siglo XVIII (de hecho, esas utopías ya habían comenzado en el siglo XVI). De ahí proviene el marxismo. En cuanto a mí, ¿soy marxista?, ¿qué quiere decir eso? Marx decía: «Yo no soy marxista», y si Marx lo ha dicho yo también lo diré. No soy marxista, pero ya le he dicho lo que era el marxismo. En todo caso, yo no soy anti-marxista.

Considero el materialismo histórico como una tesis muy interesante. *El Capital* me parece un libro estremadamente importante para el análisis del capitalismo de esa época, no del capitalismo de hoy. Algunos rasgos del capitalismo de la época subsisten todavía en el capitalismo actual, pero Marx analiza el estadio en el que se encontraba el capitalismo europeo, sobre todo el

inglés. Cuando redactó *El Capital*, al igual que los mayores genios de las ciencias sociales, ha sido un hijo de su tiempo y no ha podido rebasar el siglo y el desarrollo. Es verdad que he adoptado los métodos marxistas, las categorías marxistas e, incluso, leninistas, puesto que aquí somos libres de elegir el sistema de ideas que adoptamos, los criterios de análisis, el punto de partida y el sistema de coordinación.

Sin embargo, cuando la propaganda nomenklaturista pretende que la Unión Soviética está fundada sobre principios marxistas, pienso que era oportuno basar mi análisis en los criterios marxistas, ya que si lo hubiera basado en otros habría sido muy sencillo criticarme diciendo: «Pero eso es ideología burguesa, esos son criterios burgueses; así que no hablemos más». Mientras que, hasta ahora, es interesante observar que ningún comunista ha criticado el libro. Se me ha atacado personalmente en *L'Humanité*, pero no se ha tocado el libro; lo mismo cabe decir cuando he hablado en la televisión.

En Alemania, Irving Fletcher, marxista muy conocido y un no comunista ortodoxo, acaba de publicar un artículo largo en la *Neue Zürcher Zeitung*, a propósito de la Nomenklatura, basado en mi libro. Me gustaría destacar que en una frase de su artículo dice que adopto la metodología marxista y que su aplicación a la realidad soviética aporta resultados muy interesantes e importantes.

—¿Considera usted que Lenin no es el continuador de Marx?

V.—No. Marx era filósofo, economista e intelectual. Ha

creado ese sistema de ideas. No era un hombre político. Como usted sabe, como organizador de la Internacional no tuvo mucho éxito.

No era un hombre de partido. Me remito a lo que Engels escribió a Marx: «¡Qué estupidez, convertirse en un partido político..., Nosotros no somos hombres de partido!». Y es verdad.

Lenin es otra cosa. No es un teórico. Es un hombre político; más aún: *un animal político*. El leninismo es la técnica de la toma del poder. Por eso a Nomenklatura es una estructura estaliniana: no es leninista en la medida en que supera a Lenin.

En lo que respecta a las ideas prácticas, tácticas y estratégicas de la toma del poder por los comunistas, la política está basada en el leninismo, siempre y cuando se trate de otros países, es decir, en Occidente y en el Tercer Mundo. Ahora bien, en la URSS lo que impera todavía es el estalinismo; se utiliza el marxismo como se utiliza el pacifismo, como se utiliza el anarquismo, por ejemplo; pero la continuación lógica de las ideas de Marx y del marxismo es la Social Democracia.

La continuación lógica de Lenin era el trostskismo: la revolución permanente, mundial, sin fin...

En la Unión Soviética, hoy, la Nomenklatura representa la continuación de Stalin; y, por lo mismo, Marx y Lenin no son otra cosa que iconos oficiales.

—Profesor, ¿cree usted en el socialismo? ¿Es usted de izquierda, en una palabra?

V.—¿Izquierda o derecha? Soy muy escéptico al respecto. Sobre todo cuando veo en torno mío la absolutización

de esas palabras (como la mayoría de las que provienen del Este). Aquí se considera a Soljenitsyn como a un hombre de derechas, mientras que en la URSS es evidente que aparece como un hombre de izquierda radical.

Yo no pertenezco ni a la izquierda ni a la derecha, pues no creo que en el mundo contemporáneo esas nociones quieran decir gran cosa. En principio, estaría absolutamente de acuerdo con las ideas de un socialismo democrático; pero, a mi juicio, ese socialismo debe encontrarse más alejado del llamado *Socialismo real* de lo que está del capitalismo.

Desgraciadamente, en los que se llaman socialistas democráticos veo una gran indulgencia hacia el llamado socialismo real. «Es una forma fea, pero, al fin y al cabo, es una forma de socialismo», dicen. Si a sus ojos es socialismo, entonces yo me pregunto si son verdaderamente democratas, puesto que, en ese sistema, lo que no existe es precisamente la democracia. Pienso que el socialismo democrático debe partir del principio de que una estructura que no es democrática no tiene nada que ver con el socialismo. Aquí, en el mundo capitalista, la democracia existe. No es perfecta, es limitada, pero existe. Es una estructura que ha de estar más cerca del socialismo democrático que del denominado *socialismo real*. Cuando allí se acepte la democracia, entonces me prestaré muy gustosamente a analizar de cerca las posibilidades de construir de manera efectiva un socialismo democrático. Pero, cuando se pretende que «eso no es capitalismo, por consiguiente es mejor que el capitalismo», en

ese caso no estoy de acuerdo; el feudalismo o el esclavismo no eran capitalistas, pero no son, por eso, preferibles al capitalismo.

—¿Piensa usted que la Unión Soviética es una potencia agresiva?

V.—Preferiría el término expansionista al de agresiva. La agresividad sólo abarca el campo militar, mientras que el expansionismo es más amplio, más político. Clausewitz decía: «La guerra es la continuación de la política por otros medios». En ese marco más amplio creo que la Unión Soviética, o más bien la Nomenklatura, es expansionista, emplea medios agresivos como en Afganistán y en Checoslovaquia en 1968.

—¿Acaso no hay una contradicción entre esa política hegemónica de la URSS y su debilidad económica y tecnológica?

V.—Ceo que no hay ninguna contradicción. Ciertamente, la Nomenklatura teme el descontento que se extiende en la población soviética, descontento debido al bajo nivel de vida (salarios muy bajos, malas condiciones de alojamiento...). Viendo lo que pasa en Polonia, la Nomenklatura se da cuenta de las consecuencias que puede tener ese descontento. Por lo tanto, hay que hacer algo. ¿Comprar al extranjero? Eso es imposible, pues sólo se puede pagar con gas y no todo se puede comprar con gas. Así pues, hay que apoderarse, sin pagar, de los países que tienen una economía productiva.

Y el problema que surge entonces es saber hacia qué región del mundo volverse. En el Norte no hay nada. En el

Este está la China... En el Sur están los países ricos de la OPEP. Por tanto, se invade Afganistán. Pero aquí se tropieza con una resistencia inesperada.

Se impone, pues, el orientarse a la economía superproductiva de la Europa capitalista. Esta es la razón por la cual hay que intimidar a la Europa occidental.

—Pero, ¿para intimidar a Europa no es necesario un armamento muy sofisticado?

V.—Eso es lo que ha hecho la URSS. Ha invertido en armamento. Es una decisión bastante lógica, después de todo. Como los dirigentes soviéticos no están en condiciones de invertir lo bastante en la producción de bienes de consumo, lo hacen en el complejo militar-industrial. Y, finalmente, la URSS se convierte en una potencia a la que todo el mundo teme. Es un instrumento eficaz, desde el punto de vista de la Nomenklatura. Yo no creo que los dirigentes soviéticos quieran la guerra. No quieren destruir Europa, pero demuestran ostensiblemente que tienen la posibilidad técnica de mantener una guerra y de ganarla. No desean la guerra, sino la victoria.

—¿Cómo pueden tener semejante desarrollo tecnológico en el terreno del armamento, mientras que sufren un verdadero descalabro en los campos económico y de tecnología civil?

V.—En realidad, el complejo militar-industrial soviético no es muy eficaz. Estoy seguro de que ese mismo complejo es más eficaz en los Estados Unidos. Para obtener el mismo nivel, los americanos

invierten mucho menos que la URSS.

—*Pero la URSS tiene, además, un Producto Nacional Bruto (PNB) que no representa más que la mitad del de los Estados Unidos.*

V.—La verdad es que hay que hablar del concepto de producto social, puesto que los presupuestos no son equiparables. En la URSS, en efecto, el rublo no vale nada. Es más, ni siquiera es convertible. En realidad, se trata de una moneda puramente interna que no podemos comparar con ninguna otra. De esta manera, el gobierno soviético puede poseer millares sin que se refleje en el presupuesto.

Por lo tanto, hay que hablar de *producto social*. Según los Estados Unidos, los soviéticos utilizan el 15 por ciento de su producto social para fines militares, mientras que los americanos sólo utilizan el 5 por 100.

—*¿No piensa usted que el complejo militar-industrial occidental pudiera estar interesado en hinchar la potencia militar soviética, con el fin de justificar la carrera de armamentos en el Oeste?*

V.—Es muy posible. Pero si miramos lo que los propios soviéticos nos muestran (las maniobras con millares de soldados, la tecnología espacial, los misiles...), entonces hemos de convenir en que la potencia militar soviética existe. No puede decirse que la URSS sea la más fuerte, pero sí que hay una paridad.

—*¿Quién impone la carrera de armamentos, la URSS o los Estados Unidos?*

V.—*¿Cómo ha empezado la carrera de armamentos?*

Por la guerra fría. Pero si leemos las declaraciones y seguimos las decisiones adoptadas en las conferencias de Teherán, Yalta y Postdam después de la Segunda Guerra Mundial, y si las comparamos con el desarrollo político de los países del Este, puede advertirse que la expansión soviética no estaba prevista en aquellos acuerdos.

Por lo tanto, a la pregunta de: ¿Quién ha empezado la guerra fría?, yo respondería: Los Estados Unidos. Pero, ¿quién la ha provocado? ¡Ah!, entonces yo diría que Stalin por su expansionismo. La URSS ha provocado la carrera de armamentos por su política expansionista.

Así pues, el desarme sólo será posible cuando desaparezca la política expansionista. Por muchas conferencias que celebremos y por muchas negociaciones que entablemos, el hecho está ahí.

—*¿De qué lado se manifiesta el expansionismo? Usted habla del expansionismo soviético. ¿No existe ningún otro expansionismo?*

V.—Existe una larga lista de países que han sufrido el expansionismo soviético. ¿Cuáles son los de la lista americana?

—*¿América Latina?*

V.—El de América Latina no es un expansionismo de hoy, es un expansionismo de antaño, como hubo un expansionismo británico, español, portugués, alemán, etc... Pero el expansionismo de hoy es Etiopía, Afganistán, Camboya, Laos, Angola, Mozambique y las llamadas democracias populares.

—*¿Los Estados Unidos no han tenido, desde hace treinta*

años, una política expansionista respecto de Europa?

V.—Los Estados Unidos han retirado sus tropas de Europa Occidental, mientras que la URSS las mantiene instaladas permanentemente en el Este.

—*¿Existe una alternativa a la carrera de armamentos?*

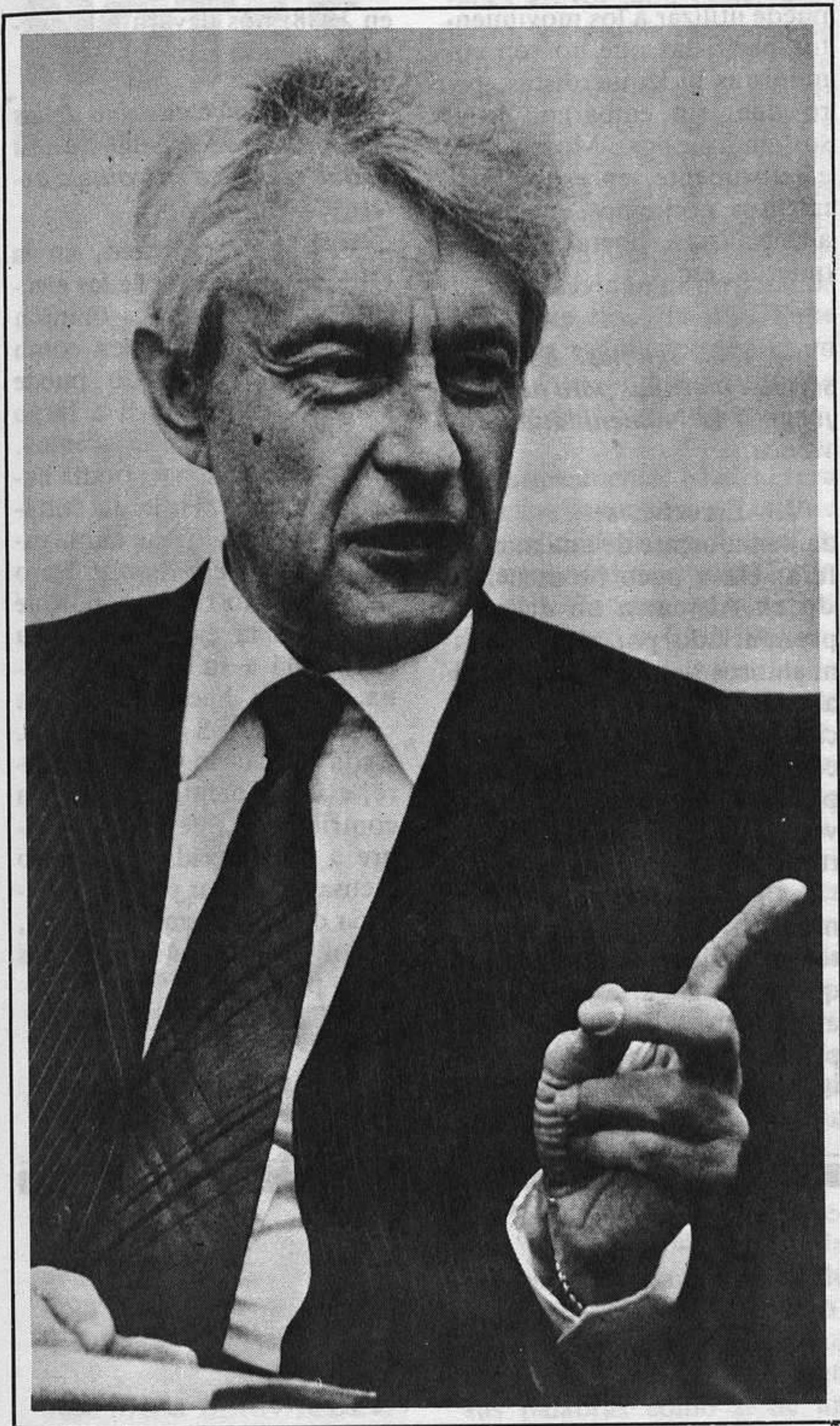
V.—Sin duda ninguna. Hay que observar estrictamente la regla de igualdad en el terreno de los armamentos. No hay que convencer por medio de discusiones o de palabras; hay que disuadir, es decir, convencer a la Nomenklatura de que su superarmamento es inútil, que es dinero perdido. Pero, para eso, es preciso tener una estricta igualdad.

Por lo pronto, la carrera de armamentos continuará porque la Nomenklatura utilizará, como decía Lenin, a «los pacifistas para disolver a la burguesía».

Hay que dejar claro que Occidente está dispuesto a recoger el guante. Si destinar tales sumas a la carrera de armamentos es un despilfarro, hay que indicar a la URSS que es un despilfarro tolerable para el Occidente, que dispone de los medios para sostenerlo; pero que es un despilfarro intolerable para la URSS, que debiera tener interés en invertir en otro sector so pena de ver sublevarse a la población.

En estas condiciones es posible que la Nomenklatura acabe realmente por aceptar la discusión.

Es estúpido apoyarse en las negociaciones propuestas o inducidas por los pacifistas. En realidad, esas negociaciones han empezado inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial, en 1920, y



han durado hasta hoy con la interrupción de 1940-1945. Y, ¿cuáles son los resultados? Cero. La prensa ha dejado ya de hablar de ello por lo aburrido del asunto. La Nomenklatura no tiene ninguna voluntad real de desarmar.

—¿No hay una convergencia de intereses de las dos su-

perpotencias en detrimento de Europa?

V.—No. La Nomenklatura posee ya la Europa del Este y ahora trata de expandir su influjo sobre la Europa del Oeste. Por supuesto que los Estados Unidos tienen también sus intereses en Europa occidental, pero es, sobre todo,

para resistir cualquier tentativa expansionista de la URSS. Hay, pues, conflicto de intereses, pero no convergencia.

—A su juicio, ¿cuál debe ser la actitud de los países europeos en el problema de los euromisiles?

V.—No creo que los misiles americanos sean muy eficaces desde el punto de vista militar.

Los Pershing II tienen un alcance insuficiente, 1.800 kilómetros, para hacer impacto en una gran ciudad, un gran centro político de la URSS.

El Cruise no es detectable por radar, pero es muy lento; es más un avión teledirigido que un misil. Por lo tanto, se le puede abatir muy fácilmente.

En 1979, la Unión Soviética no había hecho el menor esfuerzo para impedir que la OTAN votase el despliegue de los misiles. Sin embargo, Moscú ha intentado todo para impedir que esta decisión sea llevada a la práctica. Así, pues, para la URSS se trata de una intimidación psicológica. Hay que lograr que la OTAN sea incapaz de ejecutar la resolución y, mediante esto, infligir un golpe a su homogeneidad.

Me pregunto, incluso, si el estacionamiento de los SS-20 no es, en realidad, una provocación. Porque, efectivamente, los soviéticos estaban convencidos de que los Estados Unidos, gracias a sus satélites artificiales, advertirían enseguida las maniobras soviéticas y comunicarían sus informaciones a los países europeos. Estaban absolutamente convencidos de que las reacciones europeas serían el miedo y la *rebelión*. Por consiguiente, me parece que en plena *distensión*, hacia la mitad de los

años 70, han preparado con toda frialdad la instalación de cohetes apuntando a Europa con el fin de provocar una fisura en el seno de la OTAN.

—En su libro, usted establece una diferencia entre «distensión» y «coexistencia pacífica».

V.—La *coexistencia pacífica* es una expresión extraída de la ideología marxista-leninista. De acuerdo con la definición soviética, es una forma específica de la lucha de clases en la arena internacional.

Desde el punto de vista ideológico, la *distensión* es una expresión absolutamente imprecisa. ¿*Distensión*, entre quienes? ¿De qué tensiones se trata? En realidad, *distensión* es una palabra descreada para confundir a las personas en Occidente. Empleando ese término se hace creer que se está contra las guerras, ganando así el apoyo de las masas. *Coexistencia pacífica* quiere decir, sobre todo, continuación de la guerra por otros medios. Gracias al término *distensión*, la URSS

puede utilizar a los movimientos pacifistas que no son comunistas ni izquierdistas, pero que, sin embargo, están sostenidos por Moscú. Y, efectivamente, en esos movimientos podremos encontrar a socialistas, liberales de izquierda, etc.

—¿Y las Iglesias? Estas no son tan ingenuas para hacer el juego a la *Nomenklatura* soviética.

V.—Escuche, se trata fundamentalmente de una atmósfera. Hace poco he escuchado en Alemania un discurso pronunciado por uno de los miembros del Partido Liberal alemán en el que el orador decía: «Prefiero ser considerado como un tonto útil antes que preparar un asesinato masivo». Eso es lo que pasa actualmente.

La gente acepta que los comunistas lancen el movimiento; para ellos, lo que cuenta es que se detenga la carrera de armamentos. Ahora bien, pienso que ese movimiento, al igual que sucedió en Múnich

en 1938, nos llevará a la guerra y no a la paz.

—Usted dice que una de las ventajas de la *Nomenklatura* es que planifica su política exterior.

V.—Sí. Verá usted, en la URSS el problema de las elecciones libres, de la opinión pública, no se plantea como aquí. De este modo puede planificar su política a largo plazo, incluso para decenios.

La Alemania nazi podía hacerlo también. Hitler ha tratado de realizar lo que había escrito en su *Mein Kampf*. Pero no ha tenido tiempo, porque ha ligado la ejecución de su programa a su propia persona. Quería hacerlo todo él.

En la URSS es diferente. Cada Secretario General quiere, evidentemente, aportar su contribución, dejar su nombre a la posteridad. Pero no piensa en acabar él sólo la victoria del socialismo. Es decir, la política se ve a mucho más largo plazo.

CESAR GARCIA

Traducción:

J. A. MATESANZ

NOTAS



CINCO HORAS CON MARIO

José María BERNALDEZ

Vino a buscarte José Esteban al estudio de Radio Nacional. Tú estabas preocupado por el cese-dimisión de Fernando Castedo, y las repercusiones que pudiera tener sobre la programación en general y tu espacio en particular.

Concretamente, aquella mañana habías tenido dificultades graves para poder grabarlo. Un grupo numeroso de intelectuales firmó una carta en la que mostraban su solidaridad con el equipo saliente y afirmaban su voluntad de no asistir más a las grabaciones de la Radio Nacional. «Vamos a ver a Mario Vargas Llosa y nos olvidamos un poco de todo este lío», te dijo Pepe Esteban, «hoy presenta en Madrid su última novela *La guerra del fin del mundo*».

Curiosamente Madrid era aquella mañana no solamente una ciudad de un millón de muertos sino de escasos automóviles, lo que os permitió llegar pronto al Club Internacional de Prensa. Abarrotada la sala interior, tuvisteis que optar por quedaros en la anterior, donde llegaba la voz joven del novelista peruano que respondía a las infinitas preguntas a las que se veía sometido. Volvías a ver, por vez primera, a J. J. Armas Marcelo, desde que lo despediste la semana anterior en el hospital enfermo de pancreatitis. Bromearon los tres sobre la delgadez de Armas y la cara de buen chico que se le ha quedado.

Mario Vargas levanta la sesión y aparece en la sala en la que os encontráis en olor de multitudes, que lo zarandean, lo miran, lo tocan, lo escuchan con devoción y recogen sus palabras como si de un nuevo evangelio se tratara. Mario Vargas es una mezcla, físicamente, de actor de cine, galán de los años cuarenta y un ejecutivo agresivo de los ochenta. En él prima más lo europeo, lo blanco que lo indio, lo indígena. Viste un impecable traje gris diplomático y camisa y corbata azules pálidos. Su sonrisa es de anuncio televisivo. A su lado camina

silencioso un ser más pequeño, como una copia de Mario Vargas pero más indio; quiero decir, con rasgos más indígenas. Es como una estatuilla reproducción fiel del gran ídolo al que el escultor hubiera dado intencionadamente un tinte más oscuro.

«Es Alvaro, uno de sus hijos», te susurra al oído José Esteban, lo que disipa tus dudas y deshace el momento de magia que habías comenzado a vivir. Los de la editorial no le dejan parar y aquí saluda a un embajador, allí a un ensayista, un poco más allá a unos reporteros de la televisión alemana, luego a una actriz en ciernes, después a un joven carroza. El personal es abigarrado y variopinto, la flor y nata de la casta crítica literaria, los directores de los periódicos y de las revistas, escritores rojos y azules, una especie de mercado abundante y voçinglero en el que todos y cada uno de los asistentes se empeña en llamar la atención del peruano y contarle algo divertido, algo gracioso, intentar una cita para más tarde, recordarle un encuentro de minutos en el aeropuerto de Nueva York cinco años antes. Asistes divertido al espectáculo no sólo por los apuros que está pasando Mario Vargas sino por el conocimiento que tienes de la gente que se le va acercando. Ahora contáis con el refuerzo de José María Gutiérrez, el director de cine.

Mario Vargas se incorpora por encima del mar de cabezas y os saluda con la cabeza. Se abre paso como Moisés en las aguas del Mar Rojo y llega hasta el rincón en el que os habéis refugiado. Saluda efusivamente y se disculpa con un gesto imperceptible por el barullo que se ha organizado, aunque en el fondo se nota que está disfrutando como un

enano. «Estoy muy enfadado con el Pen Club Español», reprende a Armas y a José Esteban, «no vinieron ninguno de ustedes al Congreso de Venezuela ni a la reunión de Lyon». Los dos reprendidos intentan explicar lo inexplicable: las dimisiones que se han producido en la directiva del Pen, los trámites para formar una nueva, la inevitable lentitud de todas las gestiones españolas. Mario Vargas vuelve a la carga: «no son conscientes de la importancia que tienen los escritores españoles allá». Personalmente crees que es un elogio, aunque a Mario Vargas se le note encendido. Unos días atrás y en el mismo escenario, un escritor argentino, de cuyo nombre más vale la pena no acordarse, respondía a tu pregunta sobre cuál era el interés que nuestros novelistas despertaban en los del otro lado del océano; que ninguno, que no interesaban para nada. La desolación y el desánimo te invadieron en aquellos momentos, aunque ahora pienses que es más importante Mario Vargas que el argentino de infausta memoria. Un rayito de esperanza se abre paso en medio del pesimismo.

Hacéis ademán de despediros. Mario Vargas pregunta dónde váis. Decís que a comer por ahí. El peruano propuso ir con vosotros y se acerca a las relaciones públicas de la editorial y se lo dice; ésta os mira con ojos de enfado. Oís retazos de la conversación y conocéis la existencia de una comida que pagan los editores. Vargas insiste en irse con vosotros. Desolada, Mónica Piquer os encarece vivamente que a las cinco lo dejéis en el hotel, que tiene una entrevista con *El País*, lo que, indudablemente, son palabras mayores que todos comprendéis. Salimos a la calle, y el novelis-

ta que ha escrito sobre la guerra del fin del mundo quiere comer cocido madrileño.

En el restaurante no había cocido madrileño, lo que es lógico en una ciudad que hace todo lo posible por perder sus señas de identidad. Lo cambiamos por una fabada asturiana, lo que satisface sus gustos culinarios. «Le hubiera gustado mucho a tu madre», aprueba dirigiendo las palabras a su hijo, que se sienta enfrente de él y acaba de confesar que estudia en Cambridge y quiere ser crítico literario. Mentalmente te dices que pronto tendrá una columna en la prensa española. «Fue censor mío, me censuró *La ciudad y los perros* y apareció sin ocho líneas que este señor consideraba altamente peligrosas para la moral del pueblo español»; te has despistado con la fabada y preguntas de quién se habla: «De Robles Piquer», te dice Marios Vargas Llosa. «A Carlos Fuentes le prohibió completamente *Cambio de piel* por obscena; entre nosotros, este Robles Piquer está muy mal visto». «¿Cómo ha llegado una persona así a dirigir un medio de comunicación tan poderoso como la televisión del Estado en un régimen democrático?».

Se le habla de la vuelta de los franquistas, de la debilidad del gobierno UCD, del 23 de febrero. «Pero es que, además, han nombrado director del Prado a un cura. Eso parece como de esperpento». Alguien le dice que tú eres socialista. Mario Vargas te da efusivos recuerdos para su buen amigo Salvador Clotas: «Me enteré en estos días que le nombraron responsable de Cultura. Es todo un acierto. No podían haber elegido mejor». «Ví al Rey esta mañana a las diez. Estuvo muy amable conmigo y demostró tener un

gran conocimiento de la realidad latinoamericana; me dijo que había leído una novela mía. Debe ser, por lo que me contó, *La ciudad y los perros*». Se vuelve al tema de la televisión. Mario Vargas es contundente: defiende clara y rotundamente la necesidad de las televisiones privadas.

Por la noche, en el Instituto Iberoamericano de Cooperación, Mario Vargas te autorizará a recoger por escrito estas impresiones tuyas de su paso por Madrid. «Puedes reproducirlo, pero insiste en que soy partidario de la televisión privada». Dicho queda, Mario Vargas Llosa. Cuando te dejan en casa Juancho Armas y su mujer, te dice, a manera de despedida: «Hay pocos escritores que tengan el gancho de Mario». Suscribes sus palabras después de haber pasado cinco horas con Mario (Vargas Llosa).

LA SEGUNDA REPUBLICA MAS CERCA

Feliciano PAEZ-CAMINO
ARIAS

Cuando, con anterioridad al año 77, conmemorábamos, entre el miedo y la esperanza, el nacimiento de la Segunda República en la *fecha histórica* del 14 de abril de 1931, surgía con frecuencia la apostilla de la persona advertida que nos recordaba que, al fin y al cabo, se trataba de una repú-

blica *burguesa*; incluso, a veces, si el interlocutor era particularmente agudo, señalaba cómo con esa bandera tricolor que con tanta emoción enarbolábamos, se había aplastado a los obreros asturianos en el 34.

Ahora, cuando la izquierda intenta hacer compatibles, a golpes de realismo, el republicanismo de corazón —y de tradición— con el juancarlisto de razón y de coyuntura, resulta curioso ver cómo sólo mantienen en primer término la reivindicación republicana quienes parecen condenados a diseñar su estrategia exclusivamente en función de los huecos —reales o ficticios— que van dejando las fuerzas mayoritarias (y, por ende, posibilistas) de la izquierda. Es decir, sustancialmente los mismos a quienes parecía pueril o superada la reivindicación republicana en los años en que la idea de monarquía se asociaba al continuismo franquista.

En esta situación, la celebración en 1981 del cincuentenario de la proclamación republicana ha tenido lugar en un ambiente donde el dilema monarquía o república ha perdido la mayor parte de su contenido político directo; y ello contribuye a la creación de condiciones favorables para un avance en la recuperación *historiográfica* de nuestra República. Difícilmente podría ésta perder interés como tema de estudio histórico, ya que constituye, muy probablemente, el momento más rico y sugestivo de nuestra historia contemporánea y aparece ante nuestros ojos como un período surcado por problemas, inquietudes y afanes que son, en gran medida, los de nuestro presente. Es en la época de la República donde encontramos indefectiblemente gran parte de nuestras raíces; y, ahora que ya no nos

vemos impelidos a hacer con ella un bloque de pasado y futuro, a tributarle un culto emocionado, se afirma ciertamente el momento de la reflexión, del análisis, del conocimiento, que no excluye la abierta simpatía, pero que no se agota en ella.

Dar cuenta en unas líneas de las principales actividades que, a lo largo del año, han conmemorado el *advenimiento* republicano es correr el riesgo de la referencia incompleta y de la selección arbitraria. De hecho, buena parte de los ámbitos donde se debaten temas históricos contemporáneos (de las facultades a las instituciones culturales oficiales o privadas, pasando por las universidades y escuelas de verano) han dado acogida al tema. La propia celebración del tercer aniversario de nuestra Constitución ha aparecido en ocasiones vinculada al cincuentenario de la Constitución republicana, lo que puede constituir una muestra de la esencial recuperación de los valores cívicos que encarnó la República, por parte de la Monarquía democrática.

Entre los actos desarrollados puede destacarse, por la especial concentración de expertos españoles en el tema, los de la *semana* del 30 de marzo al 3 de abril que, con el título general de *Política, Sociedad y Cultura en la Segunda República*, organizaron conjuntamente la Fundación de Investigaciones Marxistas, la Fundación Pablo Iglesias y las facultades de Ciencias Políticas y Geografía e Historia de la Universidad Complutense. La convocatoria de estos actos —quince conferencias, cuatro coloquios y un recital— no tuvo gran difusión, pese a lo cual algunos de ellos, como el coloquio sobre aspectos agrarios en el que intervenía Tuñón de Lara, atrajo a más público del que ma-

terialmente cabía en el local de la F.I.M.

Cabe hacer referencia, asimismo, al coloquio internacional que tuvo lugar, también en abril, en Tarragona, así como a actividades que cobran particular significación por el medio en que se desarrollaron, como el ciclo dedicado a la República en el Instituto de Bachillerato *Emilio Castelar*, de Madrid, llevado a cabo por profesores y alumnos del centro.

Entre las revistas de divulgación histórica que dedicaron números especiales a la conmemoración, es de destacar —entre otras cosas, por su considerable difusión— «*Historia-16*» (año VI, número 60, Madrid, abril 1981) que, con el título *50 aniversario: la República de abril*, consagró al tema una decena de artículos, acompañados de varios testimonios, algunos apéndices y un notable material gráfico. Sin grandes aportaciones innovadoras con respecto a sus propios trabajos publicados, un plantel de notables historiadores (Tuñón, Forcadell, Bernal, Arbeloa, Jackson y Fusi, entre otros) escriben cada uno unas cuantas páginas que se leen con interés y cumplen su fin de suministrar una información esencial y actualizada al público interesado (que todavía, por desgracia, dista bastante de ser el *gran público*); además, en algún artículo, como el que Francisco Laporta dedica al tema de *los intelectuales y la República*, se incluyen agudas observaciones que no son de curso muy corriente.

«*Arbor*» publicó un interesante número monográfico sobre el tema (tomo CIX, números 426-427, Madrid, junio-julio, 1981), honrado, además, por la feroz crítica —más que nada un desahogo contra la figura de Tuñón— de que le hizo objeto, en las

páginas de *Ya*, Ricardo de la Cierva (por cierto que de sus impagables aportaciones al tema parecen haber prescindido muy diversas publicaciones..., ¿cómo podrán?). El número se abre con un comentario general de Tuñón sobre el *estado de la cuestión* historiográfico y se cierra con una pulcra *bibliografía básica* sobre el tema, a cargo de M.^a del Carmen García-Nieto y M.^a del Carmen Pérez Pais. Entre medias, una docena de artículos, en ningún caso exentos de interés. Algunos de ellos constituyen la trama esencial de la conferencia que los autores pronunciaron en el ciclo sobre *política, sociedad y cultura* antes aludido; tal es el caso de las páginas de Tuñón sobre la cuestión agraria, o las de Mariano Pérez Galán sobre la enseñanza. Otros son resúmenes o derivaciones de trabajos ya conocidos de los autores: el de Mercedes Cabrera sobre las organizaciones patronales, el de Santos Juliá sobre las organizaciones y prácticas obreras, el de Víctor Fuentes sobre los libros y sus lectores, o el de cuatro profesores de Instituto sobre la imagen de la República en los textos de Bachillerato desde la guerra civil hasta la actualidad. El tema de la economía y política económica, sujeto hoy a fuertes debates en torno, sobre todo, al análisis de la influencia en España de la depresión económica mundial y de su repercusión en los acontecimientos sociales y políticos, es apuntado por Senén V. Florensa. Por su parte, Juan José Carreras esboza algunos aspectos de un asunto generalmente descuidado en nuestra historiografía: el marco internacional de la Segunda República, cuya influencia en el avatar nacional es ignorada con demasiada frecuencia.

La recuperada «*Revista de Occidente*» dedica al tema su

primer extraordinario (números 7-8, Madrid, noviembre 1981) y lo hace en «un presente que no es ciertamente ajeno al legado de una legitimidad democrática quebrada, pero nunca del todo olvidada». El número recoge recuerdos de testigos de aquel tiempo: los de Elisa Morales (mujer de Bernardo Giner de los Ríos), redactados durante la República, y los de Julio Caro Baroja y Rosa Chacel, escritos en el presente. Da cabida también a un par de documentos: el artículo de Ortega en *Crisol*, *Hay que cambiar de signo a la República* (julio de 1931), y un amplio fragmento del discurso de Besteiro: *El marxismo y la actualidad política* (marzo de 1933).

En cuanto a los artículos de análisis histórico, ninguno de ellos tiene desperdicio. Edward Malefakis escribe unas interesantes páginas sobre la *peculiaridad de la República española* en las que, tras establecer comparaciones entre nuestra peripecia nacional y la de otros países, subraya las razones históricas que hacen que la Segunda República siga estando aún fresca en nuestra memoria, a diferencia de regímenes similares coetáneos a ella. José Carlos Mainer nos brinda, en un tono más literario del que suele darse en este tipo de artículos, un puñado de páginas preñadas de contenido sobre *los gustos culturales* del período. Santos Juliá insiste en la necesidad, que ya planteara en los coloquios de Pau de 1980, de revisar el prejuicio historiográfico consistente en enjuiciar a la República como antesala necesaria de la guerra civil, entendida ésta como una consecuencia del *fracaso de la República* cuando, en realidad, la guerra es producto del fracaso de un golpe militar. Este, además, fue dirigido contra un régimen que ofrecía consistentes

síntomas de estabilidad, que la guerra interrumpió forzando una polarización en dos bandos que no respondía, en absoluto, a la realidad social española, mucho más próxima al mosaico que al choque frontal de contrarios.

En los restantes artículos, Eduardo Espín expone *el panorama militar*; Jordi Palafox hace, en *La crisis económica*, un apretado resumen de sus estudios sobre la economía española del período; Román Gubern escribe unas páginas sobre el tema del que es experto: *el cine y sus mitos*; la norteamericana Rebecca Jowers hace unas consideraciones generales y propone un criterio de clasificación de las abundantes, y significativas, revistas literarias de la época; Javier Solana escribe unos comentarios sobre algunos *protagonistas de la ciencia*; el israelí Shlomo Ben-Ami publica un muy sensato comentario sobre siete de los más importantes libros acerca de la política republicana editados en España durante el decenio de los setenta; y, finalmente, dos artículos abordan el ineludible tema de las Misiones Pedagógicas: uno, testimonial, de Enrique Azcoaga, que introduce a otro, muy documentado, de la norteamericana Eleanor Krane, titulado *Cinco años de misiones*.

Menor interés de conjunto presentan los artículos dedicados a la República en *DIWAN* (número 11, Zaragoza, julio de 1981), ya que la mayor parte de los textos transcritos (Azaña, Ortega) son de fácil acceso y los restantes artículos no tienen, en general, particular enjundia, a excepción de la aportación de José Luis Abellán en su *Antonio Machado: la teoría de los apócrifos y su radicalización ideológica*.

En octubre del año del cincuentenario ha salido también

a la luz el volumen IX de la Historia de España publicada por Labor y dirigida por Tuñón de Lara, correspondiente a *La crisis del Estado: Dictadura, República, Guerra (1923-1939)*. Es el propio Tuñón, que ya produjera con su *La II República* (Madrid, Siglo XXI, 1976, 2 vols.) una de las más ajustadas obras de síntesis sobre este período, quien se encarga de dar cuenta del tema que nos ocupa, en tanto que Mainer da entrada en su parte, referida a Arte, Letras y Pensamiento (1923-1939), a la rica actividad cultural de la época republicana.

Cabe citar, finalmente, un librito en el que se recogen las opiniones políticas de quince notables intelectuales durante el período constituyente de 1931; la selección de este material hemerográfico, la introducción y las notas han corrido a cargo de Víctor Manuel Arbeloa y Miguel de Santiago, que titulan la obra *Intelectuales ante la Segunda Repú-*

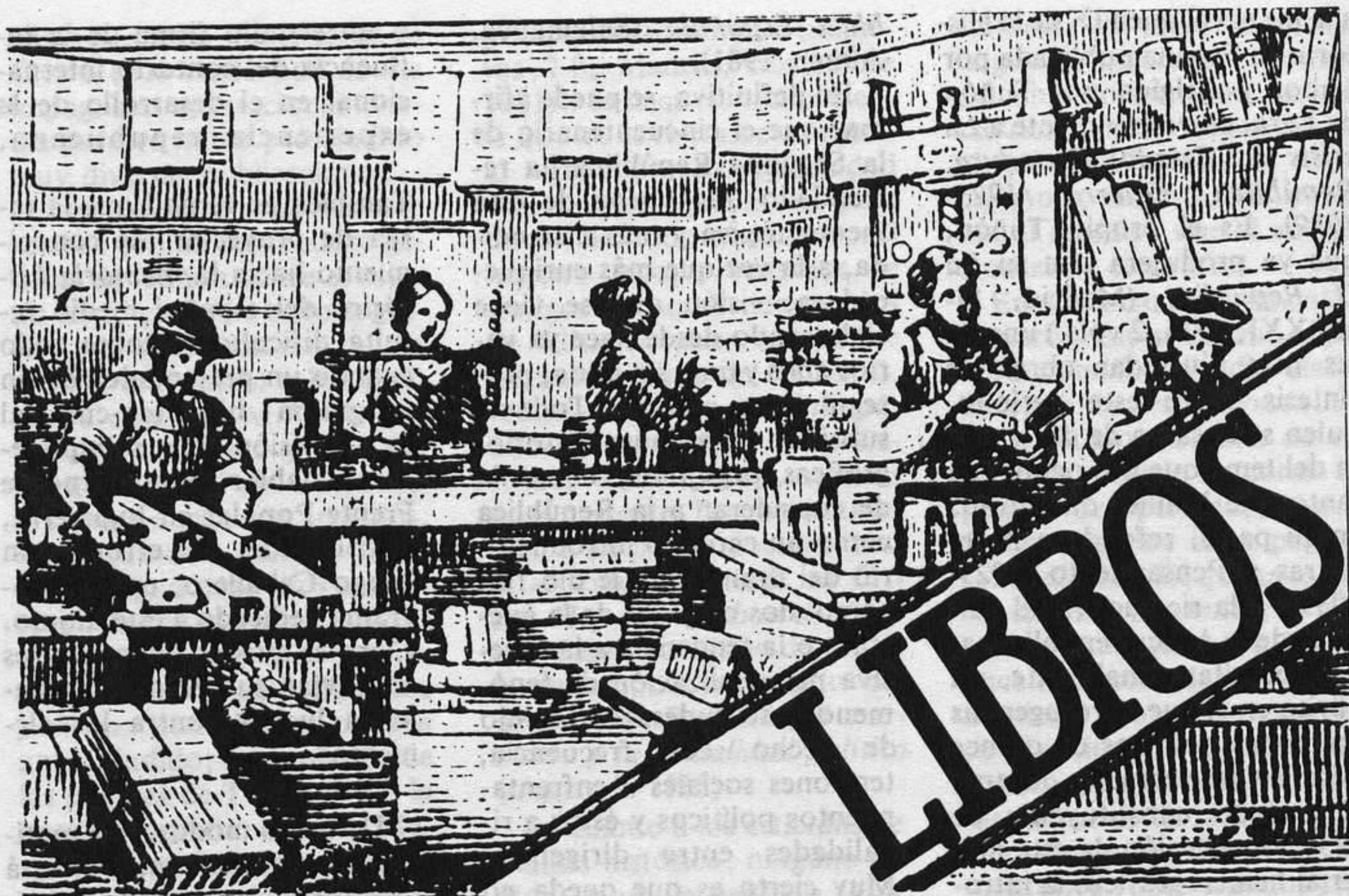
blica Española (Salamanca, Almar, 1981).

En definitiva, se puede afirmar que el cincuentenario de la Segunda República ha refrendado una visión de ésta menos tópica y más distendida, a la vez que más enriquecedora; visión que se viene elaborando desde hace ya varios años y que, sin duda, proseguirá su carrera. Todavía subsisten obsesiones historiográficas pegajosas, como la de considerar a la República como un capítulo introductorio del drama que le dio fin: como «los orígenes de la guerra», o la tendencia a la excesiva personalización de fenómenos y actitudes, reduciendo de hecho, con frecuencia, tensiones sociales a enfrentamientos políticos y éstos a rivalidades entre dirigentes. Muy cierto es que queda no poco por hacer en ciertos terrenos, como el análisis de la compleja estructura social de la España de la época (con fuertes diferencias regionales)

o un estudio firme de la influencia del contexto internacional en el desarrollo de la experiencia republicana.

También es verdad que la tarea de proyectar ese conocimiento hacia la *memoria histórica* del español medio resulta dificultosa, sobre todo cuando un presentador de un programa histórico-cultural de televisión puede impunemente hablar del gobierno de Frente Popular en Inglaterra, o confundir a Lerroux con Largo Caballero, en un programa dedicado a este último. Claro es que los historiadores no envían sus libros y artículos a luchas contra los elementos...

De todos modos, hay motivos para pensar que hoy está más cerca de nuestro conocimiento —y de nuestra sensibilidad— aquel tiempo truncado en que se intentó dar, por fin, una respuesta nueva a los viejos problemas de España.



EL AQUÍ Y AHORA DE FRANÇOIS MITTERRAND

Luis Pasamar

Ya se sabe: lo esencial no es la forma. Mas ésta, con harta frecuencia, está tan íntimamente relacionada, unida a veces con el fondo, que éste queda diluído si no tenemos presente aquélla. Lo decía Unamuno: el estilo hace al hombre, y, sin llegar tan lejos, sí creemos que tras la máscara de las formas se oculta la esencia, y en el caso de los políticos, las intenciones.

Bajo la sugerencia del ahora uno de sus más escuchados asesores, Jacques Attali, Mitterrand eligió a un periodista que le motivara, que le sirvie-

ra de aguijón, que supiera sacarle lo más recóndito, aquello que, por pudor o táctica, uno difícilmente manifiesta de *motu proprio*. Necesitaba, para alumbrar debidamente, una experimentada partera y la encontró en la persona de Guy Glaise, periodista por el cual no experimentaba excesiva simpatía, dice el actual inquilino del Elíseo en alguna parte.

Tuvieron varias entrevistas centradas en una serie de temas principales, salpicadas por el sabor que da la improvisación, y el resultado de todo ello, tras una cuidadosa pincelada dada por Mitterrand, es *Aquí y ahora* *.

Más que entrevistas, los textos que integran esta obra son unos diálogos no exentos de sabor platónico, que exhalan cierto espíritu de *grandeur*. El pensamiento de Mitterrand fluye por ellos como las aguas de un ancho río, lento y caudaloso. Aguas mansas

y profundas, no siempre claras, bajo las cuales audaces remolinos arrastran a quien osa asomarse a ellas. Anida, tras la calma aparente de Mitterrand, el vértice de un pensamiento envuelto en máscaras. En todo caso, resulta difícil contemplarlo y permanecer impasible.

La obra fue publicada a finales del ochenta y, en ella, el hoy presidente de «todos los franceses» expresa las ideas de su partido y sus opiniones particulares sobre los más variados temas: la política, por supuesto, la nacional y la internacional; los hombres de su época; el arte; la literatura; la juventud; el armamento; la estrategia de su partido; la vida en general.

A la historia, y esta obra forma ya, en cierto modo, parte del pasado, la observamos condicionada por el presente; la visión del mundo que nos rodea, y es evidente que muchas de las opiniones que

se manifiestan en este libro cobran mayor relieve tras la victoria socialista en Francia.

Las posturas que adoptó Mitterrand en la campaña presidencial y tras su elección a la Presidencia de la República están meridianamente expuestas en las páginas de *Aquí y ahora*. No aceptó Mitterrand, como sugerían no siempre bien intencionadamente algunos compañeros de su partido, que era un hombre viejo, acabado y que debía ceder el puesto a un candidato más joven. No compartía el criterio según el cual el electorado comunista es inamovible. Pensaba, por el contrario, que ante la disyuntiva de tener que elegir entre el candidato de la derecha y el de la izquierda, los electores que tradicionalmente se pronunciaban a favor del PCF se inclinarian por el Partido Socialista. Y tenía el firme convencimiento de que una victoria en las presidenciales provocaría una marea hacia la izquierda, por lo cual era indispensable disolver el Parlamento, convocar nuevas elecciones legislativas y asegurarse una mayoría absoluta en la cámara; y así fue.

Llegar a estas conclusiones, imponer estos criterios a su partido, y no ceder ni un ápice cuando todos los sondeos de opinión le daban perdedor, era dar pruebas de gran audacia o de insensatez, según se miren las cosas. Por aquellos días los sondeos de opinión eran unánimes: el candidato de la izquierda saldría derrotado. Mitterrand, al analizar el resultado de esas encuestas, llegó a unas conclusiones que es de esperar tenga siempre presente: los resultados de los sondeos siempre son favorables a quien las paga. ¿Tiene en cuenta el Eliseo este criterio cuando encarga algún son-

deo de opinión? ¿No será el estado de gracia una fórmula que se han sacado las agencias publicitarias de debajo de la manga? Queremos creer que no. En todo caso está visto que nuestro castizo «quien paga manda» funciona también más allá del Pirineo.

Al margen de los análisis de carácter político que, por supuesto, es lo que más abunda en este texto, nos topamos con referencias de innegable valor a su infancia, a la educación religiosa que recibió, a la influencia de una Iglesia conservadora en amplios sectores de la sociedad francesa de antes de la Segunda Guerra Mundial, a la evolución de ésta, a la aparición de corrientes cristianas progresistas, al pensamiento cristiano que ha sabido adaptarse y acercarse a los desheredados, al personalismo de Emmanuel Mounier.

La personalidad de Mitterrand, animal político por excelencia, se mueve entre dos polos que, sin ser irreconciliables, hace que su ser se debata en una constante contradicción: la tentación política y la tentación literaria, la admiración que siente por el creador, por el artista en su más amplia acepción. ¿No habrá algo de coqueteo en esa postura? El marcado interés que su gobierno ha manifestado por la cultura, se ha doblado el presupuesto del Ministerio de Cultura para 1982, lo que no deja de ser una medida audaz en tiempos de crisis económica, parece indicar que no.

Con acopio de datos, referencias, citas, Mitterrand va desgranando las relaciones con el partido comunista, y los argumentos que luego éste esgrimió para romper el programa común de la izquierda. No ignora el ex diputado de la Nièvre la capacidad de pene-

tración del PCF, ni su carácter estalinista; sin embargo, estima que la capacidad de movilización popular de esta fuerza es tan necesaria como indispensable para llevar a cabo cualquier intento de cambio en la sociedad francesa. Hombre de acción más que teórico, pragmático, sabe captar la realidad y aceptarla tal cual es. También León Blum pactó con los estalinistas, aunque cabe recordar que por aquel entonces Europa ignora gran parte de lo que ocurría en Moscú y que, a partir de entonces, la experiencia de entrismo se ha perfeccionado mucho en las filas comunistas.

El PCF no podía permitir la presencia en la escena política de un partido socialista fuerte que le restara el protagonismo de la izquierda. Tampoco los dirigentes del Kremlin veían con buenos ojos, a pesar de los elogios que hacen a la figura de Mitterrand, una experiencia socialista que escapa a los cánones marxistas-leninistas, y que está dispuesta a establecer un tipo de socialismo que no pase ni por los Gulags ni por la supresión de las libertades democráticas. El reto es de envergadura. La tradición mitterrandista se reclama de Jaurés, pasando por el humanismo de Blum, y la tradición republicana. El dilema que se presentaba a la izquierda no comunista no tenía otra alternativa: apoyarse en el partido del señor Marchais, lograr salir a la superficie, establecer una plataforma que garantice el protagonismo y la independencia de acción, único garante de las libertades democráticas, o permanecer divididos y ceder para décadas el gobierno del país a la derecha. Los socialistas galos optaron por la primera solución y han demostrado que su análisis era correcto, y que el peligro comunista era menor, como se ha visto también

por estos pagos, de lo que se temía.

A medida que nos adentramos en estos diálogos van perdiendo su sabor platónico y adquiriendo el tono inconfundible del tribuno indignado. Bulle en ellos *la sangre jacobina* por el cúmulo de arbitrariedades, escándalos financieros, asesinatos, suicidios y limitaciones a la libertad de expresión que jalonan el reinado de D'Estaing.

Mitterrand denuncia la penetración sibilina del giscardiano en los más recónditos estamentos de la sociedad, eliminando de ella la influencia gaullista y lo poco de la presencia socialista que los sucesivos gobiernos de derechas aún no habían logrado barrer.

Desde la Universidad a las escuelas públicas pasando por los prefectos, magistratura, radio y televisión, y cuerpo de aduanas, la purga de cualquier oposición a Giscard d'Estaing ha sido implacable. Junto a ello, el escándalo de los diamantes y las relaciones privilegiadas que Giscard mantuvo con el sanguinario Emperador Bokassa I. Durante meses el Elíseo hizo oídos sordos a la información que la oposición le cursaba respecto a las represiones brutales que Bokassa llevaba a cabo en su país, hasta que saltó a la prensa el asesinato masivo de más de cien chicos.

Otro punto oscuro de la era Giscard, y que saca de quicio a Mitterrand, es la muerte de Jean de Broglie. Asesinado por las calles de la capital por unos truhanes a sueldo, las explicaciones que dio el entonces Ministro del Interior, Ponia-towski, amigo personal de la víctima y hombre de confianza del Presidente de la República, no dieron satisfacción a nadie.

El proceso de esta muerte, cuyos móviles son desconocidos, se está desarrollando actualmente, y podrían verse implicados altos responsables del gobierno anterior.

Pero junto a estas críticas de forma, a lo largo de las páginas de *Aquí y ahora*, el actual Presidente de la República vecina va desgranando su pensamiento político. La visión del mundo y el tipo de sociedad que propone a sus contemporáneos. Unas relaciones humanas basadas en el respeto, la descentralización política de la nación más centralista de Europa. Terminar con el Estado napoleónico que ahoga a las diferencias regionales, culturales, étnicas, y devolver al país su propia personalidad. Tiene François Mitterrand vuelos de innegable lirismo cuando habla de la naturaleza, cuando rememora su infancia en el campo, el olor de las plantas, del ciemo, de los animales, el sudor en verano cuando se hace la cosecha, los árboles floridos en primavera y los caminos fangosos en otoño. El respeto por la naturaleza, por las relaciones humanas, el placer de la vida en su más amplia acepción, la no alienación por la sociedad industrial y monetaria; he aquí algunos de los temas que nos va descubriendo ese poeta que no deja nunca de ser François Mitterrand.

La finalidad de la política no es solamente la toma del poder, la pasión por el poder, sino el poder como medio para transformar la sociedad, para crear entre los hombres un tipo de relaciones más humanas, más justas. Un tipo de relaciones en las que la gran masa no se vea marginada, sino que hay que hallar las formas de movilizar ese potencial humano que está ahí, que no halla los cauces para realizarse. La política

abarca los aspectos jurídicos de la convivencia, pero paralelamente hay que fomentar la iniciativa, las asociaciones con un fin determinado, cultural, deportivo, estético, de protección, de ayuda al prójimo, velar por la defensa de las libertades, no perder nunca de vista que lo que se adquiere, las libertades, los privilegios, es preciso defenderlos constantemente; es preciso no perder de vista que, constantemente, acecha a la sociedad el peligro de perder las libertades más elementales. Un libro de reflexión, cantera de ideas, sugerencias, proyectos, cuya lectura no puede dejarnos impasibles.

(*) François Mitterrand: *Aquí y ahora*. Ed. Argos-Vergara. Barcelona, 1981.

UN IMPORTANTE ALEGATO EN FAVOR DEL SOCIALISMO DEMOCRATICO

M. Sánchez Ayuso

Después de una época conservadora, de una *ola* derechista consiguiente al primer impacto de la crisis económica mundial que se inicia convencionalmente en 1973, se abren nuevas perspectivas para la izquierda; y en este orden de cosas, la victoria de los socialistas franceses supone una esperanza y significa que ni los programas socialdemócratas ni los socialburócratas tienen un futuro hoy en día. El laborismo británico desarrolla

ahora sus planteamientos en un sentido similar. En cualquier caso, interesa difundir estas posiciones y que sean conocidas en España, al menos para que el necesario debate socialista (y, más allá, el debate nacional) cuente con el máximo conjunto posible de referencias y que, por tanto, no se desenvuelva en un mundo abstracto y de conceptos vacíos.

Tony Benn es un conocido líder laborista, de su ala izquierda. Ha desempeñado puestos ministeriales importantes en cinco gobiernos laboristas y, desde 1930, ha sido elegido miembro del Parlamento. Ha publicado algunos libros. Me gustaría ahora referirme al último aparecido, *Arguments for socialism* *, que recoge básicamente un conjunto de conferencias, artículos y entrevistas presentando una visión coherente de la alternativa socialista para el Reino Unido.

El autor insiste desde el primer momento en que ha acabado ya el consenso, basado en el pleno empleo y en el Estado de Bienestar, que ha dominado la política británica desde la guerra. El libro se estructura en tres grandes partes: las raíces del movimiento laborista, las experiencias de la década que acaba de finalizar y las perspectivas para los años ochenta. Benn explica el programa industrial laborista del año 1974 que conoce muy bien por haberlo instrumentado en gran parte, analiza la problemática del sector público industrial, estudia la experiencia de la política energética y ataca fuertemente la decisión de entrar en la Comunidad Económica Europea. Destaca estos temas para describir la experiencia de los años setenta, además de dedicar unas interesantes páginas

a la democracia, en las que significativamente escribe: «cuando la historia de este período llegue a ser estudiada en mayor profundidad, puede que muy bien se vean los problemas presentes de Gran Bretaña como derivados de poca y no de demasiada democracia».

Como indicaba antes, junto al examen de la experiencia, Benn plantea las opciones de futuro. Para él hay tres grandes esquemas de solución posible de la actual crisis: el monetarismo o la vuelta a un capitalismo puro y duro, el corporativismo entendido como la imposición de una disciplina para mantener la economía mixta y el socialismo democrático. Benn descarta como imposible la vieja política socialdemócrata dada la crisis de la política keynesiana y del Estado de Bienestar. Como es lógico, apuesta por el socialismo democrático combinando la inversión pública y el incremento del sector público con la autogestión, en una perspectiva de profundizar al máximo en la democracia política, económica y social. A partir de ahí, Benn subraya la necesidad de aumentar el papel de los sindicatos, plantea diversas formas de combatir el paro, insiste en la conveniencia de los acuerdos de planificación, destaca las ventajas de las cooperativas y, en suma, centra la problemática del socialismo democrático en un cambio real del equilibrio de poder en la sociedad. Dice Benn que si la profundización democrática tiene lugar, se podría llegar a una situación en la que sea el trabajo quien alquile el capital en vez de al revés.

El Mercado Común es una de las *bestias negras* de Benn y, en general, de toda la izquierda laborista. Para él, la

Comunidad Económica Europea representa una pérdida de autodeterminación política que supone una disminución de poder de los electores británicos en beneficio de una Comunidad cuyo Consejo de Ministros no se elige colectivamente por el pueblo británico. Benn sostiene que el Mercado Común es un instrumento de la burocracia, que supone una Europa capitalista con dificultades para avanzar hacia el socialismo y que se inserta en el mundo de los bloques.

La última parte del libro de Tony Benn es una apología de la ampliación de la democracia. Insiste el autor en que es preciso ir hacia un gobierno abierto, que es preciso reforzar ahí el poder democrático sobre los ministros y los funcionarios. Habla de la democratización de los sindicatos como tarea interna de éstos. Se refiere al papel de las fuerzas armadas en la democracia y a la democratización de los medios de comunicación. En resumen, subraya Benn la importancia de avanzar siempre en este terreno.

El libro de Benn es un importante libro político, más de tipo manifiesto que de análisis de una realidad. Se ha planteado así, y, a lo largo de sus páginas, se puede apreciar el vigor de sus posiciones y la resolución de su postura política. Benn ha sido objeto de feroces campañas de la derecha por su determinación en defender un programa que, en última instancia, se reduce a que el pueblo se autogobierne de verdad. Como indicó David Coats en una reseña del libro: «La fe de Benn en la capacidad de la gente corriente para gobernarse a sí misma emerge aquí como el rasgo más atractivo de la política de un hombre, caricaturizado tan frecuentemente por la

prensa popular como la mayor amenaza del partido laborista a la democracia y a la libertad».

(*) Tony Benn: *Arguments for Socialism*, editado por Chris Mullin, publicado en 1979 por Jonathan Cape y, en 1980, por Penguin Books.

PIAGET O LA PASION DE INVESTIGAR

S. Sánchez Torrado

La obra y pensamiento de Piaget es una de las aportaciones intelectuales más importantes de nuestro siglo. El interés del libro que comento * no alcanza sólo a los especialistas en psicología o pedagogía, a los expertos en un sentido más o menos amplio, sino que toca de lleno a toda persona sensibilizada en estas cuestiones y que desea conocer mínimamente el pensamiento de este gran hombre.

No es éste un libro de contenido sistemático, aunque está dividido por temas. Su estilo coloquial y fluido hace más fácil y sugestiva la lectura para quienes no conocen apenas nada de la obra de Piaget, y puede servir de estimulante introducción a ella. Para los ya iniciados en su pensamiento, resulta un complemento adecuado y enriquecedor.

La lectura de estas páginas rescata, en primer término, el perfil humano del intelectual de la consideración despectiva que, frecuentemente, merece

por parte del hombre de la calle. Lo que no es poco y supone una aportación de mayor envergadura que el interés estricto del libro en sí mismo. El alejamiento de la realidad, la sofisticación o la pedantería que suelen acompañar a mucha gente *de pensamiento* se ven desmentidos aquí por la naturalidad de un hombre cercano y cordial, espontáneo, que habla de temas muy diversos, que trabaja incansablemente en su ancianidad y que dedica los días de descanso a pasear en bicicleta por los alrededores de su casa. La figura de Piaget, a pesar de su carácter privilegiado y genial, supone un desafío para la mediocridad de muchos *intelectuales* y para el papanatismo de tantos *admiradores* y seguidores.

¿Psicólogo, biólogo, filósofo, epistemólogo? En un trabajo que ha durado medio siglo ha escrito los libros que han revolucionado el pensamiento científico contemporáneo. Su teoría demuestra que la evolución de la inteligencia de los niños reproduce en sus etapas el proceso histórico del conocimiento humano.

En estas conversaciones con Jean-Claude Bringuier, periodista de la prensa y la televisión francesa, Piaget habla libremente de sus trabajos y sus días. Se trasluce en ellas, sobre todo, su pasión por la investigación, hecha de rigor y de talento. ¿Qué es el talento? Como él mismo dice, es «el secreto más misterioso». De él hace gala Piaget con sencillez admirable. Y con un cierto coraje también.

He aquí algunos de los temas que desfilan por estas páginas: qué es la psicología; sabiduría e ilusión de la filosofía; el niño como modelo de

inteligencia en desarrollo; los mecanismos de asimilación y de acomodación; conocimientos y afectividad; la causalidad y la interpretación de los fenómenos de la realidad; la toma de conciencia; la memoria; la creatividad; la investigación fundamental y aplicada, etc.

Una de las características de Piaget ha sido siempre volver a reunir en el trabajo en curso todas las adquisiciones de las investigaciones pasadas, lo que confiere gran coherencia a su pensamiento. Sus colaboradores —algunos de los cuales también hablan a lo largo de estas páginas— admiran en él no al psicólogo de la niñez sino al filósofo de las ciencias que eligió al niño como instrumento de conocimiento. Está convencido de que no hay ninguna frontera entre lo vital y lo mental, entre lo biólogo y lo psicólogo. Lo único que realmente importa es saber leer el lenguaje del comportamiento (para Piaget la psicología es ciencia del comportamiento, no de la conciencia).

Piaget comenzó trabajando como biólogo, y el paso a la psicología se realizó porque quería comprender las condiciones en las que se producía el conocimiento. Deseaba encontrar (leyendo a Kant y a Bergson) un punto de interferencia entre los hechos y la reflexión. También confiesa que sintió los peligros de la especulación, que le atraía. La reflexión para él es una forma de plantear los problemas y no un modo de resolverlos. Conocimiento y creencia se distinguen. El conocimiento empieza a partir del momento en que es comunicable y controlable, aunque existen también conocimientos cualitativos.

Impresiona en Piaget la libertad de espíritu, la viveza, apasionamiento y rigor de su aportación científica. El cree en la investigación interdisciplinar y colectiva. Al estudiar la formación de los conocimientos, todos los problemas epistemológicos aparecen ligados entre sí y con la investigación psicológica. Su problema central es cómo llegar a lo nuevo. Lo admirable en el niño es encontrar siempre un individuo que parte de cero y ver qué ocurre. Pero Piaget matiza hablando de la indolencia del medio social y del carácter creativo de la adolescencia. Las estructuras de conocimiento se construyen por interacción entre las actividades del sujeto y las reacciones del objeto. La necesidad de la estructura está ligada a una necesidad de coherencia interior y de organización, sin lo cual es la anarquía interior y el desorden. La inteligencia es, por definición, la adaptación a situaciones nuevas y una construcción continua de las estructuras.

La asimilación es, ante todo para Piaget, un concepto biológico, lo que significa que el medio está subordinado a la estructura interna y no a la inversa. No hay acomodación sin asimilación, y viceversa. Piaget llama adaptación al equilibrio entre la asimilación y la acomodación. Ambas se respaldan, constituyendo el ajuste dinámico de la conducta, y no un mero equilibrio estático.

El niño sufre una transformación lenta, aunque a veces sus tomas de conciencia pueden ser abruptas, bruscas. Es importante la capacidad de excitar al niño, de interesarlo sin sugestionarlo. El motor de la inteligencia es básicamente efectivo y los sentimientos, a su vez, albergan estructuras

de conocimiento. A Piaget la búsqueda de la unidad le parece mucho más sólida que la afirmación de la unidad. Cualquier investigación sobre el niño, sobre la inteligencia, sobre la percepción se inscribe en un cuadro de conjunto.

Piaget es un hombre rigurosamente contemporáneo, de un hermoso eclecticismo universalmente reconocido y que vive una nítida pasión por la investigación. En opinión de Howard Gruber, discípulo y colaborador suyo, Piaget es el psicólogo del mundo que más ha hecho para desarrollar una teoría de la creatividad. Es preciso buscar siempre una síntesis de todo, una síntesis que progresa y se enriquece. Hay que retomar viejos temas, rehacer mucho, tener varias cosas en marcha a la vez, todos a la luz de los nuevos descubrimientos que se realizan. El trabajo en equipo es fundamental. La ciencia es una construcción del mundo a través del espíritu del hombre, y lo que se busca es una construcción que sea hermosa, simple y armoniosa. La ciencia tiene mucho en común con el arte.

Muchas otras cuestiones de interés encierran estas páginas, en el estilo llano y penetrante de la conversación. Toda ella es un muestrario vivo y cálido de un pensamiento hondamente iluminador.

(*) *Conversaciones con Piaget*, Jean-Claude Bringuier. Ed. Gedisa. Barcelona, 1981. 2.ª edición.

JOSE MARIA GUELBENZU: HACER LENGUAJE LA HISTORIA

Luis Suñén

La obra de José María Guelbenzu, compuesta ya de cinco títulos —*El Mercurio*¹, *Antifaz*², *El pasajero de ultramar*³, *La noche en casa*⁴ y *El río de la luna*⁵— aparece ante su lector como uno de los más raros ejemplos de coherencia en su planteamiento, de trabajo hacia la madurez del propio estilo, de toda la novela española que se ha escrito en castellano a lo largo de los últimos años. Guelbenzu comenzaba en 1968 publicando un relato lleno de buenas intenciones vanguardistas, de influencias que comenzaban en Joyce y acababan en Cortázar, de irregularidades y de logros, pero también de una evidente ambición por ese tan necesario trabajo que ha de ser, para quien escribe, el hacer literatura desde la propia literatura. *Antifaz* proseguía esa línea voluntariamente excéntrica respecto a gran parte de lo que le era contemporáneo y, ahora, con la perspectiva que otorga el tiempo, también —junto a *El Mercurio*— el inicio de una obra que sabría superar sus límites impuestos con inteligencia y profundizar en un intento que el propio Guelbenzu definiría con toda precisión: «hacer lenguaje la historia».

Luego, tras un paréntesis de siete años, vendría *El pasajero de ultramar*, un libro que quizá se quede siempre un poco a trasmano al hablar de la obra de su autor, pero al que

probablemente el tiempo vaya otorgando la importancia que, sin duda, posee. El paréntesis entre *Antifaz* y *El pasajero de ultramar* representa una revisión de actitudes más sobre el lenguaje que sobre la historia y el inicio de un planteamiento más tradicional de la estructura del relato, pero también más capaz en su acción indagadora, como mejor dotado a la hora de abordar esa profundización en un yo concreto que es también el nosotros de toda una generación. Y no se vea aquí, pues es justamente lo contrario, tal término como limitación espacio-temporal. El centrarse de unas obsesiones representará en Guelbenzu —como en todo gran escritor, como en toda literatura verdadera— el ensanchamiento de su propio cauce expresivo. En tal sentido, *El pasajero de ultramar* representa una transición evidente cuya importancia crece desde el momento en que se emprende una lectura inversa de la obra de su autor, partiendo de su madurez presente hacia el inicio de su escritura.

La noche en casa es la primera evidencia de la maestría de José María Guelbenzu. No diría que sorprendente evidencia, por cuanto era inexorablemente lógica tal consecución en el proceso de su indagación y de su estilo. La confrontación escritura/historia —complementarias, creadora la una de la otra en un proceso multívoco en el caso de su autor— se produce, una vez más, a través del estilo, del desarrollo de todas sus virtualidades. En *La noche en casa*, además, Guelbenzu introducía un componente fundamental en su obra, como en toda obra de arte: la complicidad con su lector. Aquella novela introducía legítimamente —es decir, por medio de la

escritura— eso que nuestros mayores llamaban la vida en la literatura. Guelbenzu se decidía a retomar el proceso de reconocimiento de lo real que, por medio de distintos procedimientos, había intentado a lo largo de sus libros anteriores, y en su breve novela conseguía hacer de un encuentro casual, de una acción como tantas —por eso tal vez única en su temporalidad, casi en su instantaneidad—, una lección de indagación en su personaje y en su lector. La anécdota se trascendía en el lenguaje, el momento se eternizaba y la mínima peripecia alcanzaba cotas de ejemplaridad, tanto en su dimensión moral —como en todo indagador, en Guelbenzu hay un contenido moral que se trasluce en la conducta de sus personajes preferidos— como en su magnífica, casi perfecta resolución formal.

Las escasísimas reservas que a un lector exigente pudiera plantearle *La noche en casa* desaparecen, a mi modo de ver, tras el encuentro con *El río de la luna*. Es ésta no sólo la obra maestra de José María Guelbenzu sino, creo, una de las novelas más importantes aparecidas en España desde muchos, muchos años atrás. Uno es consciente de lo que representa juzgar sin perspectiva —apasionante y peligroso, obligación, sin embargo, de todo crítico que acepte los inconvenientes de tan arriesgado menester—, pero se ve también en la obligación de apostar por aquello que cree deberá resistir el paso del tiempo. Y he aquí uno de esos libros por los que uno apostaría sin dudarlo. *La noche en casa* es —y ya me parece un síntoma— una de esas novelas cuya lectura no termina en el hecho físico de cerrar su última página, sino que se prolonga en la reflexión casi

inevitable que provoca la evocación involuntaria de sus momentos más gratos, como sucede con ese fragmento de una música cualquiera que nos ha impresionado, que nos ha puesto en sintonía perfecta —dramáticamente perfecta, quizá— con nosotros mismos, y que vuelve, una y otra vez, a establecerse en nuestro interior, dueña del yo y de su momento presente. *El río de la luna* es, en tal aspecto, una consecuencia lógica del desarrollo de planteamientos ya verificados en *La noche en casa* y, a la vez, una profundización casi definitiva en la relación entre historia y literatura que era para Guelbenzu el asunto capital de su narrativa. Y ello llega desde un paso más en la relación entre autor y lector, desde una complicidad a la que coadyuva de modo fundamental la relación ya establecida en *El pasajero de ultramar* y, sobre todo, en *La noche en casa*.

El río de la luna es la historia de su protagonista, Fidel Euba. El protagonista que al lector de Guelbenzu podrá recordarle al Chéspir de *La noche en casa*, como Teresa, con quien vivirá una aventura amorosa prodigiosamente narrada, suscitará el recuerdo de la Paula de la anterior novela, quizá el mejor personaje —con el propio Fidel Euba— trazado nunca por Guelbenzu. La niñez, la adolescencia —y el marco en que ellas se desarrollan, la realidad que es analizada a través de la indagación del autor y de su personaje—, los viajes, las amistades, desembocan en esa historia personal que es la relación entre Fidel y Teresa y que marca irremediamente la vida del protagonista. Si no fuera tan peligroso por tópico, por mal interpretable, no quedaría más remedio que hablar de una historia de amor,

una historia que desencadena todo un proceso de reconocimiento en su personaje, paralelo a esa doble acción del lector como develador de la ficción y de su sentido profundo. Porque Guelbenzu, como sin proponérselo pero con una inteligencia admirable, está trazando las señas de identidad de un grupo generacional, está revisando la realidad desde su riguroso concepto de la escritura.

Tiene mucho *El río de la luna* de novela total, de experiencia del todo, de intento porque todo sea literatura y se explique desde ella. Hay en la novela la angustia del desconocimiento —su primera parte—, el miedo del progresivo reconocerse —el encuentro entre Fidel y Teresa y lo

que ello implica, la relación de aquél con Delia y el abandono que seguirá—, la inevitabilidad de un destino inexorable, único, intransferible, que no es otro que la muerte. Y la presencia de las mujeres —como siempre en Guelbenzu— que todo lo cubren con su presencia y con su no estar, con su fuerza, con su ausencia de contradicciones, siempre por encima de un Fidel o de un Chéspir —en *La noche en casa*— que las necesitan, que son sólo en cuanto ellas también son.

El río de la luna es, pues, el punto máximo de la narrativa de su autor, como compendio de obsesiones y de desarrollos formales. Su propósito de hacer lenguaje de la historia adquiere lo que habrá de ser el

mejor de sus logros, la más lógica conclusión de tal premisa: hacer historia del lenguaje. En Guelbenzu su lector habrá, pues, de indagar en esa doble dirección cuyos extremos le llevarán de nuevo a un viaje de vuelta. Ficción y lenguaje, ética y escritura alcanzan así esa reciprocidad que sólo se da en la obra de arte verdadera, que sólo surge, espléndida, desde la belleza y la inteligencia del estilo.

¹ Seix Barral. Barcelona. 1968.

² Seix Barral. Barcelona. 1969.

³ Galba Edicions. Barcelona, 1976.

⁴ Alianza Editorial. Madrid. 1977.

⁵ Alianza Editorial. Madrid. 1981.



EL HUMANISMO POETICO DE FRANÇOIS TRUFFAUT

Miguel Rubio

«El arte cuando es libre, es testimonio, conciencia.»

Octavio PAZ

François Truffaut parecía gozar de cierto desprestigio en los últimos tiempos. Nunca ha sido ningún mimado de cierta parte de la crítica que, con frecuencia, ha acumulado en su contra muchos malentendidos. Es verdad que el público le estima más que la mayoría de los críticos. Y los cinéfilos se dividen entre los que le admiran sin reticencias —viéndose reflejados en él como en un espejo— y los que, con tacañería, le estudian con lupa, como si se tratara de un desertor, un traidor a la religión de la cinefilia, el azote de herejes convertidos a la heterodoxia, el asimilado por el sistema, después de haberle dinamitado tantas veces.

Sea como sea, Truffaut parecía un valor perdido estos últimos años. Su último éxito

popular y de crítica —suele aunar los dos cuando da en la diana— fue *La noche americana*, lo que le ha permitido realizar cinco películas sin problemas económicos, aunque no hayan sido bien recibidas: *Une belle fille comme toi*, *La historia de Adèle H* —uno de sus films más hermosos y revulsivos, pero también menos comprendidos—, *La piel dura*, *El hombre que amaba a las mujeres* y *La Chambre verte*. Pero, de pronto, en torno suyo se hace de nuevo la unanimidad. Vuelve a ser considerado como un genio. Atrae hacia él todos los focos de atención. *El último Metro* canaliza el respeto y la admiración. El éxito le permitirá trabajar otros cinco años en libertad.

Recientemente, presentada en San Sebastián, ha sido acogida con entusiasmo por los truffautianos y los demás su última película, *La femme d'à coté*, todavía no estrenada en España, y que está obtenien-

do un gran éxito en Francia. Pero no sin provocar polémica, alguna que otra reticencia de los bienpensantes a la violeta y hasta desagrado en ciertos ambientes. Una historia de amor como ésta —entre la frialdad entomológica de *La piel suave* y la pasión lírica de *La sirena del Mississippi*— no podría promover más que ese entusiasmo de unos y ese rechazo de otros. Como tantas otras veces, este hombre que contempla con tanta ternura a sus personajes y que trata de imponer su estilo terso hecho de matices, ha traído con él el escándalo. A través del amor —o la imposibilidad de vivir en el desamor— nos ha arrojado a la cara unas cuantas imágenes y nociones que nuestros convencionalismos no aceptan fácilmente: que se muera de amor, que la pasión amorosa pueda llegar hasta el suicidio, parece ser hoy una idea incómoda para el sistema de valores establecidos. A la chita callando, lateralmente, *par la douceur*, como él di-

ría, Truffaut sigue siendo un inconformista, un empedernido luchador contra el convencionalismo.

En veintidós años, Truffaut ha realizado otras tantas películas. Para ser exactos: veinte largometrajes y dos cortometrajes. Estos dos son poco conocidos, aunque uno haya sido exhibido comercialmente en España, *L'Amour á vingt ans*, y el que supuso su debut como realizador, *Les Mistons*, realizada antes de *Los cuatrocientos golpes*, donde una pandilla de cinco niños atisba, persigue y acosa a una pareja de novios que no se casarán porque ella muere en un accidente casual pocos días antes de la boda. A lo largo de su filmografía, sistemáticamente, Truffaut ha criticado elementos esenciales de nuestra conducta privada o colectiva, de nuestra moral íntima o pública, de nuestras costumbres mentales o sociales. De una manera u otra, en todos sus films plantea ciertos problemas que reclaman nuestro interés, nuestra participación de seres existenciales. Pero todo ello ofrecido con un tono directo, coloquial, sencillo, sin figuras retóricas demasiado brillantes, como para dejarnos ensimismados, cargados con las ideas o propuestas morales que él debate en sus películas.

No en vano es un autodidacta, un hombre que cree en el hombre y en la cultura, que ha defendido la idea de la educación, al hombre de la civilización frente al de la naturaleza, en *L'Enfant sauvage*, o la necesidad de la cultura y los libros, la tradición del arte como reflejo de la libertad del hombre, en *Fahrenheit 451*. Formado a sí mismo en el duro *plateau* de la vida, tímido, soñador, buen conversador

sobre todo aquello que le apasiona —el cine, la literatura, el amor, la infancia...—, su vida ha sido agitada. *Miston* o *voyeur*, su pasión por el cine le llevó a los quince años a robar dinero a su abuelo para montar un cine-club. Un hombre le sacaba del reformatorio donde le encerraron y se encargaba de su educación, primero convirtiéndole en un gran crítico de cine y después en un cineasta que está realizando una de las obras más personales de estos últimos veintiocho años del cine. ¿No les trae a la memoria estos datos autobiográficos *Los cuatrocientos golpes*, y ese prodigio de arte trascendido de nociones esenciales que es *L'Enfant sauvage*? Aquel hombre —la figura de padre intelectual más evidente que conocemos— fue André Bazin, sin quien la crítica cinematográfica no sería gran parte de lo que es hoy.

Pero Truffaut es también un hombre libre que se busca, se interroga, trata de ser consciente. Pocos como él saben hablar de cine, explicar sus preocupaciones esenciales, explicitar sus sueños, conectar su trabajo con el de los demás, enraizar los fenómenos cotidianos en su contexto histórico. Hablar con él, distendidamente, en la intimidad —sus grandes entrevistas lo demuestran año tras año— es una gran experiencia. Utiliza el mismo tono íntimo, la misma testaruda lógica, el afán de convencer, de sus films. Pero nadie mejor que él mismo lo ha expuesto:

«Hago películas para realizar mis sueños de adolescencia, para hacerme bien y, si es posible, a los demás. Para muchos, el cine es una escritura; para mí será siempre un espectáculo en el que está prohibido aburrir o dirigirse sólo a una parte del auditorio. Co-

mo todos los audidactas, trato siempre de convencer.»

Es difícil hacer una declaración de principios tan precisa y tan coherente. He estado a punto de escribir *tan sólida*. Y es que no sólo habla de intenciones, es un autorretrato. El crítico Truffaut era así de rotundo, de claro, con esa capacidad de síntesis para definir con pocas palabras contenido y estilo, moral y estética, referirse al contexto e incidir al tiempo en lo personal...

Muchos estamos convencidos de que los equívocos, malentendidos y malestares que provoca todavía hoy, después de una filmografía tan evidente, se basan en su pasado de crítico. Ningún otro cineasta —ni siquiera sus compañeros del equipo de redacción de *Cahiers du Cinéma*, Rivette, Chabrol, Rohmer, Godard— alcanzó jamás tal prestigio y celebridad como críticos. Ni una influencia tan grande. Quizá Rivette y Rohmer fueran críticos más exquisitos. ¿Lo fueron acaso tan profundos? Pero ninguno de ellos llegó a ser tan famoso como él. No por su trabajo en *Cahiers*. Su gran operación crítica la realizó fundamentalmente en el semanario *Arts*, donde semana tras semana aleccionó, provocó, irritó, admiró, descubrió, reflexionó, dictó fobias y filias, creó toda una forma de ver, interpretar, escribir y hablar de películas.

Vayamos a la anécdota, que a veces contiene lo esencial. Cuando Truffaut empieza a escribir en *Arts* en 1954, el semanario tira unos cincuenta mil ejemplares. En 1959, la tirada media sobrepasa los quinientos mil. En ese año abandona la crítica cotidiana —nunca ha dejado de ser un crítico, como lo demos-

traría años después con su gran libro de entrevistas *Le Cinéma selon Hitchcock*—, para convertirse en director. Poco más de año y medio después, la revista tiene que cerrar porque no se vende. En toda la historia del cine no ha habido nunca alguien que provocara tanta pasión con sus escritos como él. Otra anécdota más. En 1958, los directivos del Festival de Cannes le echan como periodista. Un año después, acude oficialmente con *Los cuatrocientos golpes* y recibe el premio al mejor realizador.

Y es que la pasión cinematográfica de Truffaut se realiza siempre: como aficionado, animador de cine-clubs en su adolescencia; como crítico en su juventud; como productor, guionista y director, después; siempre como infatigable agitador de la conciencia del cine, sin puritanismos a lo Godard, sin malditismos a lo Rivette, sin desfallecimientos a lo Chabrol...

«El crítico debería ser, generalmente, el intermediario entre el autor y el público, explicando al segundo las intenciones del primero, señalando al primero las reacciones del segundo, ayudando eficazmente a uno y otro a ver más claro. Para ello, hay que poder remontarse a las intenciones y adivinar al hombre detrás del film...». A menudo ha expuesto sus ideas sobre la crítica, como en este artículo de junio de 1957, en *Arts*, titulado: *Nous sommes tous condamnés*.

Como crítico, Truffaut era un perfecto ejemplo de equilibrio en sus contradicciones. Por supuesto, también de dotes. Pero el equilibrio que presidía su trabajo era admirable. ¡Qué difícil resulta siempre mantenerse en el fiel de la

balanza entre la pasión y la reflexión! A cuantos críticos les pierde el que se desequilibren a un lado o a otro. Un crítico demasiado apasionado puede ser tan perjudicial como si es demasiado reflexivo. No se olvide que la crítica es una forma de amar o no es nada. Pero en Truffaut se producía siempre que, a mayor pasión, mayor capacidad de reflexión. Cuanto más entregado, más capaz de bucear en la obra. Naturalmente, eso le ocurre también como cineasta. La pasión de sus criaturas más profundas no les impide ser al mismo tiempo muy lúcidas. Es evidente que, pasión reflexiva o reflexión apasionada, según los casos, de este equilibrio nace su potencia creadora.

Otro malentendido sobre Truffaut se basa en esto: ha traicionado al crítico. Este decía unas cosas, mientras el director hace otras. Aquel agitador de conciencia, aquel emblema de una generación, que preconizaba un cine más libre, que era ferozmente violento contra el sistema, ha sido asimilado por éste. Nada menos cierto. Que sea un director famoso, sin problemas para trabajar, no quiere decir que sea un defensor del sistema. En realidad, ningún artista sincero lo es, por muy armoniosa que sea su visión del mundo o por muy exultante que sea su pasión de vivir.

Truffaut es un enemigo de los clanes. Un tímido que sólo se siente a gusto entre los amigos. Incluso sólo a veces con los amigos a los que trata con asiduidad. Quizá su violencia y su sarcasmo, que saca a relucir a veces, procedan de ahí: de que necesita sentirse encajado y cómodo con las cosas y las gentes para mostrarse tal y como es. El lo ha dicho muchas veces: es un individualista que huye del grupo. «Sien-

to una desconfianza total con respecto a los grupos humanos, del hombre en plural. En el grupo existe siempre un riesgo de impureza. En revancha, siento un amor muy grande por el hombre en singular. El hombre en grupo es siempre culpable. El hombre solo es vulnerabilidad. Vulnerabilidad del niño de *Los cuatrocientos golpes*, de Aznavour en *Tirez sur le pianiste*, de Jeanne Moreau en *Jules et Jim*. Es eso lo que me interesó en sus personajes».

Sus páginas de crítico están llenas de afirmaciones en este sentido, de análisis de personajes vulnerables que otorgan al relato en que están insertos una grandeza lírica y moral que trasciende a la forma misma, que la permeabiliza de contenido ético.

A propósito de *Johnny Guitar* escribe: «Se trata siempre de violencia y de soledad moral en un universo desesperado donde todo lo que sucede es amargo...». De *La colina del diablo*, de Anthony Mann: «Tratando del hombre solo, su miedo, su sudor, sus zapatos, su cigarrillo». De *Los sobornados*, de Fritz Lang: «La soledad moral, el hombre que lleva una lucha contra un universo semihostil, semidiferente, tal es el tema favorito de Lang...». Muchos otros ejemplos podrían ofrecerse en este sentido. Pero, como siempre, su capacidad de síntesis, su facilidad para la expresión totalizadora la encontramos en esta frase: «Me gustan mucho las gentes de la sociedad, pero a condición de que estén completamente solos, que no se organicen en bandas».

Todos los personajes de Truffaut, desde el pequeño Antoine Doinel que hacía novillos en 1959, hasta la vecina

que reencuentra a su amante del pasado, pasando por el pianista, la joven azafata de *La piel suave*, el bombero de Ray Bradbury, la novia de luto, la hija de Víctor Hugo que lleva a sus últimas consecuencias el *amour fou* y los postulados del romanticismo, el amante de las mujeres, el hombre que convive con los muertos, la actriz que se debate entre el mundo claustrofóbico de su marido y los afanes resistenciales de su compañero de trabajo..., todos los personajes de Truffaut tienen esa condición de seres solitarios que tratan de adaptarse al mundo, después de haberlo cambiado un poco, demostrando con su talante y su dificultad de ser que sólo puede uno realizarse desde y a partir de uno mismo.

Alexandre Astruc es uno de los varios maestros de Truffaut. Quizá, como crítico, sea quien más influyó en él después de Bazin. De su película *Les mauvaises rencontres* escribe Truffaut: «Astruc no juzga a sus personajes; les mira con una gran lucidez, con una ternura muy grande y, sobre todo, con una grandeza absoluta, puesto que él está un poco en cada uno de ellos». ¿No se podría decir otro tanto de la relación de Truffaut con sus personajes? Lo mismo que muchas cosas que Astruc ha escrito pueden servir para explicar la actitud moral y estética de Truffaut, su manera de actuar con la cámara frente al actor y el personaje, en un intento de hacer desaparecer los términos de esta dialéctica, llegando a la creación del personaje-actor, a la síntesis de los dos. Por ejemplo, Astruc decía: «El personaje no libera su secreto más que al borde de la espera, frente a la cámara en el momento en que el nacimiento de un reflejo de alegría o de

tristeza hace bascular, de pronto, la significación del drama».

Detengámonos un momento. Proyectemos en nuestro Museo Imaginario las imágenes que allí permanecen, invioladas, de *L'Enfant sauvage*. Truffaut, convertido en actor, realizando la puesta en escena directamente en el espacio, conduce el drama del niño del Aveyron según el sistema propuesto por Astruc. Y de ahí surge el temblor poético de este drama que nos habla con palabras justas de una parábola esencial: la necesidad del hombre de recibir la enseñanza del hombre para crecer y desarrollarse. El mismo Truffaut para colocar la cámara e ir situando en el mundo civilizado al niño que viene directamente del seno materno de la naturaleza, está basado en esta manera llena de ternura de mirar a los seres humanos, de colocarse más allá de la distancia de la contemplación, en un movimiento de aproximación que es claramente de identificación, con algo de quien se contempla en un espejo. Pero, ¿qué otra cosa ha hecho siempre Truffaut? ¿Quién es Antoine Doinel sino este movimiento de Truffaut hacia Jean-Paul Léaud, reflejo de sí mismo, hasta surgir de ahí el Doinel que vive las etapas de su vida, el niño de *Los cuatrocientos golpes*, el adolescente de *L'Amour à vingt ans*, el joven que encuentra el amor de *Besos robados*, el hombre que intenta insertarse en la vida de *Domicilio conyugal* y que termina por enfrentarse con las disonancias del mundo y las tentaciones de la vida?

Pero esto ocurre no sólo con Doinel o Víctor de l'Aveyron, sino con todos los personajes, incluidos los secundarios, a veces hasta los

episódicos. Y cuando no lo logra, se produce el fracaso. Por ejemplo, en *La peau douce*. El protagonista es el escritor, quien lleva toda la acción. Truffaut desprecia de alguna manera al actor, Jean Desailly, y el personaje queda un tanto distanciado, demasiado opaco. La relación amorosa con la cámara aquí la tiene Truffaut con la azafata, ser aterido que no se adapta a las condiciones de la aventura amorosa clandestina. Ahí Truffaut se siente fascinado, seducido. La cámara la sigue y la contempla con un afecto muy vivo. Es que François Dorléac le parece un espectáculo humano en sí mismo. Es lo que le volverá a ocurrir después con la hermana de la actriz, Cathérine Deneuve, con la que llega a establecer una relación con la cámara que es, a la vez, vampírica y afectiva. Si la Jeanne Moreau de *Jules et Jim* la antecede en este tratamiento afectuoso y sublimizado, la Deneuve (*La sirena del Mississippi*, *El último metro*) le sitúa en esa relación dialéctica que él mismo expuso una vez: «Para mí los grandes momentos del cine son la coincidencia entre los dones de un director y de una actriz dirigida por él: Griffith y Lilian Gish, Sternberg y Marlen, Fritz Lang y Joan Bennet, Renoir y Simone Simon, Hitchcock y Joan Fontaine, Rosellini y Magnani, Ophüls y Danièle Darrieux, Fellini y Masina, Vadim y B.B... A partir de ahora hay que añadir Preminger y Jean Seberg... Nos ofrece «un espectáculo cuyo secreto ellos guardan, un espectáculo que sólo les concierne a ellos».

En *La Sirena del Mississippi* este milagro se produce con Marion-Deneuve, lo que ha hecho decir a Dominique Fanne, autora de un libro excelen-

te sobre Truffaut: «De plano en plano, de escena en escena, Marion nace al amor». Truffaut es a la vez el taumaturgo y la comadrona de este alumbramiento de una criatura al amor. Una criatura que exclama al nacer, en una de las escenas de amor más hermosas que hemos visto: «Vengo al amor, Louis, me duele, Louis. Me duele, ¿es eso el amor, es que el amor duele?».

Esa actitud que produce esta manera de enfrentarse a los personajes con la máxima ternura, de mimarlos y conducirlos hasta ser ellos mismos, fenómenos puramente cinematográficos, es muy propia de Truffaut y se basa en un principio que ya enunciaba cuando era crítico: «Me preocupo mucho de moral, e incluso mis juicios sobre los films son siempre más morales que cinematográficos. El realizador tiene una responsabilidad múltiple de cara al público como de sus personajes. Toda actitud creadora se convierte en una actitud moral».

Pero es también algo que está basado en una forma de entender el cine, desde el punto de vista formal. Sólo determinada manera de filmar, de concebir el plano, de manejar el espacio, pueden hacer posible esa profunda identificación señalada más arriba. Curiosamente, este gran discípulo de Renoir, a quien dedicó *La sirena del Mississippi*, tiene una idea del cine muy distinta al autor de *El río*. Más cercana a la de Hitchcock. Así, Dominique Fanne escribe en *L'Univers de François Truffaut*: «Tiene por los personajes la misma indulgencia, el mismo amor que Renoir. Pero próximo a Ophüls y Rossellini, filma mujeres y hombres con una mirada más femenina que Renoir». Una mirada que posee también determinadas

calidades técnicas. A propósito de esta conjunción, entre ternura y técnica, Godard escribió lo siguiente de Truffaut: «¿De donde viene que la técnica sea hermana de emoción y rigor de libertad?».

Para esta pregunta no hay mejor respuesta que la que da el propio Truffaut: «Intento siempre acercarme a mis personajes por pequeñas notas contradictorias. Es un procedimiento querido de Renoir y es un método de creación que me concierne... Siento de siempre la pasión por el cambio de tono». Pero esto es algo que existe también en Hitchcock. Renoir posee una visión más amplia, el ser en el universo entero, desarrollándose en un espacio muy vasto, de ahí que la vida no se agote en los límites del plano, de que nos produzca la sensación de que la vida continúa, que la realidad no se agota en el signo del plano, que no está delimitado por la pantalla. En Rossellini ocurre algo parecido, provocando una sensación panteísta, casi india. Renoir es un humanista racionalista, Rossellini cree en la totalidad budista.

Por el contrario, la visión de Hitchcock es más limitada, más agónica y también más onírica, su universo poético es de semivigilia. Lo que quiere decir que es muy subjetiva. Está basada en un sentimiento del mundo amenazante, intranquilizador. Hitchcock, como Land, como Lubitsch, recrea el mundo plano a plano y en él sumerge al personaje al que contempla, tanto subjetiva como objetivamente. El miedo, el desgarramiento existencial del universo, es un elemento esencial en Hitchcock, que está presente también en Truffaut, quien una vez escribió que «finalmente, el criterio de la belleza de un film no es otra

cosa que esto: sentir el amor, sentir el miedo». En realidad, el amor es posible como una forma de combatir el miedo. Y amar produce a su vez dolor, miedo, angustia, desazón. ¿Por qué nos saca de nosotros mismos? Quizá porque nos enfrenta con la ambigüedad de lo real, nos sumerge en el mundo, nos convierte en pura fenomenología relacional.

Recordemos este diálogo de *La sirena del Mississippi*:

Louis: «Eres tan hermosa, cuando te miro, es un sufrimiento».

Julie-Marion: «Sin embargo, ayer decías que era un gozo».

Louis: «Es un gozo y un sufrimiento».

Es lo que un crítico ha definido así: «Truffaut reintroduce el secreto de Hitchcock: reencontrar lo real por lo irreal, crear en cada escena un desequilibrio, un movimiento de báscula».

Esta forma de reconciliar los contrarios es posible gracias a que intenta un arte de la narración en el sentido de Hitchcock, y también de Buñuel, basando en la trayectoria del personaje lo esencial de su arte, ofreciendo diversas y simultáneas visiones de cada personaje: como se ve a sí mismo, como le ven los demás, como le ve el espectador, que ocupa el lugar mayostático del narrador puro. De ahí procede la fuerza emocional de sus relatos más dramáticos y algunas de las galas más interesantes de sus comedias. La existencia del niño Doinel, en *Los cuatrocientos golpes*, forzaba todo su patetismo sobre nosotros, porque el director nos obligaba a prestarle toda nuestra solidaridad a través de mantener fija nuestra atención sobre él, cruzándose a menudo su mirada y la nues-

tra, compartiendo la culpabilidad. Es lo que está en *L'Histoire d'Adèle H*, en *La marigé était en noir*, en *Les deux anglaises et le Continent*, en *La femme d'à coté...* Nuestra angustia y complicidad se producen por la fascinación que ejerce sobre nosotros la forma en que nos son presentados los personajes, siempre la cámara sobre ellos, en planos muy concretos sobre sus rostros, mostrando sus reacciones y los personajes que les observan, a menudo como si fueran espectadores privilegiados.

Digámoslo de una vez. El arte de Truffaut se basa en la noción que tiene de la pantalla. ¿Y cuál es ésta? Que no es ni una ventana, ni una puerta, ni un espejo sobre la realidad. Que es otra cosa. El cine es un lenguaje capaz de reinventar la realidad. Lo cotidiano no es cinematográfico. Fiel discípulo de sus grandes maestros, coincide en esto con André Bazin, una vez más. Bazin siempre supo que lo específicamente cinematográfico surge del hecho de ser filmado y después proyectado en una pantalla, aislado y subrayado en una sala oscura. Cualquier cosa, incluso lo que se llama el *teatro enlatado*, al pasar por estos procesos, se convierte en cine. O, lo que es lo mismo, la no existencia de la pureza cinematográfica.

Pero volvamos a Truffaut, el más lúcido de sí mismo: «L'écran ne constitue pas une fenêtre sur le monde, mais un cache». Algo que limita, subraya o potencia su irrealdad. El lado de artificio de la técnica le fascina, aunque utilice un estilo poco artificioso. Nada se puede reproducir, hay que inventarlo todo. A veces se ha reído de las ideas de Godard, metido en la trampa metafísica de la repro-

ducción total de la realidad. Truffaut sabe que la realidad se escapa cuando queremos tomarla en bruto, que hay que adulterarla, exagerarla o refinarla, hay que forzarla para que segregue su sentido. De esta manera, aún manteniendo un estilo muy personal, como corresponde a sus ideas de lo que es un narrador cinematográfico, cada una de sus películas es formalmente distinta: es de la raza de los cineastas que imaginan la puesta en escena como una piel que se adapta al sentido. Recordemos sus tres primeras películas, donde está ya contenido todo Truffaut (menos las comedias): *Los cuatrocientos golpes*, *Trez sur le pianiste*, *Jules et Jim*. O las tres últimas: *La chambre verte*, *Le Dernier Métro* y *La femme d'à coté*. Como los films de Hitchcock, tienen cada una planteamientos narrativos y visuales muy distintos. Y, sin embargo, sentimos en todas la presencia de un autor llamado Truffaut. A pesar de los cambios en el tratamiento y en los tonos, que no es otra cosa que la forma de recrear mundos distintos, relaciones poéticas diferentes, sentimos que hay un mismo autor detrás. Es que a Truffaut el cine le gusta «porque es un arte indirecto, inconfesado».

En realidad, también la literatura y la pintura. El arte todo es indirecto, inconfesado. Produce sentido nunca unívoco, siempre ambiguo, nunca directo, siempre lateral, nunca tan concreto como la cosa, siempre fugitivo como la realidad. El lenguaje artístico —¿los demás no?— es ambiguo o no es. Y de su ambigüedad nace su grandeza. Posee ese aspecto del mundo onírico: que dice a la vez más y menos de lo que aparenta. Truffaut es uno de los pocos cineastas que ha conseguido

soñar sus propias obras. En él no se produce esa contradicción entre vida y obra. Porque la vida es para él parte del sueño esencial del hombre. En esto coincide con Renoir, para quien «la réalité est féerique», y uno de sus personajes, de *La Carrosse d'or*, se preguntaba: «¿Dónde acaba el teatro y empieza la vida?».

Plano a plano, escena a escena, Truffaut, con la imagen y la palabra —qué respeto siente por ésta; recuérdese algunos de sus films, como las dos versiones de las novelas de Henri-Pierre Roché, *Jules et Jim* y *Les deux anglaises et le Continent*, o *L'Enfant sauvage*, basado en el diario de Jean Itard, donde juega de manera exhaustiva con la voz en *off*, que nos ofrece grandes partes del texto literario—; Truffaut, decimos, va edificando un universo lleno de emociones, un universo donde los personajes se crean a sí mismos, donde la realidad, recortada por el *cache* que es la pantalla, se va recreando, y ello en función de leyes propias que determinan que ese objeto que es el film sea algo que existe por sí mismo, en la duración misma de su proyección. Esta forma de hacer nos recuerda lo que decía Merleau-Ponty en *Signos*: «La vida humana no se toca en un solo registro: hay ecos, intercambios, y hay quien enfrenta la historia sin haber afrontado nunca las pasiones, hay quien es libre con las costumbres y piensa de manera corriente, y quien vive aparentemente como todo el mundo y cuyos pensamientos sacan de raíz todas las cosas». De la raza de estos últimos son los grandes personajes de Truffaut.

Es que Truffaut hace vivir a sus personajes hasta el límite de sí mismo, situándoles en la

frontera de su destino... Su arte consiste en verles actuar como si de ellos y de él dependieran exclusivamente, casi como el vicioso para quien *ver* fuera la forma más pura de existir, reconciliando el espectáculo con la acción. Lo que pasa es que las vivencias de sus personajes, su fatalidad libre, le sirvan a él para comprenderse a sí mismo y lo que le trasciende. Parece colocarse en la situación con la que describía como crítico a Hitchcock, identificándose con él: «Una frase resume toda la temática de Hitchcock: usted me fascinaba e, incluso, a veces, me parecía que me pertenecía». Esa fascinación y esa relación de dependencia es lo que siente Truffaut por sus personajes. Pero es también la posición de éstos, cómo viven sus relaciones de amor o de odio. La vecina de *La femme d'à côté* siente por su amante lo mismo. No puede mirar a otra parte y siente que el hombre la pertenece. Cuando se vive auténticamente, uno está condenado a llegar hasta el final. Aunque sea en la alegría. Una película tan divertida como *Domicilio conyugal* tiene uno de los más hermosos cambios de tono de la historia del cine, después del nacimiento del hijo. Ahí el tono se va haciendo agrí dulce, por medio de varias escenas montadas en elipsis, hasta que los engranajes de la vida

muestran el lado letal, fatídico, corrosivo de la vida.

«No creo que un hecho artístico sea un hecho artístico realizado si no hay ternura. Se puede ridiculizar a alguien y, al mismo tiempo, sentir ternura. Se puede, incluso, tratarle de una manera aparentemente muy cruel. La ternura, esa es la verdadera posición moral». Esta frase de Rossellini parece presidir la vida y la obra de Truffaut. Y para los esquemáticos y sectarios es un impedimento, muchas veces, esta manera de contemplar al hombre en su integridad, con sus fallos y renunciaciones, pero desde la ternura.

Truffaut encuentra siempre, en el sufrimiento o en el gozo, en el amor o en el desamor, una misma ternura consustancial con el hombre, ser aterido que lucha contra la corrupción del tiempo. Actuando con ternura, aproximándose solidariamente a los personajes, Truffaut demuestra un temperamento de hombre justo y libre poco común. Es lo que le ha hecho poseer una de las miradas más conmovedoras y profundas, menos reticentes y más cálidas de la historia del cine. No tener telarañas en los ojos, no dejarse ofuscar por los prejuicios, tratar de verse a sí mismo y a los demás como son, he ahí su grandeza. Ello es debido a la ternura, frente

de solidaridad, frontón del desprecio. Por eso es capaz de hablarnos con esa voz tan queda, secreta, íntima, cotidiana, de tú a tú, al oído, sin intermediarios.

Y por eso, a veces, nos escandaliza tanto, como en su última película, diciéndonos algo tan sencillo como que todavía se muere de amor. En una sociedad tan tecnocratizada, tan falsamente científica, tan vorazmente funcional, tan manipulada por las leyes del mercado, ¿se puede expresar algo más escandaloso? Porque la ternura —auténtica flor de la solidaridad y del amor— es el escándalo. Bienvenido sea ese plano definitivo, en un parking subterráneo, rodeados de máquinas-automóviles, forma perfecta del *interland*, en que los amantes reencontrados en un gran supermercado se sienten irresistiblemente atraídos, se besan, y la mujer cae desmayada como una flor deshojada. Este plano, surgido de la profunda ternura de Truffaut, es tan escandaloso como algunos de *L'Age d'or*, de Buñuel, lo fueron en su tiempo. Porque nos devuelve la noción necesaria de que existir es algo imprevisible, inordenable, indefinido, ambiguo, cargado de pasión y de ternura. Algo que no se puede normalizar ni por la costumbre ni por la ley.

Leviatán

REVISTA MENSUAL DE HECHOS E IDEAS

Director: Luis Araquistáin

NUMERO 8

MADRID

DICIEMBRE-1934

JOSE ORTEGA Y GASSET: PROFETA DEL FRACASO DE LAS MASAS (1)

Luis Araquistáin

El filósofo consecuente.

Tengo noticia de que unas frases interpoladas por José Ortega y Gasset en un prólogo a una nueva edición de su *España invertebrada* (1934) —frases recogidas y comentadas por nuestro colaborador Carmona Nenclares en el número de noviembre de esta Revista— han producido inusitado y vehemente disgusto en algunos de sus lectores habituales y también en otros ocasionales o adventicios, que hasta ahora solían recibir las lucubraciones de este escritor con callada resignación o piadosa indiferencia. Las frases son las siguientes:

«Debo decir que a mí, de todas esas ideas (las del men-

cionado libro), las que hoy me interesan más son las que todavía siguen siendo anticipaciones y aun no se han cumplido ni son hechos palmarios. Por ejemplo: el anuncio de que cuanto hoy acontece en el planeta *terminará con el fracaso de las masas en su pretensión de dirigir la vida europea*. Es un acontecimiento que veo llegar a zancadas. Ya a estas horas están haciendo las masas —las masas de toda clase— *la experiencia inmediata de su propia inanidad*. La angustia, el dolor, el hambre y la sensación de vital vacío las curarán *de la atropellada petulancia* que ha sido en estos años su único principio animador. Más allá de su petulancia descubrirán en sí

mismas un nuevo estado de espíritu: *la resignación*, que es en la mayor parte de los hombres la única gleba fecunda y la forma más alta de espiritualidad a que pueden llegar»¹.

Estas ideas, como el autor las llama impropriadamente, porque no son intuición inmediata de algo que está en la realidad externa o en nuestra propia conciencia, que es lo típico de la idea, sino que aluden a lo que aun no existe, a lo que está en el vientre problemático del futuro, por lo que sería más exacto llamarlas profecías, pronósticos, horóscopos o presagios, y más concorde además con la mentalidad pitónica y mágica, de vate o adivino, de taumaturgo u

oráculo, más que de filósofo, de este coruscante escritor; estas profecías, pues, ni son nuevas en él ni están expuestas más vigorosamente que en otras ocasiones por el propio augur.

Hay que reconocérselo: nadie le podrá inculpar con justicia de inconsecuencia íntima. Su pensamiento, como hemos de ver, se desarticula con frecuencia en contradicciones monumentales, que rompen la unidad y la consistencia de sus castillos ideológicos, que son casi siempre ingravidos castillos en el aire. La lógica racional, la actividad intelectual, no es un fuerte. Ni hay para él menoscabo en que así sea, porque su prestigio, que nadie podrá negar, se funda en otras calidades sugestivas, mejores o peores, pero distintas. En cambio, su lógica vital, como él la llamaría, su actitud ante la vida es de una atroz consecuencia.

Toda su *filosofía* está ya en sus primeros artículos y ensayos, hasta con las mismas palabras y metáforas, que se han de repetir monótonamente a lo largo de su obra. Acaso esto explica el esfuerzo que este escritor exige para ser leído, no por profundo y árido, que no lo es, sino, al contrario, más bien de poca sonda y de suficiente amenidad. A pesar de lo cual cuesta mucho trabajo leerle seguidamente, sin duda por una razón: porque su obra no fascina y arrastra con la fuerza de un organismo que crece y se transforma maravillosamente, como un ser vivo, sino que pesa y fatiga como una fórmula que se repite y quiere ser demostrada sin cesar.

La fórmula es el primado de la vida sobre la razón: que la razón es para la vida y no la vida para la razón; que en el origen y en el fin del Estado, de la nación, de todas las instituciones humanas y de la

existencia individual está, o debe estar, la vida y no la razón; que cuando se pone por delante la razón, que es igualitaria y utópica, y quiere subsistir a las jerarquías de la vida, que esencialmente sólo da masas y minorías selectas, todo fracasa y se hunde: Estados, naciones, civilizaciones. La fórmula, con sus pretensiones de novedad y a pesar de algunos de sus ilustres renovadores alemanes, es más que vieja, arcaica, como espero probar en este estudio, y en su aplicación a la política es romántica, regresiva, o para decirlo con una palabra poco exacta, pero muy expresiva y cuyo sentido todo el mundo comprende: reaccionaria; es decir, en último extremo: una fórmula antivital.

Esta paradoja o contrasentido explica tal vez la escasa adhesión que el pensamiento de Ortega y Gasset suscita, salvo en ciertas zonas del alma burguesa desesperanzada o desesperada de una Europa y una América para quien «la rebelión de las masas» es la causa de todos los males presentes, como nuestro autor enseña. Sin embargo, para la inculta y montaraz burguesía española este paladín de la contrarrevolución y de la anti-rrevolución todavía es demasiado revolucionario; pero ya le descubrirá algún día.

Nuestro filósofo ha sido siempre legal a sí mismo, salvo en dos fugaces momentos. Uno fue allá por 1910 ó 1911, cuando con otros escritores peroraba en los mítines de un partido republicano español. Fue su sarampión revolucionario. Pero se curó pronto. En 1914 habla de los que «no hemos sido nunca republicanos, o lo hemos sido, como muchos compatriotas nuestros, pasajeramente, en una hora de mal humor»². El otro fue un poco más tarde. El socialismo —viene a decir en-

tonces en su artículo— es una nueva forma de aristocracia. Parecía que él, aristócrata del cerebro, se iba a adscribir al socialismo. Pero no. Si lo otro ocurrió en una hora de mal humor, en una hora de buen humor debió escribir esto. En 1914 ha rectificado y el socialismo son «credos dogmáticos con todos los inconvenientes para la libertad que tiene una religión doctrinal»³. Poco después descubre que el capitalismo es el medio natural y paradisíaco para las minorías selectas: unos fabricantes de papel en todas sus formas y contenidos —papel para imprimir y papel ya impreso, como periódico y como libro— le nombran mentor de varias de sus empresas. Ahí se acabó el socialismo aristocrático. Pero salvo estos dos breves deslices sin importancia, su lealtad a sí mismo ha sido ejemplar.

Sus *ideas* sobre las masas no son de ahora. Todavía en 1914 las llama, refiriéndose a las españolas, «esas pobres grandes muchedumbres dolientes»⁴. Quería redimirlas. He aquí su programa bucólico: «Vamos a recorrer los campos en apostólica algarrada, a vivir en las aldeas, a escuchar las quejas desesperadas allí donde manan; vamos a ser primero amigos de quienes luego vamos a ser conductores»⁵. Pero todo esto es simulación retórica. Nadie va a los campos en «apostólica algarrada»; a lo sumo, como turistas. Nadie va a vivir en las aldeas; los consejos de administración de las sociedades anónimas están en las ciudades. Y la amistad que iba a forjarse entre la masa y sus conductores se malogra antes de nacer.

Pocos años más tarde —siete u ocho—, el pastor está desilusionado e irritado con la grey indisciplinada. En tan poco tiempo ha llegado a esta

tremenda conclusión: «La rebelión sentimental de las masas, *el odio a los mejores*, la escasez de éstos; he ahí la raíz verdadera del gran fracaso hispánico»⁶. La égloga de 1914 parece en 1922 un anatema de Isaías: «Pero como en estas páginas queda dicho, las masas, una vez movilizadas en sentido subversivo contra las minorías selectas, no oyen a quien les predica normas de disciplina. Es preciso *que fracasen totalmente para que en sus propias carnes laceradas aprendan lo que no quieren oír*»⁷. Esta es la pedagogía del escarmiento y del loco por la pena es cuerdo, por obra fecunda del fracaso. «El dolor y el fracaso crean en las masas una nueva actitud de sincera humildad, que les hace volver la espalda a todas aquellas ilusiones y teorías antiaristocráticas»⁸. ¿Y qué les queda entonces de frente? Entonces «el hombre siente un increíble afán de servidumbre. Quiere servir ante todo: a otro hombre, a un emperador, a un brujo, a un ídolo... Tal vez el nombre que mejor cuadra al espíritu que se inicia tras el ocaso de las revoluciones sea el del espíritu servil»⁹.

Como se ve, este ciclo fatal por que pasan las masas —rebelión, fracaso, dolor, resignación, humildad, servidumbre— no lo ha inventado ahora Ortega y Gasset. Lo viene repitiendo desde hace años. ¿Pero por qué ahora, y no antes, sus opiniones sobre esta materia comienzan a suscitar una reacción polémica en España? El hecho merece ser analizado.

El filósofo de moda.

Discrepantes los tuvo siempre, pero rara vez en público. Pocas veces un escritor gozó como él las mieles de la admiración patidifusa, sin reservas mentales y sin contradictores.

Fue el *filósofo* de moda. Sus conferencias formaban parte de los programas del *gran mundo*. Su auditorio estaba compuesto de todos los petimetres de la cultura, de ambos sexos y con preponderancia del femenino, *snoobs* ociosos y pedantuelos que se imaginaban personificar la doctrina de las minorías selectas, a fuerza de oírse al maestro; los que quedaban fuera de la sala de conferencias eran la masa vil. Años encantadores para el renacimiento filosófico en España. Las duquesas tomaban lecciones de filosofía con los edecanes del maestro, alternándolas con las de equitación, y las condesitas —nuevas preciosas ridículas— corrían a pedir en las librerías la *Psicología, Lógica y Ética* de Platón, confundiendo cómicamente la especie con una asignatura del antiguo bachillerato, de que habían oído hablar a sus primeros novios.

Pero muy pocos se aventuraban a contradecir públicamente al pensador egregio, ápice de la más selecta de las minorías selectas, y cuando alguien incurría en la candidez o la osadía de hacerlo, como en una ocasión Salvador de Madariaga, el castigo era fulminante y ejemplar. Contradecirle era una prueba de estupidez, de incompreensión, de rencor o de envidia. En alguna parte dice que «vivimos un tiempo de *chantage* universal que toma dos formas de motín complementario: hay el *chantage* de la violencia y el *chantage* del humanismo. Con uno o con otro se aspira siempre a lo mismo: que el inferior, que el hombre vulgar pueda sentirse eximido de toda supeditación»¹⁰. Pues bien: hay otra forma de *chantage* todavía más intolerable, y es el del hombre que se otorga a sí mismo patentes de superior, de selecto, de eminente,

de excelente, para que nadie le discuta, sin duda porque conoce o presiente, la endeblez y carencia de originalidad de su doctrina, y temeroso, además, de ser desenmascarado como autor de una filosofía que, en lo que algo vale, no es suya, atribuye de antemano a bajeza o resentimiento toda exégesis o contradicción posibles.

Un ejemplo de esta forma de *chantage*: «Pero lo mismo acontece si le da por ser revolucionario: su aparente entusiasmo por el obrero manual, el miserable y la justicia social, le sirve de disfraz para poder desentenderse de toda obligación —como la cortesía, la veracidad y, *sobre todo, sobre todo, el respeto o estimación de los individuos superiores*. Yo sé de no pocos que han ingresado en uno u otro partido obrerista no más que para conquistar dentro de sí mismos *el derecho a despreciar la inteligencia y ahorrarse las zalemas ante ella*»¹¹. No estar de acuerdo con el auto-selecto, no hacerle zalemas, como el perro al amo, y tener la audacia de discutirle, es despreciar la inteligencia y faltar a la obligación de respetar a los individuos superiores —por propia calificación—, y para eso, nada más que para eso, los indóciles se titulan revolucionarios e ingresan en los partidos obreristas. La cosa no puede ser más clara y sencilla. Para el chantagista de lo eminente no hay más que dos clases de hombres: unos cuantos admiradores incondicionales suyos y la masa enorme de los envidiosos.

El filósofo profético.

Este linaje de *chantage* suele ser eficaz. ¿A quién le agrada pasar por envidioso y resentido? ¿Valía además la pena? Para muchos, en efecto, la *filosofía* de Ortega y Gasset

no valía la pena de una contradicción. Ante todo, porque, con todas sus pretensiones de filosofía de la Historia de alto bordo, no es más que petulante profetismo, no muy superior a los augurios que de un año para otro suelen hacer los charlatanes y *videntes* profesionales.

En la literatura española es frecuente el tono y estilo proféticos, tal vez como residuo de la fuerte herencia israelita que aun queda en nuestro pueblo. Pero aparte de eso, el profetismo es una de las formas más típicas de la mentalidad inmadura y poco informada, como le ocurre a Ortega y Gasset, aunque algunos crean otra cosa. Constantemente habla de sus vaticinios: «Cuando hace diez años anuncié que en todas partes se pasaría por situaciones dictatoriales, que éstas eran una irremediable enfermedad de la época y el castigo condigno de sus vicios...»¹².

Dejando a un lado el hecho nada leve de que no en todas partes se ha pasado por situaciones dictatoriales como las que el autor anuncia, fíjese el lector en el resto. ¡El castigo condigno de sus vicios! Así hablaban sólo los profetas de Israel. Y explicarse las dictaduras como una enfermedad de la época, sin más aclaraciones, sin la menor alusión a las motivaciones económicas y a las luchas por el Poder que están en la entraña del tremendo drama social de que las dictaduras, unas y otras, son sólo la expresión externa o política, será una metáfora más o menos feliz, pero no acredita una visión realista y profunda de la historia contemporánea. He aquí otra profecía: «Una revolución no dura más de quince años, período que coincide con la vigencia de una generación»¹³. Leído esto en 1934, a los diecisiete años de la revolución

rusa y cuando en ella no se observa el menor signo de conclusión o agotamiento, sino todo lo contrario¹⁴, se ve lo precario del oficio de profeta.

Una filosofía profética se toma o se deja, pero sólo de un modo puede ser refutada: con otra filosofía profética, o abandonándola a la refutación más segura del tiempo. Este tipo de filosofía augural y divagatoria está hoy en franca decadencia. «Acaso sea característico del mundo moderno —escribe Jaspers— que los mejores filósofos no son siempre los *filósofos*, sino los especialistas científicos aislados y fuera de lo corriente. Si quien merece llamarse el mejor filósofo es el más universal y concreto —sin ser meramente enciclopédico— y el que en mayor grado recibe, comprende, expresa y configura el espíritu científico, el cual está con los pies en una especialidad al mismo tiempo que busca las relaciones concretas y universales del conocimiento y se mantiene en una interacción con la realidad, tal como se presenta, actual y corpórea. En este sentido originario de la filosofía pudiera merecer más que ningún otro el nombre de filósofo un economista, un filósofo de lo antiguo, un filólogo de lo antiguo, un historiador, un matemático»¹⁵. Para Jaspers, un filósofo de ese tipo fue el economista y sociólogo Max Weber¹⁶. Lo que no se llame *Lógica*, *Historia de la Filosofía*, *Sociología* y *Psicología*, es, según el propio Jaspers, «filosofía profética, que hoy no existe fuera de los intentos de restauración romántica del género más débil».

La descripción que Jaspers hace del pensador romántico, variante del filósofo profético, explica por qué este tipo mental es hoy incapaz de promover una fuerte adhesión

objetiva. «En lo romántico, la experiencia íntima es lo principal, la verdadera realidad. No la realización hacia afuera, sino la propia experiencia tiene sentido. Lo decisivo es el destino personal, no la objetividad... El romántico encuentra resistencia sólo en sí mismo, en su experiencia interna, no fuera de sí, en la realidad. Se coloca fuera del mundo; no da forma a nada más que a su propia experiencia interior. Por esto es él vida, la vida misma, aislada; pero por esto no crea figuras, obras, estructuras... Cualquier totalidad, sea obra del pensamiento en sistema, sea poesía, queda incompleta, es boceto, fragmento, un gran aforismo... Todo lo romántico tiene algo de meteórico. Alumbra este meteoro allí donde aparece y lo circundante recibe su luz; pero pronto huye y desaparece y es olvidadizo y pérfido desde el punto de vista del observador objetivo y del realista»¹⁷.

Lo característico del pensamiento romántico es la egocentricidad, la impotencia para entender el mundo exterior inmediato y entenderse con él. El romántico exige que sólo los demás se esfuercen por entenderle. Desgraciadamente, como en él no hay nunca un contenido objetivo, una posible realidad objetiva común, todo ensayo de entendimiento con él se frustra. Quiere amigos incondicionales, pero no colaboradores críticos, y toda colaboración, para que sea eficaz, ha de ser crítica, pues sin una crítica previa de los principios, los medios y los fines, no se puede ir a ninguna parte con nadie ni hacer nada en común.

El psicólogo Jung designa con otro nombre al tipo mental romántico: le llama introvertido (otros le denominan *ciclotímico*). «Los objetos exteriores no son causa y fin de

este modo de pensar (el introvertido), si bien el introvertido quisiera a menudo dar a su pensamiento esta apariencia; al contrario, este pensar empieza en el sujeto y vuelve de nuevo al sujeto, aunque emprenda las más dilatadas excursiones por el campo de la realidad exterior... Se reúnen los hechos sólo como comprobaciones, nunca por los hechos mismos... El pensar introvertido muestra una inclinación peligrosa a constreñir los hechos dentro de la imagen que de ellos se forma, o a ignorarlos por completo para poder desenrollar el cuadro de su fantasía. En este caso, la idea representada no podrá negar su origen, que está en la imagen oscura y arcaica. Caracterizará a esa idea cierto rasgo mitológico, que a veces se tomará por *originalidad* y en los casos peores por caprichosidad»¹⁸.

El tipo mental romántico o introvertido de que aquí se habla, cuando piensa o interviene en la política, no es, ya puede suponerse, el político romántico, sino su contrafigura, el romántico político. Carl Schmitt ha dedicado uno de sus libros, *Politische Romantik*, a estudiar históricamente la diferencia de los dos conceptos. Lo característico del romántico político es una concepción estética y orgánica del Estado, por encima de todas las diferencias sociales y por encima también de toda moral y todo derecho. El romántico, aun cuando habla del futuro, está pensando en algún modelo del pasado: Carl Schmitt alude a «la exaltación femenina que mostraban por la aristocracia feudal esos pobres literatos burgueses, Schlegel y Müller (Adam)», que él considera como tipos representativos del romanticismo político alemán del siglo XIX. (Más adelante veremos cómo Ortega y Gas-

set admira también la aristocracia feudal.) El romántico político es pasivo o cauteloso; nunca o rara vez se decide a tomar partido en las luchas de la realidad inmediata, por encima de la cual se quiere colocar siempre. Para él no hay más norma que el sentimiento. Para el romántico político de nuestro tiempo la norma no será ya el sentimiento, sino la *vida*.

A juicio de Carl Schmitt, el tipo de político romántico es Don Quijote, todo lo contrario del romántico político. «Era capaz —escribe— de ver, no las armonías superiores, sino la diferencia entre lo justo y lo injusto, y de decidir por sí lo que a él le parecía lo justo; una facultad de que carece el romántico político... Si el entusiasmo por su ideal de la caballería andante y la indignación por una presunta injusticia arrastraban al pobre caballero a un loco menosprecio de la realidad exterior, no se retiraba luego estéticamente a su subjetividad, estilizando quejas a modo de crítica de la actualidad. Su honrado celo le llevaba a situaciones en que era imposible mantener la superioridad romántica; sus luchas eran fantásticamente insensatas, pero luchas al fin, en las cuales él se exponía a personales peligros... Su entusiasmo era el de un verdadero caballero por su rango, no el de un burgués por la imagen impresionante de una aristocracia»¹⁹.

El hombre tras el filósofo.

Me he detenido en diseñar un tipo mental al que, en mi opinión, pertenece psicológicamente Ortega y Gasset, para explicar por qué sus *Ideas* y su actuación política no podían tener éxito en España ni en ninguna parte, ni como hierofante o jefe de *élite*, ni como aspirante a conductor

de masas. Filosófica y políticamente su pensamiento es anacrónico, extraño al *Zeitgeist*, al espíritu de la época. Es el pensamiento de un pequeño burgués con un complejo de inferioridad social que se compensa y manifiesta en esa división simplista de la Historia en masas y minorías selectas. Y cuando anuncia el fracaso de las masas, en realidad sólo quiere vengar en ellas su propio fracaso. Se me dirá que es escritor bastante leído en otras lenguas. No me sorprende. Toda diatriba contra las revoluciones y el proceso revolucionario de la Historia encuentra siempre un público favorable. Es natural. Las invectivas de Burke y del conde de Maistre contra la Revolución francesa dieron pronto la vuelta al mundo. Pero no todos envidian esos éxitos literarios, que duran lo que la verdura de las eras, mientras la Historia sigue imperturbable su camino, quiéralo o no la *filosofía*.

En último término, lo que importa de un filósofo no es su filosofía, sino el hombre que hay tras ella, su carácter, su temperamento. Conociendo al hombre, se sabrá el valor de su filosofía, como por el conocimiento de una filosofía se puede deducir el valor del autor como tipo humano. Si a alguien le parece este personalismo poco leal como crítica objetiva, le diré que precisamente esta reducción de la filosofía y sus sistemas a una tipología psicológica de épocas históricas o de temperamentos individuales es el tema que actualmente más interés suscita en el mundo como problema de conocimiento. El tema, sin embargo, no es del todo nuevo. Ya hace casi un cuarto de siglo que William James escribía lo siguiente: «La historia de la filosofía es en alta medida un choque de ciertos temperamentos humanos (dis-

posiciones caracterológicas)... Cualquiera que sea el temperamento de un filósofo profesional, siempre intenta de todos modos, cuando filosofa, pensar el hecho de su temperamento. Sin embargo, su temperamento forma un prejuicio más fuerte que cualquiera de sus otras premisas objetivas... Confía en su temperamento. Desea para sí un mundo que convenga a su temperamento, y cree en aquella representación del mundo que a él le conviene. Los hombres de otro temperamento no le parecen debidamente sintonizados al verdadero carácter del mundo, y en el fondo los considera incompetentes y de ninguna manera filósofos, aunque en habilidad dialéctica le superen con mucho... De ahí proviene una cierta falta de seriedad en las discusiones filosóficas: no se menciona nunca la más importante de todas las premisas»²⁰.

Esta premisa primordial, el carácter y el temperamento, es lo que debe buscarse en toda doctrina, para comprenderla mejor y al hombre que la expone. Tal concepción de la filosofía —y lo mismo puede aplicarse, y se ha aplicado, a las religiones y al arte— es anterior a James y también, claro está, a Jaspers. El primero que comienza a trabajarla en las últimas décadas del siglo XIX es Dilthey, cuya influencia, después de muerto, sobre la filosofía alemana, y en los que principalmente se nutren de ella en otros países, ha sido y está siendo mucho mayor que en vida. Para Dilthey, «el conflicto de los sistemas metafísicos se funda últimamente en la propia vida, en la experiencia vital, en las posiciones ante el problema de la vida. En estas posiciones está la pluralidad de los sistemas, y al mismo tiempo la posibilidad de distinguir en ellos cier-

tos tipos... La naturaleza de estos tipos se hace del todo clara cuando se contempla a los grandes genios metafísicos, los cuales han expresado su concepción personal de la vida, tal como actúa en ellos, en sistemas conceptuales que aspiran a ser válidos para todos. La típica concepción de la vida es en ellos uno y lo mismo que su carácter. Se manifiesta en su ordenación vital. Llena todas sus acciones. Se revela en su estilo»²¹. O dicho más sencillamente: el hombre y su obra son una misma cosa. La obra es la máscara de su carácter y temperamento, que es el verdadero rostro; pero por la máscara se descubre el rostro y por el rostro se explica la máscara. En última instancia, máscara y rostro forman un todo, una unidad psicológica.

A muchos que desde hace años conocemos a Ortega y Gasset no podía atraernos su *filosofía*. De él nos separaba el abismo de una actitud radicalmente distinta ante la vida. Pero esa *filosofía* tampoco nos preocupaba. No es que ahora empiece a preocuparnos. No nos preocupa porque es extemporánea y lleva en sí misma su propia esterilidad. Pero ahora nos duele, y como todo lo que duele, necesita ser expresado. El gran proceso histórico que agita al mundo es demasiado dramático para convertirlo en liviano tema de filosofía de salón. Que se tome partido, no sólo es lícito, sino obligado. Lo ilícito es fingir que se ignoran los términos del drama o falsearlos en su esencia, para hacer como que no se toma partido y presentarse a los contendientes como un severo juez de campo de la Historia, dotado además del poder de leer el futuro en las estrellas. Eso tiene dos nombres: hipocresía y superchería.

A los que profetizan lo que

ellos llaman el fracaso de las masas y que a ciencia cierta nadie sabe lo que es, hay que responderles: Las masas podrán fracasar o no; lo que el mundo sea dentro de cincuenta años, de cien años, de tres siglos, de diez siglos, nadie puede saberlo; pero lo que sí sabemos ya es esta verdad absoluta: que los que *anuncian* el fracaso de las masas son hombres que *quieren* que fracasen, que les *conviene* que fracasen; la *profecía* es un *anhelo* profundo de su espíritu. Esta verdad está delatada en su carácter, en su temperamento, en toda su vida. Así comprendemos mejor su obra. Y analizando la obra, comprendemos también mejor su vida.

Pero el análisis de la obra de José Ortega y Gasset, aunque sólo sea, de momento, en uno de sus aspectos, como interpretación de la Historia y la sociedad, merece capítulo aparte.

NOTAS

- (1) *España invertebrada*, 1934. Páginas XXIII-IV.
- (2) *Vieja y nueva política*. En la Colección de sus *Obras*, pág. 103.
- (3) *Vieja y nueva política*. *Obras*, página 93.
- (4) *Idem.*, pág. 86.
- (5) *Vieja y nueva política*. *Obras*, página 101.
- (6) *España invertebrada*, 1922. Pág. 166 de la edición de 1934.
- (7) *Idem.*, pág. 167.
- (8) *España invertebrada*, pág. 104.
- (9) *El tema de nuestro tiempo*, 1922. *Obras*, pág. 810.
- (10) *Obras*, pág. 1177.
- (11) *Obras*, pág. 1177.
- (12) *España invertebrada*, página XXVI.
- (13) *La rebelión de las masas*. *Obras*, pág. 1115.
- (14) El reciente asesinato de Kirof parece indicar un resurgimiento de la táctica terrorista, a la cual suelen acudir las oposiciones cuando ya no ven otro medio de subversión.
- (15) Karl Jaspers: *Psychologie der Weltanschauungen*, 1922. Págs. 1 y 2.
- (16) Karl Jaspers: *Max Weber*, 1932.
- (17) *Psychologie der Weltanschauungen*, págs. 436 y 437.
- (18) C. G. Jung: *Psychologische Typen*, págs. 545-546.
- (19) Carl Schmitt: *Politische Romantik*, 1925. Pág. 207.
- (20) William James: *Pragmatism*, 1911.
- (21) Wilhelm Dilthey: *Gesammelte Schriften*, VIII Band, página 93.



PRECIO DE ESTE EJEMPLAR: 250 PTAS.